MIA ANOTHER

TOKIO A MEDIANOCHE



NOVELA

NEWTON COMPTON EDITORES

Mia Another

Tokio a medianoche

Traducción de Marta Cueva Camblor



Newton Compton Editores

Título de la obra original: *Tokyo a mezzanotte*
© 2021, Newton Compton editori, s.r.l.
© 2023, de la traducción por Marta Cueva Camblor
© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: junio de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.newtoncomptoneditores.com
Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-24-8
Código IBIC: FA
DL: B 2.013-2023

Diseño, composición de interiores y conversión a formato digital: David Pablo

Imágenes de cubierta: © Shutterstock Images

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Glosario

Edamame: frijoles de soja inmadura que normalmente se hierven en agua o se cuecen al vapor y se sirven como aperitivo dentro de su propia vaina.

Gaejin: término despectivo hacia las personas que no son japonesas.

Itadakimasu: expresión de cortesía que emplean los japoneses antes de recibir una comida para agradecer los alimentos. Se utiliza de forma similar a nuestro «buen provecho».

Moshi moshi: expresión japonesa que se utiliza para responder a una llamada de teléfono con un familiar, un amigo o una persona de confianza.

Otou-san: padre.

Yare, yare: interjección típica japonesa que tiene más de un significado, pero que carece de término equivalente en nuestra lengua. Se puede interpretar como «¡maldita sea!» o como un suspiro.

Yakuza: mafia japonesa.

Prólogo

¿Cómo he podido acabar así? Solo estaba intentando arreglar las cosas, y en vez de eso estoy aquí, en un sucio callejón, retenida por la mafia, llorando y temblando de miedo, y preguntándome si algún día podré volver a casa.

Frente a mí hay tres tipos muy turbios que obedecen a un hombre alto y corpulento que viste camisa y lleva gafas de sol. Uno de ellos va armado con un puño americano y acaba de atacar a mi hermano en el estómago y en la cara, que ha terminado en el suelo, justo delante de mí.

Es como si estuviera dentro de una película que no quiero ver. Lo único que quiero es despertarme y ver que todo esto es solo una pesadilla.

Jamie respira con dificultad y está perdiendo sangre por el labio y por la nariz. Tengo que pedir ayuda. A la policía, a una ambulancia o a quien sea. Pero la mirada amenazante de los malhechores me paraliza. Tengo la sensación de que están a punto de agarrarme y hacerme algo horrible.

Jadeo y contengo la respiración. Mi rostro está bañado por una mezcla de lágrimas y de sudor. Estoy asustada y algo confusa. Saco el teléfono móvil del bolsillo, pero me tiembla la mano. Ni siquiera consigo desbloquear la pantalla.

De repente, uno de ellos me hace una foto. Me obliga a que me quede quieta de forma tajante, haciendo que me sobresalte y se me caiga el móvil al suelo. Me agarra del brazo antes de que yo pueda agacharme a recogerlo. Grito lo más fuerte que puedo, pero resulta completamente inútil. Estamos en un lugar apartado y todos los edificios que hay alrededor están en obras. No hay nadie más que nosotros.

Intento escabullirme tirando de él, pisándole los pies y dándole patadas, pero es igual que golpear una pared de hormigón: no sirve de nada. Le sudan las manos y eso me da náuseas. Creo que voy a vomitar.

–¡Soltadme! –grito en mi lengua, que parecen no comprender en absoluto.

Tal vez alguien en la distancia esté escuchando mis gritos. Esto no puede acabar así, ¿no? Jamie y yo jamás hemos hecho nada malo, somos buenas personas. No merecemos morir apaleados en un callejón.

Madre mía, ya casi puedo imaginar los titulares de nuestra desaparición y nuestros restos ocultos para siempre en esta caótica ciudad que lo absorbe todo.

Me tiemblan las piernas. Empiezo a llorar desconsoladamente, sollozando en voz alta. Mientras tanto, Jamie empieza a toser sangre en un intento de levantarse del suelo.

–Os pagaremos. Os pagaremos todo –balbuceo en mi japonés imperfecto–. Por favor…

De repente, oigo el chirrido de las ruedas de un coche. Un frenazo brusco detrás de mí, el ruido de una puerta y unos pasos rápidos sobre el asfalto.

Y una voz que me es muy familiar y que ahora escucho todos los días: la de Naoki. Su tono de voz es menos apático que de costumbre, parece alterado. No sé qué hace en un lugar tan sórdido

como este, pero ahora mismo no estoy en condiciones de pensar.

–¿Hay algún problema, caballeros?

El tipo que me está reteniendo me suelta inmediatamente y hace una reverencia, seguido por los otros dos, que le imitan con cierta torpeza.

No me lo puedo creer. Los miembros de la banda conocen a Naoki Saito. Incluso lo respetan. ¿Estará involucrado con la mafia?

Avanza con pasos rápidos. Lleva la corbata aflojada alrededor del cuello y los puños de la camisa desabrochados. Por lo demás, está impecable. Debe de haber venido corriendo desde la oficina. Se frota las muñecas, haciendo crujir los nudillos, como si se estuviera preparando para una pelea.

–Esto no va contigo, Saito-san –responde el más grande de todos. El único que no ha inclinado la cabeza al saludarle.

–En realidad, me temo que sí. Estáis asustando a mi novia.

Todavía estoy temblando. Me duele el pecho y siento que me va a explotar la cabeza. ¿Su novia, ha dicho? Debe de haber perdido la cabeza.

Naoki sigue caminando por el callejón y se detiene a mi lado. Esta vez no hace muecas, ni medias sonrisas, ni miradas de arriba abajo. Está serio, tan serio que da miedo. Me rodea la cintura con los brazos y se inclina hacia mí para susurrarme algo en inglés:

–¿Estás bien?

–Sí… yo sí, pero mi hermano…

–Tranquila. Déjamelo a mí.

No quiero ni pensar qué tipo de relación tiene con esta gente, ni cómo ha conseguido encontrarnos, pero me alegra tanto que haya llegado a tiempo.

–Saito-san… nosotros no sabíamos nada –dice el hombre de las gafas de sol al que ha intimidado mi jefe, tratando de arreglar la situación mientras señala a Jamie, que está encogido en el suelo–. Este chico no ha mantenido su palabra.

–Creo que podemos encontrar otra solución. Hablaré con Abe-sama –responde Naoki, seguro y firme, con la cabeza alta y la respiración tranquila, mientras tiene una de sus manos en mi cadera y la otra cerrada en un puño.

Está muy cerca de mí. Su perfume de canela llega hasta mi nariz y me tranquiliza. Ha venido aquí a por mí, como un superhéroe. No sé cómo lo hace, pero siempre está ahí cuando más lo necesito.

Los tres secuaces se ponen a murmurar entre ellos, algo dubitativos. Vuelven a hacer otra reverencia y se hacen a un lado para dejarle vía libre hasta la puerta trasera del edificio. La misma por la que nos han empujado hace un momento. Dios mío, ¿de verdad quiere entrar ahí?

Él asiente, me suelta y da un paso hacia delante. Le agarro de una manga para detenerle.

–¿Qué haces? Esos tipos están locos, tienen armas…

–Lo sé, los conozco.

–¡Te van a matar!

–Ya veremos. Ahora coge a tu hermano y subíos al coche. Date prisa.

–No, por favor. ¡Es muy peligroso!

Sigue avanzando y se gira hacia mí. Separa los labios para sonreírme y se le achican los ojos.

–Oh, Hailey… Estás tan mona cuando te preocupas por mí.

1. Hailey

Mi hermano siempre ha sido como un héroe para mí. Cuando éramos pequeños, me defendía de los matones y me ayudaba a hacer los deberes. Y más tarde, me enseñó a conducir.

Cuando crecimos, se convirtió en un claro ejemplo a seguir: le daban becas, tenía una media altísima, los profesores estaban contentos con él y siempre estaba rodeado de amigos. Se graduó en informática sin ningún problema, y eso nos hizo estar muy orgullosos de él.

Hace un par de años, hizo las maletas y voló hasta Tokio para hacer unas prácticas, y le gustó tanto la ciudad, que decidió mudarse allí y crear su propia empresa. Desde ese día, solo nos hemos visto cuando volvía a casa por vacaciones. Nos contaba todo tipo de anécdotas impresionantes sobre su vida en Japón y sobre el proyecto que estaba llevando a cabo: un juego para móvil que lo haría rico.

He pasado los últimos años de mi vida tratando de imitarlo. Me entregué a la lectura, descubrí cuáles eran mis puntos fuertes y terminé la universidad con éxito. Más tarde, estudié la forma de llegar hasta él y, gracias a algunos de mis profesores y a mis conocimientos, conseguí una entrevista para una empresa en Tokio. Necesitaba volver a ver a Jamie y, sobre todo, un cambio de aires.

Llevaba mucho tiempo soñando con poder hacerlo. Cuando me subí al avión, estaba muy contenta. Y lo estaba hasta hace unas pocas horas, justo antes de aterrizar. Antes de descubrir que en realidad Jamie…

–¡Eres un mentiroso de mierda! Dios, no me lo puedo creer. Nuestras conversaciones por teléfono, las videollamadas, los correos… ¡No has hecho más que mentirme!

–Hailey, puedo explicártelo. Por favor, cálmate.

–¿Cuánto tiempo llevas metido en eso? –le gruño enfadada.

Él no parece muy preocupado. Se encoge de hombros y se rasca la nuca.

–Todo empezó a torcerse el año pasado.

–¿El año pasado? –repito alterada.

–Ahora te lo explico todo, ¿vale? Vamos a sentarnos.

–¿Y dónde se supone que vamos a sentarnos? ¡En este zulo no hay espacio ni para sillas!

Mi hermano coge una caja de cartón grande, la arrastra hasta el centro de la habitación y me hace un gesto para que me siente sobre ella. Yo pongo los ojos en blanco y me masajeo las sienes. Me duele mucho la cabeza, estoy agotada del viaje y aún no he podido descansar. El *jet lag* va a acabar conmigo. Me muero de hambre, pero tampoco tengo intención de abrir la vieja nevera que hay en una de las esquinas de la sala. Tiene una pinta horrible, el tirador está despegado y tengo miedo de que salga alguna cucaracha. Dios, qué asco. Este minúsculo apartamento es una pocilga. Hace un calor de mil demonios y no hay aire acondicionado. El baño no tiene ventanas, el ventilador de techo no deja de chirriar, el sofá está lleno de quemaduras de cigarrillo y apesta a humedad. Es el peor lugar que he pisado nunca.

–¿Y tu bonito piso en Shibuya?

–Nunca lo he tenido. Solo le hice unas fotos durante una visita con una agencia inmobiliaria.

–¿Y tu estudio, tus compañeros y el proyecto?

–Se ha ido todo al garete.

–Dios mío, Jamie.

Mi hermano se sienta con torpeza en el suelo y de piernas cruzadas, frente a mí. Le vendría bien afeitarse y arreglarse un poco el pelo. No sé cómo puede soportar toda esa mata de rizos con el calor que hace.

Empieza a gesticular, abre los brazos y me mira como para asegurarse de que realmente le estoy escuchando.

–Habíamos empezado bien. Todo iba de maravilla: trabajábamos día y noche en el proyecto y contábamos con lanzar el juego durante las vacaciones. Para nosotros iba a ser un éxito asegurado.

–¿Vosotros quiénes?

Jamie se frota la nariz.

–Yo y cinco programadores más.

–¿Cinco?

–Bueno, es un estudio independiente, ¿qué te esperabas?

–No sé, nos hablabas tanto de él cuando venías a casa –digo tajante, mientras me doy aire en la cara con la mano.

Me notó algunas gotas de sudor en la frente. Joder, el verano aquí es infernal, peor de lo que me esperaba.

–Bueno, estábamos avanzando a buen ritmo. Ya habíamos probado la versión alfa de nuestro *Bang Battle Royale*, y cuando nos pusimos a probar la versión beta empezamos a ver que el juego tenía muchos *bugs*.

–No tengo ni idea de lo que me estás diciendo. ¿Puedes hablar como una persona normal, por favor?

Él se aclara la garganta y se revuelve el pelo.

–A ver, ¿cómo te lo explico…? Había muchos fallos. Contactamos con una empresa para que nos ayudara a probar el juego y asegurarnos de que todo funcionaba bien… pero fue todo lo contrario. Así que primero solucionamos los problemas más graves y después todo lo demás, pero en cuanto arreglábamos una cosa, empezaba a fallar otra.

Me llevo una mano a la sien y abro los ojos como platos.

–¿Cómo… cómo es posible?

Él abre los brazos y pone los ojos en blanco.

–¡No lo sé! Eso mismo dije yo. Aun así, tuvimos que aplazar la fecha de su lanzamiento hasta verano para asegurarnos de que podíamos terminar el trabajo y, mientras estábamos tratando de poner en marcha nuestro juego, pasó esto en primavera.

Teclea algo en su teléfono y después me enseña la pantalla: es un póster de un juego de descarga, pero está todo escrito en japonés y me duele tanto la cabeza que soy incapaz de traducir lo que pone.

–¿Qué es esto?

–Un *Battle Royale* con vaqueros. Es exactamente igual que el nuestro, pero con otro nombre. ¡Ah, y ha sido todo un éxito! ¿Has visto cuántos miles de descargas tiene? ¡Es toda una *killer app*! ¡Sabía que nuestra idea lo iba a petar!

–Ya estás volviendo a hablar así –me quejo negando con la cabeza.

–Estoy convencido de que la empresa con la que contactamos nos engañó para que ralentizáramos el desarrollo del *software* mientras le vendía nuestras ideas al mejor postor –continúa Jamie con el ceño fruncido.

–No lo creo. Tal vez se le haya ocurrido a alguien antes que a ti. A todo el mundo le gustan los vaqueros –respondo mientras me levanto tras oír crujir la caja sobre la que estaba sentada–. También podríais haber lanzado vuestro juego y haberles hecho la competencia.

–Ya no tenía sentido, Hailey. Hubiéramos lanzado al mercado un producto ya existente, nadie lo habría descargado. Al principio pensamos en planear otro proyecto, pero mis compañeros estaban tan nerviosos por todo el dinero que habíamos invertido para nada y por los meses de trabajo no remunerados que, al final, perdieron la confianza.

–Ya veo.

–Me dieron un ultimátum y me dijeron que iban a denunciarme. Así que tuve que pedir un préstamo para poder pagarles, porque ya me había quedado sin blanca –me cuenta angustiado–. Al cabo de unas semanas ya estaba arruinado, en busca de trabajo y endeudado hasta el cuello. Tuve que quedarme en un hostal barato, ya que el sueldo de repartidor no da para mucho más, y aquí sigo.

–¿Repartidor? –repito asombrada– ¡Pero si tú eres un genio de la informática!

–He enviado mi currículum a varias empresas, pero ahora mismo el sector está bastante saturado. Nadie quiere contratar a un occidental con tan poca experiencia –me explica mientras posa las palmas de sus manos sobre sus rodillas y suspira, agachando la cabeza–. Este lugar es una jungla, hermanita.

–¿Y ahora qué vas a hacer para pagar el préstamo?

–No tengo ni idea. Estoy intentando ahorrar algo de dinero, pero nunca es suficiente.

Me muerdo el labio y me enredo un mechón de pelo entre los dedos. No me gusta verlo tan mal, no estoy acostumbrada.

–¿Sabes? Aún tengo algunos ahorros del trabajo que tuve en verano. Puedo…

–No, Hailey –niega con rapidez haciéndome un gesto con la mano.

–No seas orgulloso, ya me lo devolverás con calma.

–Con eso no bastaría.

–Entonces podríamos hablar con papá para que te eche una mano –sugiero con insistencia.

–Escucha: ni tú, ni yo, ni papá tenemos todo ese dinero.

–Dios mío, ¿pero de cuánto dinero estamos hablando?

–Créeme, no quieres saberlo.

Vuelvo a mirar a mi alrededor. Me gustaría poder ayudarle, porque aún no puedo creer que alguien como él haya caído tan bajo. Tiene que haber algo que pueda hacer para ayudarle.

–¿Has intentado explicarle al banco la situación y pedirle unas cuotas más pequeñas? Déjame ver los documentos, a lo mejor se me ocurre algo que podamos hacer –sugiero.

–No hay ningún banco –me confiesa–. Ninguna entidad concedería un crédito a alguien como yo. Tuve que buscar otro modo de hacerlo. Uno no muy convencional.

–Oh, no. ¿Prestamistas? –intuyo.

–No exactamente, pero…

–Tenemos que contárselo todo a mamá y papá, ¡ya! –le interrumpo mientras saco el móvil del bolsillo de mis vaqueros.

–Primero, no puedes llamarlos ahora, porque son las cuatro de la mañana en Illinois –me detiene enarcando una ceja–. Y segundo, no quiero que lo hagas tú. Hasta el momento no le he

pedido ayuda a nadie, y tampoco pienso hacerlo ahora.

–¿Quieres seguir mintiéndoles? ¿Crees que se merecen eso?

–Papá y mamá han trabajado toda su vida para que podamos estudiar, y a su edad merecen irse a dormir tranquilos. No quiero que se arruinen por mis problemas, ya no soy un niño –me dice serio, como si me estuviera regañando.

–Bueno, ¿se te ocurre algo mejor?

Se encoge de hombros, se vuelve a poner en pie y mira el reloj que hay en la pared.

–Me las apañaré, sea como sea. No te preocupes.

–Pero Jamie, yo…

–Lo siento –me interrumpe agachando la cabeza durante algunos segundos–. Siento que hayas tenido que hacer un viaje tan largo y que lo hayas planeado todo al detalle para encontrarte con esta situación. Y siento haberte decepcionado –murmura mientras abre los brazos y niega con la cabeza–. Ojalá te hubiera recibido en un piso de lujo para que te quedaras todo el tiempo que hiciera falta mientras te instalases, pero ahora esto es todo lo que puedo ofrecerte. Si prefieres volver a casa, no te lo reprocharé.

Le doy un abrazo. Me gustaría seguir regañándole, pero sé que no serviría de nada. El pobre ya está bastante desmoralizado.

Jamie coge una gorra amarilla del perchero, se la pone en la cabeza y señala hacia la puerta.

–Tengo que ir a trabajar, pronto comienza mi turno. Tú descansa, que estás hecha polvo. Si quieres, puedes dormir en mi cama.

–¿Y tú?

–Trataré de conseguir un futón japonés.

Asiento y lo acompaño hasta la puerta. Me entrega las llaves, colocándolas sobre la palma de mi mano, y me sonríe con tristeza.

–¿Sabes? Ahora que te he contado la verdad, me siento mucho mejor. Estoy muy contento de que estés aquí. –Me guiña un ojo, abre la puerta y pone un pie fuera–. Me alegro de volver a verte.

Me despido de él y cierro la puerta con llave desde dentro. Oigo sus pasos fuera, en el rellano, y después en las escaleras durante algunos segundos más.

Me paseo por el pequeño apartamento y observo los pocos muebles que hay. La cocina tiene un aspecto desgastado: los fogones están sucios, el microondas está desenchufado, las dos ventanas solo se abren hasta la mitad y dan a los edificios contiguos, así que no entra mucha luz. En el dormitorio hay una cama, una mesita de noche y un armario pegados a las paredes y varios percheros que cuelgan del techo para secar la ropa. Me tumbo sobre las sábanas y miro hacia arriba mientras observo unos calcetines secos que cuelgan sobre mi cabeza.

Creo que, aunque decidiera quedarme, este sitio nos quedaría demasiado pequeño. Pero si el sueldo en la Saito fuera más decente, Jamie y yo podríamos juntar todo nuestro dinero para pagar rápidamente a sus acreedores. Y tal vez, incluso, podría conseguir un bonito piso para mí.

Doy una vuelta en la cama y me tapo los ojos con el brazo para protegerme de la luz. Estoy a punto de dormirme y comienzan a venirme a la mente algunos recuerdos de mi infancia.

Marcharme de aquí implicaría abandonarlo a su suerte y yo sería una pésima hermana si lo dejara solo ahora que tiene problemas. Pero en este momento tengo demasiado sueño como para ponerme a pensar en ello.

2. Hailey

Oigo algunos golpes y el sonido de un timbre. Al principio, ni siquiera sé de dónde vienen. Pienso que estoy en mi casa y que es de madrugada, pero en cuanto abro los ojos me veo en un lugar que no reconozco, sudando y desorientada por la oscuridad y el olor a humedad. Parpadeo un par de veces antes de darme cuenta: estoy en Tokio, en la cama de mi hermano, hace un calor de mil demonios y no sé ni qué hora es.

Me levanto, me deslizo desde el pequeño cuarto hasta la cocina con los pies descalzos. Me acerco a la puerta y me pongo de puntillas para ver a través de la mirilla.

–¿Quién… quién es? –murmuro sin darme cuenta de que tendría que haberlo dicho en japonés.

Enseguida reconozco la gorra amarilla que llevaba Jamie antes de irse.

–Hailey, soy yo. ¿Me abres?

–Ah. Sí, sí.

Con los ojos aún soñolientos, trato de encontrar las llaves y de forzar la cerradura para dejar pasar a mi hermano. De pronto, un olor muy desagradable me invade las fosas nasales.

–Creo que deberías darte una ducha, Jamie.

–Tú también.

Agacho la cabeza y me huelo la camiseta. Dios mío, tiene razón.

–¿Pero qué temperaturas son estas? –protesto mientras él cierra la puerta y coloca dos bolsas sobre la encimera de la cocina–. Es como una sauna, no se puede respirar.

–Pues esto no es nada, hermanita. Tendrías que haber visto el mes pasado. Aquí el verano da mucho asco, pero ahora es distinto. Unas semanas más y ya tendrás que ponerte una chaqueta –me explica mientras enciende el ventilador de techo, que primero empieza a chirriar y luego propaga una pequeña ráfaga de aire que apenas me alivia.

–¿Pero cómo puedes soportarlo?

Él se encoge de hombros, rebusca en las bolsas y saca de ellas unas cajas de patatas fritas y unos sobres de kétchup.

–Uno se acaba acostumbrando.

Me acerco a la cocina. Jamie también ha traído dos hamburguesas, un plato de verduras mixtas que no soy capaz de identificar y un par de bebidas.

–Dime cuánto te debo.

–Nada –responde dándole un bocado a su hamburguesa–. Lo único bueno de mi trabajo es que me dejan llevarme a casa los pedidos equivocados, así que puedo traer cena gratis casi todas las noches. Siempre se equivocan con algo en cocina.

–¡Oh, guau!

Cojo una patata con la punta de los dedos, pero mi estómago está revuelto y se niega a colaborar.

–No tengo hambre. Creo que voy a hacerme un café.

–Tienes que comer algo, si no ¿cómo vas a afrontar la entrevista de mañana?

–¿Ma… mañana? –Me paso una mano por el pelo y suspiro. Estoy hecha un lío, ya no recuerdo nada.

–Mañana por la mañana. Lo has dicho tú –responde extrañado–. Pero si ya no quieres ir, lo entiendo.

–Claro que voy a ir –murmuro–. ¿Cuánto tiempo queda?

Se ríe y se mira el reloj.

–Once horas, más o menos.

–Uf, cómo odio el *jet lag*.

–¿Qué quieres, Hailey? ¿Quieres que te contraten?

–Pues sí. No sabes lo que me costó conseguir todas las recomendaciones necesarias para esta entrevista. No voy a echarme para atrás justo ahora –respondo seria–. Me quedaré aquí y te echaré una mano con todo. Es una empresa importante que va en aumento, los sueldos serán buenos. Así podremos pagar a medias el alquiler, las facturas y la comida. Y lo que sobre lo ahorraremos para pagar tu deuda.

Él deja de masticar y me dirige una mirada seria.

–Ya sabes que no puedo aceptarlo.

–¿Por qué no? Ya me lo devolverás todo cuando puedas, al menos te librarás de los problemas. Tú harías lo mismo por mí, no lo niegues.

Suspira, abre una lata de cerveza y bebe un sorbo.

–No, no lo niego.

–Vale, entonces ya está decidido.

–Entonces, ¿de verdad estás pensando en instalarte aquí?

Empiezo a sentir un poco de hambre. Cojo la otra hamburguesa y la abro para saber qué lleva dentro.

–Sí, mientras pueda permitirme un piso con aire acondicionado y más grande que este, sí.

Jamie se apoya en la encimera y sigue comiendo de pie, aún con la gorra puesta. Parece muy cansado.

–Piénsatelo bien. La vida en Tokio no es fácil, sobre todo para gente como nosotros. Aquí, los occidentales no tenemos muy buena imagen y la gente suele hablar fatal de nosotros. Desconfían desde el primer momento.

–Sí, he leído algo sobre eso en Tumblr.

–Y si encima no hablas bien su lengua, peor.

–Hice un curso especial para eso. Me iba muy bien –insisto y le doy un bocado a la hamburguesa.

–Vas a necesitar algo más que eso para las conversaciones del día a día.

Mastico, trago el bocado y arrugo la nariz.

–¡Qué asco, lleva pepinillos!

Jamie se ríe, me ofrece su hamburguesa a cambio de la mía y me revuelve el pelo con una mano.

–Oye, te quiero –murmura algo avergonzado.

Me da la risa, porque tiene una cara graciosísima. Nunca solemos decirnos ese tipo de cosas.

–Yo también te quiero, pero, de ahora en adelante, basta de mentiras. ¿Me lo prometes?

–Te lo prometo.

3. Hailey

No ha sido una noche fácil. Mi hermano ha dormido como un lirón en su futón. Yo, en cambio, apenas he podido pegar ojo y he estado totalmente desvelada hasta el amanecer, resoplando en una cama que estaba tan caliente como un horno. Traté de refrescarme dándome una ducha, pero el baño es tan pequeño que enseguida se llenó de vapor, y me he pasado las horas siguientes preparándome mentalmente para la entrevista, imaginándome las posibles preguntas que podrían hacerme y sus respuestas. Jamie me ha dado algunos consejos para afrontarla, pero dudo que pueda recordarlos todos. De momento, lo único que quiero es llegar a la sede de Saito con buen aspecto y sudando lo menos posible.

–Venga, una vez más –dice Jamie pasándose una toalla por sus rizos rubios y despeinados–: ¿Cómo te diriges al jefe?

–*Kaichou-sama*.

–Muy bien. Y acuérdate de hacer siempre una reverencia. Aquí es mejor que te pases de respetuosa que arriesgarte a parecer una maleducada.

–Sí, me acordaré –afirmo mientras me extiendo el rímel por las pestañas.

–Intenta salir con tiempo, Marunouchi es una zona caótica. Ten siempre a mano el navegador de tu teléfono si no quieres perderte.

–Sí, sí, ya me lo has dicho.

–Y, sobre todo, atenta a los billetes. Hay muchas compañías ferroviarias y cada una tiene sus propios trenes y taquillas. Las distinguirás por sus colores –me explica–. No puedes subirte a un tren con un billete de otra compañía.

–Entendido.

–Ah, y… ponte unos zapatos cómodos. Puede que no encuentres sitio y te tengas que quedar de pie durante todo el trayecto.

–Vaya, no lo había pensado.

Dejo el espejo que estaba usando para maquillarme y empiezo a rebuscar en mi maleta para ver si encuentro un par de zapatos planos.

–Bueno, me tengo que ir a trabajar –dice Jamie poniéndose la gorra sobre el pelo todavía húmedo–. ¡Buena suerte!

Respiro hondo para tratar de calmarme, muevo el ventilador de la mesa hacia mí y empiezo a vestirme, cogiendo la ropa con la punta de los dedos para no arrugarla.

Para esta entrevista, he optado por llevar un traje de chaqueta rojo, aunque, a juzgar por estas temperaturas, tendré que prescindir de la chaqueta. Me miro en el espejo: el maquillaje está bien y mi pelo también. Estoy lista.

Cojo mi bolso y salgo de casa, siguiendo rigurosamente el recorrido en el navegador. Bajo las escaleras hasta la planta baja, salgo a la calle y miro a mi alrededor. Hace tanto bochorno que me cuesta respirar y me da la sensación de que el asfalto está ardiendo. En esta zona, los alquileres son asequibles, pero no hay prácticamente nada. No hay tiendas, ni locales, ni restaurantes, solo

algunas máquinas expendedoras en las esquinas y una lavandería autoservicio con un cartel amarillento que parece haber visto tiempos mejores. A la entrada, una anciana me mira las piernas descubiertas con indignación. ¡Ni que estuviera en pijama!

Después de caminar unos minutos, llego a la estación. Compro un billete y me pongo a la cola a esperar el tren. Noto que algunas personas me miran con curiosidad, aunque la mayor parte de la gente está demasiado ocupada mirando su teléfono móvil y no me presta atención. Mejor así.

En el tren, tengo la suerte de encontrar un asiento libre después de un par de paradas. Durante los primeros minutos, solo veo subir pasajeros y estudiantes, pero a medida que nos acercamos a Marunouchi, las cosas cambian: hombres de negocios, mujeres elegantes con bolsos de diseño y algún que otro occidental. Y, aunque hasta hace unos minutos estaba segura de que tenía un aspecto impecable, ahora presiento que no voy lo suficientemente arreglada para el lugar al que me dirijo.

Trato de estudiar los rostros de los pasajeros de reojo. Me pregunto si alguno de ellos será un compañero mío en el futuro. En fin, si pueden permitirse esa ropa, los sueldos tienen que ser muy buenos, no hay otra explicación. En cuanto anuncian mi parada, me levanto y me preparo para bajarme del tren. Nada más poner los pies en el suelo, solo tengo que echar un rápido vistazo a mi alrededor para darme cuenta de que estoy en la parte más rica y cosmopolita de la ciudad, donde incluso mi mejor traje, que he escogido con mucha atención, parece inapropiado. La fachada histórica de la estación, con sus ladrillos rojos, me llama enseguida la atención. Ni siquiera parece pertenecer a esta época. A su alrededor hay rascacielos enormes, edificios imponentes y sedes de grandes multinacionales. Comienzo a hacer fotos de cada detalle que veo y las comparto en mi Instagram, aunque a estas horas, con la diferencia horaria, dudo que mis amigos las vean. Hay un tráfico increíble, incluso en las aceras. Me dirijo hacia la sede de Saito tratando de no cansarme. No quiero quedarme sin aliento durante la entrevista. Las indicaciones del navegador me llevan hasta el pie de lo que parece ser una torre hecha de espejos, cuya parte más alta no llego a divisar. Enfrente de mí hay dos estanques artificiales, una fuente zen y unas piedras brillantes sobre un césped tan sumamente cuidado que parece de mentira. En el centro, unas farolas negras rodean un camino empedrado que conduce a la entrada del edificio.

Respiro muy hondo antes de recorrerlo. Veo a algunos empleados que entran y a otros que pasan de largo sin fijarse en mí. Me paso los dedos por mi pelo rizado y avanzo decidida, con la cabeza alta y la espalda recta. El suelo de la recepción es de mármol, las paredes están pintadas de un color carbón bastante oscuro, pero, a pesar de ser media mañana, hay unas lámparas de techo encendidas que iluminan toda la sala. Me presento siguiendo todos los consejos de Jamie: con una reverencia formal, un tono agradable y la voz no muy alta. La recepcionista me indica que las oficinas de la Saito Financial Company se encuentran en la novena planta y me señala el ascensor que hay que tomar para llegar a ella.

El aire acondicionado no tarda en hacerme sentir algo mejor, pero a medida que el ascensor va subiendo hasta la novena planta, me voy poniendo más nerviosa. Me desorienta oír una lengua tan distinta a la mía. Para entender lo que dicen las personas que me rodean necesito concentrarme mucho y, aun así, algunas palabras se me escapan. Pero no puedo dejarme llevar por la inseguridad justo ahora.

El número nueve se ilumina en la pantalla y las puertas se abren. Respiro hondo y salgo del ascensor tratando de ocultar que me tiemblan las piernas. Delante de mí hay una mujer que ha notado mi llegada y me está esperando. Tiene el pelo negro y liso con un flequillo perfecto, lleva un traje beis y tiene pinta de ser la empleada del mes. Me recibe con una reverencia muy

elegante, que yo le devuelvo, y se presenta con una sonrisa:

–Buenos días, me llamo Kawamura Yuki. Usted debe de ser la señorita Hailey Young.

Asiento, y me doy cuenta de que tiene una copia de mi currículum en la mano, así que debe de ser mi jefa. Me resulta curiosa la manera que tiene de pronunciar mi nombre. Esperaba que estuviera más familiarizada con el inglés.

–Es un placer conocerla, *Kaichou-sama* –digo con claridad.

Ella me mira sorprendida y parpadea varias veces.

–Yo no soy la presidenta, gestiono las comunicaciones –me corrige y me habla más lentamente, como si temiera que no fuera capaz de comprender su lengua–. Y soy la encargada de mostrarle nuestras instalaciones antes de la entrevista.

–Ah… discúlpeme –murmuro haciendo otra reverencia.

–Sígame, por favor.

Acabo de llegar y ya he empezado mal.

La señora Kawamura camina con pasos ligeros sobre sus vertiginosos tacones, como si se estuviera deslizando sobre el hielo. Me explica la división de los departamentos haciéndome gestos con las manos, y se detiene sobre una mesa vacía para decirme que, si todo va bien, ese podría ser mi futuro lugar de trabajo. Y a mí me gustaría acribillarla a preguntas, pero prefiero no mostrar demasiado entusiasmo, por ahora.

Las oficinas no difieren mucho de cómo las había imaginado. Son silenciosas, ordenadas, los empleados están encorvados delante de sus pantallas y hay hileras e hileras de mesas separadas por paneles divisorios opacos. La limpieza del lugar es ejemplar: hay plantas cuidadas en cada esquina y todos los espacios están muy bien delimitados. Lo que más me llama la atención es una sala de descanso, donde hay sofás, mesas y sillas, un bar de refrescos amplio y bien equipado, e incluso un jardín donde se puede comer y disfrutar de un poco de naturaleza en plena metrópoli. Dios mío, todo es perfecto.

Seguimos caminando, nos dirigimos de nuevo hacia las oficinas y tomamos un pasillo largo y muy amplio cuya pared está repleta de fotos. Ella me las muestra una por una, con gran orgullo.

–Este es nuestro presidente junto con algunos de sus clientes más importantes, empresarios muy famosos que seguramente reconocerá.

Pero yo no reconozco a ninguno, porque aún no tengo mucha idea sobre el mundo financiero japonés. El presidente, el rostro que más aparece en las fotos, no parece muy mayor y tiene una apariencia seria, como la de un samurái. No puedo evitar ponerme nerviosa ante la idea de que voy a conocerlo en persona.

Levanto la cabeza y me doy cuenta de que esta pequeña visita está a punto de terminar, porque frente a nosotras hay una puerta muy grande y oscura que tiene toda la pinta de ser el despacho del presidente. Me aclaro la garganta e intento tantear el terreno.

–Imagino que aquí todos sentís mucha admiración por su trabajo.

Kawamura hace una mueca extraña y gira la cara hacia un lado.

–Así es. De hecho, lo echamos mucho de menos.

–¿Quieres decir que el presidente… –balbuceo mientras trato de encontrar las palabras adecuadas– ha fallecido?

–Oh, no –niega con firmeza, algo indignada–. Pero debido a sus problemas de salud, tuvo que confiarle la dirección de la empresa a su hijo mayor. Y ahora él es el presidente.

–Un momento…

Pero mi guía no me escucha. Se detiene a unos pasos de la puerta, mira hacia el cielo y suspira.

Después golpea un par de veces la madera maciza.

–Con permiso.

Kawamura espera un momento antes de abrir la puerta y después desaparece tras ella durante unos minutos. El tiempo suficiente para que mis nervios se disparen por todo lo alto.

Poco después reaparece con un gesto visiblemente apenado, se hace a un lado para dejarme pasar y hace una reverencia.

–Por favor, pase, señorita Young.

Tengo que estar tranquila y mantener el control. Cruzo la puerta muy lentamente y me inclino para hacer una reverencia justo antes de ver la cara de la persona que tengo delante.

–Buenos días, *Kaichou-sama*.

–Cierre la puerta, por favor.

Su voz es grave, joven, seria y segura. Mientras me incorporo, estudio su figura: tiene la cabeza inclinada hacia unos documentos, una preciosa pluma estilográfica entre los dedos de su mano derecha y, a pesar de ser verano, lleva chaqueta y corbata. Tiene el pelo oscuro, peinado hacia un lado, las pestañas largas y el rostro suave, afeitado a la perfección. Está sentado detrás de un enorme escritorio de caoba, en un sillón de cuero con respaldo acolchado, y no parece dispuesto a levantarse para recibirme.

Retrocedo unos pasos para cerrar la puerta y espero a que al menos me haga un gesto, pero todavía no ha levantado la cabeza para mirarme. Pasa algunos papeles con los dedos y se aclara la garganta.

–Bien, señorita Hailey Young. Le adelanto que su perfil se ajusta perfectamente a las expectativas de la empresa. Esta entrevista no es más que un mero trámite.

–¿Cómo?

Esta vez, el presidente me dirige una mirada, levantando el rostro. Sus ojos son finos, afilados y no denotan amabilidad. Trago saliva y separo los labios con asombro. Jamás habría imaginado que me encontraría con un hombre tan atractivo frente a mí. Debe de ser joven, tan solo unos años mayor que yo, y sus rasgos parecen estar dibujados por un artista: tiene los pómulos altos y muy bien definidos, los labios oscuros y la barbilla alargada.

–Siéntese, por favor –me invita, señalando con su mano una butaca que hay delante de él.

No me gusta cómo me trata, me hace sentir inferior y estúpida. Y lo peor de todo es que creo que lo hace a propósito. Tengo que encontrar una manera de impresionarlo.

Me siento y me inclino ligeramente hacia delante para ver lo que está leyendo: es una copia de mi currículum, idéntica a la que tenía la señora Kawamura.

–Veo que viene del… norte de Chicago –enfatiza levantando la comisura de los labios como con asco–. Y que ha obtenido un máster en Administración de Empresas por la Universidad de Chicago.

Asiento, orgullosa, pero me siento confusa. Hay algo extraño en esta conversación, aunque a primera vista no puedo entender el qué.

–Y, además, su currículum va acompañado de la carta de recomendación de una profesora –añade mientras le echa un vistazo a un par de hojas–. Muy bien.

Tomo aire para responder, pero al final dudo.

Acabo de entender lo que está ocurriendo: me está hablando en inglés, con una pronunciación fluida y perfecta, salvo por alguna pequeña imprecisión. Y lo hace con tanta naturalidad, que no me había dado cuenta hasta ahora.

–Sí, fui la ayudante de la profesora Wang durante dos años –añado orgullosa, pero él me mira

con duda, como si algo de lo que he dicho estuviera incompleto–. Ella firmó la carta de recomendación –especifico agachando un poco la cabeza.

El presidente permanece impasible y pasa otra de las páginas de mi currículum.

–Tenemos muchos vínculos con universidades extranjeras y, aunque yo soy el responsable de ello, si su profesora le ha escrito una carta de recomendación imagino que usted posee unas excelentes cualidades –continúa diciendo mientras lee y sacude la cabeza–. Si bien su currículum no demuestra nada del otro mundo.

«Qué gran hijo de puta».

Está claro que lo está haciendo a propósito para incomodarme. Quiere resaltar la diferencia que hay entre nosotros: yo, una chica que ha vivido toda su vida en los suburbios y que ha tenido que luchar mucho para conseguir una beca; y él, el hijo mayor de un gran empresario, que ha nacido con suerte y que ya se encuentra al frente de una importante empresa financiera. Apuesto a que se está divirtiendo, así que empiezo a analizarlo mejor y lo confirmo en cada detalle: el reloj que lleva en la muñeca podría costar lo mismo que cuesta un coche y la pluma que tiene entre los dedos tiene su nombre grabado en dorado: SAITO NAOKI. Es como si se autoalabase con todas esas cosas, aunque… ¡Madre mía, si es que hasta su nombre es bonito!

–Puede hablarme en japonés –le digo con una sonrisa pícara, intentando presumir de lo que he aprendido en clase–. Lo estudié durante un año. Lo pone en el currículum.

Él arquea una ceja y a mí me da la sensación de que se está aguantando la risa.

–Créame, me cuesta menos hablar en su lengua que intentar entenderla a usted intentando hablar la mía. Pero no se preocupe, tendrá tiempo para mejorar su pronunciación –me responde haciéndome arder de rabia–. Su función será comunicarse con nuestros clientes en el extranjero. La mayor parte del tiempo hablará en inglés.

Será guapo, pero acabo de conocerle y ya siento que quiero aplastarle la cabeza. Aprieto los puños sobre mi regazo y me hago daño en las manos. Jamie me aconsejó que no fuera impulsiva, que me comportara educadamente y que evitara mostrar mi mal genio, pero es muy difícil.

El presidente apoya su pluma sobre otro documento, lo gira hacia mí y me marca algunos puntos.

–Un par de firmas aquí, por favor –me indica con tono de listillo.

Escribo mi nombre mientras contengo un suspiro. El contrato está en japonés y para estudiarlo a fondo necesitaría al menos diez minutos y tal vez un diccionario, pero no me apetece quedarme aquí sentada más tiempo de lo debido. Le echo un vistazo rápido al salario y veo que hay unos cuantos ceros. Ahora mismo eso es lo único que me importa.

–Muchas gracias –dice cogiendo una copia del contrato para él y entregándome la otra. Después se levanta y señala hacia la salida con su brazo–. De ahora en adelante, Kawamura-san será su supervisora y le explicará todas sus tareas con detalle. Por favor, diríjase a ella si tiene cualquier pregunta. Y ahora, si me disculpa…

Hace un gesto que me llama la atención: se remanga la manga izquierda, tirando de ella desde un punto cercano al codo para mirar su reloj. Quizá sea un truco para no ensuciarse los puños de la camisa.

Me pongo en pie y vuelvo a hacer una reverencia justo antes de irme. Jamie me hizo memorizar una frase muy ñoña para decir al final de la entrevista, y creo que es el momento de decirla:

–Gracias por darme esta oportunidad. Trataré de esforzarme al máximo por el bien de esta empresa.

–Los fines de semana las oficinas están cerradas, pero podrá empezar a trabajar a partir del próximo lunes.

Dios mío, ojalá pudiera clavarle esa pluma estilográfica en un ojo.

Fuera del despacho, la señora Kawamura me está esperando con el mismo gesto serio de antes.

–Enhorabuena –me dice amablemente en cuanto me acerco.

–Gracias. Será todo un honor trabajar aquí –respondo exagerando de nuevo–. Procuraré hacer mi trabajo lo mejor posible para que mi inexperiencia no le cause ningún inconveniente, Kawamura-san.

Mi nueva compañera parece impresionada por mis palabras. Por lo visto, Jamie tenía razón: aquí, la obsequiosidad es un plus. Me sonríe y asiente con la cabeza.

–Estoy segura de que aprenderá muy rápido.

Kawamura me lleva otra vez a las oficinas. Me presenta a algunos compañeros con los que intercambio cumplidos, les dice a todos que empezaré a trabajar con ellos a partir del lunes y les pide que «cuiden de mí». Otra particularidad japonesa a la que tendré que acostumbrarme. Pero, por lo demás, parecen muy amables. Estoy deseando contárselo todo a mi hermano.

La supervisora me acompaña hasta el ascensor. El mismo en el que he subido hace apenas unos minutos, aunque parece que ha pasado una eternidad. Sin embargo, antes de que pueda llamarlo, Kawamura me detiene y me empieza a hablar en voz baja y en tono avergonzado:

–¿Me permite solo un apunte, señorita?

–Sí –respondo extrañada.

Ella me mira de arriba abajo e inclina la cabeza hacia un lado.

–Es mi deber decirle que es importante vestir de acuerdo con la imagen de la empresa. Por este motivo, le pido que respete nuestro código de vestimenta –me explica lentamente–. No está permitido usar faldas por encima de la rodilla, como la suya, así como las camisetas sin mangas. Puede llevar pantalones, pero siempre y cuando sean de corte clásico. Además, tampoco se aconseja llevar estampados o colores muy llamativos, demasiado maquillaje o peinados muy elaborados.

No necesito mirarme al espejo para darme cuenta de que me he equivocado absolutamente en todo: el color de mi ropa, el pintalabios, los tirabuzones… Y yo que creía que iba guapa. El presidente debe de tener una malísima imagen de mí.

–Lo siento –me disculpo mientras agacho la cabeza–. Lo tendré más en cuenta de ahora en adelante.

–Se lo agradezco –responde con amabilidad. Después me hace una reverencia en señal de despedida–. Trate de descansar bien el fin de semana.

Cuando por fin me quedo sola en el ascensor, me apoyo en la pared y suspiro profundamente para liberar la tensión. Mientras espero a llegar a la planta baja, me pongo a releer los puntos más importantes del contrato que acabo de firmar. El salario me parece extremadamente alto y empiezo a pensar que quizá haya un error.

«Piensa, Hailey. Tiene que haber una trampa».

4. Hailey

–¿La paga anual?

–Exacto. Lo pone aquí, ¿lo ves? –me explica mi hermano–. Y a eso también hay que restarle los impuestos –añade mientras teclea algunas cifras en la calculadora–. El total neto mensual debería ser más o menos esto.

Me enseña el resultado de sus cálculos y casi se me escapa una risa nerviosa.

–¡No puede ser, es muy poco!

–En realidad, no está mal para ser una becaria. Se nota que es una buena empresa.

–¡¿Becaria?! ¡¿Ese imbécil me ha contratado como becaria?! –grito con rabia.

–Sí, lo pone aquí –señala moviendo su dedo índice hacia otra línea del contrato–. Oye, pero no te quejes, que te ha ido muy bien.

–Pero con eso no basta. Tenemos que saldar tu deuda –le recuerdo molesta–. Joder, tiene que haber una forma de ganar dinero rápido.

–En verdad, sí que la hay… pero tienes que confiar en mí.

Los dos nos miramos fijamente a los ojos durante unos segundos, en silencio, con el molesto ruido del ventilador de fondo.

–Dime.

Jamie se estira los brazos y acto seguido se levanta del sofá.

–Es difícil de explicar con palabras. Pero, si te apetece dar un paseo, puedo enseñártelo.

–Vale.

–Voy a cambiarme.

Mi hermano se encierra en su habitación y sale poco después. Se mete las llaves en el bolsillo, cuenta el dinero que tiene en la cartera y se acerca a la puerta.

–Seguramente volvamos tarde. ¿Te importa?

Niego con la cabeza y compruebo la hora en la pantalla del móvil antes de guardarlo en el bolsillo de los pantalones.

–No, siempre y cuando no sea nada turbio.

–Eso ya depende de cada uno.

Hago como que no le he escuchado. Después de todo, no creo que esté metido en ningún mal asunto. Al fin y al cabo, sigue siendo Jamie.

Caminamos juntos, como cuando éramos pequeños. En la mayor parte de las casas hay luz y las ventanas están cerradas. Pero no hay nadie por la calle, solo se oye algo de ruido cerca de la estación.

Miro a mi hermano mientras me habla y de repente siento un nudo en la garganta. Nos parecemos muchísimo, los dos tenemos la cabeza repleta de rizos rubios y los mismos ojos azules de mamá. Lo noto cambiado de cuando vivía en casa con nosotros. Está menos tranquilo y sonriente, como si no estuviera a gusto consigo mismo.

–¿Adónde vamos? –le pregunto en cuanto veo que ha comprado un par de billetes.

–A Shinjuku –responde con cierta vagancia.

En el tren al que nos subimos hay pocos pasajeros, quizá porque ya es tarde. Hay un hombre que se ha quedado dormido con la cabeza apoyada en la ventana, pero parece que a nadie le importa.

Otros pasajeros nos miran fijamente, especialmente un par de chicas que le lanzan miradas provocativas a mi hermano.

–Guau, te están comiendo con la mirada –le susurro.

–Solo tienen curiosidad. Si me ven con la gorra del restaurante, desaparecen a la velocidad de la luz. Para la mayoría de las japonesas, la posición social es más importante que todo lo demás.

–Vaya. Ya veo.

Me pongo a mirar por la ventana para distraerme y trato de buscar algún punto de referencia, aunque todo sea nuevo para mí. Jamie está muy callado y responde a mis preguntas con poco entusiasmo. Seguro que está cansado, hoy ha tenido que hacer un turno extra.

–Nos bajamos en la siguiente –me avisa.

La estación en la que nos bajamos es muy distinta a la de esta mañana, y considerablemente menos sofisticada: no hay estudiantes, ni tampoco gente elegante. Mi hermano parece conocer muy bien el lugar: camina con mucha seguridad y ni siquiera se para a mirar las señales.

Está lleno de lugareños, jóvenes divirtiéndose y turistas. Me llama la atención la cantidad de carteles vivos y de colores que hay. Me gustaría hacer alguna foto, pero no sé por dónde empezar. Todo es precioso.

–¿Dónde estamos? –le pregunto a Jamie elevando la voz para que se me oiga entre la música y el ruido de la gente.

–En Kabukicho. Un barrio no muy familiar –me dice enarcando una ceja–. Es famoso por la cabeza de *Godzilla*.

–¿Qué?

–Esa de ahí.

Sigo la dirección que él me indica con el dedo: en lo alto de un edificio iluminado por unas luces de neón, sobresale el hocico del famoso monstruo al que reconozco enseguida. Es impresionante.

–¡Espera, quiero sacarle una foto!

–No, Hailey, eso puedes hacerlo a la vuelta. No quiero llegar demasiado tarde y molestar a Mamasan.

–¿Quién es Mamasan?

–Una amiga. Ahora te la presento.

Atravesamos varias calles y terminamos en un callejón muy estrecho, únicamente iluminado por unos cuantos farolillos, lleno de bares y de pequeñas tiendas.

Miro a mi alrededor con la boca abierta. Jamás había visto nada igual.

–Esto es alucinante… Parece un pedazo de pueblo dentro de la ciudad.

Jamie sonríe mientras me cede el paso.

–Esto es Golden Gai.

–¿Aquí es donde está Mamasan?

–No, pero por aquí hay un atajo para llegar a su club.

Sigo a Jamie por un callejón estrecho y sin luz y volvemos a salir por una calle llena de carteles luminosos y neones de colores.

–Ya hemos llegado –me dice señalándome lo que parece un bar, a escasos metros de nosotros.

–Temple Club –leo en voz alta.

–Sí.

Nada más entrar, me doy cuenta de que eso no es un bar, al menos no uno como en los que he estado hasta ahora. La iluminación es tenue, el techo alto, las mesas están pegadas a las paredes y separadas por paneles divisorios y plantas, e incluso hay una especie de entresuelo. Predominan los colores verde y morado, y también el dorado en algunos detalles. Todo está decorado con imitaciones de las columnas de los templos griegos a pequeña escala, cosa que me resulta un tanto grotesca. De fondo suena una música *lounge* relajante y de vez en cuando pasan por delante de nosotros unas chicas guapas y muy arregladas.

–¿Me has traído a un prostíbulo? –le susurro alterada.

Él se pone un dedo sobre los labios.

–¡Chissst! No digas eso. Ellas no son prostitutas, son las diosas del Temple.

–¿Cómo?

–Así es como Mamasan llama a sus empleadas.

–Vaya, que sí son prostitutas.

–No, Hailey. Ellas son acompañantes, es muy diferente –me explica mientras avanzamos hacia el mostrador del bar, en el que no parece haber nadie–. Les hacen compañía a sus clientes, los escuchan, les hacen algún que otro halago, pero ellos tienen terminantemente prohibido tocarlas.

–¿Y la gente paga solo para mirarlas? –pregunto extrañada–. ¿Me estás tomando el pelo?

–Aquí las cosas son distintas a cómo las vemos nosotros. Algunas personas están tan absorbidas por el trabajo y las obligaciones que no tienen tiempo para salir, conocer gente nueva o entablar relaciones… Y, cuando entran en el Temple, llenan sus vacíos emocionales así.

Jamie se para a hablar con un chico junto a la barra. Es alto y corpulento, lleva un pinganillo en la oreja y parece serio. Seguramente sea un guardia de seguridad.

Nos sentamos en unos taburetes y, al cabo de unos segundos, aparece por el otro lado de la barra una chica delgada, japonesa, de hombros y codos marcados, con el pelo rapado por un lado y *piercings* en los labios, nariz y cejas. Lleva puesto un top de rejilla que le deja la piel al descubierto, salvo por una banda que le cubre los pechos. No sé por qué, pero no puedo dejar de mirarla. Es cautivadora.

–¡Jamie, cuánto tiempo!

–¡Mamasan!

Mi hermano la saluda con una sonrisa cariñosa, se acerca a ella y los dos empiezan a hablar con total confianza, como si se conocieran de toda la vida, e intercambian algunas bromas en japonés que yo no consigo entender del todo. Después, Mamasan hace un gesto y comienza a mirarme fijamente.

–¿Quién es este angelito?

–Mi hermana, Hailey. He venido aquí para presentártela.

La dueña del Temple apoya los codos sobre la barra, frente a mí, sin quitarme los ojos de encima. Y yo empiezo a sentirme incómoda.

–*Yare*, *yare* –murmura–. ¿Qué hace una chica tan buena como tú en un lugar como este?

–¿Y-yo?

Soy incapaz de contenerme los nervios. La manera en que me mira me perturba, no sé ni cómo interpretarla. Mi hermano le explica que acabo de llegar a la ciudad, que quiero ganar experiencia aquí, pero que el sueldo de becaria apenas me permite pagar el alquiler y algún que otro gasto. Mamasan le escucha, pero no deja de mirarme todo el rato a mí. Me analiza de arriba

abajo como si estuviera tomándome medidas: me mira los pechos, la cintura, las caderas y el pelo.

–Ya veo –dice finalmente.

–¿Crees que ella podría trabajar aquí?

–Dios, sería una estúpida si le dijera que no a semejante belleza. Los clientes vendrían de toda la ciudad para ver esa carita.

Abro los ojos, estupefacta. Ahora entiendo por qué me examina de esa manera. ¡Intenta averiguar cuánto dinero puede ganar conmigo!

–Eh, espera un momento –exploto en inglés, mientras fulmino a mi hermano con la mirada–. ¿Por quién me has tomado, Jamie?

–Esto no tiene nada de malo, es un trabajo como otro cualquiera –me responde en voz baja–. Los horarios son compatibles con los de la empresa y ganarías un montón de dinero, sin exagerar. Este lugar es seguro, Mamasan no dejaría que te pasara nada malo.

–Con el salario fijo mensual, las comisiones de las consumiciones y las propinas de los clientes, podrías ganar hasta el doble de tu sueldo de becaria –interviene ella, que parece entender nuestra lengua–. Sería una pena que desaprovecharas esos ojos tan bonitos en una triste oficina.

No sé si es culpa de la música, de las chicas que van y vienen o de mi cansancio, pero estoy empezando a perder la concentración.

–¡No quiero estar entre viejos verdes y babosos! –exclamo, indignada, hacia Jamie. Pero Mamasan cruza los brazos por debajo de sus pechos y niega con la cabeza, mirándome muy seriamente.

–En mi local solo dejo entrar a gente decente. Mis clientes no son viejos verdes ni babosos, sino respetables hombres de negocios y grandes trabajadores que solo buscan unas horas de descanso en una vida llena de esfuerzo y sacrificio. Esto es como un oasis en medio de su desierto –dice señalando con un gesto elegante hacia algunas mesas que están ocupadas–. Y si no me crees, puedes darte un paseo y preguntar a mis chicas cómo se encuentran.

Jamie se ríe y me da un codazo suave en el brazo.

–Mira, Hailey, ¿tú quieres un piso más grande y con aire acondicionado? Si trabajas aquí, en unos meses podrás permitírtelo.

Me muerdo el labio, me apoyo en la barra y miro a mi alrededor. Todo parece muy tranquilo, no lo puedo negar. Tampoco hay nada que me parezca turbio: hay chicas guapas y hombres que todavía llevan su traje de oficina, como si hubieran acudido directos aquí después del trabajo. En las mesas hay cócteles, juegos de mesa y aperitivos. Los tonos de voz que se oyen son tranquilos y, de vez en cuando, suena alguna risa fuerte, pero nada fuera de lo normal.

–Entonces… Solo tendré que hablar y sonreír de vez en cuando, ¿no? –pregunto en voz baja.

–Sí –afirma la propietaria del club–. No vas a tener ningún problema. Y si alguien te molesta –añade dirigiendo su mirada hacia el guardia de seguridad que se encuentra a la entrada–, Jin lo manda a la calle. Aquí no toleramos ni los comentarios fuera de tono, ni las actitudes excesivamente cercanas.

Me encojo de hombros. Después de todo, la idea no parece tan mala. Además, ¿qué se supone que voy a hacer en mi tiempo libre? Jamie siempre está trabajando y, cuando está en casa, necesita descansar. Aquí aún no conozco a nadie, no tengo con quién salir por la noche, y la idea de encerrarme en el minúsculo piso de mi hermano me deprime.

–Me lo voy a pensar –murmuro para mí.

–Si quieres, puedes venir una noche de prueba el fin de semana –propone Mamasan–. Estoy segura de que te gustará. –Coge una tarjeta de visita cerca de la caja y me la da. Al contrario de lo que suelen hacer los japoneses, no me hace ninguna reverencia, sino que me estrecha la mano al estilo occidental–. Llámame. Cuento con ello.

Cuando salimos del club, aún me siento aturdida. Caminamos por donde hemos venido, despacio y cansados, de vuelta hacia la estación.

Observo la tarjeta de visita a contraluz: es negra y morada y, junto al número de teléfono, veo que pone JUNO.

–¿Cuánto hace que la conoces? –le pregunto a Jamie, que camina tranquilo con las manos en los bolsillos–. ¿Y cómo se llama, Mamasan o Juno?

–Se llama Juno, pero en el club todas la llaman Mamasan –me explica–. Es una de las primeras personas que conocí al llegar aquí. Una noche la vi en un *pub* y… estaba un poco borracho, así que le tiré los tejos descaradamente. Pero me rompió el corazón diciéndome que no le gustan los hombres.

–¿Y después os hicisteis amigos?

–Eso es. Me ayudó muchas veces, sobre todo al principio, cuando no sabía ni cómo moverme. Y ella fue quien me consiguió el préstamo tras las constantes negativas de los bancos. Y también me advirtió sobre la «tasa de interés» –me cuenta imitando las comillas con los dedos–. Debería haberle hecho más caso.

Suspiro y niego con la cabeza.

–Dios, no quiero ni pensarlo. Todavía no me has dicho la cifra exacta.

–Te la diré cuando tenga el valor de pronunciarla en voz alta.

Seguimos caminando, en silencio. Creo que aún no soy capaz de perdonarle que me haya estado mintiendo todo este tiempo y que se haya inventado tantos cuentos chinos a la ligera. Y él debe de haberlo entendido, porque va con la cabeza gacha, sin decir ni una palabra.

–¿Crees que es una buena idea si pruebo a trabajar en el Temple?

–Sí. Si no, no te hubiera llevado allí. Muchas veces, la gente que viene a trabajar aquí lo hace en este tipo de clubes, al menos al principio, porque hay mucha demanda y no se necesita tener unos conocimientos especiales. Confío en Juno, sé que estarás en buenas manos.

–¿De verdad me ves trabajando de acompañante? –insisto.

–Bueno, tienes mal genio, pero tal vez a alguien le resultes simpática.

–¡Oye!

Le doy un codazo de broma y él me lo devuelve. Empezamos a reírnos como dos niños, sin importarnos la gente de alrededor.

–¿Sabes si hoy hay alguna fiesta o algo así? –le pregunto con curiosidad mientras hago unas cuantas fotos para colgarlas en Instagram– ¿Qué hace toda esta gente por ahí a estas horas?

–Solo es Tokio a medianoche.

–¡Guau! –exclamo mientras me deslumbran las luces de neón–. Pues creo que es más bonito de noche que de día.

5. Hailey

No quiero que nadie se entere. No se lo voy a contar ni a mis padres, ni a mis amigas. Sé que, en realidad, no estoy haciendo nada malo, pero sería un tanto difícil de explicar. Todos piensan que he venido a Japón para ganar experiencia en una gran empresa… y no para trabajar en un club nocturno.

He intentado resistirme, pero Juno y su club han despertado algo extraño en mí. Y, después de todo, confío en mi hermano. No ha dejado de repetirme que es un lugar seguro y que podré ganar bastante dinero sin apenas esfuerzo. Además, es una buena oportunidad para practicar mi japonés y conocer gente nueva.

Es solo una noche de prueba. A la mínima cosa rara que vea, saldré por patas y no volveré a entrar en el Temple Club nunca más. Si, en cambio, todo va bien, me quedaré solo hasta que pueda encontrar un piso para mí y ayudar a mi hermano con su deuda, mientras espero un ascenso en Saito. Sí, eso es lo que haré.

He tratado de imitar el estilo de las otras chicas del club con lo que llevaba en mi maleta y, al parecer, a Mamasan le ha gustado bastante.

–Estás muy sexi –me dice mientras me observa atentamente bajo las luces tenues del local–. Pero estás muy tensa.

–Lo siento, es que me siento un poco bajo presión.

–No tienes de qué preocuparte, esta noche solo estarás trabajando de apoyo con mis chicas. No vas a estar sola en ninguna mesa hasta que te vea preparada.

–Vale. ¿Y qué es lo que tengo que hacer exactamente?

–Nada –responde encogiéndose de hombros–. Sígueles la corriente. Bebe, ríete de sus chistes, di algo gracioso de vez en cuando… Intenta que te inviten a los cócteles más caros, así ganarás más dinero por comisión. Pero nada con demasiado alcohol –sentencia firmemente levantando el dedo índice–. Ya sabes: no puedes emborracharte.

–Mejor. No me sienta nada bien el alcohol.

–De momento, esperaremos a que llegue el cliente adecuado, alguien que no tenga problema en conocer gente nueva –me explica–. Mientras tanto, intenta que el señor Mizumi se fije en ti. –Hace un gesto con la cabeza para señalarme una mesa apartada en una de las esquinas del local. En ella hay un hombre de unos cuarenta años, muy serio, al que acompañan dos chicas–. Es un poco arisco, pero gasta mucho dinero. Por desgracia, también es reservado y solo te invitará a su mesa después de haberte visto al menos un par de veces, si consigues llamar su atención. –Mamasan coge una bandeja y pone sobre ella una botella de sake y unos cuantos vasos de porcelana decorada–. Toma, lleva esto a su mesa –me dice bajando la voz y hablándome a un palmo de la nariz–. Y mientras coloques la botella y los vasos sobre la mesa, levanta la mirada como quien no quiere la cosa. Haz que crea que fue algo casual.

–¿Quieres decir…

–Sí, pon justo esa carita inocente –me interrumpe–. Y haz lo mismo mañana y pasado. Cuando

pregunte por ti, sabrás que ya lo tienes en el bote. Es uno de nuestros mejores clientes, así que intenta que no se te escape. –Me guiña un ojo y se apoya con sus codos sobre la barra–. Venga, ve. Te vigilaré desde aquí.

Respiro hondo. Solo tengo que actuar como una camarera, no puede ser tan difícil. Cojo la bandeja y camino con la espalda recta hacia la mesa del señor Mizumi mientras observo mi reflejo en la botella que estoy llevando. Me inclino, coloco la bandeja sobre la mesa, deposito el sake y los vasos e intento establecer contacto visual con el cliente, pero solo dura unos segundos. No parece que el señor Mizumi esté interesado en mí, al menos esta noche.

–Creo que no ha funcionado.

–No seas impaciente –me regaña Mamasan.

Analizo el entorno mientras espero a que Juno me diga qué más hacer. Debo admitir que no parece un mal sitio, y que incluso podría llegar a acostumbrarme a él.

De repente, la puerta principal se abre y entra un hombre de unos sesenta años, calvo y con el pelo canoso, la cara llena de arrugas y un gesto amable en el rostro. La propietaria lo observa con atención.

–Perfecto –me susurra al oído–. Es el señor Takeda. No podrías haber tenido más suerte.

–¿Qué?

–Es tu momento, angelito.

Mamasan sigue poniendo copas, mientras que Rika, una de las pocas acompañantes que están libres, recibe al hombre que acaba de llegar y lo acompaña hasta una mesa. Yo empiezo a ponerme algo nerviosa. Y, entonces, la dueña del Temple empieza a hablarme en voz baja mientras se seca las manos con una bayeta.

–El señor Takeda es un hombre tranquilo –me dice–. Se quedó viudo hace unos años y no se ha vuelto a casar. Viene al club casi todas las noches para jugar al Shanghai con las chicas, y se va después de haberse bebido un par de copas. Es el director de una empresa de servicios postales y le encanta hablar sobre ello. Muestra interés, pídele que te cuente alguna anécdota sobre su trabajo y empezará a hablar como un lorito.

–Vale… voy a intentarlo.

–Haz que se sienta importante. Si saca un cigarrillo, enciéndeselo. Si su vaso se vacía, llénaselo. Y, mientras te esté hablando, hazle saber que lo escuchas con interés. Si por casualidad tose o suspira, intenta decirle algo considerado, como «señor Takeda, ¿no se estará usted excediendo con el trabajo?» –prosigue–. Le encantará que se lo digas. De hecho, a todos los hombres les encanta.

–Madre mía, no creo que lo consiga. Ser así no va conmigo.

–Poco a poco –dice intentando tranquilizarme–. Si necesitas ayuda, Rika-chan te echará una mano.

–Pero es que yo no soy así –protesto.

–Ninguna lo es –me revela Juno con una sonrisa saliendo de detrás de la barra–. Solo actúan. Todas actuamos.

–¿Qué quieres decir?

Me suelta una risita y me acompaña hasta la mesa donde se acaba de sentar el señor Takeda. La acompañante con la que está, Rika, no deja de sonreír. Tiene el pelo lleno de reflejos claros, las uñas largas y pintadas de colores brillantes y un vestido de raso que la envuelve desde el busto hasta las nalgas. No he tenido la ocasión de conocerla, ya que de momento solo he hablado con Mamasan, pero parece simpática.

–Buenas noches, señor Takeda –dice Juno haciendo una reverencia elegante para saludarle–. Permítame que le presente a nuestra nueva compañera. –Hago una reverencia mientras ella sigue hablando–: Se llama Hailey. Acaba de llegar desde Estados Unidos y aún se está adaptando a la vida en Tokio. He pensado que quizá le gustaría conocerla.

El señor Takeda pone cara de asombro, sonríe embobado y me mira de la cabeza a los pies.

–¡Ha hecho usted un larguísimo viaje! –exclama–. Me encanta Estados Unidos. Será un placer escuchar sus anécdotas, siempre y cuando *Eri-san* desee hablar de ellas.

Asiento con la cabeza, ignorando el hecho de que acaba de pronunciar mal mi nombre.

Rika me invita a sentarme a su lado con un gesto muy alegre. Sobre la mesa hay una *tablet* con el menú y una caja de madera que posiblemente contenga los palillos del Shanghai. Nunca he jugado, y no conozco sus reglas, así que seguramente perderé la partida. Pero me da igual. Al fin y al cabo, solo estamos actuando… ¿no?

6. Hailey

Un par de copas y una partida a un juego antiguo en compañía de dos chicas. Todavía no puedo creer que un hombre como el señor Takeda estuviera dispuesto a pagar por eso. Rika y yo nos pusimos de acuerdo para dejarle ganar la partida antes de que se emborrachara. Nos habló de su trabajo, del gran número de cartas que transporta su empresa y de lo importantes que siguen siendo hoy en día los servicios postales. Me pidió que le contara algo sobre mi ciudad, cualquier cosa, y acabé describiéndole un partido de los Bulls que vi en un estadio el año pasado. Se emocionó tanto como un niño, como si lo hubiera visto en directo. Se fue borracho y feliz, nos dio las gracias por nuestra compañía y le dio la enhorabuena a Mamasan por su trabajo.

Después de todo, no ha sido tan difícil. Y, a pesar de los comentarios sarcásticos de Naoki Saito, nadie tuvo problemas para entender mi japonés. Rika es simpática y muy divertida, y enseguida nos hicimos amigas. Me contó que es dos años mayor que yo y que es madre soltera.

–Lo has hecho muy bien –me dice Juno mientras apaga la caja registradora.

–Tampoco he hecho nada del otro mundo.

–Pues le has gustado. Te ha dejado un poco de propina –responde. Me guiña un ojo, curva sus labios y se agacha para cerrar las bolsas de basura.

–Venga, ayúdame a llevarlas fuera.

–¡Oye, esto no era parte del trato!

–Lo siento, angelito. Si por mí fuera, no te lo pediría nunca, pero todas las chicas me ayudan con la basura una vez a la semana. Aquí no hay favoritismos –se justifica–. Vamos, no me mires así. Si se enteran de que tengo algo de debilidad por ti, terminarán poniéndose celosas.

–Venga, vale. Pero al menos dame unos guantes.

–*Yare*, *yare*. A alguien no le gusta ensuciarse las manos.

Se ríe, me hace unas señas para que me acerque, coge una de las bolsas y me indica que coja las otras dos. Las arrastramos por la salida trasera mientras pongo cara de asco. Es una pequeña puerta chirriante que da a un callejón sin salida, donde, al fondo, hay un par de contenedores y varias bolsas de basura apiladas. Unos metros más allá, está la entrada a otro bar, que tiene pinta de ser oscuro y poco frecuentado, con un cartel que apenas se ve.

Mamasan pone un pie sobre el pedal para abrir el contenedor, pero la tapa solo se levanta unos centímetros y ella refunfuña en voz baja.

–¿Te importaría sujetarla? –me pregunta.

–Ni de coña.

–Solo un momento –insiste–. Venga, sé buena.

Resoplo, hago una mueca y me acerco al contenedor tapándome la nariz. Mientras sostengo la tapa con una mano, ladeo la cabeza hacia el otro, tratando de escapar del olor, en vano. Miro el pequeño local a lo lejos, intrigada por la silueta de un hombre que está a punto de entrar. Desde aquí y en la oscuridad no soy capaz de distinguir sus rasgos. Pero cuando se pone debajo del cartel lo distingo mejor: es de complexión delgada, piernas largas y hombros anchos. Hay algo

en él que me resulta familiar. Antes de cruzar la puerta, se acerca la mano derecha al codo izquierdo y gira la muñeca.

«Yo ya he visto ese gesto antes».

Juno tira la última bolsa y por fin puedo dejar de sujetar la tapa del contenedor.

–Oye, Mamasan… –le digo–. ¿Qué es ese lugar?

–¿Ese? –repite dirigiendo su mirada hacia la misma dirección–. Nunca vayas allí.

–¿Por qué?

–Allí es donde van los pervertidos que no querías encontrarte en mi club –responde–. Es un *soapland*, un baño público donde los hombres pagan a las mujeres para que los laven –añade ante mi expresión confundida–. Aunque, en realidad, también ofrecen masajes y tratamientos especiales en habitaciones privadas… entre otras cosas.

–Me ha parecido ver a alguien conocido allí. Quizá alguien de mi empresa.

–¿Cómo se llama la empresa en la que trabajas? –me pregunta abriendo la puerta para dejarme entrar de nuevo en el Temple Club.

–Saito.

Se me queda mirando asombrada, como si acabara de decir algo imposible, y se echa a reír.

–¿En serio? No te preocupes, la gente que trabaja allí tiene una reputación demasiado buena como para andar por aquí. Jamás se atreverían a mancharse los zapatos en un lugar como ese –murmura–. De todas formas, no te convendría que la gente supiera que también trabajas como acompañante. Ten mucho cuidado: cuando estés en el club no menciones tu empresa, y viceversa, ¿vale?

–Está bien.

Juno y yo vamos al baño del personal. Mientras nos lavamos las manos me mira a través del espejo y me sonríe.

–Espero que sigas trabajando conmigo. Con esa cara tan guapa, vamos a ganar una fortuna.

–Bueno… creo que mañana no podré venir. El lunes es mi primer día en la empresa, y no puedo quedarme hasta muy tarde. Pero quizá vuelva durante la semana.

–Vale, perfecto –asiente mientras se seca las manos debajo del secador–. Vamos a buscarte otro cliente.

Mamasan no tarda mucho en dar con el cliente adecuado para mí. Le basta con dar una rápida vuelta por el club para decirme a qué mesa tengo que ir.

–Ahora te voy a presentar al señor Hamada, un caballero de los de verdad –me explica señalándome una mesa a lo lejos–. Es el cofundador de una empresa que exporta productos japoneses al extranjero, y no le importa estar en compañía de occidentales. De hecho, seguro que si te sale decir una palabra en inglés harás que se le escape una sonrisa. El problema es que es el cliente habitual de Asuka –me advierte haciendo una mueca–, y a ella no le gusta compartir. A lo mejor la toma contigo. Si lo hace, tú no le sigas el juego.

Asiento con la cabeza. Por lo que tengo entendido, Asuka es la chica más popular del club, y lo que más les atrae a los demás de ella es su carácter distante. Además, es increíblemente guapa: es la más alta de todas, tiene un cuerpo atlético, una nariz respingona y una piel que parece de porcelana. Es imposible competir con ella.

Nada más acercarnos al cliente, Juno y yo le saludamos haciendo una reverencia. Es un hombre atractivo, de unos cuarenta años, con rasgos delicados y pequeñas arrugas a ambos lados de los ojos que le dan un aspecto sereno. Cuando nos ve, sus labios finos se curvan formando una sonrisa que ilumina su rostro.

–Buenas noches, Hamada-san. Quería aprovechar la ocasión para presentarle a Hailey. Llegó hace unos días desde Estados Unidos.

El señor Hamada me sonríe tanto que se le achican los ojos.

–Oh, así que esta es la preciosa flor nueva de tu jardín, Mamasan –dice amablemente–. Será un honor admirarla de cerca.

Me ruborizo, le respondo con un tímido gesto con la cabeza y voy a sentarme junto a Asuka, que parece molesta y alza su barbilla sin siquiera mirarme.

Está claro que no le caigo bien. Pero, sinceramente, el sentimiento es mutuo.

7. Hailey

Mi primer fin de semana en Tokio fue traumático. Traté de acostumbrarme a la diferencia horaria y al clima sin quejarme demasiado. Salí a comprar ropa adecuada para la oficina y un armario de plástico lo suficientemente pequeño para que cupiese en la habitación de Jamie. Así que por fin pude deshacer la maleta. Llevábamos sin compartir habitación desde que éramos niños, pero discutimos sobre la división del espacio igual que entonces. Estuve todo el domingo sola, porque mi hermano también trabaja los fines de semana, y lo pasé comiendo comida rápida, tomando bebidas energéticas y conformándome con el café enlatado que venden en la máquina expendedora de al lado de casa, esperando con ansia a que llegara el lunes.

Hoy empiezo a trabajar en la Saito Financial Company. Estoy lista. He estado repasando mi japonés mediante algunas clases *online* y practicando mi pronunciación. Esta mañana he salido muy temprano para asegurarme de llegar con tiempo y he llegado a la sede de la compañía consultando solo un par de veces el navegador. Puede que, como dice mi hermano, Tokio sea una jungla, pero sea como sea me las apañaré.

Esta vez no necesito pararme en la recepción, ya sé qué ascensor tomar y a qué planta dirigirme. Y no me importa si los demás me miran de reojo porque soy nueva, tarde o temprano se acostumbrarán a verme por allí.

En cuanto se abren las puertas del ascensor, me envuelve el ambiente distante de las oficinas. Atravieso el pasillo principal, paso por la primera fila de mesas y me dirijo hacia la mía, que pretendo personalizar poco a poco con fotos y recuerdos. Por ahora, empezaré con un imán de los Bulls.

Justo cuando estoy moviendo mi silla, la señora Kawamura se acerca a mí, muy amable, y me pregunta cómo me encuentro y si estoy lista para empezar. Me enseña paso a paso cómo consultar los archivos en el ordenador y coloca junto al teclado varias hojas de papel con frases en inglés y en japonés.

–Su tarea consistirá en escribir a los clientes que lleven mucho tiempo sin ponerse en contacto con nosotros –me explica–. Pregúnteles cómo fue su experiencia con nosotros y ofrézcales nuestros servicios con condiciones ventajosas.

–¿Tengo que convencerlos para que firmen una nueva financiación?

–No, no –niega rápidamente y señala con el dedo las primeras líneas de las hojas que me ha dado–. Si le dicen esto, responda esto –me indica–. Si le dicen esto otro, responda esto. Y después les pondrá en contacto con el departamento de negocios, que se encargará de todo lo demás. ¿Todo claro?

–Sí, todo claro.

–Ah, y recuerde revisar su bandeja de entrada. Sus compañeros podrían escribirle en caso de necesidad.

–¿Qué tipo de necesidad?

–Depende. Pueden necesitar ayuda con documentos, contactos, traducciones rápidas o requerir

asistencia de varios tipos. Ofrecerles su ayuda será una gran oportunidad para darse a conocer y aclimatarse –concluye con una sonrisa falsa–. Ahora tengo que volver a mi puesto. Por favor, empiece en cuanto esté preparada.

No me está gustando nada todo esto. Tengo la sensación de que me han encargado las tareas más aburridas, esas de las que nadie quiere ocuparse. Lo de tener que escribir correos electrónicos que seguramente acabarán en *spam* no es lo que yo me esperaba.

–Café y fotocopias.

Me sobresalto y levanto la cabeza. No veo a nadie al otro lado de los paneles divisorios.

–¿Quién ha hablado? –pregunto.

–Hina Yoshida. Nos conocimos el viernes, pero a lo mejor no te acuerdas. –Por detrás del panel de mi derecha veo sobresalir una mata de pelo castaño y un par de ojos brillantes–. Puedes llamarme Hina, si lo prefieres.

–Encantada de conocerte, Hina. Yo soy Hailey.

–Te pedirán que les hagas favores, pero sobre todo café y fotocopias –continúa–. Es lo que hicieron conmigo el año pasado, cuando yo era becaria.

–Oh… vaya.

–Dale un golpe al panel cuando necesites algo. ¿Sabes? Kawamura-san parece maja, pero en realidad se enfada si la interrumpes muy a menudo.

–Lo tendré en cuenta, muchas gracias.

Café y fotocopias. ¿De verdad se creen que no sé hacer nada mejor?

Debe de haber sido idea de ese presidente tan arrogante, pero joder, le voy a enseñar de qué pasta estoy hecha.

Me encojo de hombros y respiro profundamente. Pongo la mano sobre el ratón y comienzo a crear una lista de clientes con los que contactar. Voy a hacerlo tan sumamente bien que tarde o temprano se darán cuenta de mi talento.

De repente, un sonido de notificación me avisa de que he recibido mi primer mensaje, y no es otra que Kawamura. Necesita varias copias de unos documentos y una taza de café solo sin azúcar en menos de media hora.

Echo la cabeza hacia atrás y dejo que mis brazos cuelguen de la silla mientras resoplo. Desde el otro lado del panel, Hina suelta una risita.

El sonido de la notificación se repite, pero esta vez el mensaje es de mi compañera de la mesa de al lado. Por un momento, he temido que ella también quisiera aprovecharse de mí, pero en el *mail* no me pide ningún favor, sino que me invita a comer juntas.

Doy un par de golpes al panel divisorio para llamar su atención.

–Me encantaría. Gracias.

Sigo trabajando y busco en los archivos los documentos que me ha pedido Kawamura. Deslizo el ratón, escribo en el teclado y reviso lo que he escrito para asegurarme de no haber cometido ningún error. El trabajo es bastante sencillo y mecánico, el ambiente es tranquilo y todo el mundo está ocupado en sus mesas. Pero de pronto dejo de oír el ruido de las teclas y de las voces de los que hasta hace un rato estaban hablando por teléfono. Un silencio sepulcral se ha apoderado de la sala.

Me giro para ver qué ocurre. Todos los empleados, incluida Hina, miran hacia la misma dirección.

Por lo visto, el presidente acaba de llegar y camina con arrogancia entre las mesas. Solo se detiene un momento para dar los buenos días a sus empleados y todos le responden al unísono,

excepto yo, que estoy demasiado distraída observando el hoyuelo que le sale en el lado izquierdo de su boca.

Parece darse cuenta casi al instante. Dirige su mirada hacia mi dirección y esboza una sonrisa falsa.

–Buenos días, señorita Young –me dice en inglés.

–Buenos días, *Kaichou-sama* –respondo en japonés en voz baja y muy incómoda. Me pregunto qué habrá pensado al verme mirándole. Dios, qué vergüenza.

Avanza hacia su despacho con paso firme y yo no puedo evitar fijarme en varios pequeños detalles: la forma en que levanta la nariz y la barbilla, su manera de caminar y ese gesto tan peculiar de mirarse el reloj tirando de su manga hasta el codo.

«El sábado por la noche, en ese callejón… ¿y si era él?».

–¿No es guapísimo? –dice Hina interrumpiendo mis pensamientos.

–¿Quién?

–*Kaichou-sama* –responde embobada–. Está cañón.

–Bueno… no lo sé.

No se habrá dado cuenta de que yo también lo estaba mirando, ¿no? En cualquier caso, no me apetece comentarlo abiertamente. Después de todo, es el presidente, y yo solo llevo una hora trabajando aquí. No quiero dar una imagen equivocada de mí misma.

–Aquí casi todo el mundo babea por el presidente –dice mi compañera–. Pero por desgracia no le sigue el juego a ninguna de sus empleadas. Al parecer, tiene novia… pero nadie la ha visto nunca.

Me encojo de hombros. Si tiene novia, es imposible que Naoki Saito vaya a ese tipo de locales nocturnos. Tal vez Mamasan tenga razón: la gente de esta empresa no frecuenta esos lugares.

–Me alegro por él. –Suspiro volviendo al trabajo.

8. Hailey

Maldita sea. Sabía que había alguna trampa, todo estaba yendo demasiado bien. En el último minuto, justo antes de la hora de cierre, mi bandeja de entrada se llenó de mensajes de mis compañeros. Me encargaron un montón de tareas aburridas para que ellos pudieran salir a tiempo de la oficina. Y, cuando dieron las seis, todos se precipitaron hacia el ascensor y me dejaron con una pila de documentos para imprimir y fotocopiar, listas que actualizar y contactos que archivar. Hina fue la única que se quedó un par de minutos más para animarme, pero al final tuvo que salir a toda prisa para no perder el autobús.

La oficina está completamente desierta. Quedan pocas luces encendidas y el único ruido que oigo es el de la fotocopiadora. Tendría que haberme ido hace media hora y, visto lo visto, tendré que coger el próximo tren a casa.

Ya solo me quedan veinte páginas por fotocopiar. El ruido del aparato y las luces led parpadeando me están dando sueño.

Diez páginas. Ahora la pila de hojas de papel es casi tan gruesa como un libro. Ni siquiera recuerdo quién me las pidió, así que las dejaré sobre la mesa y las clasificaré mañana.

Cinco páginas. Ya casi he terminado, por fin.

–¿Qué hace aquí todavía?

Me estremezco y por poco se me caen los documentos que tengo en la mano.

–*Kaichou-sama*…

–En su contrato no pone nada sobre horas extra. Deje eso y váyase a casa.

Creo que está a punto de irse. Lleva la chaqueta doblada sobre el brazo y la corbata aflojada. Su expresión es seria y luce una arruga de cansancio en la frente, pero en el fondo sigue estando tan atractivo como esta mañana.

–Sí, ya casi he terminado. Solo estaba… estaba…

Mierda, no soy capaz decirlo en japonés. Es como si todo lo que he estudiado se me olvidara cada vez que me habla. Pierdo la concentración, balbuceo y él suspira.

–Ya se lo he dicho, puede hablarme en su lengua –masculla en voz baja.

–Estoy fotocopiando unos documentos que me han pedido mis compañeros –consigo decir–. Ya está. Esta es la última página.

–Qué obstinada –murmulla–. Podría haberlo hecho mañana.

–Prefiero no procrastinar –respondo después de dejar las hojas sobre la mesa, y me dirijo hacia la salida–. Además, todavía falta una hora para que salga mi tren y esperar en la estación no es muy divertido.

Naoki Saito camina a mi lado y el olor de su perfume llega hasta mi nariz a cada paso. Creo que es una mezcla de canela y de otras especias, o algo así. Le sienta bien: es fuerte, dulce e intenso al mismo tiempo, e inexplicablemente atractivo.

–¿Y por qué esperar en la estación? –me pregunta con arrogancia deteniéndose frente al ascensor y pulsando el botón para abrir las puertas–. Puede aprovechar ese tiempo para darse una

vuelta.

–No sabría adónde ir.

Entramos en el ascensor y su olor se vuelve casi abrumador. Él mira fijamente hacia delante y yo le miro a través de los pequeños espejos laterales. Parece cansado y, de vez en cuando, se masajea la nuca con su mano libre, y logro distinguir sus omóplatos bajo la camisa blanca. Parece un chico deportista. Debe de hacer mucho ejercicio.

–Estamos en uno de los barrios más bonitos de la ciudad, ¿y usted no sabe adónde ir? –me vacila.

–Todavía no conozco este sitio.

Se lleva la mano a la sien y niega con la cabeza, como si hubiera dicho algo malo.

–Ha dicho que tiene al menos tres cuartos de hora libres, ¿no?

–Sí, ¿por qué?

–Le enseñaré los alrededores, así la próxima vez estará más preparada.

Parpadeo y me quedo quieta, observándolo asombrada, mientras las puertas del ascensor se vuelven a abrir y él sale rápidamente. ¿De verdad acaba de proponerme que demos un paseo juntos?

–Venga, ¿qué me dice? –insiste.

–Bueno… vale.

Una visita guiada por Marunouchi con el presidente. Dios, mis compañeras me envidiarían por esto.

Mientras Naoki atraviesa el vestíbulo, los empleados y los altos cargos que siguen en el edificio le dirigen breves miradas de respeto, a las que él responde con saludos formales, sin detenerse ni un solo momento hasta la salida. Parece que tiene prisa por irse y, para seguirle el ritmo, tengo que acelerar el mío.

El impacto del aire húmedo y cálido del exterior me hace respirar con dificultad. Veo que a él también le afecta la temperatura y que, tras unos pasos bajo el sol, que está a punto de ponerse, y en medio de una nube de humo producida por la cantidad de coches que hay, se lleva una mano al cuello para aflojarse aún más el nudo de la corbata y abrirse el primer botón de la camisa.

«No puedo mirarlo. No puedo mirarlo, o se dará cuenta».

–Uno de los primeros lugares que debería conocer está a unos pocos pasos de aquí –me dice mientras señala con la cabeza un edificio de ladrillo rojo que parece oculto entre los rascacielos que nos rodean.

–¿Ese edificio?

–Es la sede de Mitsubishi. Quizá no le parezca nada del otro mundo pero, en la época en la que se construyó, en este distrito solo había edificios de madera de no más de dos plantas. Para la gente fue, cuando menos, impresionante –me explica con ilusión–. Y esto fue solo el principio del proceso que transformó Marunouchi en el centro moderno y económico que es hoy en día. Poco a poco, todos los edificios de esta zona se construyeron hacia lo alto con el propósito de marcar una nueva era.

Habla como si fuera el presentador de un documental, demostrando sus dotes como guía turístico y sus amplios conocimientos sobre la zona con un montón de referencias históricas. Y yo ni siquiera sabría decir cuándo se construyó mi propia casa.

Cojo el móvil y me pongo a grabar un vídeo corto para colgarlo en las redes sociales, en el que también muestro la sede de la famosa empresa. Pero Naoki se vuelve hacia mí, enarca una ceja y extiende un brazo para bajar mi móvil.

–Mire con sus propios ojos, no a través de una pantalla. Todo esto está lleno de detalles muy importantes y se los está perdiendo todos.

–En realidad, yo solo veo rascacielos –respondo cortante.

–Eso es porque está mirando en la dirección equivocada –insiste, y sigue caminando, girándose de vez en cuando para no perderme de vista–. Fue justo en estas calles donde empezó el cambio. Esa construcción representa el momento exacto en el que el poder pasó de estar en manos de la nobleza a las de la industria. Fue la primera en construirse después de que se demolieran los palacios feudales.

–Es genial que conozca tan bien su ciudad natal –comento impresionada por la pasión que transmite en su voz. Habla de Tokio como si fuera de lo que más le gusta hablar en el mundo, y como si él mismo hubiera estado presente en la construcción de esta zona.

–Yo no nací aquí.

–Ah. ¿Y dónde nació?

Él tarda en responderme. Se toma unos segundos para mirar el cielo de Tokio, atravesado por los edificios, y después cierra los ojos.

–En Nara.

–¡Esa es la ciudad de los ciervos! –exclamo–. La vi en YouTube.

–En persona es diferente –responde con una sonrisa–. Las pantallas siempre ponen una cortina de plástico que resta la belleza de muchas cosas.

–Me gustaría ir a visitarla alguna vez.

Sigo caminando detrás de él. A veces, tengo que correr un poco para no perderlo entre la gente. Él permanece en silencio, se afloja de nuevo la corbata y emite un leve suspiro por el calor.

–Si le interesa ir de compras, aquí cerca se encuentra el centro comercial que alberga la histórica oficina de correos. O… –continúa, abriendo un brazo hacia su izquierda– tal vez podría pasarse por el Shin-Marunouchi una noche de estas, cenar en un buen restaurante, admirar las vistas e ir directamente a la estación por su planta subterránea. Está a unos minutos a pie.

–Suena genial.

El presidente se mira el reloj de la muñeca y lanza una mirada cómplice.

«Otra vez ese gesto».

–Si dejamos de pararnos cada poco, llegaremos a tiempo. Vamos.

–¿Q-qué?

–Venga, muévase.

Avanzo detrás de él, trato de subir a las redes sociales mi vídeo y alguna que otra foto que he sacado sobre la marcha, y me pongo a cruzar el paso de cebra sin darme cuenta de que Naoki Saito se ha detenido en el semáforo. Oigo un par de bocinas pitando. Levanto la mirada de la pantalla y jadeo asustada mientras Naoki me tira del hombro hacia atrás.

–¡Guarde ese aparato si no quiere que la atropellen!

Delante de mí, los coches avanzan a causa del tráfico. Los demás peatones, que permanecen de pie al borde de la acera, esperando para poder cruzar la calle, me miran asustados.

Me ha tocado. Por un momento, he sentido el calor de las manos de *Kaichou-sama* en mis brazos, y un escalofrío me ha recorrido la espalda de abajo arriba.

–Lo siento –murmuro agitada mientras vuelvo a guardarme el móvil en el bolsillo del pantalón–. Yo no… no lo había…

De nuevo, siento que se me ha olvidado el japonés. A este paso, va a empezar a pensar que todo lo que le conté sobre el curso era mentira.

Aunque estemos en medio de mucha gente, sigo oliendo su perfume. Tengo la impresión de que se me ha pegado y de que no podré librarme de él ni cuando llegue a mi casa.

Cruzamos la calle junto con otros peatones hacia el edificio que me enseñó hace tan solo unos minutos. Nada más entrar, me quedo ensimismada por todo lo que veo: arcos de cristal y de hierro, palmeras chinas, techos altísimos, luces cilíndricas que cuelgan hacia abajo y se reflejan en el suelo…

Hay un montón de tiendas en las que me gustaría entrar a echar un vistazo. Me detengo en el escaparate de una de ellas para mirar unos fulares que hay expuestos junto a un cartel de rebajas.

–¿Ha visto algo que le guste, señorita Young?

–Sí, pero ya volveré en otra ocasión. Si entro ahora, tardaría horas en decidirme.

Los bares y restaurantes son espectaculares. A mi alrededor hay, especialmente, gente de mi edad, algún turista y muchos estudiantes con uniforme. Y, tal y como ha dicho el presidente, hay un acceso directo a la estación.

–Creo que a partir de ahora haré siempre este recorrido –digo entusiasmada.

Él esboza una media sonrisa y sigue acompañándome hacia la estación. Ya empiezo a ver los andenes, las taquillas y la gente haciendo cola.

–Tokio es un laberinto, le llevará unos años orientarse –me comenta, parándose y mirando su reloj–. Si es que planea quedarse, claro.

Suspiro por una mezcla entre el cansancio, el calor y la presión que siento en el pecho. Vine aquí sin pensármelo demasiado y me he dado cuenta de que todo es mucho más difícil de lo que creía. Ni siquiera sé ni qué estoy haciendo aquí, y me da miedo que esto sea solo el resultado de haber tomado una mala decisión. Y eso que esta mañana sentía que iba a comerme el mundo.

–La verdad es que no lo sé. No creo…

Él enarca las dos cejas, sorprendido.

–¿Por qué? ¿No le gusta?

–Al contrario. Creo que es un lugar maravilloso, pero… tengo entendido que es difícil labrarse un futuro en esta ciudad, sobre todo para los que venimos de otros lugares –respondo mientras agacho la mirada y pienso en la situación que está viviendo mi hermano.

Naoki inclina ligeramente la cabeza hacia un lado. Parece algo molesto por lo que acabo de decir.

–¿Quién le ha dicho eso? –pregunta–. No le haga caso a los prejuicios. Haga lo que haga en la vida, siempre tendrá que empezar desde el escalón más bajo –sentencia con rotundidad.

Yo le miro, como buscando aprobación, y él me devuelve la mirada haciéndome sentir segura sin añadir ni una palabra. No sé cómo lo ha hecho, pero ha conseguido animarme. La sensación de presión en el pecho ha desaparecido por completo.

–Gracias, *Kaichou-sama* –le digo haciendo una reverencia–. Por la visita guiada y por todo lo demás.

–De nada –responde mientras se mira el reloj. Me da la impresión de que está a punto de decirme algo importante, así que me acerco a él para escucharle. Pero, de repente, cambia de opinión y se limita a soltar un suspiro–. Póngase a la cola, o perderá el tren.

–Sí, claro. Bueno… hasta mañana.

–Hasta mañana. Cuídese.

Se da la vuelta y le sigo con la mirada mientras se dirige hacia la salida de la estación y desaparece entre la multitud. Naoki Saito tiene algo especial que solo se ve cuando no está sentado tras la imponente mesa de su despacho. Debo admitir que, si no viviera en una

dimensión tan opuesta a la mía, no fuera el presidente y no tuviese novia, tal vez sería mi tipo ideal.

Me encojo de hombros y respiro hondo. Me equivocaba. El olor de su perfume se ha ido con él. Y eso me jode un poco.

9. Hailey

Cuando llegué a casa, me puse a mirar el extracto de mi cuenta bancaria y casi me da un infarto. Desde que aterricé en Tokio, he gastado mucho más de lo que esperaba entre ropa, comida y billetes de tren. Si esto sigue así, los pocos ahorros que me quedan no durarán mucho. Por eso, decidí llamar de nuevo a Juno y le pedí que me contratara de manera oficial en su local. De momento, no veo otra solución y, después de todo, el día de prueba no estuvo mal, e incluso me gustó.

Después de pelearnos por la ducha y cenar un bocadillo de pie, Jamie y yo salimos de casa y cogimos el mismo tren. Él se ha bajado unas cuantas paradas antes que yo para ir a trabajar y yo he seguido hasta el barrio rojo.

He llegado al Temple Club puntual. Creo que acaba de abrir hace nada. Yo espero unos minutos fuera antes de entrar.

Mamasan me saluda con entusiasmo y me invita a seguirla hasta el fondo del bar. Ha preparado un contrato para que lo firme, e incluso se ha molestado en traducirlo al inglés.

–¡Estaba segura de que volverías! –exclama con orgullo–. Aquí te sentirás muy cómoda, Hailey. Y ganarás tanto dinero que pronto podrás permitirte uno de esos preciosos pisos nuevos.

–¡Eso espero! –respondo mientras escribo mi nombre.

Ella me guiña un ojo y juega con el *piercing* que lleva en el labio inferior.

Esta noche hay bastante menos gente que el fin de semana anterior. Las acompañantes se pasean de un lado hacia el otro, charlan entre ellas, y tan solo hay un par de mesas ocupadas. Pero Juno no deja de mirar hacia la entrada, como si estuviera a punto de llegar alguien importante.

–¿Estás esperando a alguien? –le pregunto mientras la ayudo a colocar los vasos limpios en los estantes.

–Sí, al señor Mizumi.

–¿El amargado del otro día? –intuyo.

Ella asiente y me guiña un ojo.

–Es un amargado, pero también es uno de los clientes más ricos. Y estoy segura de que llegará en cualquier momento, así que estate preparada.

Asiento con la cabeza y miro a mi alrededor. Me gustaría charlar con las otras chicas y hacer amistad con ellas, pero parecen muy reservadas. De hecho, a veces tengo la impresión de que intentan evitarme. Hasta ahora, Rika ha sido la única que ha sido amable conmigo.

Trato de ayudar vaciando los ceniceros que hay encima de las mesas y llevándole los vasos vacíos a Juno. Mientras tanto, ella no pierde de vista la entrada del club. Y no falla: el hombre que estaba esperando aparece al cabo de unos minutos. Lo reconozco por su expresión seria, sus espesas cejas negras y su actitud arisca. Una de las chicas le saluda inmediatamente y lo acompaña a una de las mesas del fondo.

Mamasan sonríe, y se agacha para coger una bandeja y unos vasos de sake.

–Te ha mirado. ¿No te has dado cuenta? –me dice en voz baja.

–No.

–Ahora concéntrate y no hagas tonterías –me aconseja–. Dentro de un rato te pedirá una copa, y tú harás lo mismo que el sábado pasado: lo miras a los ojos un momento, como quien no quiere la cosa, y luego vuelves aquí.

–De acuerdo.

Me apoyo en la barra y juego con un mechón de pelo mientras espero. ¿De verdad es tan importante el señor Mizumi? ¿Cómo va a fijarse en mí si no le gusta conocer gente nueva? Es un hombre mayor. Dudo que guiñándole un ojo pueda seducirlo.

–Ahora –me dice Juno nada más nos llega su pedido–. ¡Vamos!

Contengo un suspiro, cojo la bandeja con el sake y los vasos que ha preparado y me pongo a seguir sus instrucciones. Camino tranquilamente hasta la mesa, me inclino para servir la bebida y le dirijo una mirada fugaz al cliente mientras levanto la cabeza. Creo que esta vez sí me ha correspondido.

Vuelvo hacia Juno orgullosa de mí misma, pero me doy cuenta de que está discutiendo con Asuka, la chica más popular del club.

–¡Primero el señor Hamada y ahora el señor Mizumi! –La escucho mascullar disgustada–. ¿Le estás reservando los mejores clientes a propósito?

–Hay clientes para todos –responde Mamasan tranquilamente mientras se encoge de hombros.

–Ni siquiera entiendo por qué la has contratado: es torpe, tiene una voz muy desagradable y apenas se le entiende.

–Ten paciencia con ella. Si de verdad piensas todo eso de ella, no tendrás ningún problema en que compita contigo, ¿no?

Me acerco a la barra con cara de preocupación. Juno me guiña un ojo para tranquilizarme, pero Asuka se muerde el labio y me mira con rabia.

–Estúpida *gaejin*.

–¡Asuka! –exclama la jefa alzando la barbilla–. Aquí no usamos esa palabra.

Ella se da la vuelta y se marcha resoplando, dejándome paralizada y sin poder responder.

–Lo siento. No era mi intención molestaros –le digo a Mamasan.

–Ya se le pasará –responde pasándose un mechón de pelo por detrás de la oreja y volviendo a ponerse a mezclar bebidas.

–¿Quieres que haga algo?

–Sí. Esta noche está siendo floja, pero me harías un favor si salieras e intentaras atraer a algún cliente –responde rápidamente–. Sé que es un fastidio, angelito, pero eres la nueva y te toca a ti. Rika-chan te ayudará.

Asiento y acepto. Al fin y al cabo, parece que no tengo otra opción y necesito un poco de aire. Salgo del local la primera, con los brazos cruzados y miro hacia la calle. Hay pocos hombres paseando, y todos ellos están bien acompañados. Al cabo de unos minutos, Rika viene hacia mí, me sonríe y me coge del brazo.

–Siento mucho lo que te ha pasado –me dice con tono amable–. No te tomes muy en serio a Asuka. Tiene un carácter difícil, pero no es mala persona.

–Da igual, en serio.

–¡Venga, vamos a ver si captamos a algún cliente!

Intento hacer lo mismo que Rika, aunque yo no soy tan efusiva como ella. En cuanto ve a alguien pasando muy cerca del Temple, corre hacia ellos con energía, llevándome a mí con ella

del brazo, y les pregunta si quieren pasar la noche hablando con nosotras. Pero, por desgracia, nadie parece estar interesado. La respuesta más frecuente es que se van a casa, pero Rika no se lo cree y murmura que se van a otro club.

–¿Hay mucha competencia? –le pregunto tras otro intento fallido.

–Muchísima –responde moviendo sus largas pestañas postizas–. Pero Mamasan es la mejor y no tenemos rival –añade guiñándome un ojo–. ¡Somos las diosas del Temple!

–Claro que sí –digo siguiéndole la corriente mientras enarco una ceja.

La gente sigue paseando por la calle iluminada por los carteles de neón. Sobre todo son parejas o señores trajeados. Algunos incluso fingen no oírnos y nos evitan pasando de largo, y Rika empieza a perder su entusiasmo.

De repente, un hombre al final de la calle me llama la atención. Camina con pasos largos y rápidos bajo las luces intermitentes. Le acompaña una mujer muy guapa, de melena larga y oscura, y con un vestido claro.

Parpadeo varias veces y abro ligeramente la boca. A medida que avanza, su silueta se hace cada vez más nítida: es Naoki Saito, estoy segura. Y probablemente ella sea la novia de la que siempre hablan en la oficina.

Abro los ojos como platos por el asombro. Él está tan distraído que aún no se ha fijado en mí, pero está viniendo hacia nosotras. Y no quiero que me vea. No aquí. Ni así.

–¡Tengo que esconderme! –le susurro a Rika, que aún sigue cogida de mi brazo, y retrocedo hacia la entrada del club.

–¿Qué pasa?

–¡Rápido, vamos dentro!

Intento soltarme de ella, pero mi torpeza me traiciona y termino haciendo tropezar también a Rika, que se tambalea y casi se cae al suelo.

–¡Eh, Hailey, tranquila! –me regaña mientras recupera el equilibrio.

Demasiado tarde. Ha dicho mi nombre en voz alta y ahora todos los transeúntes nos están mirando. Incluido él.

«¡Joder, me está mirando!».

Nuestras miradas se cruzan durante un par de segundos. Él me mira fijamente y yo permanezco inmóvil, paralizada, mientras contengo la respiración. Me dispongo a saludarlo, pero Naoki se gira hacia el otro lado y pasa delante de mí ignorándome por completo, como si no me conociera. Y no sé si eso es bueno o malo, pero mi corazón late con tanta fuerza que me tiemblan hasta las rodillas. ¿Por qué él? Es la última persona a quien querría ver aquí. Ahora tendrá una malísima imagen de mí. Pensará que me dedico a ir buscando a hombres para sacarles el dinero, y que no soy apta para su impecable y reputada empresa.

Rika lo observa, se pone las manos en las caderas y niega con la cabeza.

–Pero mírala –masculla–. Todavía se atreve a venir por aquí.

–¿La conoces?

–Trabajaba en el Temple hace unos años –me explica–. Pero Mamasan la echó porque no acataba sus normas. Quedaba con algunos hombres fuera del club y se iba con ellos a hoteles a cambio de dinero. Ahora es acompañante de lujo en un club nocturno.

–¿Es… una prostituta?

Rika asiente con indignación.

–Sí, pero no se hace llamar así. Es ilegal, aunque hay tantas formas de saltarse la ley… –responde–. Bueno, al menos parece que esta noche tiene un buen cliente.

Entonces no es su novia. Eso quiere decir que…

–Venga, vamos a invitar a esos dos.

–Qué gran hijo de puta –susurro para mí en inglés.

–¿Qué?

–Lo siento, estaba distraída.

Así que Naoki Saito, que por el día finge ser el típico empresario joven perfecto y de ciudadano ejemplar, y que es respetado y admirado por todos sus compañeros y empleados, viene a pasar la noche al barrio rojo.

«Parece que no soy la única que tiene algo que esconder, *Kaichou-sama*».

Al final, Rika y yo conseguimos encontrar unos clientes para el club. Se trata de dos chicos algo más jóvenes que nosotras que han venido de otro bar y que aún no han terminado su noche. Parece que mi acento y yo despiertan su curiosidad, así que me piden que pronuncie algunas frases en mi idioma nativo e intentan mantener conversaciones básicas conmigo. Cada vez que cometen un error, no pueden evitar reírse.

La noche transcurre sin más sorpresas. Enseguida pasan dos horas y yo por poco me olvido de lo que ha sucedido. Tal vez a *Kaichou-sama* le importe un bledo lo que hago con mi vida cuando no estoy en la oficina. O quizá le haya dado igual porque estaba demasiado ocupado con su cita como para pensar en ello.

Ahora el Temple ya está a punto de cerrar.

Mamasan ha bajado el volumen de la música y está guardando los vasos y las botellas. Me dirijo hacia la barra para echarle una mano, y entonces, a pesar de lo tarde que es, la puerta principal se abre.

No puedo creer lo que estoy viendo. Otra vez él: Naoki Saito, con su traje oscuro, su aspecto impecable y su mirada penetrante. ¡Joder, ha venido a buscarme!

–¡Oh, no, no! –exclamo–. No puede verme –le digo a Mamasan, poniéndome detrás de ella.

–¿Qué pasa, angelito?

Él se dirige hacia nosotras y yo no sé qué ni qué hacer. Me agacho para esconderme detrás de la barra, y me pongo a los pies de Juno. Es lo único que se me ocurre. Mamasan alza la vista, coge una bayeta y se pone a sacarle brillo a una taza.

–*Yare*, *yare* –murmura–. ¿Qué haces?

Oigo los pasos de Naoki acercándose cada vez más. Cierro los ojos con fuerza y contengo la respiración. Lo único que quiero es que no se dé cuenta de que estoy aquí.

–Buenas noches, señor –dice Juno–. Lo siento, pero estamos a punto de cerrar. Le atenderemos encantadas mañana, si quiere venir.

La voz del presidente me pone nerviosa. Como siempre, es insoportable y despótica.

–Quiero hablar con la chica americana.

–¿Qué chica americana?

–La que está escondida ahí abajo.

Trago saliva y me muerdo el labio inferior. Me dispongo a salir de mi escondite, pero Juno se mantiene firme. Se echa a reír y le contesta plantándole cara:

–Señor, me temo que ha bebido demasiado y que no sabe lo que dice. Por favor, vuelva en otra ocasión.

–Eso haré. No puede quedarse ahí para siempre.

Él chasquea la lengua. No dice nada más, pero oigo el ruido de sus zapatos en el suelo. Se está yendo.

–Jin, cierra la puerta –le ordena Mamasan al portero. Luego se cruza de brazos y me mira con el ceño fruncido mientras yo me pongo en pie y recupero el aliento–. Esto me lo vas a tener que explicar –me dice asustada–. ¿Qué quería ese hombre de ti?

–Él es… es… –Suspiro y agacho la cabeza–. Es mi jefe.

Ella hace una mueca de desaprobación doblando las comisuras de sus labios.

–Mal. Muy mal.

–Ya, la he cagado –se me escapa en inglés–. Tengo las horas contadas. Me va a despedir.

–¿Por qué sabe que trabajas aquí?

–Me ha visto fuera con Rika hace un rato. Estaba con una mujer…

–Interesante –me interrumpe–. Bueno, creo que tú no eres la única que está en un marrón. Él es el jefe de una gran empresa y si se empieza a correr la voz de que le gusta venir a este tipo de sitios… –dice sonriendo– ya puede ir despidiéndose de su intachable reputación.

–Bueno, no creo que eso baste para arruinar su reputación.

Juno me guiña un ojo.

–Tienes la sartén por el mango. No dejes que te despida, chantajéale.

–¿En serio? ¿Chantajearlo?

–Sí, claro. Pídele un aumento, un despacho más grande… lo que tú quieras. Lo tienes contra las cuerdas –insiste.

–Vamos, eso sería absurdo.

–¿Pero no te das cuenta? Quiere saber cuál es el precio de tu silencio. Por eso ha venido a buscarte –me dice mientras me roza la mejilla con la punta de los dedos y me coloca un rizo hacia un lado–. Esta noche la suerte te ha sonreído. Vete a casa, angelito. Es tarde.

10. Hailey

Esta mañana me ha costado despertarme mucho más de lo que me esperaba. Me he puesto unas gafas de sol para ocultar mis ojeras, pero he tenido que quitármelas en cuanto he llegado a la oficina. La señora Kawamura me ha preguntado, con cierto disgusto, si he estado trasnochando y me ha recomendado descansar más. Y Hina no ha dejado de mirarme mientras se toma el café.

–Hailey-san –me dice.

–¿Sí?

–¿Seguro que estás bien? Tienes muy mala cara.

–Estoy bien, solo es… el *jet lag,* y todo eso –digo improvisando una respuesta.

–Hum…

Estoy tan tensa que cualquier mínimo ruido me hace sobresaltar sobre la silla. Aún no ha llegado el presidente, pero intuyo que lo veré entrar en cualquier momento. Empezará a caminar entre las mesas, nos dará los buenos días a todos los empleados, ¿y luego qué? ¿Hará como si nada o me despedirá delante de todos?

El ansia y la espera me están matando. No puedo dejar de morder el bolígrafo y de golpear el suelo con el pie por culpa de mi nerviosismo. No tengo ni idea de lo que va a pasar.

Suspiro y miro fijamente la pantalla del ordenador, pero no logro entender lo que pone. Cuando me pongo nerviosa, soy incapaz de traducir del japonés y, a este paso, no voy a conseguir terminar nada hoy.

Oigo a Hina resoplar desde el otro lado del panel.

–*Kaichou-sama* llega tarde –dice–. Qué raro, nunca había pasado eso desde que trabajo aquí.

Pero yo no le contesto. Me tiemblan las manos.

–Igual está enfermo –continúa diciendo con excesiva preocupación–. Solo espero que no le haya pasado nada grave.

–A lo mejor hay un atasco –mascullo y aprieto los dientes–. Al fin y al cabo…

De repente, da un respingo y abre los ojos como platos.

–¡Ah, ahí está!

Siento como si me hubieran tirado una jarra de agua fría por encima. Tengo que intentar mantener la calma, sobre todo ahora. Naoki está hablando por teléfono y, por su tono de voz, parece bastante enfadado. Pisa el mármol con más fuerza que de costumbre. Se acerca a las mesas y Kawamura lo saluda la primera, seguida de los demás. Él responde a todos inclinando la cabeza y después se vuelve bruscamente hacia mi dirección, se aparta el móvil de la cara y me lanza una mirada penetrante.

–Señorita Young.

–Bu-buenos…

–A mi despacho. Ahora mismo.

Asiento con la cabeza y un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Me da la espalda, sigue caminando y continúa con su llamada, a medida que va desapareciendo en el pasillo.

A lo lejos, Kawamura me observa con seriedad. Hina se tapa la cara, asustada.

–Madre mía… ¿qué querrá decirte? –me susurra.

–No lo sé –respondo con dificultad–. A lo mejor me he equivocado mandando algún correo.

Ella curva sus labios mientras niega con la cabeza.

–Lo siento mucho. Se le veía tan serio… que no tiene buena pinta…

–Ya…

Me levanto de la silla, haciendo algo de ruido sin querer y llamando más aún la atención. Mientras camino por detrás de Naoki Saito, trato de ignorar los susurros y las miradas cotillas de mis compañeros. Creo que no estoy preparada para esto. No tengo ni idea de cómo empezar a hablar con el presidente. Tendré que inventarme algo rápido.

Echo un vistazo a todas las fotos que hay en el amplio pasillo que conduce a su despacho. Me doy cuenta de que la cara de Naoki no se ve por ningún lado. No hay ninguna foto suya junto a su padre, ni con otros inversores importantes. Ni siquiera la típica foto de la graduación. Nada de nada. Es como si quisiera esconder su presencia. Qué raro.

La puerta está entreabierta. De todos modos, pido permiso para entrar.

–Adelante –dice desde el interior de su despacho.

Entro, cierro la puerta tras de mí y me aclaro la garganta.

–Siéntese –me ordena inmediatamente, señalando la silla que hay delante de él, mientras me observa. No hay duda de que está molesto. Pero sus ojos parecen decir algo más. Una mezcla entre decepción, enfado y rencor. Tengo miedo de que ahora tenga una mala imagen de mí.

–*Kaichou-sama*, antes de nada, me gustaría decirle que…

–Trataré de ser breve –me interrumpe–, así que siéntese y escúcheme.

Aprieto los labios, me siento en la silla y cruzo las piernas. En él ya no queda ni un ápice de la amabilidad que me demostró durante la visita por el barrio, ni de la fría cortesía que mostró durante la entrevista. Delante de mí, ahora solo hay un hombre seco y distante que me hace sentir pequeña y estúpida. Un incordio para su mundo perfecto.

–En esta empresa consideramos que cada individuo debe esforzarse por mantener un entorno de trabajo sano y decente –empieza diciendo mientras me mira fijamente a los ojos–. Lo que hace que nuestros clientes depositen su confianza en esta empresa es la seriedad de nuestros trabajadores.

–Presidente…

–Hay ciertas actitudes, incluso en la vida privada de cada uno, que aquí no podemos tolerar. Nosotros exigimos a nuestros empleados que tengan un comportamiento decente, una presencia digna y una buena reputación en todo momento.

–¿A qué se refiere?

–Por lo que parece, usted trabaja como acompañante de pago en un club nocturno. Un trabajo a tiempo parcial bastante polémico. ¿No le parece?

Empiezo a ponerme nerviosa, me inclino un poco hacia él y elevo la voz un poco más de la cuenta:

–¡Mi trabajo a tiempo parcial no es su problema!

Él enarca una ceja y empuja con los dedos varios documentos hacia mí, haciéndolos deslizar por la madera oscura.

–A partir de este momento dejará de serlo.

–¿Qué…? ¿Me está despidiendo?

–No pienso poner el nombre de mi familia en riesgo por su culpa. Le deseo buena suerte en

Tokio, aunque ya haya decidido desperdiciar la única buena oportunidad que tenía en su mano. Una pena.

Es el momento. Debo hacer lo que me aconsejó Mamasan: chantajearle. Pero ¿por qué soy incapaz de moverme? ¿Por qué me tiembla el labio? ¿Y este nudo en la garganta? Dios mío, creo que estoy a punto de llorar.

–Eso es todo. Puede irse –me dice señalando la puerta con la mano.

Respiro hondo y me levanto de la silla. Me siento humillada y frustrada. Quiero gritarle, clavarle los dientes y tirarlo de su bonito sillón acolchado.

No quiero que piense esas cosas de mí, ni que me trate como si fuera inferior.

Siempre he odiado a las personas que se sienten con derecho a juzgar a otras sin saber nada de ellas.

Respiro y aprieto los puños hasta sentirme las uñas en las palmas de las manos. No puedo irme sin decirle nada. Jamás me lo perdonaría.

Olvido todas las formalidades, los modales, el japonés que limita mi lenguaje y el respeto. A la mierda, este tío entiende perfectamente mi idioma.

–¿Crees que no sé lo que hay en ese barrio solo porque soy nueva aquí, *Kaichou-sama*? –replico haciendo una mueca.

Él levanta la cabeza y parpadea varias veces. Me mira como si me hubiera vuelto loca.

–¿Disculpe?

–Tú también estabas allí, y estabas porque querías. Te vi paseando con una chica del brazo e ibais hacia un hotel. No te esfuerces en poner excusas, porque está clarísimo. ¿Qué, sorprendido? Yo también lo estaba la primera vez que te vi –prosigo dominada por una energía inexplicable–. Fue hace unos días, el fin de semana, cuando te vi entrar en ese lugar tan extraño… ¿Qué era? Ah, sí, un *soapland*. Pensé: «Oh, pobre *Kaichou-sama*, ¡a lo mejor no sabe asearse él solito!».

Sí, entiende el inglés de maravilla. Tiene los labios fruncidos y aprieta la pluma con tanta fuerza que parece que está a punto de romperla. Me mira muy fijamente, como si quisiera calcinarme con la mirada, pero mantiene la compostura. Sonríe y niega con la cabeza.

–Comprendo perfectamente su frustración. Le aconsejo que vaya a la cafetería a tomarse un té caliente antes de irse, tal vez la ayude a animarse. Ha sido un placer, señorita Young.

No pienso marcharme. Si quiere que me vaya antes de que le diga todo lo que tengo que decirle, tendrá que levantarse de su sillón y echarme con sus propias manos.

Señalo con los pies al frente, cruzo los brazos bajo mis pechos y empiezo a hablar del tirón:

–Ah, es verdad. A lo mejor todo eso del comportamiento decente, la presencia digna y la buena reputación no sean tan importantes cuando eres el hijo del fundador de la empresa. Me pregunto si sus clientes piensan lo mismo, o si sus empleados están de acuerdo. O mejor, ¿qué diría tu papá, el que aparece en esas fotos con esa mirada tan seria de samurái, si supiera que su hijo, al que ha confiado un creciente imperio financiero, es un reprimido que necesita desahogarse por las noches con sexo a cambio de dinero?

Él se levanta bruscamente y le da un puñetazo a la mesa. Un golpe seco que hace que me sobresalte.

«Dios mío, al menos he conseguido hacer que despegue su culo del sillón».

Me mira con desprecio y con el ceño fruncido.

–No voy a permitir que me hables así –masculla en inglés.

–Despídeme y hundiré tu reputación, porque te juro que se lo contaré a todo el mundo –le digo con tono amenazante–. Empezaré aquí mismo, gritándolo mientras me marcho.

No parece que vaya a ceder. Sonríe con falsedad y levanta la barbilla en modo desafiante.

–Hazlo –dice seguro de sí mismo.

«Qué gran hijo de puta».

Me dirijo hacia la puerta, recupero el aliento mientras apoyo la mano en la manilla y hago presión sobre ella para abrir la puerta solo unos centímetros.

–¡Chicos, adivinad qué hace el presidente en su tiempo libre! ¡Os doy una pista: no me refiero al golf!

Por un momento, empiezo a temer que el presidente quiera agredirme. Lo veo venir hacia mí, enfurecido, y yo me protejo la cara con los brazos instintivamente. Pero enseguida me doy cuenta de que no tiene ninguna intención de atacarme. Le da un golpe brusco a la puerta para cerrarla del todo. Jadea, se echa el pelo hacia atrás con una mano y se apoya en ella mientras me observa enfadado.

Está muy cerca de mí. Tan cerca, que vuelvo a oler su perfume de canela. El mismo que me embriagó el otro día mientras paseaba a su lado. Le miro de reojo y comienzo a sentirme mal por cómo le he tratado. Cuando no está sentado en su mesa, vuelve a ser humano: un hombre con el rostro cansado. Tiene la cara blanca, jadea y yo empiezo a preguntarme si se encuentra bien.

–Oye… ¿estás bien?

–Un minuto –murmura–. Dame un minuto de tregua, por favor.

Me quedo quieta donde estoy. Él continúa respirando hondo, con la espalda apoyada en la puerta, los ojos cerrados y los brazos estirados a ambos lados.

Me tomo unos segundos para observarle sin que se dé cuenta. Sus manos son grandes y sus dedos largos, algo femeninos. Tiene las pestañas largas, brillantes y negras, como su pelo, y su cuello es delgado y fino. En él tiene un pequeño corte de haberse afeitado. Me fijo en su nuez mientras traga, en su barbilla tan bien definida y en sus labios, delgados y oscuros. Cuando se levanta de su sillón, Naoki Saito se vuelve inexplicablemente mucho más guapo.

–Te he asustado –dice con voz ronca abriendo de nuevo los ojos y mirándome fijamente–. No era mi intención. Lo siento por esa reacción.

–No pasa nada.

–¿Por qué lo haces? –me pregunta negando con la cabeza–. ¿Por qué trabajas en ese sitio?

–Si me pagaras más, no lo necesitaría –respondo tajante.

–Nuestros becarios cobran mucho más que la media.

–¡Pero sigue siendo un sueldo de becaria, y eso es muy poco!

Se aleja de la puerta, abre los brazos y me empieza a hablar como si fuera una niña pequeña:

–Eres una recién graduada y no tienes experiencia. ¿Qué quieres, un puesto de supervisora? ¿El sueldo de Kawamura? –dice señalando su sillón y enarcando una ceja– ¿Quieres sentarte en mi sillón?

–Sí, gracias –respondo. Me dirijo con calma hacia su mesa y me siento en el sillón del presidente. Es mucho más cómodo de lo que creía. Ahora entiendo por qué le costaba tanto levantarse.

Naoki Saito me mira asustado, sin creer lo que está viendo. Apuesto a que nadie se ha atrevido nunca a sentarse en su sillón.

Cruzo las piernas y me pongo las manos detrás de la nuca para hacerle ver lo relajada que estoy.

–¡Ay, pero si es comodísimo! –digo burlándome de él mientras me doy vueltas en su asiento. En este despacho, hay dos ventanales muy grandes con vistas impresionantes a casi toda la zona.

Aunque imagino que, estando todo el día encorvado sobre sus papeles y hasta arriba de trabajo, apenas podrá admirarlo. Y la verdad es que eso me entristece.

–Podrías hacer cualquier otra cosa –me dice, de repente, con los brazos cruzados–. Hay muchos empleos a tiempo parcial para gente como tú. Pero tomaste una mala decisión.

–Oye, tú también podrías hacer cualquier otra cosa –respondo con crueldad–. Como ir a una discoteca de lujo a ligar con herederas de escándalo en vez de jugar a la lotería de las ETS en Kabukicho. ¿Pero acaso te he juzgado? ¡No, porque me da igual! Yo tengo mis cosas y tú tienes las tuyas –concluyo, y le señalo con el dedo–. Yo no te debo ninguna explicación y tú a mí tampoco.

Entorna los ojos como si no me estuviese entendiendo, pero sé de sobra que no tiene ningún problema en seguirme cuando le hablo en inglés.

–¿No te importa? –repite.

–Claro que no. Haz lo que quieras –respondo–. Pero no todo el mundo piensa igual fuera de este despacho, ¿no es así, *Kaichou-sama*? Y, precisamente, no se me da bien guardar secretos. Pero podría hacer un esfuerzo…

Resopla y se vuelve a echar el pelo hacia atrás, dejando ver la arruga de cansancio que tiene en su frente.

–Vayamos al grano. ¿Qué quieres?

–Lo primero, que rompas esta carta de despido –digo apoyando los dedos en el documento que hay sobre la mesa–. Y luego, si pudieras darme un ascenso o un aumento…

–No puedo hacer eso. Necesitarías tener una buena base.

–Vale, pues al menos diles a tus empleados que a partir de mañana tendrán que ir ellos solos a por su café, porque yo no soy la camarera de nadie y también tengo cosas que hacer. Y tampoco quiero que me encarguen hacer fotocopias u otros favores media hora antes de que cierre la oficina.

–Yo no me encargo de esas tonterías.

–Pues háblalo con quien se encargue de ello.

Niega con la cabeza, se acerca a la mesa, coge la carta y la rompe delante de mí, dividiéndola en dos trozos casi iguales.

–Listo.

Le sonrío y me levanto del sillón.

–Gracias.

–A cambio –añade rápidamente–, le exijo que no me hable así en la oficina. Mantengamos las formalidades.

–Como usted diga, *Kaichou-sama*.

–Además, a partir de ahora, espero máxima discreción por su parte. Si alguien más se entera de su segundo trabajo o si empiezan a circular rumores sobre usted, usted será la única responsable. Y su despido será inmediato e irrevocable.

–Me aseguraré de que eso no suceda.

–Señorita Young…

–¿Sí?

–Cuando se pone a hablar sin freno, es usted aterradora –sentencia–. Una discutidora hábil, pero aterradora.

–Es bueno saberlo –respondo con una sonrisa orgullosa mientras me dispongo a salir–. Ahora que ya hemos terminado, solo me queda desearle que tenga un buen día.

Salgo del despacho muy feliz conmigo misma, atravieso el pasillo de las fotos y vuelvo a mi lugar de trabajo. Mientras camino hacia mi mesa, noto que todo el mundo me mira en silencio. Hina espera a que me siente y después da algunos golpecitos en el panel divisorio.

–¿Cómo te ha ido?

–Bien.

–¿De verdad?

–Sí. El presidente me ha dicho que estoy haciendo un buen trabajo y que siga así.

–¡Estaba muy preocupada por ti! Hubo un momento en el que escuché un golpe y… no sé, después escuché que decías algo sobre el golf.

–Ah, solo estábamos bromeando.

–¿El presidente estaba… bromeando contigo?

–Hum… Sí, es un tipo simpático.

Hina sacude la cabeza asombrada. No me gusta tener que mentirle, pero no sabía cómo salir del paso. La invitaré a comer para compensárselo.

11. Hailey

–¿Que has hecho qué?

Jamie no se puede creer lo que me ha pasado. Se ríe y se lleva la mano a la frente.

–Lo sé, es una locura. Pero ¿qué otra opción tenía?

–Tratar así a tu jefe… Es un milagro que no te haya despedido.

–Bueno, al final Juno tenía razón.

–Ella siempre tiene razón –añade mi hermano–. En todo.

Esta noche, Jamie ha vuelto a traerme la cena del trabajo, y no creo que toda la comida basura que estoy comiendo estos días sea muy buena para mí. Me gustaría poder hacer la compra y organizarme para cocinar algo sano, pero no sé por dónde empezar. En este apartamento solo hay una cocina y un microondas averiado, así que no creo que pueda preparar gran cosa. Solo pensar en tener que comer sentada en el suelo utilizando una caja como mesa, consigue alejar mis buenas intenciones de un plumazo.

–¿Sabes algo de mamá y papá? –me pregunta entre bocado y bocado.

–Hace una hora les dije que estábamos bien y que a los dos nos va fenomenal en el trabajo… aunque odio mentir.

–¿Crees que sospechan algo?

–No, por ahora no.

–Genial. –Le lanzo una mirada seria y él se encoge de hombros–. Ya se lo explicaré todo cuando llegue el momento. No te preocupes.

–¿Y cuándo será ese momento?

Jamie deja de comer, bebe un sorbo de su lata de cerveza y se pone serio.

–Estoy pensando en volver a casa. Ya sabes, cuando haya pagado la deuda.

–¿En serio?

–Sí. Después de todo, ¿por qué debería quedarme?

–No sé, yo… pensaba que te gustaba estar aquí.

–¿Estás de coña? –dice. Vacía la lata para abollarla con una mano–. Estoy deseando irme, esta ciudad no es para mí. No quiero estar trabajando todo el día, dormirme en el tren, agotado, y desplomarme en alguna estación por el estrés. Así que… volveré a Chicago, les contaré la verdad a mamá y papá y me olvidaré de toda esta historia –sentencia–. De hecho, tú también deberías empezar a pensar en lo que quieres. ¿Qué vas a hacer después de las prácticas?

Me muerdo el labio y bajo la mirada. Aún no tengo nada claro, pero no me gusta la idea de irme de Tokio. Quizá es porque acabo de llegar y todavía no he hecho nada de lo que me había propuesto. Siento que aún tengo muchos lugares que visitar, personas que conocer y objetivos que cumplir antes de tomar una decisión.

–No lo sé.

Él suspira.

–Pues empieza a pensarlo, enana.

Asiento con la cabeza y, para evitar que esta conversación vaya a más, cojo mi móvil y empiezo a responder a los mensajes y comentarios que he recibido en las redes sociales. Hay bastantes, y desde que publico fotos en Tokio tengo más seguidores. Incluso Hina ha empezado a seguirme.

–¿Quieres que hagamos algo esta noche? –me pregunta Jamie mientras guarda las sobras.

–¿Cómo qué?

–Dar un paseo, ir al cine, lo que tú quieras –me propone–. No sé cuándo volveré a tener una noche libre, así que podemos aprovechar y hacer algo juntos.

–Jamie… –le digo con los labios fruncidos mientras guardo el teléfono–. Tengo que ir al club.

–Llama a Juno y dile que no te encuentras bien. No se va a enfadar.

–Ya, pero no quiero.

–¿Qué?

–Me apetece ir al Temple –le explico. Él se cruza de brazos y me mira molesto–. Allí me va bien y me estoy tomando este trabajo muy en serio. Me gusta.

Mi hermano cierra los ojos. Parece decepcionado por lo que acabo de decir.

–Creo que te estás esforzando mucho por encajar.

–Bueno, tú ya has tomado una decisión y sigues diciéndome que Tokio es una selva, que tener una vida aquí es imposible. Pero hablas desde tu experiencia, no desde la mía. Yo acabo de empezar aquí y no sé cuánto tiempo me quedaré, pero quiero aprovecharlo al máximo. No quiero conformarme con un piso así, ni con un salario medio. Y, desde luego, tampoco quiero volver a casa con el rabo entre las piernas.

Él niega con la cabeza. Guarda un recipiente con los restos de la ensalada en la nevera y me responde mientras sigue de espaldas:

–Acuérdate de esta conversación cuando alguien no quiera alquilarte un piso porque no eres de aquí, o cuando tu jefe se niegue a ascenderte por el mismo motivo.

–A lo mejor solo estás mirando el lado malo. ¿No crees?

–Hailey. –Jamie se acerca a mí, se agacha y apoya sus manos en mis hombros mientras me mira a los ojos–. Dentro de poco, te verás inmersa en el mundo laboral, luchando por convertirte en una adulta independiente. Y te darás cuenta de que no existen lados buenos o malos, sino que todo es un puto caos.

Seguramente, si no notara a mi hermano tan triste, me enfadaría. ¿Por qué sigue diciéndome todas esas cosas tan negativas? ¿Por qué no hace más que desanimarme? ¿Será que no me ve capaz de arreglármelas sola, o es que piensa que acabaré metida en problemas como él?

Ya debería conocerme. Yo no me rindo tan fácilmente.

–Voy a ducharme y después iré a Shibuya a tomar algo con unos amigos –dice mi hermano mientras se dirige al minúsculo cuarto de baño que hay junto a la habitación–. Si cambias de opinión, avísame, y si no… dale recuerdos a Juno de mi parte.

–Vale.

Me dirijo hacia el centro de la habitación en busca de algo de aire bajo el ventilador chirriante. Yo también necesito darme una ducha y hacerme algo en el pelo antes de que se me encrespe demasiado, pero tengo que esperar a que Jamie termine. Mientras tanto, sigo mirando los comentarios de mis redes sociales. He estado buscando información sobre Naoki Saito, pero es un fantasma. No tiene ningún perfil, ni en Instagram ni en Facebook, y ni siquiera tiene una cuenta de Twitter. Hay una página web de la Saito Financial Company, pero solo se utiliza para darle publicidad a la empresa, y dudo mucho que la gestione él. Esperaba encontrar alguna foto

de vacaciones, en su día a día o algún selfi. Pero no hay ni rastro del presidente en las redes sociales.

Debe de ser una de esas personas que se preocupan de más por su privacidad y renuncia a tener redes sociales. Dios, ¿cómo lo hace? Yo no sería capaz, me moriría de aburrimiento.

Mientras espero a que el baño quede libre, me pongo delante de la cómoda para preparar la ropa que voy a ponerme para ir al club. Después de un día entero envuelta en un traje gris, me apetece ponerme ropa de colores vivos y unos zapatos sexis. Estoy segura de que a Mamasan le gustará.

12. Hailey

Me pregunto si algún día me acostumbraré a estas miradas. Sé que no es por mi ropa, la gente me mira por la calle porque no soy japonesa. Y, probablemente, ni siquiera me hubiera dado cuenta si no hubiera tenido esa discusión con Jamie hace unas horas.

Camino bajo los farolillos que iluminan la calle, junto a unos chicos que han salido a beber. Esta noche, el aire es suave y es agradable a la piel. El cartel del Temple, que destaca entre los demás, es mi punto de referencia. Llego a la puerta del local y la empujo con fuerza para abrirla.

Esta noche, el club está casi vacío. Las chicas que han llegado antes que yo están sentadas alrededor de una mesa jugando al Jenga y parecen aburridas. El volumen de la música está muy bajo y parece que los dos únicos clientes que hay acaban de llegar.

Juno lleva un top de encaje y unos pantalones de cuero. Está sentada con un pie tocando el suelo y el otro apoyado entre las patas del taburete, frente a una calculadora y un bloc de notas.

–Hola –la saludo mientras me acerco a ella.

Ella sonríe, deja de teclear y se vuelve hacia mí.

–Buenas noches, angelito.

Miro de reojo las notas que ha escrito: está claro que son cifras de los ingresos y los gastos del club. Rika me dijo una vez que apenas tenían competencia, pero no hace falta ser un lince para darse cuenta de que el negocio no va del todo bien.

–No parece que haya mucha gente hoy –digo encogiéndome de hombros.

–Bueno, aún es pronto.

Juno se da cuenta de que estoy ojeando sus notas y cierra rápidamente el bloc. Me mira de los pies a la cabeza y asiente satisfecha.

–Estás preciosa. Esa coleta te favorece.

–Gracias.

–Ven aquí.

Extiende los brazos hacia mí y me coloca el pelo hacia un lado.

–Asegúrate de que se te vea la nuca de vez en cuando, ¿vale?

–¿Por qué?

Se echa a reír y, antes de responderme, me hace un gesto con la mano para indicarme que me dé la vuelta. Empiezo a sentir sus dedos rozándome la nuca con suavidad, desde el nacimiento del pelo hasta el omóplato, justo donde comienza mi vestido.

–Para vosotros, los occidentales, no es nada especial –susurra–. Pero para muchos japoneses es un detalle irresistible. Más que unas piernas desnudas o un escote pronunciado.

La forma en que recorre mi piel con sus dedos me produce escalofríos. Me siento incómoda.

–¿Me estás tomando el pelo? –le pregunto nerviosa–. Es un poco raro.

–A mí me gusta.

Me giro, retrocedo un paso, y empiezo a jugar con mis rizos, nerviosa. Ella se da cuenta de que estoy incómoda y cambia de tema inmediatamente:

–¿Qué tal en el trabajo? ¿Le has plantado cara al imbécil de tu jefe?

–¡Claro! –respondo con energía–. Tenía preparada una carta de despido para mí, pero le convencí para que la rompiera. Le dejé las cosas claras: a partir de ahora, si quiere que le respete, va a tener que respetarme.

–¡No me digas!

–Sí, e incluso me senté en su sillón durante un par de minutos.

De repente, Juno parece estar distraída. Me mira por encima del hombro, entorna los ojos e inclina ligeramente la cabeza.

–Pues parece que no lo ha entendido bien –dice bajando la voz de repente–. Por lo visto, ha vuelto para un segundo asalto.

–¿Có-cómo?

–Y qué oportuno. Hasta parece que te haya seguido.

Otra vez esa sensación: como si me tiraran un cubo de agua fría. Noto mi corazón a mil y soy incapaz de moverme.

–No. Esto no puede estar pasando –murmuro, casi como en tono de súplica, mientras me giro lentamente para mirar hacia la entrada del local.

Dios mío, sí que es él. Pero no lleva ni chaqueta, ni corbata, sino una camisa azul oscuro y unos vaqueros con los que jamás le habría imaginado, pero que le quedan perfectos. Es la primera vez que le veo con ropa informal y… Dios, así también está guapísimo. Ni siquiera sé qué versión de él me gusta más.

–Bueno, aun así, él también es un cliente y tenemos que recibirlo –dice Juno bajándose de su taburete–. Parece un tipo complicado. Le enviaré a Asuka.

Cierro los puños y me muerdo el interior de la mejilla. Cualquiera menos ella. No sé por qué, pero creo que me he puesto celosa.

–Mamasan… si no es un problema, preferiría hacerlo yo.

Ella enarca una ceja.

–¿Tú sola?

Asiento con decisión. Además, seguro que no está aquí por casualidad, como los demás clientes. Está claro que él ha venido por mí.

–¿Estás segura? –insiste Juno–. Sería tu primera vez.

–Sí. Puedo hacerlo.

Se encoge de hombros mientras se dirige a la barra y me mira con complicidad.

–Está bien, pero siéntate donde pueda verte –sugiere–. No quiero perdérmelo.

Estoy demasiado nerviosa, me va a dar algo y ya me estoy arrepintiendo. ¿Pero cómo se me ha podido ocurrir? Mientras tanto, Naoki ya se ha dado cuenta de mi presencia y me mira con altivez mientras camino hacia él.

–Buenas noches, señor, bienvenido al Temple –le recibo mientras finjo estar tranquila–. Por favor, sígame.

–Mírate –dice por lo bajo–. Así casi ni te reconozco.

–Tal vez *Kaichou-sama* sea tan amable de explicarme qué coño ha venido a hacer aquí –le respondo mientras le acompaño a una de las mesas libres.

–¿Eres igual de grosera con todo el mundo, Hailey? –me dice hablándome en inglés y con demasiada confianza–. Muy mal, así solo conseguirás espantar a tus clientes.

–No me vendría nada mal que alguno de ellos huyera, la verdad.

–Siempre quieres guerra, ¿eh? Relájate, no he venido aquí para discutir.

–¿Y eso? ¿Todos los *soapland* están cerrados?

Se le escapa una carcajada breve y se tapa la boca con una mano. Yo me quedo embobada por su inesperada sonrisa y por ese hoyuelo tan bonito que, por un momento, le ha salido en la mejilla. No le desagrada que le ataque, al contrario: le divierte.

–Dios, eres terrible –me dice mientras se sienta en el sofá. Se apoya en el respaldo, suspira y estira los brazos–. En realidad, tenía ganas de comprobar lo discreta que eres –confiesa–. Suponía que no estarías otra vez fuera, armando jaleo y llamando la atención de medio vecindario.

Parece muy cansado, aunque tiene un gesto indescifrable en el rostro. Me pregunto si habrá alguna forma de romper el hielo. Me siento a su lado y rozo su pierna con mi rodilla a propósito, aunque le hago creer que es un accidente. Él se estremece, pero trata de ocultarlo.

Inspiro y vuelvo a oler el perfume especiado que ya conozco. Es tan agradable y familiar en mí que ni siquiera recuerdo lo que iba a decirle.

–¿Estás aquí para controlarme? –me limito a preguntarle.

–En cierto modo, sí.

–Ya veo. ¿Te apetece beber algo mientras juegas a ser agente secreto? –añado tendiéndole una de las *tablets* con el menú que usamos para los pedidos.

Él vuelve a reírse de la misma forma que antes. Y me doy cuenta de que lo hace bastante a menudo mientras habla conmigo. Tal vez eso sea una buena señal. Significa que aprecia mi compañía.

Naoki desliza su dedo por la pantalla y se detiene en unos cócteles.

–¿Puedo preguntarte por qué me has recibido tú? –pregunta sin mirarme– ¿Las demás están ocupadas?

–En realidad, ha sido idea mía –respondo con tono desafiante–. ¿Qué pasa, no te gusto?

Pero él no me contesta. Coloca la *tablet* sobre la mesa y chasquea la lengua.

–Pues ya que estoy aquí, me gustaría relajarme, y tú no eres la persona más indicada para ello –me dice, e inclina la cabeza hacia un lado–. No te ofendas.

De repente, empiezo a arder de rabia y me invade un hormigueo en los dedos. Y entonces me peleo contra cada uno de mis músculos para tratar de mantener la calma y no despotricar o darle una bofetada en la cara.

«Qué gran hijo de puta».

–Ah, vale, pues me haces un favor enorme –digo levantándome del sofá–. La verdad es que no tenía ningunas ganas de quedarme aquí contigo.

–Menos mal. De momento pediré *edamame* y cerveza. ¿Sabes si la chica del vestido morado está libre?

No necesito mirar en la dirección en la que ha mirado él, porque esta noche solo hay una persona que viste de morado: Asuka.

Una vez más, Mamasan tenía razón. Él parece interesarse más por las mujeres guapas, inalcanzables y, sobre todo, japonesas. Las palabras de mi hermano resuenan en mi cabeza y vuelvo a escuchar la voz de Asuka cuando me llamó «estúpida *gaejin*».

Qué tonta soy. Debería haberme quedado al fondo del bar. Hubiera preferido mil veces sacar la basura antes de recibir esta humillación.

–Creo que sí.

–Me apetece pasar un rato con ella.

El presidente no tiene ningún reparo en expresar su preferencia. Es como si le estuviese

pidiendo a un camarero que le cambiase un vaso roto. Solo que, en este caso, el vaso roto soy yo.

–Muy bien. Se lo digo.

Ni siquiera me da las gracias. Actúa como si todo fuera suyo, e incluso trata a las personas como objetos defectuosos. Qué hombre tan egoísta y arrogante.

Asuka está jugando al Jenga con las demás y ni siquiera repara en mí cuando me acerco. Hago una reverencia antes de dirigirme a ella, con la esperanza de que los buenos modales calmen un poco la hostilidad que siente hacia mí.

–Asuka-san. El caballero de la mesa cinco pregunta por ti.

Ella se levanta con elegancia y, con la misma rapidez, me aparta con un brazo para abrirse paso.

–Apártate –se limita a decirme, fría y orgullosa de haber sido elegida una vez más.

Dios, tengo ganas de llorar y ni siquiera entiendo por qué. Después de todo, ¿a quién le importa si a Naoki Saito no le gusta mi compañía? Hay muchos clientes más amables que él.

–¿Quieres jugar, Hailey? –me invita Rika intentando calmar la tensión.

–Te lo agradezco, pero Mamasan necesita que le eche una mano en la barra. Disculpadme.

En realidad, no creo que necesite nada, pero la barra se ha convertido en un refugio para mí. Un lugar donde puedo esconderme cuando algo va mal. Y ahora siento que están pasando varias cosas que me afectan, así que voy hasta donde está Juno y me siento en uno de los taburetes para observarla mientras trabaja. Ha preparado un cuenco negro con vainas de *edamame* y está llenando dos vasos de cerveza rubia.

–A todas nos han rechazado alguna vez –dice mientras coloca los vasos en la bandeja–. No has sido muy amable con él, ¿verdad?

–Ha dicho que no sirvo para hacer que la gente se relaje –mascullo cabreada.

Ella sonríe con ironía.

–Tiene razón –me dice mientras me guiña un ojo–. Pero afortunadamente no todo el mundo viene al Temple a relajarse.

13. Hailey

Naoki Saito todavía sigue allí, y no tengo ni idea de qué cosas puede tener en común con Asuka, pero deben de ser bastantes, ya que no ha dejado de hablar con ella ni un solo minuto. Parecen tan cercanos que hasta el señor Hamada, que ha llegado hace unos minutos, ha tenido que renunciar a su chica favorita y recurrir a la compañía de Rika.

Sí, le estoy mirando. Debería importarme un bledo, pero en el club no ocurre gran cosa y todavía no tengo ningún cliente fijo, así que no tengo nada mejor que hacer, aparte de llevar bandejas, vaciar ceniceros y sonreír.

Durante todo este tiempo me he estado preguntando muchas cosas. ¿Le habrá sacado Asuka el *edamame* de las vainas? ¿Se lo habrá dado de comer con sus dedos? ¿Habrá notado ella también el delicioso olor de su perfume? ¿Le habrá hablado él de su pasión por la arquitectura de Tokio, de su ciudad natal o de su aversión por los móviles? ¿Le habrá mirado la nuca? Oh, seguro que lo ha hecho. Es un pervertido.

–Hailey…

–¿Sí?

Mamasan me mira seria y se pone las manos en la cintura.

–No me ayudas si estás ahí como una seta sin hacer nada –sentencia tajante.

–Pero ahora no hay nadie, no sé qué hacer.

–Puedes ir por las mesas, sonreír, preguntar si hace falta algo y traerme los vasos vacíos –sugiere molesta–. Eres muy guapa, pero no puedo pagarte solo por estar sentada.

–Hum…

Es verdad, parece que estoy vaga, pero en realidad solo estoy tratando de mantenerme alejada de Naoki. No quiero verle sonreír, ni recoger su vaso vacío, y tampoco quiero oír cómo Asuka coquetea con él.

Me bajo del taburete con desgana, me aprieto un poco la coleta y empiezo a pasearme por el local.

Esta noche, aparte de Rika, Asuka y yo, hay otras tres chicas cuyos nombres aún no me sé. Creo que la que me acaba de guiñar un ojo se llama Keiko… o tal vez Kaya. Le correspondo y sigo caminando. Rika me está haciendo unas señas para que me una a ella en la mesa del señor Hamada, así que me dirijo hacia ellos.

–Perdona que te interrumpa, Hailey –dice amablemente–. Al señor Hamada y a mí nos ha parecido verte un poco triste, y queríamos decirte que, si quieres, puedes venir con nosotros, y así te animas.

–Vaya, muchas gracias –asiento. Rika me hace un hueco en el sofá–. Es un placer volver a verle, señor Hamada.

El señor Hamada me recibe con su tranquilidad particular y eso me hace estar de mejor humor.

–El placer es mío, señorita –me dice educadamente inclinando la cabeza para saludarme–. Dígame, ¿hay algo que podamos hacer para devolverle la sonrisa?

–No se preocupe, es solo que…

–Está triste porque un hombre ha rechazado su compañía –interviene Rika, interrumpiéndome antes de que pueda mentir–. Pero no debería darle tanta importancia a esas cosas.

El señor Hamada frunce los labios, pone las manos sobre la mesa y me mira con simpatía.

–Su amiga tiene razón –dice tratando de animarme–. Tal vez ese hombre haya sido demasiado grosero con usted, pero lo cierto es que no podemos agradarle a todo el mundo. Así que no le dé mayor importancia.

–Sí, es verdad –asiento distraída.

–Si me permite el cumplido –añade sonriendo–, hasta me gustaría darle las gracias a ese hombre. Si no hubiera sido por él, hoy no habría tenido el placer de pasar un rato en su compañía.

–Es usted muy agradable.

La voz tranquila de Hamada y sus buenos modales consiguen hacer que me distraiga de mis pensamientos. Rika charla alegremente y le propone a Hamada que elija una bebida para mí y que trate de adivinar mis gustos. Entre una cosa y otra, terminamos hablando de comida y él me pregunta si sé preparar los platos que ha visto en algún programa americano. Intento mantener una conversación fluida e interesante, expresarme bien y prestar atención a la pronunciación, pero de repente me bloqueo. Permanezco muda unos segundos al ver cómo Asuka acompaña a Naoki Saito hasta la salida, tras haber pasado dos horas largas con él. ¿Se habrán dicho algo especial?

Rika se da cuenta e interviene rápidamente, rompiendo mi silencio, pero yo ya he perdido el hilo de la conversación. Me esfuerzo por volver a hablar en japonés, pero es imposible. Me duele la mandíbula de poner tantas sonrisas forzadas, me zumban los oídos por la música incesante del local y la cabeza me da vueltas. Me siento como en una burbuja. Afortunadamente, Hamada no se entretiene mucho. Termina su bebida y se despide con educación tras darnos las gracias por el tiempo que hemos pasado con él. Después se dirige hacia Mamasan, con quien intercambia unas palabras mientras paga.

Espero a que se vaya para llevar los vasos vacíos hasta la barra. Juno me mira con atención. Quizá esté tratando de examinar mi comportamiento.

–Tu jefe es un tipo curioso –comenta mientras guarda las bandejas–. Ha dejado bastante propina.

–Asuka estará encantada –contesto, pero ella me mira entornando los ojos.

–No es para ella –susurra–, sino para ti.

Levanto una ceja.

–¿Para mí? –pregunto asombrada–. Pero si no he hecho más que hacerle rabiar.

Ella sacude la cabeza y sonríe pícara.

–*Yare*, *yare*. Debes de gustarle mucho.

14. Hailey

Hay algo inquietante en los trenes por la noche. Debe de ser por los vagones vacíos, las luces frías o la oscuridad que se ve desde las ventanillas, que hace que te des cuenta de que, aunque tú estés despierta, esperando a que el tren llegue a tu parada, el resto de la ciudad está durmiendo y no sabe nada de ti.

Es la primera noche que vuelvo a casa sola. Las otras veces siempre volvía con las otras chicas, ya que algunas viven en el mismo barrio que yo, pero hoy han decidido ir todas juntas a beber y a bailar para celebrar el día de cobro. Yo he tenido que rechazar la invitación, porque mi paga solo incluye dos días de trabajo, y mañana tengo que madrugar para ir a la oficina y vivir la otra mitad de mi doble vida, en la que soy una becaria que se dedica a imprimir fotocopias y enviar correos electrónicos que acaban en la bandeja de *spam*.

Mientras tanto, estoy chateando con mi hermano para sentirme un poco menos sola. Estoy sentada cerca de las puertas para poder bajarme rápido en cuanto lleguemos a mi parada. Frente a mí, hay un tipo con una gorra en la cabeza que parece haber bebido demasiado y murmura para sí mismo mientras usa el móvil. Creo que también hay otra persona sentada de espaldas al fondo del vagón, o al menos me parece ver una cabeza de pelo negro. Aun así, está demasiado lejos para que pueda distinguirlo.

Una de las luces que hay sobre mi cabeza emite un zumbido muy molesto, y de repente me parece que el borracho que tengo delante está viendo porno en su móvil, a juzgar por el audio.

«Dios, qué asco».

De vez en cuando, levanta la cabeza para mirarme. No quiero convertirme en la protagonista de sus fantasías, así que me pongo en pie y me dirijo hacia las puertas. Me quedan menos de veinte minutos para llegar. No me merece la pena montar un escándalo.

Quiero ignorarle, pero sube el volumen y empieza a hablar en voz alta, a propósito. No sé qué hacer. Tal vez debería llamar a seguridad, pero no sé ni a quién dirigirme. Sigo a lo mío, charlando con Jamie.

H: Hay un tío que está viendo porno muy cerca de mí.

Él me responde con un emoticono vomitando.

J: Lamentable.

Busco el emoticono adecuado para poner en mi mensaje, pero me doy cuenta de que el tipo ha puesto el vídeo en pausa y me está mirando de nuevo los muslos. Se inclina hacia delante, como si estuviera intentando mirar por debajo de mi falda, mientras se pasa el pulgar por el labio inferior.

Le dirijo una mirada de asco.

–Qué asco –susurro para mí misma en inglés.

–Si no quieres que te miren, ¿por qué llevas esa falda tan corta? –masculla.

Tiemblo del asco y estoy tan cabreada que me dan ganas de darle una paliza. Solo un cuarto de hora. Un cuarto de hora y me iré de aquí.

–Vete a la mierda –le gruño.

Él se levanta y extiende un brazo hacia mí, me coge de un lado de la minifalda con el pulgar y el índice y tira de ella hacia abajo. Me estremezco.

–Tendrías que llevarla al menos así de larga… –balbucea.

Retrocedo horrorizada y le grito que no me toque.

La persona que estaba al fondo del vagón interviene incluso antes de que yo deje de gritar, viniendo hacia nosotros con pasos rápidos y fuertes. Tardo unos segundos más en darme cuenta de quién es. Ese olor, tan familiar y reconfortante… Su perfume.

Es Naoki. ¿Cómo es que siempre está un paso detrás de mí?

Con un gesto rápido y violento, coge al chico por el cuello y lo empuja contra la ventanilla, mientras los altavoces anuncian la próxima parada.

–Lárgate –le ordena con rabia.

El otro asiente, confuso y sorprendido, jadeando e intentando liberarse de Naoki, pero él lo suelta solo cuando el tren está a punto de detenerse. El chico se baja del tren sin mirar atrás, corriendo y dando tumbos.

Estoy atónita. Miro fijamente al presidente. Está enfurecido, tiene las mangas de la camisa remangadas hasta los codos y las venas de los antebrazos hinchadas.

Joder. ¿Siempre ha estado así de bueno o solo me lo ha parecido ahora por su caballeroso gesto?

–¿Me estabas siguiendo? –le pregunto jadeando.

Naoki saca un pañuelo de papel del bolsillo de sus vaqueros y se limpia la mano con la que ha tocado al borracho. Se lo pasa entre los dedos, se frota la palma de la mano haciendo una mueca de asco y luego lo tira al suelo.

–Me has pillado.

–¿Qué eres, un acosador?

–Solo hoy y como excepción –responde–. La próxima vez que te encuentres en una situación desagradable, no pierdas el tiempo y ve a buscar a un guardia de seguridad.

No sé qué decirle. Sigo temblando, tengo las mandíbulas apretadas y los puños cerrados, y creo que, si diera un paso, perdería el equilibrio. Debería darle las gracias, pero me siento tan débil y agotada que ni siquiera puedo pensar.

–¿Dónde te bajas? –me pregunta cruzando los brazos sobre el pecho frente a mí.

–En Minami-Asagaya.

–La siguiente, entonces.

–Sí.

Suspira suavemente, cierra los ojos y yo aprovecho para mirarle. No puedo creer que se haya pasado toda la noche vigilándome. No pensaba que fuera tan importante para él.

Me aclaro la garganta e intento hablar con él.

–¿Querías asegurarte de mi discreción también fuera del club?

–Así es.

–Madre mía, creo que eso es un poco excesivo. ¿Lo haces con todas las empleadas?

Sonríe, aún con los ojos cerrados, y vuelvo a ver el hoyuelo que le sale en la mejilla.

–Debo admitir que eres la primera.

En pocos minutos me bajaré del tren. ¿Pretenderá acompañarme también hasta mi casa?

–Bueno… Parece que te lo has pasado bien en el Temple. Has estado bastante tiempo.

–Ha estado bien.

–Tenías que haber dejado un poco de propina para Asuka, ya que has estado con ella todo el rato. No entiendo por qué me la has dado a mí.

–Porque los dos minutos que pasé contigo fueron mil veces más divertidos que las dos horas de conversación vacía que tuve con tu amiga.

Parpadeo y lo observo fijamente, esperando a que añada algún comentario sarcástico, o cualquier otra palabra, pero él permanece impasible.

–Vaya, hay que ser muy masoquista para decir eso.

Esboza una leve sonrisa, con la que también se le ve el hoyuelo. Tengo que dejar de mirarle o se dará cuenta.

–No sé, a lo mejor lo soy.

No entiendo qué tipo de conversación estamos teniendo. Insisto en hacerme la dura, en provocarle, y él solo me está poniendo la otra mejilla. Tal vez solo esté cansado y no tenga ganas de discutir conmigo. Debería ser un poco más amable con él, darle las gracias por lo que acaba de hacer por mí y disculparme por cómo le traté en el club.

«No, en serio. Nunca podré disculparme con él».

El tren empieza a frenar, haciendo ruido sobre las vías y los altavoces anuncian mi parada. Las puertas se abren y, para mi sorpresa, veo que Naoki se dispone a bajar conmigo. A esa hora, la estación está bastante sombría. Todas las tiendas están cerradas, excepto un pequeño supermercado que está abierto las veinticuatro horas del día, y las únicas luces que hay provienen de dentro de las máquinas expendedoras. Me da igual que me acompañe, pero me gustaría saber cuáles son sus intenciones. Desde luego, no puedo presentarme en casa de mi hermano con el presidente.

–*Kaichou-sama*… –empiezo–. Tú no vives por aquí, ¿verdad?

–No –responde metiendo las manos en los bolsillos.

–Pero ese era el último tren. ¿Cómo vas a volver a casa?

–Llamaré a mi chófer.

Claro, es verdad. Tiene chófer, y no depende del transporte público, como el resto de los mortales. Tenía que haberlo pensado antes.

–Puedes llamarme por mi nombre, si quieres –me dice en voz baja, mirando hacia el frente.

–¿En serio? ¿Sin sufijos honoríficos?

–Hum… Sí. Pero solo fuera de la oficina, y cuando estemos solos.

Supongo que, para alguien como él, ese sea un gesto inusual y para personas de gran confianza. No creo que se lo conceda a cualquiera, y menos a sus empleados. Es raro, me siento algo privilegiada. Tiene un nombre muy bonito y lo he pronunciado en mi mente un montón de veces. Ahora me gustaría repetirlo en voz alta.

«Naoki, Naoki, Naoki».

Camina a mi lado como si fuera un guardián y las luces tenues proyectan su sombra hacia mí. No dice nada, y tampoco me mira, pero me hace sentir segura. No puedo creer que sea el mismo de antes.

–Yo vivo en esa calle –le digo señalando con la mano hacia el piso que comparto con mi hermano.

Asiente, se detiene y se cruza de brazos. Un viento suave y cálido mueve ligeramente su pelo y me eriza la piel. Nos miramos a los ojos y tengo la sensación de que está a punto de decirme

algo, pero duda.

–Bien –murmura.

–Bueno…

–Hasta mañana.

Mierda. No puedo despedirme así de él. Es la segunda vez que parece querer decirme algo y se calla. Pero ¿por qué le cuesta tanto decirme eso que tiene que decirme?

No sé qué hacer. Improviso una reverencia formal y él se detiene.

–Gracias –pronuncio, finalmente, con mi torpeza habitual.

Me sonríe, pero no me responde. Solo sonríe. Y después se da la vuelta, se saca el móvil del pantalón y se lo lleva a la oreja mientras se dirige de nuevo hacia la estación.

Dios mío. No me estaré pillando yo también del presidente, ¿verdad?

15. Hailey

Esta noche he tenido una pesadilla terrible. Jamie y yo volvíamos a Chicago, pero al llegar encontrábamos una especie de agujero en nuestro jardín. Todo había desaparecido: la casa, el garaje, nuestra familia, los coches… El resto de la calle estaba como siempre, pero no había vecinos, ni amigos, ni ningún conocido. Solo estábamos él y yo, mirando al vacío.

Sé que solo fue un sueño estúpido, pero me desperté angustiada y la sensación me acompañó durante todo el día. Le envié un mensaje a mi madre de camino al trabajo y ella me contestó muy tranquila. Me envió fotos de unas ollas en la cocina, ya que allí ya casi era la hora de cenar. «Están todos bien. No hay ningún agujero. La casa sigue ahí», me dije a mí misma. Pero no estaba del todo tranquila.

Cuando llegué a la oficina, cogí el imán de los Bulls de mi mesa y empecé a darle vueltas con los dedos, como si fuera una moneda. Lo compré con mi padre en el estadio y, aunque no recuerdo exactamente cuándo fue, me recuerda a casa. Sé que pronto comenzaré a echarla mucho de menos.

Esperaba ver a Naoki y distraerme con el hoyuelo tan sexi que le sale al lado de la boca, pero Hina me explicó que, por alguna razón, esta mañana había llegado más temprano de lo habitual, antes que el resto de los empleados.

–A lo mejor tiene trabajo atrasado –sugiere mi compañera, después de hincarle un diente a la bola de arroz de su almuerzo–. A veces pasa. Llega pronto, se encierra en su despacho todo el día y no sale ni a tomarse un té. Me gustaría ofrecerme y echarle una mano, pero el presidente es así. Nunca ha querido tener una secretaria.

–Pues sí que es masoquista.

–¿Qué?

–Nada, nada.

Estamos sentadas en una de las mesas de la cafetería, y a nuestro lado está Nobuo, otro compañero al que Hina ha invitado a comer. Es un chico callado, que va bastante a su bola y que solo responde con monosílabos.

–Espero que no se esté sobrecargando –añade Hina–. Es joven y muy brillante... Debería tomarse un poco de tiempo para sí mismo.

–Sí.

Es verdad, ella no sabe que *Kaichou-sama* también sabe divertirse, pero prometí no revelárselo a nadie. De todas formas, aunque lo contase, nadie en la oficina me creería. Naoki tiene un encanto contagioso. Aquí, todo el mundo babea por él y lo admira, aunque también provoca que sus empleados le tengan una especie de obsequioso respeto general. La señora Kawamura es la única que parece ser inmune a él, pero según Hina eso es porque está casada.

–Kawamura ha sido su ayudante durante mucho tiempo –señala mi compañera de mesa–. Estuvo muy mal cuando, poco después de llegar, su hijo la cambió de departamento.

–Es comprensible –respondo tragándome el último bocado de tortilla.

–¡Si habéis terminado de comer, podéis volver al trabajo!

Los tres nos damos la vuelta al mismo tiempo. Kawamura estaba detrás de nosotros y, probablemente, haya escuchado toda nuestra conversación. Nos mira con seriedad, y mientras Hina y Nobuo inclinan la cabeza en señal de disculpa, yo esbozo una sonrisa nerviosa.

–No está bien cotillear sobre los demás –añade en tono de reproche.

–Lo sentimos, Kawamura-san –murmuramos a la vez, mientras guardamos nuestros palillos.

La supervisora nos mira una vez más muy seria y después se marcha. Los tres nos levantamos de la mesa y nos preparamos para volver a la oficina. Tras la regañina, Nobuo se ha quedado de piedra, y Hina sigue charlando como si nada.

–Bueno, espero que el presidente se cuide un poco –continúa–. No me gustaría que empezara a enfermar como le pasó a su padre.

–No te preocupes, tu *Kaichou-sama* está en plena forma –le digo cansada de repetir mil veces lo mismo, pero ella me mira con recelo.

–¿Cómo sabes eso?

–Bueno… –Me encojo de hombros. Tal vez le he dado a entender más de lo que pretendía–. Eso se nota, ¿no? Parece un tipo deportista, seguro que hace ejercicio, come sano y todo eso –improviso.

Ella sonríe extasiada.

–¡Sí, es verdad! Es muy deportista. Hace *jiu-jitsu*, ¿lo sabías?

–No tenía ni idea.

–¡Sí! No sé lo que daría por verle entrenar.

Pongo los ojos en blanco sin que ella lo note. No puedo ni imaginar cómo reaccionaría si le dijera lo mucho que he estado en contacto con Naoki estos últimos días. Volvemos a nuestros lugares de trabajo para continuar con nuestras tareas. Echo un vistazo al reloj de la esquina inferior del monitor. Cuatro horas más para acabar. ¿En serio va a quedarse Naoki trabajando hasta tan tarde? Me lo imagino allí, encorvado sobre su mesa, a oscuras y cansado, y no puedo evitar sentir una cierta tristeza.

16. Hailey

Son las seis y cuarto y sigo aquí. Ya he terminado de imprimir algunas hojas que me habían pedido mis compañeros y me he ido a por un café a la cafetería antes de que cerrase. Pensaba bebérmelo de camino a la estación, pero cuando pasé por el pasillo de las fotos que lleva hasta el despacho de Naoki, me quedé unos segundos observando su puerta cerrada.

Lleva allí desde esta mañana, pero no se oye ningún ruido. No le veo desde anoche, así que aún no he tenido la ocasión de hablar con él desde entonces. Solo quiero saber si está bien, y tal vez disculparme por haber sido tan maleducada con él en el club. Quiero demostrarle que yo también puedo ser amable.

A lo mejor podría quedarme junto a la fotocopiadora a esperar a que salga e inventarme una excusa para hablar con él. Pero ¿cuánto tiempo más piensa quedarse ahí?

Suspiro, golpeo el suelo con el talón y me decido. Total, aquí ya no hay nadie. Cruzo el pasillo mientras sujeto mi café aún caliente entre las manos para que no se derrame, me detengo ante la puerta y llamo.

Pero no hay respuesta. Madre mía, me estoy empezando a preocupar. Pruebo a llamar otra vez, algo más nerviosa. Me responde al cabo de un par de segundos.

–Adelante.

Me aclaro la garganta y empujo la puerta para entrar.

Tal y como sospechaba Hina, Naoki está hasta arriba de trabajo. Está encorvado sobre un portátil que está en el centro de la mesa, y tiene un par de pilas de documentos a ambos lados.

En cuanto me ve entrar por la puerta, levanta la cabeza y enarca una ceja.

–Déjeme adivinar –empieza a decir antes de que yo pueda hablar–. Sus compañeros le han vuelto a pedir encargos fuera de horario y ha venido a quejarse, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

–Para nada. Como has estado todo el día aquí encerrado, solo quería asegurarme de que seguías vivo.

–Creía que había dejado claro lo de las formalidades en el trabajo –me responde con severidad.

–Aquí ya no hay ni un alma, se han ido todos.

Vuelve a levantar la vista de la pantalla. Apoya el codo en la mesa y la cabeza en la palma de su mano mientras me observa cansado.

–Ve a casa tú también –me dice–. En tu contrato no se incluyen las horas extras, ya te lo he dicho.

–Estaba a punto de hacerlo –respondo–. Por cierto, ¿necesitas algo antes de que me vaya?

–Estoy bien. Gracias.

Aprieto el vaso de café con las manos y le miro con insistencia, esperando a que me sonría y le salga ese hoyuelo en la mejilla. Sin embargo, él permanece concentrado en lo que esté haciendo en el ordenador.

–Oye… ¿no te estarás exigiendo demasiado? –me atrevo a decir, esperando una respuesta

irónica de su parte, pero Naoki se limita a soltar un suspiro entrecortado.

–Sí, seguramente esté exigiéndome demasiado –admite mientras teclea algo–. Pero descansaré durante el fin de semana. No te preocupes por mí.

Madre mía. Se ha dado cuenta de que estoy preocupada por él, y ahora estoy muriéndome de vergüenza. Me coloco un mechón de pelo por detrás de la oreja, trago saliva y vuelvo a intentar entablar conversación con él.

–¿Vas a venir al Temple esta noche?

Él sonríe con altivez, sin apartar la mirada del monitor.

–¿Quieres que vaya?

Estoy tan nerviosa que por poco se me cae el vaso que tengo en la mano.

–No, no, yo… –tartamudeo–. Era una pregunta como otra cualquiera. Pero pensándolo bien, creo que será mejor que te vayas pronto a la cama. Estarás agotado –añado rápidamente, nerviosa.

–Sí.

–Tal vez el viernes –añado sin pensar.

Él vuelve a levantar la vista y sonríe.

–De acuerdo. Allí estaré.

Dios mío, ¿en qué estaba pensando al decirle eso? Tengo que encontrar la manera de terminar esta conversación y marcharme, pero él parece tan triste y tan solo que me cuesta hacerlo.

–¿Vas a quedarte mucho más tiempo aquí? –le pregunto en voz baja.

–Me temo que sí.

Me muerdo el interior de la mejilla. Ya casi se me ha enfriado el café y aún no he bebido ni un sorbo. Me inclino hacia delante y lo deposito en su mesa.

–Toma. Lo vas a necesitar –le digo avergonzada–. Lo había cogido para mí, pero la verdad es que ni lo he tocado.

Él me mira con una mezcla de asombro y agradecimiento.

–Gracias.

–De nada. Bueno… Chao.

Esboza una media sonrisa y yo vuelvo a ver el hoyuelo que tiene cerca de su boca durante unos segundos.

–Chao –me imita, y vuelve a inclinarse sobre su ordenador.

Me doy la vuelta para marcharme, pero los pies me pesan una barbaridad. Es como si mi inconsciente no quisiera dejarle solo. Me pregunto cuántas veces habrá tenido que quedarse trabajando hasta tan tarde, volver a casa hecho polvo y empezar de nuevo a la mañana siguiente, sin haber tenido ni un momento para sí mismo.

Y yo, que imaginaba que su vida era todo lujos y caprichos…

Me despido haciéndole un gesto con la mano, y después cierro la puerta. Atravieso el pasillo y las oficinas y me dirijo hacia el ascensor.

Debería haberle preguntado si quería que le hiciera compañía. Podría haberme quedado con él, sin hacer nada en especial. Los dos, en un silencio interrumpido por el ruido de las teclas del ordenador, alguna que otra broma y un café tibio compartido. Nos habríamos tomado un descanso para ver la puesta de sol a través de los enormes ventanales de su despacho, y luego nos habríamos ido juntos antes de que pasara el último tren. Y habríamos caminado hasta la estación, pasando por los famosos edificios, como hicimos la otra tarde. Me hubiera gustado escuchar más historias sobre la evolución de Tokio, los ciervos de Nara y él. Seguramente habría podido

aprovechar la ocasión para llamarle por su nombre, al menos una vez.

¿Cómo he podido ser tan tonta?

17. Hailey

Tengo la impresión de que esta semana ha durado una eternidad. Ha sido tan intensa que ahora estoy agotada. El trabajo en la oficina no es tan emocionante como me esperaba, pero al menos me va bien.

Es viernes por la tarde. En unos minutos saldré de la oficina de Saito y podré irme a casa, darme una ducha larga y relajante y descansar de los correos electrónicos, al menos durante el fin de semana. Todavía no he visto a Naoki. Los dos últimos días ha vuelto a llegar pronto al trabajo y a quedarse encerrado hasta tarde. Me hubiera gustado llamar a su puerta y preguntarle qué tal estaba, pero Kawamura ha estado todo el día encima de mí y no me ha quitado un ojo de encima, así que no he podido hacerlo.

–Muy bien, señorita Young –me dice la señora Kawamura mientras coge los documentos que le acabo de imprimir. Comprueba que están todos y los deja apilados sobre la mesa–. He notado que ha mejorado considerablemente su dominio del japonés en los últimos días –añade–. Está claro que está trabajando duro. Siga así.

–Gracias.

Seguro que es por las noches en el club. Hablar con tanta gente y escuchar conversaciones sobre tantos temas distintos me está ayudando a ampliar mi vocabulario.

Me pregunto si realmente vendrá Naoki esta noche.

–¿Sabe si el presidente sigue trabajando? –le pregunto en voz baja para que no me oigan los demás.

Ella suspira.

–Sí, y me temo que todavía le queda un rato. Ha sido una semana bastante agitada para él –me explica–. Y prefiere tratar los asuntos delicados por su cuenta. Detesta delegar trabajo a otras personas, aunque eso le suponga quedarse en su despacho hasta muy tarde. Su dedicación es digna de admirar.

–Masoquista y adicto al trabajo –murmuro en inglés para mí misma.

–¿Qué ha dicho?

–Nada.

Para mi sorpresa, me doy cuenta de que Kawamura me está siguiendo mientras me dirijo a mi mesa de trabajo.

–Su padre trabajaba con gran dedicación y sacrificio, pero sabía darse descansos y confiar en sus ayudantes de vez en cuando. A veces, la obcecación del presidente me parece excesiva. Tal vez se deba a que es muy joven, pero a este paso empezará a pagar las consecuencias muy pronto.

Parpadeo varias veces. Me aseguro de no haber olvidado nada en la mesa y aprieto mi bolso contra el interior del codo. Ella parece estar esperando una respuesta.

–Esperemos que entre en razón –me limito a decir, y hago una reverencia–. Gracias por haberme asesorado en mi primera semana de trabajo, Kawamura-san. Ha sido un placer trabajar

juntas.

–Aproveche el fin de semana para descansar –me aconseja antes de que me vaya.

Asiento y me dirijo hacia el ascensor, donde me está esperando Hina.

–¿Tienes planes para el fin de semana? –me pregunta mientras bajamos a la planta principal.

–La verdad es que sí –respondo.

–¡Qué bien! –exclama aplaudiendo–. Déjame adivinar… ¿tienes una cita?

–No, no exactamente. Ni siquiera sé si él va a venir, pero ojalá que sí.

–¡Lo sabía! –chilla–. Por eso estabas tan distraída hoy. Me alegro mucho.

Esbozo una media sonrisa forzada y miro hacia otro lado. Creo que, si supiera la verdad, no se alegraría tanto. Tal vez hasta me odiaría a muerte.

18. Hailey

–Y así fue como la carta volvió al remitente por segunda vez. Y todo por un pequeño error de transcripción.

Mientras habla de su día de trabajo, el señor Takeda hace amplios gestos con las manos y mueve la cabeza de un lado al otro, como si le estuviera hablando a un público de espectadores. Por sus ojos, se nota que habla con mucho entusiasmo, y Rika y yo le seguimos la corriente mientras escuchamos su anécdota.

–Y habría vuelto muchas más veces, si no me hubiera dado cuenta –concluye.

Rika asiente con interés, pero yo estoy distraída y soy incapaz de concentrarme. No dejo de mirar hacia la puerta y, cada vez que se abre, espero ver a Naoki, pero es viernes por la noche y hay mucho movimiento en el club.

Ni siquiera sé si vendrá. Me he puesto mi vestido favorito, de encaje azul, a juego con mis ojos, y he estado delante del espejo más tiempo de lo habitual hasta verme perfecta. En realidad, no sabría cómo impresionarle. Lo único que sé es que la otra vez prefirió a Asuka antes que a mí. Y ella es tan elegante y fina que me parece imposible imitarla.

La puerta vuelve a abrirse y veo más hombres, más reverencias y más sonrisas forzadas. El señor Takeda aún no ha dejado de hablar y su voz se está convirtiendo en un zumbido muy molesto para mis oídos. En lo que va de noche, todavía no ha pedido jugar al Shanghai, sigue bebiendo y ya tiene la nariz roja.

Otra vez, la puerta. La gente entra y sale. Empiezo a temer que el presidente no venga. Tal vez hoy estuviera demasiado cansado para venir y haya preferido volver a casa, darse un baño y acostarse pronto.

El señor Takeda le está explicando a Rika cómo elegir los servicios de correo y está comparando los plazos de entrega de su empresa con los de otras. Es una conversación de lo más aburrida, pero en un momento dado le oigo mencionar Nara.

–Con nosotros, tardan poco más de tres horas en llegar en tren y solo una en avión –dice–. Pero hay una empresa rival, cuyo nombre no voy a mencionar, que tarda dos días en hacer llegar sus envíos a Nara.

No me interesa en absoluto. Me limito a poner una expresión de asombro y a llenarle el vaso, y dejo que Rika lo entretenga.

Acaba de entrar alguien. Me ha parecido escuchar el tintineo de la campana de la entrada, aún con la música. ¿Será Naoki?

Lo busco con la mirada y enseguida lo encuentro: camisa blanca y corbata negra, pelo alborotado, mirada afilada, labios oscuros y bien delineados y pómulos altos. Jamás podría confundirlo con otro. Se ha parado delante de la barra a hablar con Mamasan. De pronto, ella mira hacia mí.

El corazón me va a mil. Ojalá pudiera ir allí, pero no puedo. Las normas de Juno son muy estrictas: no se puede abandonar la mesa de un cliente a menos que sea una emergencia. Y esto

no lo es.

–¿No te apetece, Hailey-san?

Me vuelvo hacia Rika. No tengo ni idea de lo que me ha dicho.

–¿Qué?

–Una partida al Shanghai antes de que el señor Takeda esté demasiado cansado. Todavía nos debe la revancha de la última vez, ¿te acuerdas?

–Ah, sí, sí. Con mucho gusto.

–¿Podrías traer la caja con los palillos, por favor?

–Claro.

Me alegro, aunque intento que no se me note. Los juegos están al fondo del bar y Juno es la que nos los da. Tal vez pueda hablar un rato con Naoki.

Me levanto de la mesa y hago una rápida reverencia mientras mantengo los brazos paralelos al cuerpo.

–Con permiso, vuelvo enseguida.

Me doy cuenta de que el presidente ya no está en la barra. Se habrá ido a sentar en alguna parte, no sé dónde, tal vez en una de las mesas del entresuelo. Por lo menos sé que no está con Asuka, ya que ella está entreteniendo a un grupo de hombres de negocios junto con otras dos chicas.

Llego a la barra, me apoyo en ella con ambas manos y me inclino hacia delante, entusiasmada.

–¡Mamasan!

–Estoy aquí, angelito.

Está preparando unos cuencos de frutos secos, de espaldas a mí. Se gira un segundo y me mira.

–¿Qué te ha dicho? –le pregunto con impaciencia.

–¿Quién?

Sería un poco raro que lo llamara por su nombre. Podría pensar que tenemos una relación especial o que le oculto algo.

–*Kaichou-sama*.

–Ha dicho –empieza a decir mientras avanza lentamente hacia mi dirección– que estaba buscando a la chica americana. Yo le he dicho que estabas ocupada y le sugerí que pasara un rato con otra de las chicas, o con más de una, si así lo deseaba.

–¿Y con quién ha ido?

Jadeo, nerviosa, mientras espero a que Juno me responda. Ella sonríe y se pone delante de mí, cruzando los brazos a la altura de sus pechos.

–Con ninguna. *Kaichou-sama* ha preferido sentarse solo y esperar a que la chica americana quedase libre, a pesar de haberle dicho que podría tardar bastante. Ha pedido una botella de vino blanco –responde lanzándome una mirada pícara–. Aun así, no me gusta que ningún cliente esté mucho tiempo sin compañía. Si tardas mucho, tendré que mandar a alguna chica a su mesa.

–No, espera. Tengo que…

–Tienes que librarte del abuelete –me dice entre risas–. Lo antes posible. Aunque no creo que vaya a tardar mucho, está bebiendo como un cosaco.

Así que Juno también lo ha entendido. Me vuelvo hacia la mesa en la que estaba: Rika está llenándole de nuevo el vaso al señor Takeda.

–Quiere jugar al Shanghai. ¿Qué hago?

Mamasan se agacha y saca algo de debajo de la barra. Después pone delante de mí una caja de madera alargada donde guarda los palillos del juego.

–Jugar –sentencia.
–Vale. Pero, por favor, ¡no le mandes a Asuka!
Juno se ríe y se coloca un mechón de pelo por detrás de la oreja.
–*Yare*, *yare*. Esto se está poniendo cada vez más interesante.

19. Hailey

Una partida al Shanghai se termina cuando ya se han cogido todos los palillos. Si un jugador es bueno y tiene el pulso firme, podrá coger muchos palillos antes de que se le acabe el turno. Si, en cambio, es astuto, se concentrará en coger los que le den una mayor puntuación.

El señor Takeda estaba tan borracho que ni siquiera podía sacar uno sin poner la mesa patas arriba. Yo estaba intentando coger el mayor número de palillos posible sin importar el color, pero al final ganó Rika.

Qué más da, es mejor así. Nuestro cliente tuvo que apoyarse en Rika para que le acompañara a la salida, porque había bebido tanto que se tambaleaba con cada paso que daba.

Ahora por fin estoy libre y puedo ir con él. Con Naoki.

Juno me guiña un ojo y me señala el entresuelo. No me extraña que haya querido sentarse allí, es donde hay más intimidad. Esta vez no voy a ser maleducada con él. No le daré ninguna razón para que me rechace.

Mientras subo los peldaños de madera, me noto un poco nerviosa. Solo espero seguir teniendo buen aspecto, y que no se me haya quedado el olor al aliento alcohólico del señor Takeda.

«Ahí está».

Parece aburrido. La botella de vino blanco que pidió sigue llena. Está sentado cómodamente en el sofá, apoyado en un reposabrazos y usando su teléfono móvil.

Mientras me acerco a él, me aclaro la garganta. Me pongo las manos detrás de la espalda para ocultar que estoy temblando y fingir despreocupación.

–Buenas noches, señor.

Él levanta la cabeza, deja el móvil y se sienta derecho.

–Ya era hora –me dice con altanería–. Estaba a punto de irme.

Me siento a su lado, y rozo su rodilla con la mía, pero él permanece impasible.

–Pero te has quedado. Al parecer, te importaba.

Él se limita a responderme con una media sonrisa, sin decirme nada. Coge la botella que hay sobre la mesa y se dispone a abrirla.

–Y mira. Pedí estar solo, pero me trajeron dos vasos –señala.

Intuyo que está a punto de servirme una copa, y yo le detengo con un gesto.

–Oh, no, no. Soy yo la que tiene que servir las copas.

–Pero en tu país no se ve bien que una mujer le sirva el vino a un hombre. ¿No es así?

–Sí, pero aquí es al revés. Déjame hacer mi trabajo.

Le quito la botella de las manos y nuestros dedos se rozan sin querer. Al hacerlo, siento un pequeño escalofrío. El perfume que desprenden sus muñecas es tan intenso que se cuela de lleno en mis fosas nasales. Algún día se me escapará decirle que se echa demasiado.

Le sirvo el vino con cuidado de no derramarlo y luego dudo. No sé si debería beber. No puedo emborracharme en el trabajo y, en general, no me sienta muy bien el alcohol, pero sería de mala educación que me negara.

«Solo un par de sorbos».

Me detengo en medio de las dos copas con algo de brusquedad, y una gota de vino se desborda por el cuello de la botella. La cojo con el dedo índice, e instintivamente me la llevo hacia los labios para olerla. Mi gesto parece inmovilizarle. Está petrificado, con la boca ligeramente abierta y la mirada impenetrable.

–¿Qué pasa? –suelto en inglés.

Él niega con la cabeza lentamente.

–Pareces cómoda trabajando como acompañante. Y eso me resulta bastante… inesperado.

–Ya te digo –respondo llevándome el vaso a la boca–. O sea, hasta ahora no ha estado mal. Es una forma rápida de ganar dinero, pero no podría dedicarme a esto más de unos meses –confieso–. Está claro que no es el mejor trabajo del mundo.

Naoki bebe un sorbo de vino, y yo miro su cuello largo y el movimiento de su nuez mientras traga. Se afloja ligeramente la corbata y se desabrocha los puños de la camisa.

–Búscate otro –sentencia con dureza sin siquiera mirarme.

–No creo que pueda encontrar otro trabajo a tiempo parcial tan rentable como este. Y ahora mismo, necesito mucho dinero.

–Hablas como si estuvieras en deuda con la y*akuza*.

Parpadeo y se me escapa una risa histérica. Bebo más vino y termino mi copa.

–Te has acercado.

Él frunce el ceño y me observa con atención.

–¿Qué quieres decir?

Suspiro. Empiezo a sentir mucho calor. El aire del local está condensado y la música me aturde. Naoki está tan cerca que hasta podría tocarlo, y cuando está serio está mucho más guapo. Todo esto es muy hipnótico.

–Muy bien. ¿Quieres saber la verdad? –le pregunto destensando ligeramente los hombros–. ¿Quieres que te cuente por qué estoy aquí?

Me sirvo más vino y bebo. No es suficiente como para emborracharme, pero al menos me ayudará a abordar el tema.

Asiente, se acerca a mí y me responde en mi lengua:

–Te lo agradecería.

Me gustan las palabras que escoge. Son tan diferentes a las mías y a las de la gente con la que suelo relacionarme. Se nota que pone atención a la hora de elegir qué decir, y que no habla instintivamente y sin sentido. Siempre busca utilizar las expresiones más apropiadas.

Empiezo a hablarle de mi hermano y de mí. De lo que esperaba encontrar en esta ciudad, de mis ambiciones, de las mentiras de Jamie y de sus planes rotos, de las oportunidades que ha desaprovechado y de las puertas que se ha cerrado.

Me gusta la forma en que me escucha. Parece entender todo lo que digo sin perderse ni un solo detalle. Siento que podría estar hablando con él durante horas.

–No tenía otra opción –concluyo–. La razón me gritaba que hiciera la maleta y que cogiera el primer vuelo de regreso a casa, pero en el fondo sabía que jamás me lo habría perdonado. En fin, ¿quién sería capaz de dejar a su hermano solo ante un problema? Ni hablar.

Bebo un sorbo de mi copa y me doy cuenta de que he bebido más de la cuenta. Naoki, por su parte, aún no se ha terminado su primera copa. Niega con la cabeza y agacha la mirada.

–Es absurdo –masculla.

–Sé lo que estás pensando –me anticipo–. Que somos un par de ingenuos que han abarcado más

de lo que se podían permitir.

–No. Por un lado, me ha sorprendido esa mezcla de ingeniosidad e insensatez –niega en voz baja, y tengo que inclinarme hacia él para oír lo que dice–. Por otro, he sentido cierta envidia de vuestra relación, en el buen sentido, porque yo nunca he conocido ese amor fraternal. Y me cuesta entenderlo –confiesa.

Decido no darle tanta importancia a esa frase. La cabeza me da vueltas, así que me apoyo de lado en el respaldo del sofá, frente a él.

–Ahora que te he contado todo esto, te toca decirme algo de ti que yo no sepa.

–¿Algo que no sepas? –repite.

–Sí. Por ejemplo, podrías explicarme por qué vienes tan a menudo a este barrio.

–Soy un ser humano, tengo mis necesidades. Y aquí puedo satisfacerlas, porque nadie me conoce.

–¿Y eso? ¿De quién te escondes?

–De todo y de todos, pero no quiero aburrirte.

–Venga, abúrreme. Tengo curiosidad. ¿Por qué alguien cómo tú pagaría por estar unas horas conmigo?

Duda, junta las manos. Me gustan. Nunca las he tocado, pero parecen suaves, lisas y fuertes.

–Podría responderte de muchas formas, pero la verdad es que me gusta pasar tiempo contigo, porque tengo la impresión de que tu forma de ser, tan inquieta y ruidosa, puede apaciguar mis silencios. Y, ¿sabes…? El silencio me asusta –me dice en voz baja–. En mi casa siempre ha habido un silencio aterrador.

Si no supiera que solo se ha tomado una copa de vino, pensaría que el que habla es el vino y no él. Pero no es así. En su rostro veo una tristeza tan evidente que me duele hasta a mí, y me hace sentir una punzada en la garganta.

–Joder. Lo siento, yo no… –balbuceo–. No quería hacerte pensar cosas tristes, solo quería hablar contigo.

–No te preocupes, da igual. De todas formas, ibas a enterarte tarde o temprano. Hay muchos cotilleos en la oficina.

–¿De qué se supone que tengo que enterarme?

Suspira, se deja caer sobre el respaldo en una posición parecida a la mía y nos quedamos mirándonos cara a cara.

–Soy un hijo ilegítimo –dice en voz baja, casi susurrando–. Algo que mi padre, Ichirou Saito, nunca había previsto.

–Mira, tal vez haya bebido demasiado, pero no entiendo lo que significa eso.

–Quizá para ti no sea nada especial, supongo. Pero aquí es diferente –me explica con voz ronca. Bebe su copa hasta terminarla y se la vuelvo a llenar–. Hace treinta años, cuando mi padre todavía era estudiante, se enamoró de una chica de su edad. Sus padres estaban en contra de esa relación, querían que solo se centrase en sus estudios. Así que toda la familia se mudó de Nara a Tokio y fue admitido en la Universidad de Waseda, uno de los institutos privados más prestigiosos de todo Japón. Ambos se perdieron de vista antes de que ella pudiera confesarle que se había quedado embarazada. Y unos meses después, nací yo.

–Dios, qué historia más triste –comento absorta. Estamos tan cerca que creo que puedo sentir el calor de su cuerpo a través de mi ropa. Pero tal vez solo sea el vino.

–Durante los primeros años, intentó hacérselo saber mediante cartas, incluso le envió fotos mías, pero él nunca recibió nada. Lo más seguro es que mis abuelos paternos las destruyeran. En

cualquier caso, la vida de mi madre nunca fue sencilla. Procedía de una familia muy humilde y sus padres eran muy mayores. Creo que se esforzó mucho por criarme, pero tal vez fuera demasiado joven como para tener esa responsabilidad a su cargo. Y cuando yo tenía diez años, ella se fue.

Parpadeo, asombrada por su relato.

–¿Ella… murió?

–No lo sé. Desapareció de noche, mientras todos dormían. Se llevó todas sus pertenencias y solo dejó una última carta a los servicios sociales. En ella, desvelaba la identidad de mi padre biológico y pedía que se hiciera cargo de mí. Intenté buscarla durante mucho tiempo, pero ni rastro de ella. Probablemente vuelva a buscarla. Estoy seguro de que se cambió el nombre y de que se buscó la vida en algún otro lugar, aunque a veces solo rezo porque ella no muriera sola y en la penuria… Trato de no pensar mucho en ello.

Hace una pausa muy larga. Cierra los ojos y se masajea las sienes mientras deja escapar un suspiro largo.

–En cualquier caso –prosigue–, me vino a buscar un asistente social y, tras un tiempo de búsqueda, consiguieron localizar a mi padre y me llevaron con él a Tokio, a una casa donde reinaba el silencio.

Aprieto los dientes como si tuviera frío. En realidad, sus palabras están tan llenas de tristeza que las siento como corrientes de aire helado. Me encantaría poder abrazarlo. Dios, si estuviéramos en mi ciudad ya le estaría abrazando.

–Por aquel entonces, mi padre acababa de casarse con su actual esposa y estaban a punto de tener un hijo. Imagínate cómo se tomaron que llegase yo –añade con ironía. Bebe un par de sorbos más y vuelve a vaciar su copa–. Lo primero que hicieron en cuanto puse un pie en aquella casa fue meterme un palo en la boca para hacerme una prueba de ADN, y supongo que rezarían por que hubiera salido negativo, pero no fue así. Ichirou tuvo que reconocerme como su hijo, así que yo me gané un nuevo apellido, dos padres que me consideraban un castigo divino y un hermanito que todavía no había nacido, pero que ya tenía una habitación más grande que la mía y llena de todo tipo de juguetes. Enseguida lo comprendí: él era su hijo y yo era «el otro».

–Debe de haber sido horrible.

–Lo fue. Tras las pruebas de aptitud y al ver mis resultados escolares, la relación con mi padre fue a mejor. Se dio cuenta de que tenía potencial y planeó toda mi existencia con base en el estudio. Con su mujer fue algo más difícil, pero después de que naciera mi hermano Shinji, se dedicó exclusivamente a él y dejó de pensar en mí.

–Bueno, no sabría decir si eso es mejor o peor. Me parece otra forma de maltrato –murmuro mientras le sirvo más vino.

Sonríe y vuelve a beber. Se lleva una mano al cuello para aflojarse la corbata y se desabrocha el cuello de la camisa. Su piel está ligeramente brillante por el sudor y no puedo dejar de mirarle. Aquí dentro cuesta respirar y empieza a hacer un calor insoportable.

–Cualquier cosa que hiciera Shinji, aunque fuera deletrear palabras frente al televisor, era como un milagro para ellos –prosigue–. En cambio, mi rendimiento escolar récord y la media más alta de toda la escuela eran solo una obligación. Siempre he tenido que trabajar el doble que mi hermano para conseguir al menos la mitad de lo que a él le correspondía por derecho –dice–. Supongo que ahora comprendes por qué me cuesta tanto entender el amor fraternal, Hailey.

–Sí, pero es comprensible.

–Y, para terminar –concluye, bebiendo de nuevo–, hace dos años, mientras estaba en el trabajo,

a mi padre le dio un ataque al corazón y lo llevaron al hospital. Tras un periodo largo allí, le dieron el alta, pero los médicos fueron claros con él: no más estrés, no más trabajo, o perdería la vida. Y ahí fue cuando yo le empecé a resultar útil. Me puso a cargo de la empresa, aunque este puesto en realidad no es mío, sino de mi hermano. Yo se lo estoy manteniendo caliente y, cuando él termine sus estudios, tomará las riendas de la empresa y yo acabaré relegado a un cargo de contable, o al puesto que Ichirou pretenda reservarme.

–¿Después de todo lo que has hecho?

–Sí…

–Pero eso es injusto. Tú… ¡deberías reunirte con los dos y hablarles claro! –digo alzando la voz. Siento que me arden las mejillas.

–No serviría de nada. Toda mi vida ha estado planeada desde el principio para no ensuciar el nombre de mi familia: a qué escuelas asistir, qué facultad elegir, con qué amigos salir. Incluso la mujer con la que me casaré.

Siento una punzada en el pecho y noto como si el vino que he bebido me corroyese por dentro. Clavo las uñas en los cojines del sofá.

–¿Quieres decir que vas a tener un matrimonio de conveniencia?

–No exactamente. Creo que es la hija de alguien a quien mi padre debe algún favor. Nos presentaron, nos lo insinuaron, y ahora nos vemos una vez a la semana. Nuestros padres dicen que somos novios, pero en realidad ni siquiera nos hemos tocado. Normalmente nos vemos en un salón de té en Aoyama los domingos por la mañana, comemos un trozo de tarta y hablamos de trabajo y del tiempo. Después nos despedimos y nos vamos cada uno a su casa.

–Habláis de trabajo y del tiempo –repito desconcertada.

–Sí.

–¿Y cómo es ella? ¿Te gusta?

–Es agradable. Tiene la barbilla ligeramente torcida, e intento no fijarme mucho, porque a veces le da una expresión inquietante, pero aparte de eso es guapa, culta y de buena familia.

Cuanto más habla de ella, más ganas tengo de que la tierra me trague. No sé por qué, pero me estoy imaginando a esa mujer con la misma apariencia impecable que tiene Asuka.

–¿Y de verdad piensas en casarte con ella?

Él suspira y se hunde un poco más en el respaldo del sofá, apoyando su cabeza en él.

–Puede ser –responde cansado–. De todas formas, un matrimonio es solo un matrimonio. Pasaré la mayor parte del tiempo en el trabajo y solo tendremos que aguantarnos cuando estemos en casa. ¿Qué más podría ofrecerme la vida?

Ahora mismo no sé si estoy más horrorizada o angustiada. El alcohol en mi organismo me hace estar más impetuosa y menos tolerante, y soy incapaz de callarme.

–¡Esa es la mayor gilipollez que he oído nunca! –digo poniendo los ojos en blanco–. Si yo pensara igual, ahora mismo estaría trabajando en la tienda de alimentación de mis padres. Nunca habría ido a la universidad, ni habría venido a Tokio, me habría perdido muchas cosas estupendas y no estaría hablando contigo, aquí y ahora –le digo rápidamente–. Y si de verdad piensas que no merece la pena vivir la vida como tú quieres y prefieres tirarte al pozo que otra persona ha cavado para ti, bueno… ¡entonces eres un imbécil, Naoki!

Él me mira con los ojos muy abiertos, como si lo hubiera despertado de una fase de somnolencia. Aprieto los labios.

–Me acabas de llamar por mi nombre.

Madre mía. Acabo de hacerlo. He dicho su nombre, aunque no era mi intención. No quería

hablarle con tanto rencor, ni llamarle imbécil. Lo sabía, no debería haber tomado más de dos sorbos. Solo estoy mostrándole lo peor de mí.

–Sí, y también he sido una grosera contigo, así que supongo que ahora me pedirás que me quite de en medio y que venga Asuka en mi lugar, como la última vez –mascullo–. Tranquilo, no voy a decir nada. Voy a ver si está libre.

Él extiende un brazo hacia mí, como para retenerme, pero se detiene en seco antes de tocarme. Me quedo sentada en el sofá y aprieto los dientes, decepcionada. Los clientes no pueden ponernos ni un dedo encima porque va en contra de las normas, pero me habría gustado volver a sentir su mano en mi piel, como aquella vez en que impidió que pusiera un pie en la carretera.

–No –me dice, inclinándose hacia mí–. Creo que me has malinterpretado. Cuando preferí cambiarte por Asuka esa noche no fue por las cosas que me dijiste, sino por lo que hiciste –confiesa–. Tú… rozaste tu pierna con la mía. Y esta noche lo has vuelto a hacer. No sabría decir si es por torpeza o porque te gusta jugar, pero la otra vez no estaba de humor para soportarlo. Me resulta frustrante estar tan cerca de algo que no puedo tener. No dejabas de bromear conmigo, de jugar con tu pelo y de vacilarme, y yo no podía hacer más que reaccionar de forma pasiva a todo eso. Conozco las normas, pero no estaba preparado –me dice con suavidad–. Tenía miedo de saltármelas, de perder el control y de hablar de más.

Estamos muy cerca. Si me acercase un poco más a él, podría rozar sus labios. De hecho, si esto fuera un bar normal, ya le estaría besando.

Deslizo una mano por el sofá y la acerco a la suya. La rozo solo con la punta de los dedos, y él se sobresalta y me mira con los ojos entornados.

–Sabía que te burlarías de mí. No debería haberte dicho nada –susurra.

Acerco una pierna a la suya, hasta sentir la tela de sus pantalones contra mi piel. Levanto su mano para acercarla a mi rodilla y él no pone resistencia. Pongo sus dedos a unos centímetros de mi muslo.

–Ahora podría llamar al portero y hacer que te eche de aquí –susurro–. Pero a veces hay que correr el riesgo de saltarse las normas, porque merece la pena. Y, si sigues acatándolas, morirás de frustración.

Sonríe. Huele tan bien que querría respirar en su cuello para sentirlo más intensamente. Y apoyarme en su pecho, desatar el nudo de su corbata y desnudarlo.

Naoki mueve lentamente su mano. Me acaricia el interior del muslo por debajo de mi vestido, luego vuelve a la rodilla y sube lentamente. Tiene un tacto firme, sus dedos son cálidos, aunque más ásperos de lo que me imaginaba. Y no se queda atrás, sabe perfectamente cómo tocarme y eso me resulta muy excitante.

Jadeo y él se detiene. Siento un nudo en el estómago. Aquí hace un calor de mil demonios y me arden las mejillas. Él está muy serio y me mira intensamente. Me habla tan cerca que puedo sentir su aliento en el lóbulo de mi oreja, y se me pone la piel de gallina.

–¿Por qué no vamos a otro sitio para que pueda tocarte en condiciones?

20. Hailey

Le he dicho a Juno que mi jefe ha bebido un poco más de la cuenta y que no se siente bien, que estoy preocupada por él y que quiero acompañarlo a su casa para asegurarme de que llega bien. Ella se ha echado a reír y evidentemente no se lo ha tragado, pero me ha dejado marcharme, me ha guiñado un ojo y, mientras salía del Temple, me ha dicho que le debo una.

Fuera hace más fresco y el aire trae consigo un olor a polvo y a asfalto mojado. Se nota que ha llovido algo mientras estábamos en el club, pero ya ha parado. En la calle solo quedan charcos y mosquitos.

Avanzamos a paso ligero, uno junto al otro, aunque no vamos a ninguna dirección en concreto. Los alrededores están llenos de hoteles, pero ninguno de ellos nos convence. Tal vez seamos demasiado indecisos para elegir uno. Debería entrar con Naoki en el siguiente que vea, porque si no, a este paso, no iremos a ningún lugar.

–¿Por qué estamos caminando hacia Golden Gai? –me pregunta de repente.

Reduzco la velocidad y me doy cuenta de que, aunque no lo haya hecho a propósito, estoy caminando hacia la estación por el atajo que ya conozco bien.

–Me gusta –murmuro absorta–. ¿A… a ti no?

–Me va bien cualquier lugar.

Callejuelas estrechas y poco iluminadas, farolillos tenues y otros cegadores, portales pequeños y edificios asimétricos. Este parece el lugar perfecto para esconderse. Es perfecto para perderse. Por aquí tiene que haber un hotel por horas o algo parecido. Creí haber visto uno antes, pero ya no estoy tan segura. Estoy yendo por callejuelas al azar, a ciegas. No tengo ni idea de dónde acabaremos.

En uno de los callejones oscuros, se detiene y me coge de la mano para acercarme a él. Mi corazón me late tan rápido que puedo sentirlo retumbar en mis oídos. A nuestro alrededor no hay nada. Es como si estuviese a oscuras y solo viese la luz al final del túnel.

Siento sus manos cálidas. Una en la mitad de mi espalda, que desciende hacia abajo, haciendo enganchar su reloj con el encaje de mi vestido. La otra bajo mi barbilla, con la que me roza la mandíbula y me agarra la nuca.

Mis ojos no tardan en acostumbrarse a la oscuridad. Lo miro a los ojos antes de cerrar los míos, justo antes de que me bese.

No es el beso de película que me esperaba. Es caliente, lascivo y enturbia mis pensamientos. Pone los dedos de su mano izquierda en mi nalga y noto su erección en mi barriga. La ropa es lo único que separa nuestros cuerpos.

Me falta el aire. Paso los dedos por su pecho, los deslizo entre los botones de su camisa y noto la tensión en sus músculos. Me encantaría desnudarlo.

Me lame el cuello y yo contengo la respiración. Parece que no puedo respirar otra cosa que no sea su olor. Es tan fuerte que me escuece en las fosas nasales.

–N-Naoki –jadeo, y llevo mis manos a su cinturón–. No puedo más.

–No, aquí no –susurra deteniéndome con suavidad–. Vámonos.

Me agarro de su brazo y le sigo, con la cara acalorada y sin aliento. Hasta él, que presume de conocer la ciudad como la palma de su mano, parece perdido en este laberinto de farolillos. Se detiene ante una vieja puerta de madera que está entreabierta. Hay un cartel escrito a mano, en japonés, que dice que se alquilan habitaciones por noche. Dentro hay un anciano tan tieso que parece una estatua. Hacemos una reverencia y él nos saluda de la misma manera. Le entrega a Naoki una vieja llave que me recuerda a los armarios antiguos. Al parecer, tenemos que quitarnos los zapatos y dejarlos en una estera antes de subir a la habitación.

Me quito los zapatos con un gesto rápido y Naoki permanece agachado unos segundos más que yo. Él va delante de mí mientras subimos los peldaños de una escalera estrecha iluminada por un par de lámparas de techo polvorientas.

La habitación es minúscula y está vacía. No hay nada más aparte de un par de futones, una mesilla de noche y una lámpara. El techo es bajo y está agrietado por el calor. La única ventana que veo es tan pequeña que no deja pasar ni una gota de viento.

–Vaya. No hay aire acondicionado –murmuro agitada.

Él se quita la corbata con un gesto rápido. El ruido de la tela hace que me estremezca. Se quita la camisa y el cinturón, y lo tira todo sobre la mesita de noche.

–¿Qué, no te gusta sudar?

Su cuerpo es aún más bonito de lo que me parecía al tacto. Tiene los brazos largos y delgados, los bíceps marcados, unas venas muy gruesas que me dejan boquiabierta, los hombros anchos y los abdominales marcados.

Se me acerca y vuelve a besarme. Exploro su piel con mis dedos y busco sus puntos más sensibles. Me doy cuenta de que cuando los paso por encima de su abdomen se excita más, y lo aprovecho repitiendo el gesto.

–La verdad es que no nos vendría nada mal una buena ducha –añado mientras le desabrocho los pantalones.

–Ni de coña.

Me levanta el vestido por encima de las caderas para quitarme las bragas. Doblo una rodilla y dejo que me agarre de las nalgas. Me levanta y se inclina para tumbarme sobre el futón. Se pone encima de mí y baja entre mis piernas.

–¡Anda, pero si pesas más de lo que me imaginaba! –se burla de mí mientras se ríe.

–Qué gran hijo de… ¡Oh!

Tengo su cabeza entre mis piernas. Odio que se le dé tan bien confundirme. Me sujeta las piernas abiertas y pasa su lengua por mi clítoris. Me enloquece.

Arqueo la espalda y jadeo. Trato de no gemir demasiado fuerte, porque este lugar tiene las paredes muy finas y podría oírse todo desde fuera. Pero es muy difícil contenerse, porque se nota que Naoki sabe muy bien lo que está haciendo. Lo hace jodidamente bien.

Me agarro a las sábanas con las uñas. Naoki introduce dos dedos dentro de mí y los mueve con ímpetu con cada gemido. Debe de haber aprendido muchas cosas de sus noches en Kabukicho, pero prefiero no pensarlo ahora.

Siento que me ahogo. Dejo escapar un ligero grito cuando empieza a mover dedos y lengua frenéticamente y al mismo ritmo. Comienza a ir más despacio cuando nota que he llegado, y se eleva con sus brazos para mirarme a la cara.

No creo que esté guapa ahora mismo. Estoy agotada, jadeando y me arden las mejillas. Pero él me sonríe, se inclina hacia mí y busca mi boca. Le ha quedado mi sabor en los labios.

–¿Quieres que paremos un poco? –me susurra.

–No.

–Bien.

Gimo y doblo los dedos del pie mientras me penetra. El orgasmo me ha dejado hipersensible, y no puedo dejar de contraer los músculos. Noto cómo se hunde dentro de mí. Siento escalofríos por todo mi cuerpo. Dejo escapar un gemido de placer y él se queda quieto un segundo, o dos, aunque a mí me resulta una eternidad. Después empieza a moverse y yo pierdo el control.

Le pido que vaya más rápido en voz alta. Le hablo en mi lengua y él me responde en la suya, aunque en realidad no hay nada que entender. Solo gemidos y suspiros roncos y entrecortados. La luz cálida de la lámpara se refleja en sus preciosos ojos oscuros y sobre su abdomen contraído y empapado de sudor.

–Hailey…

Aprieta los dientes y oculta su cabeza entre mi espalda y mi cuello. Me gusta el olor de nuestros cuerpos juntos y sentir su respiración entrecortada sobre mí. Sus últimas embestidas son fuertes, y me hacen sentir en la espalda el suelo duro que hay debajo del futón.

Se estremece antes de llegar. Permanece encima de mí, jadeando varios segundos. Se vuelve a levantar con los brazos y se echa el pelo lleno de sudor hacia atrás. Luego se tumba a mi lado. Le miro y me quedo sin aliento. Creo que he deseado esto desde el primer día que lo vi.

«Quiero más».

Mi corazón está a punto de explotar. Me doy cuenta de que aún llevo el vestido, y ahora mismo no es más que un obstáculo azul.

Me siento en el futón y me llevo las manos a la espalda en busca de la cremallera, pero no consigo encontrarla. Naoki se ríe, alarga un brazo hacia mí y la encuentra fácilmente, ayudándome a quitármelo. Con este calor sofocante, es un alivio deshacerme de él.

Me siento a horcajadas encima de él y me pongo todo el pelo hacia un lado. Apoyo el dedo índice en el medio de su pecho y dibujo una línea imaginaria hasta su abdomen.

–No estarás cansado ya, ¿no? –le susurro.

–En absoluto.

Me mira fijamente y se detiene especialmente en algunas partes de mi cuerpo. De repente, empiezo a sentirme algo insegura y se me pasan por la cabeza mil cosas sin sentido. ¿Y si se esperaba algo mejor? ¿Le gustaré más vestida que desnuda? Últimamente no he hecho más que comer patatas fritas, y seguramente no esté a la altura de las otras mujeres con las que ha estado.

–¿Qué miras? –le digo nerviosa.

–Muchas cosas que me gustan, todas a la vez.

Este tipo de frases que dice, que no son más que varias palabras unidas a la perfección, son las que me hacen perder todo el sentido. Naoki sabe hablar tan bien que no deja lugar a dudas de interpretación. Y las palabras que utiliza consiguen derribar obstáculos, sorprender y borrar pensamientos negativos.

Me inclino hacia delante para dejar que me bese los pechos y el cuello. Siento sus manos por todas partes: en mi espalda, en mi pelo, sus dedos acariciándome los pezones y sus labios sobre mi piel.

–Espera un momento.

Me quita las manos de encima y protesto, insatisfecha. No quiero esperar. Pero él se pone a quitarse el reloj para esconderlo debajo de la almohada.

–No quiero saber la hora que es –se justifica.

Agarro su muñeca, por fin libre, y me la acerco a la cara. De ahí viene el perfume que tanto adoro. Ya casi no se nota, pero aún puedo olerlo.

Me coge la cara con sus manos para besarme. Esta vez es más tierno y respira con calma. Como si tuviera todo el tiempo del mundo solo para mí.

21. Hailey

Dormir sobre un futón no es para mí. Es como dormirse en un banco de un parque, tengo la espalda molida y los brazos entumecidos.

El sol me da directamente en la cara, a través de la pequeña ventana abierta, pero tengo demasiado sueño como para levantarme. Protesto, me giro hacia un lado y luego hacia el otro. Abro los ojos con dificultad y me incorporo, rascándome los párpados.

Estoy sola. No tengo ni idea de dónde se ha metido Naoki. Por un momento, pienso que se ha marchado y me ha dejado aquí plantada, pero después me doy cuenta de que su corbata sigue en la mesita de noche.

La puerta corredera se abre y yo me sobresalto, cubriéndome con las sábanas hasta la barbilla por miedo a que sea un desconocido. Pero es él. Está vestido, aunque su camisa de ayer está arrugada. Seguramente se haya dado una ducha, porque tiene el pelo húmedo.

Lo observo asombrada. No puedo dejar de pensar en anoche, en el modo en que me tocó, me exploró y me besó. En cómo me miraba mientras lo hacía y en lo descarada que me ponía cuando le pedía que no se detuviera.

Dios, qué vergüenza. ¿Cómo se supone que tengo que saludarlo ahora?

–Buenos días –me dice él, antes de que yo me decida, dirigiendo su mirada hacia mí.

Hago como que me estoy desenredando los rizos con las manos para evitar su mirada. Lo único que quiero es que no haga ningún comentario sobre esta noche, y que no se le ocurra hablar de ello ahora mismo.

–Buenos días.

–¿Estás bien? –me pregunta preocupado–. Hace un rato estabas quejándote en sueños.

–Sí, es que no estoy acostumbrada a dormir en un futón y me duele todo.

Sonríe con picardía, se agacha para recoger su corbata, la enrolla en su mano y se la vuelve a meter en el bolsillo.

–No creo que sea culpa del futón. Yo creo que es más por tu forma de moverte como una anguila.

Me ruborizo y me doy la vuelta. Quiero cambiar de tema inmediatamente.

–Yo también voy a darme una ducha –mascullo mientras busco mi vestido a tientas.

No lo encuentro. Creí que me lo había quitado aquí mismo y que lo había dejado cerca del futón. ¿Dónde lo habré puesto?

–Tengo una mala noticia –dice él–. El baño está en el pasillo y es compartido.

–¿Estás de coña?

–En un lugar como este, ya es bastante que haya agua caliente.

Es verdad. Anoche vinimos corriendo sin preguntar nada. Teníamos prisa y estábamos demasiado cachondos. Lo único que nos importaba era encontrar un sitio donde pudiéramos estar solos y lejos de las miradas indiscretas. Queríamos huir de todo. Del mundo entero.

Se acerca a mí y me tiende algo azul. Es mi vestido, doblado con mucho cuidado junto a mi

ropa interior. Debió de recogerlo él mismo cuando se despertó.

Es imprevisible y amable. Ninguno de los hombres con los que he estado se había preocupado por hacer algo así antes.

–Gracias –murmuro cogiendo la ropa de su mano.

–No creo que esa sea la ropa adecuada para ir a dar un paseo a plena luz del día. Te prestaría mi chaqueta, pero la dejé en el coche, que está aparcado cerca de la estación.

–Ah, no te preocupes. Solo quiero ir a casa, darme un baño y…

¿Pero qué coño estoy diciendo? Ni siquiera hay una bañera en el decadente apartamento de mi hermano.

«Oh. Dios mío. ¡Jamie!».

Abro los ojos y me pongo a buscar mi móvil como una loca. Está cerca de la lámpara… Apagado, a saber desde cuándo. No tiene nada de batería. Madre mía, debe de estar preocupadísimo. Seguro que me ha llamado muchas veces. Tengo que volver a casa lo antes posible.

Me visto a toda prisa, intento peinarme los rizos con las manos, pero para hacerlo bien necesitaría un cepillo y un secador. Blasfemo varias veces en voz baja y me pongo a buscar desesperadamente mis zapatos, pero después recuerdo que los he dejado en la planta de abajo. Me llevo una mano a la frente y resoplo.

A todo esto, Naoki me mira como si estuviera haciendo un espectáculo de comedia, asombrado y entretenido a partes iguales.

–Lo siento, tengo un poco de prisa.

–¿Quieres que te lleve?

–Mejor que no. Tendría que explicarle a mi hermano quién eres, y si se entera de que he pasado la noche con mi jefe, no dejaría de echarme sermones.

Él se ríe, y yo vuelvo a ver ese hoyuelo que le sale en su mejilla cuando lo hace. Dios, cómo me gusta.

–Haría bien –responde.

–¡No, por Dios! No querrás que piense que soy la primera empleada con la que te acuestas.

Me limpio los restos del maquillaje de la cara con una toallita, mientras me miro en el espejito que hay sobre la mesita de noche, y él permanece en silencio. Por el reflejo, me doy cuenta de que tiene un gesto serio en la cara. No es una broma.

–¡No me lo puedo creer! –exclamo echando la cabeza atrás.

Él asiente y suspira despacio.

–Siempre he tenido una regla fundamental: no acostarme con ninguna de mis empleadas, ni tener demasiada confianza con ellas. Pero está claro que contigo es distinto –me responde bajando la mirada–. Ninguna becaria me había plantado cara, chantajeado y faltado al respeto tan explícitamente hasta ahora. Ninguna se había atrevido nunca a sentarse en mi mesa. Y, a pesar de que todo eso debería haberme molestado, la verdad es que… me excitó –confiesa con un toque de ironía.

–Dios mío, sí que eres un masoquista –me burlo de él.

Me dirijo hacia el pasillo para echarle un vistazo al baño compartido, pero la pinta ya es espantosa desde fuera. Trago saliva y sacudo la cabeza.

–Qué asco. La próxima vez elegimos un sitio mejor, ¿vale?

–Vale.

Hago un esfuerzo para vencer las primeras impresiones y entrar en el baño, y entonces me doy

cuenta de lo que le acabo de decir y de cómo me ha respondido él. Esa podría ser la confirmación de que volveremos a vernos de esta forma y de que, tal vez, esto no haya sido solo cosa de una noche.

Cuando bajamos hacia la planta de abajo, veo mis zapatos donde los había dejado, sobre una alfombra a los pies de la escalera. A la entrada, está el mismo anciano de anoche, pero esta vez lo acompaña una anciana vestida con un traje tradicional que está golpeando el mostrador con las uñas. Naoki le entrega la llave de la habitación junto con algunos billetes. Ella nos mira con cierto desdén. Quizá no esté acostumbrada a ver una pareja mixta. O tal vez hayamos armado demasiado escándalo esta noche.

Salimos a la calle y pestañeo varias veces para hacerme a la luz. Este lugar es completamente distinto de día que de noche: los farolillos están apagados, casi todos los pequeños locales están cerrados, y los callejones no parecen tan laberínticos al estar iluminados por el sol. Hay alguna que otra bicicleta fuera de las tiendas, los carteles de colores se siguen viendo a pesar de estar apagados y las pocas personas que hay a nuestro alrededor están de pie frente a las máquinas expendedoras.

Estamos llegando a la estación. Naoki camina decidido y yo le sigo. Me doy cuenta de que sigue haciendo su particular gesto de tirarse de la manga para mirarse el reloj.

–¿Tienes planes? –le pregunto mientras abandonamos Golden Gai.

–Sí, tengo una reunión con los inversores. Pero me da tiempo a pasar antes por casa para cambiarme –me responde con naturalidad.

–Qué pena que también tengas que trabajar el fin de semana.

–Es un encuentro distendido. Aunque, en cierto modo, forma parte de mi trabajo –responde–. Pero, como muy tarde, estaré libre a partir de las doce.

–Bueno, me alegro.

Suspira y vuelve a mirar la hora.

–¿Te apetece quedar para comer?

Abro los ojos, sorprendida. Creía que quería librarse de mí. No me esperaba para nada esta propuesta.

–Sí –le respondo tratando de ocultar un poco la emoción–. Sí, me encantaría.

–Nos vemos en el Shin-Marunouchi después de mediodía –añade–. Te acuerdas de cómo llegar, ¿no?

–Sí, me acuerdo.

Se mete la mano en el bolsillo del pantalón, coge su cartera y la abre. Saca una tarjeta de visita de uno de sus bolsillos y me la da: no es el logotipo de la empresa. Es blanca y con unos caracteres negros en relieve. Es personal.

–Por si acaso –añade.

Debería inclinarme más de vez en cuando y ser más educada con él. O al menos, eso es lo que hacen aquí cuando alguien recibe una tarjeta. Pero él no parece esperar ningún gesto de mí. Sigue caminando y mirando al frente. Creo que definitivamente hemos terminado con las formalidades.

Ya estamos muy cerca de la estación. Naoki se detiene a varios metros de la entrada y señala con la cabeza un cartel que indica un aparcamiento de autoservicio cercano.

–Ya hemos llegado –dice.

Yo agacho la cabeza.

–Sí.

No sé cómo debería comportarme, si hacerle una reverencia o al menos darle un beso en la

mejilla. Después de todo, sé que no está bien visto intercambiar muestras de cariño en esta zona. Él se masajea el cuello con las manos y lo hace crujir. Parece tener las mismas dudas que yo.

–Bueno, hasta luego –termina diciéndome mientras se acerca a mí. Yo permanezco embobada unos segundos de más, los suficientes como para evitar cualquier iniciativa. Y él se gira después de varios segundos, sin hacer nada, dejándome sin el beso que esperaba recibir.

–Hasta luego –murmuro.

Naoki se aleja, y yo me dirijo hasta la estación con un nudo en la garganta. Ni siquiera sé lo que estoy haciendo. Ligar con el jefe no debería ser una opción, y menos aún esperar tener una historia con él. Pero me siento como una adolescente la primera vez que se enamora.

Me pongo a mirar las llegadas y las salidas en los paneles, y me compro un billete para el primer tren a casa. Hay uno a punto de llegar, así que me pongo a la cola y espero. Intento encender mi móvil, pero sigue sin batería. La pantalla se ilumina solo unos segundos y después se vuelve negra.

El tren va tan lleno que termino aplastada en medio de la gente. No hay ningún asiento libre, así que me sujeto a uno de los asideros y me dispongo a soportar los empujones durante un par de paradas. Suspiro y miro la pantalla para saber cuánto falta para llegar a la mía.

Cuando por fin me bajo, me apresuro hacia casa. Maldita sea, si no llevara zapatos de tacón podría ir más rápido.

El apartamento de Jamie se encuentra en la tercera planta de un edificio al que se accede por una escalera exterior hecha de hormigón. Me pongo a subir tan rápido que me quedo sin aliento. Frente a la puerta de su apartamento, recupero el aliento y meto la llave en la cerradura. Al abrirla, mi hermano me recibe sobresaltado, de pie ante la puerta y con los ojos abiertos como platos.

–Jam…

–¡Por el amor de Dios, Hailey! –exclama abriendo los brazos y dejándome pasar–. Estaba… estaba a punto de llamar a la policía –balbucea.

–Lo siento, de verdad. Me olvidé de cargar el móvil.

–Estás fatal. ¡Me has preocupado muchísimo, creía que estabas muerta!

–Lo siento, Jamie. Fue todo tan rápido que no he podido avisarte. Yo… estaba con alguien.

–Sí, me lo ha dicho Juno.

–¿Juno?

–Sí, la llamé cuando se hizo muy tarde y no respondías. Me dijo que te habías ido del club con un chico.

Conozco esa mirada. Me está juzgando. Me está mirando de arriba abajo, con cara de enfado y el ceño fruncido, y se rasca la barbilla con los dedos.

–Por Dios, Hailey, ¿acabas de llegar y ya has pasado la noche con alguien? –me regaña–. ¿Tan necesario era?

Estaba feliz hasta hace un momento, cuando todavía pensaba en lo bonito que había sido dormir con Naoki. En su cuerpo contra el mío, sus manos, sus dedos, sus brazos fuertes abrazándome y dándome calor. Y mi hermano acaba de jodérmelo todo.

–Ya soy adulta, Jamie –le respondo–. Estas cosas no te incumben.

–Pero me preocupo por ti.

–No necesito que te preocupes por mí, sé valerme por mí misma. Además, yo no soy la que está metida en líos con prestamistas y lleva mintiendo a la familia varios años.

Jamie suspira y se tapa la cara con las dos manos. Mientras tanto, yo abro la puerta del baño y

me dirijo hacia la ducha.

–Oye, no quiero discutir –me dice–. ¿Pero puedes decirme al menos quién es ese tío?

–No, no puedo.

Mi hermano sigue hablando, pero yo cierro la puerta y abro el grifo de la ducha para no oírlo. Me desnudo y dejo correr el agua sobre mí, pasándome los dedos por los rizos para desenredarlos.

No tengo ganas de escuchar sus sermones. Este es mi viaje, y no soporto que Jamie me quite la ilusión por todo. Tengo que encontrar un piso para mí pronto.

Mi hermano llama a la puerta del baño. Reduzco el chorro de agua para oír lo que me dice.

–La verdad es que estaba muy contento de volver a estar juntos, Hailey. Pero desde que llegaste tengo la impresión de que estamos más distanciados que antes.

Me muerdo el labio y sigo duchándome, fingiendo que no he oído nada. Ojalá no hubiera escuchado esas palabras.

22. Hailey

Yo comiendo con Naoki Saito. ¿Quién lo hubiera dicho? El restaurante que elegimos está lleno de gente, pero Naoki insistió en nos quedáramos aquí porque dice que es el que tiene las mejores vistas de la ciudad.

Pedimos una mesa cerca de las ventanas. No es muy grande, pero nos las arreglamos. Desde aquí arriba, todo parece diminuto. Los edificios del barrio, de diferentes colores y formas, pegados unos a otros como si fueran ladrillos de juguete, las calles llenas de movimiento, los coches, las personas: todo parece formar parte de un complejo mecanismo de engranajes, que podría bloquearse si tan solo uno de sus elementos se detuviese. También se puede vislumbrar la Torre de Tokio a lo lejos. Naoki me explicó muchas cosas sobre cuándo se construyó, cuáles son sus funciones, por qué fue necesario diseñar una torre mucho más alta varias décadas después, mientras yo grababa todo con mi móvil y subía vídeos y fotos a Instagram. Sé que no le gusta que use el móvil cuando estoy con él, pero siento que quiero capturarlo todo. Porque cuando todo esto se acabe y vuelva a estar sola en mi casa de Illinois, soportando otro de sus largos inviernos, necesitaré tener unos cuantos bonitos recuerdos de aquí para revivirlos.

–Hailey… nuestra comida está a punto de llegar –protesta extendiendo las manos sobre la mesa.

Se ha cambiado. Ahora lleva una camisa más moderna que le queda de maravilla, y ha prescindido de su habitual corbata. Va informal, pero aun así está más elegante de lo que debería. Yo, en cambio, me he puesto unos vaqueros cortos.

–Solo un momento. Ahora lo guardo –murmuro.

Le hago una última foto haciendo *zoom* hacia sus manos y a sus dedos afilados sobre la mesa, sin que se entere. Se ven los puños de su camisa desabrochados y cuidadosamente doblados, el brillante reloj de su muñeca y sus uñas cortas y cuidadas, pero nada más. Mis amigas lo hacen a menudo: cuelgan fotos así en las redes sociales para dar a entender que han salido con un chico interesante, sin revelar de quién se trata. Y reciben un montón de mensajes y de comentarios en cuestión de minutos.

Publico la foto y la miro mientras una camarera nos pone la comida que hemos pedimos sobre la mesa. Es imposible reconocer a Naoki en esa foto, pero mis amigos sabrán que un hombre con un reloj muy caro me ha invitado a comer en un restaurante con unas vistas impresionantes. Se morirán de envidia.

–¿Ves esa fuente en medio de la sala? –dice cogiendo mi móvil por la parte superior–. Tengo buena puntería.

–Bueno, es resistente al agua –respondo con una mueca, mientras cojo de nuevo mi móvil y me lo guardo en el bolsillo–. Tú… no tienes Twitter, ¿verdad?

–No, ni en sueños –responde molesto–. Ya estoy demasiado ocupado, no voy a perder mis pocos ratos libres con los ojos pegados a una pantalla, leyendo discusiones entre desconocidos que ni siquiera saben cómo usar los signos de puntuación –añade.

Mira los platos que tiene delante, y después coge sus palillos y los separa.

–*Itadakimasu*.

Levanto el tenedor y sonrío, repitiendo la misma palabra antes de empezar a comer el filete de Kobe que he pedido.

–Dios mío –exclamo después de varios bocados–. Está riquísimo.

–Me alegro de que te guste.

–¿Quieres probarlo?

–No, gracias.

Miro su plato. Verduras a la plancha, huevos, tofu, brotes de soja y un bol de arroz. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

–¿Eres vegetariano?

Él asiente y a mí se me escapa una risita aguda.

–¡El tiburón financiero… es vegetariano!

–No soy un tiburón financiero –contesta.

No puedo parar de reír y, durante un rato, también lo hago reír a él. Pero Naoki no pierde en ningún momento la compostura. Se limpia la boca con la servilleta y vuelve a ponerse serio.

Es todo tan distinto a lo que estoy acostumbrada. Los restaurantes abarrotados suelen ser ruidosos y caóticos, pero aquí reina la paz, la gente conversa en voz baja, el ambiente es tranquilo e incluso se puede oír de vez en cuando el borboteo de la fuente que hay en medio de la sala.

Hoy Naoki parece menos cansado que de costumbre. Su rostro está más relajado y no tiene arrugas en la frente. Habla con amabilidad y sin prisas. Y yo siento que podría estar escuchándole durante horas.

–Hay algo que se me olvidó preguntarte –le digo entre bocado y bocado.

–¿El qué?

–¿Qué hacías antes? –le pregunto–. Antes de ser presidente, quiero decir.

Él agacha la mirada.

–Quería obtener una cátedra universitaria –responde con nostalgia–. Y, mientras tanto, trabajaba en el Instituto de Investigación Económica de la Universidad Hitotsubashi.

Inclino la cabeza hacia un lado, asombrada.

–¿Querías ser profesor?

–Eso es. A mí no me interesaban las finanzas de mi padre, porque siempre supuse que Shinji las heredaría. Además, la idea de pasarme la vida encerrado en una oficina me resultaba insoportable.

–No entiendo por qué te esfuerzas tanto –le digo cogiendo otro trozo de carne con el tenedor–. Si yo fuera tú, hundiría la empresa a propósito.

–¿Para qué?

–¡Para vengarme! –añado–. Ese hombre no ha hecho más que compararos a tu hermano y a ti, y te ha obligado a seguir sus planes, sus reglas. Se lo merecería.

–Pero yo no tengo ningún deseo de venganza, al contrario –responde, dejándome estupefacta–. Le debo mucho a mi padre. Gracias a él, he podido recibir una educación excepcional que ha pagado de su bolsillo, hasta el último céntimo, sin echármelo nunca en cara. Es verdad que pagó mucho más por la educación de Shinji enviándolo a una escuela privada, pero al final fue mejor así. Yo participé en intercambios culturales, estuve meses en el extranjero y aprendí a hablar inglés perfectamente. Solo puedo estarle agradecido –afirma–. Shinji, en cambio, no sabe nada

del mundo más allá de los muros de su padre.

Cuando habla de estas cosas, se entristece. Y yo no quiero que se ponga triste, no quiero volver a sentir la misma melancolía de anoche, ni ver su ceño fruncido. Naoki está mucho más guapo cuando está tranquilo.

Sonrío y paso a otro tema de conversación. Le pido que me hable de la universidad, de los cursos que ha hecho. Los suyos son mucho más profundos y específicos que los míos, y al oírle mencionar sus temas de investigación me da dolor de cabeza. Es un maldito genio.

–¿Qué vas a hacer hoy? –le pregunto mientras un camarero se lleva nuestros platos vacíos.

Él se mira el reloj y enarca una ceja.

–Por la tarde tengo entrenamiento. Ya me he perdido un par de sesiones esta semana, así que tengo que ponerme al día.

–Te preocupas mucho.

–No quiero convertirme en uno de esos hombres de mediana edad tan frágiles que se pasan el tiempo en el Temple Club –me increpa.

–*Jiu-jitsu*, ¿verdad?

–¿Cómo lo sabes?

–En la oficina se sabe casi todo de ti. Incluso de tu novia –me atrevo a decir, estudiando su reacción.

Naoki dirige su mirada hacia la carta de los postres y frunce los labios.

–¿En serio?

La camarera nos interrumpe para preguntarnos si queremos pedir algo más. Él pide unos *mochis* para los dos, pero no responde a mi provocación.

–La vas a ver mañana por la mañana, ¿no? –insisto–. A tu novia.

Él entorna los ojos.

–No es mi novia.

–Pero todo el mundo piensa que sí –contesto–. Y hasta tú mismo crees que te vas a casar con ella.

Él me mira con seriedad y se cruza de brazos.

–Déjalo, por favor –me dice en inglés–. No quiero hablar de eso ahora.

Sé que no ha sido un reproche de verdad, aunque sus palabras hayan sonado a ello. Soy consciente de que no he hecho bien sacando el tema, pero no puedo hacer nada. Sé que mañana por la mañana la verá, y que pasará tiempo con ella. Ella es guapa, culta y de buena familia. ¿Y si dejan de hablar del trabajo y del tiempo y empiezan a ir en serio? ¿Y si se besan?

La idea me vuelve loca. Él suspira y relaja sus hombros tensos.

–Y tú, ¿qué vas a hacer hoy? –me pregunta.

–No lo sé. A lo mejor paso unas horas con mi hermano –improviso–. Últimamente se queja y me dice que nos estamos distanciando y esas cosas.

Él agacha la cabeza y esboza una sonrisa triste.

–Haces bien. Siempre pensamos que tenemos tiempo para todo. Para todos –dice en voz baja–. Seguimos reorganizando nuestra escala de prioridades, llenándola de cosas inútiles y, cuando nos damos cuenta de que hemos dejado atrás lo que de verdad era importante, ya es tarde. Las relaciones pierden valor cuando dejamos de preocuparnos por ellas.

Asiento, pero vuelvo a notar tristeza en su voz y no puedo evitar sentirme culpable. No debí haber sacado ciertas conversaciones. A este paso, terminaremos la comida en silencio y nos despediremos con frialdad.

–Naoki…

–¿Sí?

–¿Puedes recomendarme algún lugar agradable para visitar con Jamie?

Él sonríe y agacha la mirada.

–El Palacio Imperial. Está cerca de la estación y hoy debería estar abierto al público –me responde rápidamente–. En primavera los jardines son preciosos, pero estoy seguro de que en esta época del año las vistas también son maravillosas.

Naoki está enamorado de su ciudad y de las historias que hay detrás de cada edificio, bajo cada capa de hormigón. Y yo estoy atenta a cada una de sus palabras, embelesada por el brillo de pasión que desprenden sus ojos oscuros.

No creo que volvamos a vernos hoy, ni mañana. Pero prefiero fingir que no lo sé y disfrutar de este momento, con la cabeza en las nubes, el móvil en el bolsillo y nuestras manos sobre la mesa, muy cerca. Tan jodidamente cerca.

Extiendo mis dedos hasta llegar a los suyos. Apenas nos tocamos, pero eso ya es suficiente. Él se interrumpe, deja de hablar y me mira con los labios entreabiertos. Empiezo a sentir calor, como si acabara de tocar unas brasas ardientes.

–¿Sería una intromisión volver a ofrecerte un viaje en coche, Hailey? –me pregunta en voz baja.

–No quiero aprovecharme de tu generosidad.

–Y yo no quisiera recibir otro rechazo.

Aprieto los labios y cierro la mano. Me están entrando ganas de besarle, no sé por qué.

–Si insistes…

–Insisto.

Me dedica una sonrisa pícara, se levanta de la mesa y yo le sigo. Se detiene en la caja y paga sin siquiera mirarme.

–Gracias por invitarme a comer –le digo mientras nos vamos–. Pero así solo haces que sienta que me estoy aprovechando de ti.

–Aquí se da por sentado que quien tiene un puesto más alto, paga la cuenta –responde tajante–. Se podría decir que es una forma de vanidad.

Me gustaría tanto que me besara. Aquí, ahora, aunque estemos en medio de la gente. Sé que es imposible y que nunca lo haría. Él es un tipo serio, irreprochable, con carácter y con especial cuidado por las apariencias, sobre todo durante el día. Aun así, me encantaría que lo hiciera.

Camino a su lado, bajo las luces y los soportales, y mis All Star blancas chirrían de vez en cuando en el suelo. Me pregunto qué pensará la gente que nos ve pasar. ¿Parecemos una pareja de verdad? ¿Somos creíbles juntos? ¿Se notará que ya estoy enamorada de él?

Naoki es muy distinto a mí. Es educado, inteligente y culto, pero también es brillante, buen conversador y una fantástica compañía. Alguien que puede enseñarme mucho y a quien le gusta escucharme. Tiene todo lo que siempre he buscado en un hombre.

Me mira, abre la boca como si fuera a decir algo, pero se calla. No es la primera vez que lo hace cuando está conmigo. Le ocurre a menudo. Es como si sintiera la necesidad de decirme algo importante pero no tuviera fuerzas para hacerlo. Tal vez sea solo mi impresión. Le sigo hasta el garaje. Miro las filas de coches aparcados, e intento adivinar cuál es el suyo. Por alguna razón, pienso que le pega tener un coche deportivo o algo similar, pero me sorprende al detenerse junto a un enorme todoterreno negro.

–¿En serio? –le pregunto enarcando una ceja.

Como respuesta, pulsa un botón de su llave para desbloquearlo y me abre la puerta del copiloto.

–Sabes que hay pisos de alquiler más pequeños que tu coche, ¿verdad? –le digo mientras se pone al volante.

–Lo sé –me responde abrochándose el cinturón–. ¿Por qué lo dices, estás buscando un piso?

–Ahora mismo no. Seguramente el mes que viene.

–Interesante.

Él apoya una mano en el volante, dispuesto a arrancar el coche, pero lo detengo tocándole el brazo. Todavía no he conseguido el beso que deseaba, y no quiero dejar pasar la oportunidad.

Se estremece. Es como si el contacto con mi piel le hiciera temblar.

–Naoki.

–¿Sí?

Me inclino hacia él, nos miramos a los ojos durante unos segundos, se inclina hacia mí y empiezo a sentir su cálido aliento rozando mis labios. Y, entonces, por fin, me besa.

Siento su mano en mi nuca y su lengua abriéndose paso hacia la mía. Le rodeo el cuello con mis brazos y le complazco dejándole tocarme las caderas, la espalda y los pechos a través de la blusa.

Deja de besarme. Lleva una de sus manos a mi mejilla y me acaricia los labios húmedos con el pulgar, mirándome extasiado.

Dios, me estoy excitando. Abro la boca, rozo su dedo con la punta de la lengua y él aprieta los dientes e inspira, como si no le sirviera de nada controlarse.

Volvemos a besarnos, a tocarnos. Me encanta la forma en que me agarra, su respiración entrecortada y el sabor de sus labios.

De pronto, nos interrumpe el sonido de un teléfono móvil. Naoki se detiene y se lleva la mano al bolsillo, maldiciendo en voz baja antes de responder.

Parece bastante tenso y habla a su interlocutor con tono austero. Después de menos de un minuto, cuelga, suspira y se echa el pelo hacia atrás.

–Lo siento, era mi padre.

«Vaya, muchas gracias, Ichirou Saito. Acabas de arruinar nuestro momento».

–Espero que no sea nada grave –murmuro.

Él niega con la cabeza.

–Me ha preguntado por la reunión de esta mañana.

Arranca el coche y sale del aparcamiento maniobrando con suavidad y muy concentrado.

Tiene su mano apoyada en la palanca de cambios. Yo se la cojo y la coloco sobre mi pierna.

No parece molestarle. Me acaricia el muslo lentamente, llega hasta el borde de mis vaqueros cortos y hunde sus dedos en mi piel, antes de volver a la palanca y cambiar de marcha.

Abro las piernas y le lanzo una mirada pícara.

–Por favor, no hagas eso –susurra–. O no podré dejar de tocarte.

–Pues no lo hagas. Tócame.

Ríe para sí mismo y vuelve a ponerme la mano en la rodilla.

–¿Alguna vez te han dicho que eres una descarada?

–¿Acaso eso es un problema?

–Para nada –responde frunciendo los labios–. Me gusta.

23. Hailey

Intenté no pensar en ello. Lo intenté con todas mis fuerzas.

Esta mañana, mientras miraba al techo y dudaba si levantarme o no, no he hecho otra cosa que imaginármelo sentado en una mesa de algún club con una hermosa mujer sin rostro.

No sé nada sobre ella, ni siquiera su nombre, pero en mi mente ha adquirido una identidad increíblemente fuerte. Es como si la conociera. La temo, la envidio y la odio.

Esta noche he ido a trabajar al Temple de mal humor, pero los clientes no han notado nada extraño hasta ahora. Se me da bien fingir que todo va bien e interpretar el papel de chica alegre que reparte buen rollo y sonrisas.

Mamasan es la única que se ha dado cuenta. Desde que he llegado, ha estado más amable que de costumbre. Le ayudo a poner el hielo en los vasos y no deja de mirarme de reojo, como con simpatía.

–Esta noche vendrá el señor Mizumi –me dice orgullosa.

–Genial. Como siempre, le llevaré su sake y le sonreiré como quien no quiere la cosa.

Le guiño un ojo y ella hace lo mismo. Los fines de semana siempre hay más gente, pero no me importa quién venga. Naoki no vino ayer, y tampoco creo que lo haga esta noche. Tal vez me haya hecho ilusiones y para él no soy diferente a las demás mujeres del barrio rojo que frecuenta. A lo mejor solo soy un apaño de última hora para satisfacer su necesidad de contacto humano, pero nada serio ni importante.

Debería dejar de pensar en él. Si sigo haciéndolo, se me empezará a notar el mal humor en la cara, y eso a los clientes no les gusta.

–¿Ya sabes dónde te gustaría buscar apartamento? –me pregunta Juno mientras sirve las bebidas que tengo que llevar a las mesas.

–No lo sé. Me gustaría encontrar un piso cerca de la oficina, para poder dormir más por las mañanas. Pero he oído que allí los alquileres son muy altos.

–Eso es cierto, angelito. Pero seguro que hay alguna solución.

Llevo las bebidas hasta las mesas y me paro a hablar con las demás chicas. Mientras tanto, Juno mezcla los cócteles y prepara las bandejas desde la barra, hasta que aparece el cliente más codiciado del Temple, envuelto en una chaqueta negra y ligera, con el ceño fruncido, la mirada austera y la mandíbula marcada: el señor Mizumi.

Se acerca a la barra y Mamasan lo recibe educadamente, haciendo una elegante reverencia. Mientras me acerco para llevar a la barra los vasos vacíos, los veo hablar, y ella me dirige la mirada y me sonríe cómplice.

–Hailey, no te preocupes. Ya me encargo yo –me dice–. Tú acompaña a nuestro cliente a la mesa, por favor.

Parpadeo un par de veces antes de darme cuenta de lo que está ocurriendo. Al parecer, lo he conseguido: el señor Mizumi se ha fijado en mí y quiere pasar un rato conmigo esta noche. Me quiere a mí. Solo a mí.

Asiento, dejo la bandeja y hago una reverencia al cliente.

–Por supuesto. Por favor, sígame, señor.

Él asiente sin decir nada. Me siento un poco nerviosa, porque no parece un tipo muy sociable y ni siquiera puedo contar con la ayuda de Rika. Tendré que encontrar la manera de hacerle hablar, de lo contrario será un aburrimiento terrible. Lo acompaño hasta una de las mesas libres, me siento a su lado y le doy la *tablet* para que pida.

–¿Quiere algo de beber?

Pero ni siquiera me deja terminar la frase. Me quita el aparato y toca dos veces para pedir su sake de siempre.

Fuerzo una sonrisa. Quién sabe, a lo mejor es un tipo tímido.

–Le debe gustar mucho el sake –improviso, pero él ni pestañea.

–Hum… –murmura mirándome de arriba abajo.

–¿No le gustaría probar otra bebida?

En realidad, no tengo ni idea sobre qué hablar. Mizumi no me contesta, se lleva una mano al bolsillo, saca un cigarrillo y se lo pone entre los labios, esperando con arrogancia a que se lo encienda.

Pongo los ojos en blanco y contengo un suspiro. Cojo el mechero dorado con el logo del Temple Club del centro de la mesa y enciendo su cigarrillo, protegiendo la llama con las manos.

Él inhala, la punta de su cigarro se vuelve rojo carmesí y su olor llega hasta mis fosas nasales. No me gusta estar tan cerca de él, me provoca cierto rechazo. Me molesta la forma en que me mira.

Solo quiero sacarle un tema de conversación para matar el tiempo, pero al señor Mizumi no le interesa socializar. Parece que solo quiere estar así, sentado y fumando, mientras me mira como un psicópata.

Mamasan nos trae el sake y las copas a la mesa. Me guiña un ojo sin que él lo note, y vuelve a dejarnos solos.

Me aclaro la garganta e intento volver a sacarle conversación.

–¿No quiere contarme cómo le ha ido el día?

Él inhala de nuevo y exhala. Curva los labios y baja su mirada hasta la copa vacía, indicándome con la cabeza que se la llene.

Me quedo en silencio y le sirvo, mientras me muerdo el labio inferior. No puedo creer que se le considere uno de los mejores clientes. No habla, es arisco y gruñón y me trata con condescendencia. ¿Quién querría pasar la noche con un hombre como él?

En cualquier caso, no puedo quedarme de brazos cruzados. Mi trabajo consiste en entretenerlo, sea como sea.

–¿Sabe? Ayer visité el Palacio Imperial con mi hermano –empiezo a decirle mientras él bebe un sorbo de su copa–. Me pareció impresionante, aunque estaba lleno de turistas. Y los jardines son preciosos –prosigo–. Me dijeron… que en primavera son aún más bonitos.

Hago una pausa y me acuerdo de Naoki, de lo educado que fue conmigo, de su manera de conversar, de la habilidad con la que elige las palabras y los temas, de la elegancia de sus gestos… Y el hombre que tengo ahora mismo delante no es más que un maleducado.

–¿Ha tenido ocasión de visitarlos en primavera? –le pregunto.

Como respuesta, Mizumi bebe su copa entera y la pone sobre la mesa, haciendo un ruido seco.

–Más.

Es horrible. Le sirvo más sake, pero me tiemblan las manos de rabia.

¿Por qué coño se comporta así? Creo que solo quiere humillarme y menospreciarme. Permanezco en silencio un momento, me encojo de hombros y miro a mi alrededor. Las otras chicas beben y charlan con sus clientes. Parece que yo soy la única que tiene problemas.

–¿Usted no bebe nada? –me pregunta Mizumi con tono seco.

–Se lo agradezco, pero ese sake es demasiado fuerte para mí.

Pone cara de fastidio y murmura algo que no soy capaz de entender.

Intento que no se me note el cabreo mientras pienso en la manera de hacer que esta situación sea un poco más agradable. Hasta ahora he tenido que tratar con hombres educados y de buen carácter, pero la verdad es que este trabajo es horrible, y estar compartiendo mesa con alguien así es desmoralizador.

Suspiro y cruzo las piernas. A través del humo, el señor Mizumi mira mis rodillas desnudas y abre los labios, mostrando sus incisivos grandes y amarillentos. Se me pone la piel de gallina.

–Parece que no le apetece conversar esta noche –murmuro con amargura.

–Eso no me corresponde a mí –responde.

–Pero estaría bien que colaborase.

Apaga la colilla en el cenicero, vuelve a dejar la copa vacía sobre la mesa y me mira fijamente, esperando a que se la rellene. Personalmente, preferiría darle una patada a la botella y levantarme de la mesa que complacerlo. Pero no tengo elección.

No me importa ni su dinero, ni sus generosas propinas. No quiero volver a pasar más tiempo con este hombre. Es maleducado, desagradable e irrespetuoso. Ojalá tuviera una excusa para levantarme de aquí.

De pronto, oigo el sonido de la campanilla a la entrada del club. Me doy la vuelta y enseguida me quedo sin aliento. Es Naoki, y está muy elegante. Lleva una camisa oscura, camina con pasos lentos y seguros y su expresión es sosegada. Se detiene junto a la barra para hablar con Juno y yo aprieto los puños. Espero que se siente solo y espere a que yo esté libre, como la última vez. Sin embargo, tras la conversación con Mamasan, observo, angustiada, que Asuka se acerca a él y se lo lleva.

«¿Pero esto qué es, una broma?».

Me tiemblan las manos y aprieto los dientes. No consigo concentrarme y no puedo parar de morderme las uñas.

–Disculpe –le murmuro al señor Mizumi–. Ahora vuelvo.

Me apresuro hacia la barra, donde está Juno, y doy un golpe con la palma de la mano para llamar su atención.

–¿Se puede saber qué está pasando aquí?

Ella se da la vuelta y me mira sobresaltada.

–Dios mío, ¿qué haces aquí? –me pregunta– ¡Vuelve con tu cliente ahora mismo!

–Le has mandado a Asuka –mascullo negando con la cabeza–. Y eso que tú ya lo sabes. Te diste cuenta enseguida.

–¿De qué estás hablando?

–De que Naoki viene aquí por mí. ¡Quería verme a mí!

Ella levanta la barbilla y se acerca a mí, inclinándose sobre la barra.

–Debes de ser especial para *Kaichou-sama* si te deja que lo llames por su nombre –me dice–. Pero, de todas formas, para mí es un cliente como otro cualquiera, y no voy a hacer ninguna excepción. Ahora mismo tú estás ocupada, así que Asuka estará con él –me explica con seriedad–. Y ahora vuelve a la mesa. No puedes dejar solo a un cliente.

–Mamasan…

–¡Vete!

Aprieto los puños con fuerza, me llevo las manos a las caderas y me muerdo el labio inferior, mientras vuelvo a la mesa del señor Mizumi con la cabeza gacha. Solo espero que Naoki tenga la paciencia de esperarme, porque no creo que me libre pronto de esto.

Me vuelvo a sentar en el sofá y me disculpo por la espera. El cliente responde con un gruñido ahogado, y el patrón se repite: le lleno la copa, le enciendo un cigarrillo, hablo de cosas sin importancia, sola, y él me contesta con monosílabos y con suspiros. Así transcurre la primera media hora.

Cuando se da cuenta de que no he bebido nada, el señor Mizumi me invita a uno de los cócteles sin alcohol más caros de la lista sin preguntarme cuál es el que prefiero. Yo me lo bebo lentamente, mientras trato de sacarle nuevos temas de conversación. Estoy segura de que incluso si le dijera que he estado en Marte, no reaccionaría. El señor Mizumi no me escucha, y tampoco le importa lo que le diga. Mi voz es solo un cántico tranquilizador para sus oídos. Ya ha pasado una hora y no parece dispuesto a levantarse, más bien al contrario. Permanece sentado cómodamente, pide otro sake y frutos secos y me pide que se los pele. Al fin y al cabo, todas lo hacen. Una hora y media. Temo que Naoki se vaya. De vez en cuando, miro hacia la entrada. Mientras tanto, sigo aquí atrapada, entreteniendo al peor cliente que me ha podido tocar, que no parece tener la intención de moverse del sofá. Cuento los segundos. Quiero escaparme de aquí.

De repente, mientras Mizumi termina de beberse otra copa, ocurre lo inevitable. Naoki se dirige hacia la barra, se detiene un momento para hablar con Juno mientras paga y después desaparece del Temple.

Siento que se me viene el mundo encima. ¿Adónde irá ahora? Es pronto para él. Tal vez termine la noche en otro club, o con otra mujer, buscando un cuerpo que le caliente.

Estoy celosa. Demasiado celosa. La idea de que alguien más pueda tocarlo me deja sin aliento.

Dejo que el tiempo pase, que los minutos me atraviesen. Ya ni siquiera intento hablar con el señor Mizumi, es inútil. Hasta él parece preferir el silencio. Simplemente espero a que se vaya.

Cuando por fin se levanta, ni siquiera sé cuánto tiempo ha pasado. Se despide con una reverencia y yo hago lo mismo. Permanezco unos segundos más así, junto a esa mesa maldita, con los brazos cruzados y la espalda apoyada en la pared.

Seguro que hay algo que pueda hacer. Quizá podría llamarle por teléfono… pero si no me responde, eso querría decir que él está divirtiéndose en otro lugar, y eso me dolería aún más. Joder.

–¡Basta ya! –Oigo a alguien gritar. Levanto la cara y mis ojos chocan con la mirada enfurecida de Asuka–. ¿Te crees que soy tonta o qué?

–¿Qué…?

–¡Tú amiguito y tú os habéis puesto de acuerdo para reíros de mí! –me grita apretando los dientes mientras me sacude.

–¡Déjame en paz, no sé de qué me hablas! –respondo poniendo una mueca de dolor.

–Vamos, no me jodas.

Mete una mano en el bolsillo y coge su teléfono móvil. Mueve los dedos por la pantalla y después me muestra una imagen: la foto de Naoki que publiqué en mi perfil de Instagram el sábado por la mañana, esa en la que solo se ven sus manos. Abro la boca y me encojo de hombros.

–¿Qué pasa?

–¿No te suena ese reloj? –dice–. Sé que estás saliendo con él. ¡Y le haces venir aquí para hacerme perder el tiempo y luego te deja a ti su dinero!

Ahora lo entiendo. Naoki debió hacerlo otra vez.

Juno viene hacia nosotras para tratar de interrumpir la discusión y calmar a Asuka.

–Asuka, no es lo que crees –le dice negando con la cabeza y poniéndose las manos en las caderas.

–¡Te dije que no es de fiar, deberías despedirla!

–No me digas cómo dirigir mi local. Cálmate.

Jadeo por la vergüenza. Nuestra discusión ha llamado la atención de los demás presentes, y lo mejor es que la zanje de inmediato.

–Él es mi jefe –sentencio sin pensarlo–. Sé que puede parecer extraño, pero lo es. Es el presidente de la empresa en la que trabajo, y no tengo ni idea de cómo hemos llegado hasta este punto –añado–, pero desde hace unos días tenemos una relación un poco rara, y siento mucho que tú te hayas visto envuelta en todo esto.

Asuka me mira molesta y chasquea la lengua.

–¿Tu jefe? –repite.

Yo asiento, aún con la cabeza gacha.

–Sí, así es.

–¡Venga, no me jodas!

Me empuja con las dos manos para abrirse paso y corre hacia el baño de forma exagerada.

Mamasan pone los ojos en blanco y me lanza una mirada elocuente.

–Será mejor que vaya a hablar con ella –digo compungida, y ella asiente.

–Sí, será lo mejor.

Sigo sus pasos, entro en el baño de mujeres y busco a Asuka. El único cubículo que tiene la puerta cerrada es el penúltimo, así que me detengo delante de él y golpeo un par de veces la puerta con los nudillos.

–Asuka-san… –digo–. Sé que tú y yo empezamos con mal pie, y lo siento mucho. Pero sería bueno para ambas que resolviéramos nuestras diferencias y trabajáramos juntas sin malos rollos.

La oigo resoplar. A juzgar por el olor, está fumando.

–¿Pero tú sabes dónde estás? –responde ella–. ¿Te has dado cuenta del tipo de chicas que trabajan en el Temple?

Abre la puerta de una patada. Se pone delante de mí y me mira con resentimiento, sosteniendo un cigarrillo entre los dedos índice y corazón, con la palma hacia arriba.

–Ninguna de nosotras trabaja aquí porque quiere. Estamos aquí porque no tenemos otro sitio al que ir –dice con tono duro–. Rika-san es una madre soltera muy joven que lo tiene muy difícil para encontrar trabajo en cualquier otro lugar. Keiko-san tiene un pasado alcohólico y nadie la contrataría. Y yo… –continúa encogiéndose de hombros y apretando los dientes– no tengo estudios, ni nada. Solo tengo esto –añade señalando su rostro y su cuerpo con las manos–. Pero tú… tú estudiaste en una universidad importante, en el extranjero. Viniste aquí y encontraste un trabajo serio, un buen trabajo. ¿Y te la juegas así? –me dice como regañándome–. Deberías dejarlo. Si yo tuviera tu misma suerte, me iría de aquí cuanto antes.

Veo que le tiembla el labio inferior y se le ponen los ojos vidriosos. Algunos mechones de pelo le rozan su rostro perfectamente maquillado. No parece enfadada, sino más bien decepcionada y triste.

–Pero entonces todo esto no es por mí –murmuro–. Yo pensaba que me odiabas.

–Si te odiara, ya te habría dado una paliza en un callejón –dice molesta. Tengo que admitir que, después de todo, no es tan elegante como parece–. No sé qué es lo que te ha llevado a trabajar en el Temple, pero deja de jugar con fuego. Céntrate en tu trabajo de verdad y deja esta mierda.

–Me encantaría, pero… estoy en una situación un poco difícil de explicar.

Asuka se apoya en la puerta abierta y sigue fumando. Yo permanezco cerca de ella y en silencio. Lo he malinterpretado todo desde el principio.

–No ha dejado de preguntarme por ti –continúa tras un par de caladas.

–¿Qué?

–Tu jefe –dice–. Creo que quería estar contigo.

Suspiro, cierro los ojos unos segundos y noto el olor del cigarrillo de Asuka mezclado con el del desinfectante de los baños. Tiene razón, debería dejar este trabajo lo antes posible. Pero por ahora necesito un dinero extra y no puedo renunciar a él.

–¿Hailey?

Vuelvo a abrir los ojos. Rika está asomada a la puerta y me llama con cara de preocupación.

–Hay un chico fuera que quiere hablar contigo.

–¿Un chico?

«Naoki». Seguro que es él.

Salgo de los baños, atravieso el local a toda prisa entre las mesas y salgo del local, sumergiéndome en el aire fresco de la noche. Pienso qué decirle, quizá una frase original para romper el hielo. Estoy deseando hablar con él, oír su voz, sentir esos escalofríos tan agradables que me hace sentir siempre que estoy con él…

Miro a un lado y al otro. Pero no está.

El chico que me espera es otro. No tardo en reconocer esa maraña de rizos rubios, esa forma de llevar las manos en los bolsillos y esa expresión despreocupada.

–¿Jamie?

–Hola, hermanita.

–¿Qué haces aquí?

–Ha pasado una cosa y, como andaba por aquí, he pensado explicártelo en persona en vez de por teléfono.

Tengo un mal presentimiento. Una presión en el pecho. La forma en que habla me preocupa, no suena nada bien.

–Esos tipos han venido a buscarme a la hamburguesería –dice después de mirar a su alrededor–. Se me acaba el tiempo para devolver el préstamo y no tengo mucho dinero, así que tengo que convencerles de que acepten un pago a plazos de menos dinero y que me den unos meses más.

–Oh, Dios mío…

–Tranquila. Les haré entrar en razón.

Está mintiendo descaradamente. Conozco a mi hermano y, por su tono de su voz, sé que está más nervioso que yo.

–¿Cuándo vas a hablar con ellos?

–Mañana por la mañana. Antes de que empiece mi turno de trabajo, para ser exactos –responde–. Así no tendré que pedir permisos. Y quería decírtelo aquí… –Se rasca la nuca y coge aire–. No sé si vas a volver a pasar la noche con ese amigo tuyo, pero si mañana por la mañana llegas a casa y no me ves, bueno… –dice con una expresión triste en el rostro– ya sabes por qué es.

La presión en el pecho comienza a hacerme daño. Tengo un nudo en la garganta. No me gusta nada todo esto.

–¿Estás de broma, Jamie? –pregunto con una voz muy aguda–. Pero ¿y si te pasa algo?

–No va a pasarme nada, enana.

–Déjame ir contigo.

–¡Ni hablar! –responde levantando una mano–. A ti ya te he arrastrado bastante con mis problemas. Tengo que resolver esto yo solo.

–Jamie, escucha, los dos sabemos que si mañana por la mañana no te veo en casa no me lo perdonaré jamás. –Él suspira y yo lo miro y empiezo a temblar de los nervios–. Déjame hablar con esos tipos. Les diré que tengo un trabajo estable y que me encargaré de darles el dinero que les debes.

–Eso no serviría de nada.

–¿Por qué dices eso? –insisto–. Si hasta mi jefe ha dicho que soy una discutidora muy hábil y aterradora.

–Hailey, esto no es un juego.

–¡No voy a dejar que vayas solo! –chillo cerrando los puños y conteniéndome las lágrimas–. Así que ahora voy a decirle a Juno que hoy tengo que volver pronto a casa. Y mañana por la mañana iré contigo –añado jadeando.

–Pero…

–Pero nada –sentencio–. Eres mi hermano. Tus problemas también son mis problemas.

24. Naoki

Si tuviera que describirla solo con una palabra, probablemente sería «desorden». Es la enemiga natural de la calma y de la rutina, tiene un tono de voz más alto que la media y una exuberancia que parece no poder contener. Cuando está cerca, siempre hay algo fuera de su sitio, y no necesito mirar a mi alrededor para saber dónde está, puedo sentirla como si de una interferencia en el aire se tratase.

Y del mismo modo, ahora siento su ausencia. Todo es plano y aburrido. Inmóvil, deprimente, como antes de que ella apareciera en mi vida. Son más de las nueve y no está en su mesa. Acabo de pasar por delante, he visto sus bolígrafos y sus lápices, todos desperdigados y mordidos por la parte de arriba. He visto el imán de su equipo favorito, que hoy también está en una posición distinta. No deja de moverlo.

La oficina nunca había estado tan tranquila desde que la contraté. Ni una sola vez. Ya casi puedo oír el vacío resonando en mis oídos. Es frustrante.

–Kawamura.

–¿Sí, presidente?

–¿La señorita Young no está aquí todavía?

–No. Ni siquiera ha avisado del retraso.

–¿Han intentado contactar con ella?

–Sí, varias veces, pero no contesta.

Tengo un nudo en la garganta. Hailey vive pegada a su maldito teléfono móvil. Nunca tarda en contestar a sus llamadas ni a sus mensajes de texto, y puede incluso chatear y atender a sus redes sociales al mismo tiempo.

Ignorar una llamada no es propio de ella. Y eso me preocupa mucho.

Me detengo bruscamente, me doy media vuelta y retrocedo en dirección al ascensor.

–¿Presidente? –dice Kawamura asombrada por mi repentino cambio de dirección–. ¿Adónde va? ¿Se ha olvidado algo?

–Posponga mis compromisos. Diga que me he puesto enfermo –le respondo.

–¿Qué…?

Kawamura, que no abandonaría su trabajo por nada del mundo, me sigue unos pasos más mientras me pregunta qué está pasando. Yo sigo caminando y le hago un gesto.

Al fin y al cabo, no le debo ninguna justificación. Pero tampoco sería capaz de explicarle por qué me comporto así, ni siquiera puedo explicármelo a mí mismo. Lo único que sé es que, cuando se trata de Hailey, mis planes cambian. Siempre.

Soy un hombre sereno, rutinario y ligeramente misántropo. Los cambios repentinos me desestabilizan. Adoro lo cotidiano, los días tranquilos, los ritmos medidos y acompasados. Cosas que ella es capaz de destruir con su sola presencia.

Al principio, quería mantenerme alejado de ella. Pero Hailey ha conseguido invadir mis cosas, mis días y mi propia existencia. Y lo ha hecho a lo grande: se podría decir que ha llegado a mi

vida haciendo tanto ruido como un tanque.

Siempre me ha resultado imposible ignorarla. Es como un campo magnético que atrae todo lo que la rodea. Y yo no me iba a librar.

Y ahora estoy en un ascensor, resoplando, masajeándome las sienes y preguntándome dónde estará.

Me remango la manga de la camisa para mirar el reloj: las 9:37h. No tengo ni idea de dónde puede estar. Así que tendré que intentar averiguarlo desde la última vez que la vi, que fue anoche, en el Temple Club.

Estaba con un hombre al que conozco de vista, uno de los jefes de una empresa de construcción. Se rumorea que forma parte de un clan.

A juzgar por lo que Hailey me contó sobre los problemas financieros de su hermano, tengo la sospecha de que no fue una coincidencia. La situación podría ser más complicada de lo que esperaba.

Saco mi cartera y busco la tarjeta que me dio ayer la propietaria del club. Le doy unas vueltas entre mis dedos mientras marco el número en mi teléfono móvil.

Me hace esperar un buen rato y, cuando contesta, lo hace con voz somnolienta y en un tono demasiado confidencial.

–*Moshi moshi*.

–Buenos días. Soy Naoki Saito, de la Saito Financial Company –pronuncio formalmente mientras salgo del ascensor y cruzo el vestíbulo del edificio en dirección a los aparcamientos.

–Oh, eres *Kaichou-sama*, ¿no? –responde Juno al otro lado del teléfono–. Qué sorpresa.

–Disculpe por hacerle esta llamada tan imprevista –digo mientras me cruzo con algunos compañeros y conocidos que me saludan educadamente–. No la entretendré mucho, solo necesito saber unas cosas.

–¿Cómo puedo ayudarlo?

Su voz es hechizante incluso por teléfono. Después de todo, no podría esperar menos de la famosa Juno. En Kabukicho, es toda una leyenda.

–La señorita Hailey Young no se ha presentado en la oficina esta mañana.

De repente, oigo un ruido. Una especie de crujido. Como si se hubiera levantado a toda prisa de la cama.

–¿No?

–No. No ha dejado ningún aviso al respecto, ni responde al teléfono. ¿Tiene alguna idea de dónde puede estar?

Oigo el sonido de su respiración. Se queda un rato en silencio y después habla:

–*Yare*, *yare*. Esto no pinta nada bien.

–Vayamos al grano –le digo mientras camino rápido entre los aparcamientos–. Si sabe algo que yo deba saber, dígamelo ya.

–¿Quiere ir a buscarla?

–Sí, si es necesario.

Ella suspira y hace una pausa.

–Cuando colguemos, le enviaré una dirección. No le diga a nadie que yo le he dado esta información.

–Descuide.

Reconozco la silueta de mi chófer, Takahashi, entre los coches. Como de costumbre, se ha parado para desayunar. Agito la mano para que me vea y él se queda esperándome en el sitio.

–*Kaichou-sama* –continúa Juno desde el otro lado del teléfono.

–¿Sí?

–La dirección que le voy a enviar no es lugar para una chica como Hailey. Si de verdad se encuentra allí… por favor, llévesela inmediatamente.

–Eso es lo que haré.

–Por favor, asegúrese de que está bien. Confío en usted.

Me cuelga sin añadir nada más. Vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo y miro a mi chófer. Todavía tiene un vaso de la cafetería en la mano y unas migas de *brioche* en el cuello de la camisa. Me mira confuso.

–Presidente…

–Takahashi, necesito que me hagas un favor –le digo–. Pero es un asunto personal, así que te pido que no le digas ni una palabra a nadie.

Parpadea varias veces y asiente. Nos dirigimos juntos hasta el coche del que me he bajado hace solo unos minutos y, mientras tanto, recibo un mensaje de Juno. Es una dirección, situada en una zona que está en obras y actualmente es poco transitada. Debe de ser uno de los muchos «puntos de encuentro» del clan.

Le enseño la pantalla a Takahashi, que pone cara de sorpresa.

–¿Puedes llevarme aquí?

Él asiente con la cabeza y me abre la puerta del coche.

–Por supuesto, presidente. ¿Pero qué…?

–No preguntes –le anticipo–. Cuanto menos sepas, mejor. Vamos, no hay tiempo que perder.

25. Naoki

Quería haber hablado con ella, pero no lo hice. Esa tarde en la estación, después del trabajo, quería invitarla a tomar un té, pero no me atreví. La noche que la acompañé a casa, estuve a punto de decírselo. No tenía un discurso especial en mente, simplemente pensaba decirle algo sencillo y sin complicaciones. «Me gustas, Hailey. Podríamos quedar algún día, si te apetece». Pero ninguna de estas palabras salió de mi boca. La idea de que pudiera rechazarme me resultaba tan inaceptable que preferí no decir nada. Y en ese silencio, los sentimientos fueron volviéndose cada vez más fuertes. Cada vez más impronunciables.

«Me gusta la mueca que haces con la nariz cuando algo no te gusta. Me gusta la manera en que separas tus labios cuando te hablo, como si eso te ayudara a escucharme mejor. Y me gusta cuando cruzas las piernas de esa forma tan sexi». Si le hubiera dicho alguna de estas cosas, se habría reído de mí. Y al final todo degeneró tan rápidamente que perdí la cuenta del número de confesiones que me guardé para mí.

«Me gusta enredar mis dedos en tu pelo. Me gusta el olor de tu piel desnuda. Tus muslos, tan suaves que no puedo dejar de tocarlos. Quiero volver a hacer el amor contigo, pero no en el futón de una vieja pensión, ni en un hotel por horas. Te quiero en mi cama, con dos copas de vino tinto, las luces encendidas y los móviles apagados toda la noche. Y todo el día». Eso es lo que quería haberle dicho el sábado pasado mientras comíamos. Pero pensé que aprovecharía la oportunidad para burlarse de mí y picarme, así que lo dejé pasar.

Y me comporté como un imbécil. Si le hubiera hablado claro desde el principio, quizá las cosas hubieran salido de otra manera. Tal vez ahora no estaría aquí, en estas calles llenas de carteles de obra y edificios vacíos.

–Creo que es ahí, presidente –me avisa Takahashi señalando un edificio en obras cubierto por andamios.

–Pero ahí no hay nada.

–¿Quiere que vaya a echar un vistazo?

–No, por Dios. Siga despacio y rodee el edificio. Tiene que haber alguien por ahí.

Estoy intentando mantener la calma, pero no es fácil. Abro la ventanilla lo justo como para sentir el bochorno y el olor a cal que hay en el exterior. Pero apenas hay ruido.

Takahashi hace lo que le pido. Continúa despacio y analiza el entorno con cautela. Aún no le he explicado por qué estamos aquí, pero debe de haber intuido algo.

De repente, un estruendo nos hace saltar. Sonaba como un grito. Agudo. Ahogado. Femenino.

El chófer y yo nos miramos a través del espejo retrovisor.

–Presidente…

–¡Chissst!

Abro más la ventanilla para escuchar mejor. Vuelvo a oír voces y otro grito similar al anterior. Aprieto los puños y los dientes. Si alguien le ha hecho daño, que se prepare.

–¡Es ahí, en ese callejón! –le indico a Takahashi– ¡Rápido!

Es un buen chófer, pero se pone nervioso con facilidad. Acelera muy bruscamente, haciendo chirriar las ruedas, y se detiene muy cerca del callejón de donde provienen las voces. Por poco no se come el bordillo. Al menos tendré una entrada triunfal.

Es ella. Reconocería esa cascada de rizos rubios en cualquier parte.

Me desabrocho el cinturón y salgo disparado del coche hacia el callejón.

Hailey grita y llora al mismo tiempo. Hay un hombre agarrándola por el brazo, y yo siento cómo me hierve la sangre por las venas.

Hay cuatro tipos y uno de ellos es enorme. Son demasiados para mí, así que será mejor que utilice los buenos modales.

–¿Hay algún problema, caballeros?

En el suelo hay un chico encogido y con la cara ensangrentada. No parece tener heridas graves, pero se queja y es incapaz de levantarse. Debe de ser el hermano mayor de Hailey.

Sé a qué clan pertenecen. Y ellos también saben quién soy, conocen a mi padre. Una vieja historia de asuntos y favores. Y el grandullón me suena de haberlo visto en algún que otro evento formal.

Intercambiamos una mirada. No me saluda, pero está claro que se acuerda de mí. Le hace una pequeña señal a los demás, y el hombre que sujeta a Hailey la suelta inmediatamente. Después me hace una reverencia y los otros dos lo imitan.

–Esto no va contigo, Saito-san –responde el grandullón, que todavía no me ha saludado.

No es momento de formalidades. Tengo que sacar a Hailey y a su hermano de este embrollo, como sea. Y no tengo muchas opciones.

–En realidad, me temo que sí. Estáis asustando a mi novia.

Me dirijo hacia Hailey a pasos agigantados. Está temblando, solloza y me mira asustada. Ahora mismo parece tan pequeña e indefensa que podría escondérmela bajo la chaqueta, pero está tan agitada que temo que se desplome en el suelo. Le rodeo la cintura con mis brazos para tranquilizarla y se estremece. Me inclino hacia ella para hablarle en inglés, en voz baja:

–¿Estás bien?

–Sí… yo sí, pero mi hermano…

–Tranquila. Déjamelo a mí.

Trato de mostrarme seguro de lo que digo, aunque no tengo ni la más mínima idea de lo que estoy haciendo. Si las cosas se ponen feas, como mucho puedo contar con mi apellido y mi chequera.

El grandullón vacila, desconcertado por lo que he dicho. Supongo que no se lo esperaba… al fin y al cabo, yo tampoco esperaba tener esa reacción, delante de esta gente y en este lugar. Pero es lo único que se me ha ocurrido.

–Saito-san… nosotros no sabíamos nada –murmura, y señala con la cabeza hacia el hermano de Hailey, que sigue en el suelo–. Este chico no ha mantenido su palabra.

Es justo lo que me temía.

–Creo que podemos encontrar otra solución. Hablaré con Abe-sama –propongo para hacerles ver que conozco a alguno de sus altos mandos.

Los tipos se ponen a discutir entre ellos y enseguida parecen ponerse de acuerdo. Se hacen a un lado para dejarme entrar en el edificio por una puerta al final del callejón sin salida. Asiento satisfecho, doy un paso y de repente noto que alguien me agarra de la manga.

Hailey se aferra a mi brazo, confusa como una niña pequeña. Me habla en su lengua y con voz muy aguda, como si hubiera olvidado cómo se habla en japonés:

–¿Qué haces? Estos tipos están locos, tienen armas…

–Lo sé, los conozco –la interrumpo. Pero mis palabras no parecen calmarla.

–¡Te van a matar!

Dudo antes de responderle. No creo que el clan tenga intención de enemistarse con mi familia haciéndome desaparecer, pero ahora no puedo detenerme para darle a Hailey estas explicaciones.

–Ya veremos. Ahora coge a tu hermano y subíos al coche. Date prisa.

–No, por favor. ¡Es muy peligroso!

La forma en que me mira es de una dulzura cautivadora. No sabía que fuera capaz de provocarme tantas cosas.

–Oh, Hailey… Estás tan mona cuando te preocupas por mí.

Avanzo unos pasos más, me vuelvo hacia el coche y le hago una señal a Takahashi. No hay otra opción: Hailey y su hermano deben irse con él.

Hailey jadea y se acerca asustada a su hermano, indecisa sobre si agacharse o no hacia él.

–Pero ¿qué hago ahora?

–Dile que te lleve a urgencias y luego a mi casa. Nos vemos allí.

26. Naoki

Una de las cosas que más odio de vivir solo es el silencio sepulcral que me recibe cada vez que abro la puerta de casa. En una ocasión, se lo conté a Takahashi y él se rio. Me dijo que, si alguna vez me casaba, me arrepentiría. Y, aunque sabía que era una broma, empecé a pensar seriamente en ello durante un tiempo: si el silencio y el vacío son un problema tan grande para mí, tal vez debería darme prisa y formar una familia. A mi edad, sería lo normal.

Me remango la manga izquierda y miro la hora: son más de las doce. No pensaba que fuera tan tarde. Al final, resolver el asunto ha sido un poco más complejo de lo que me esperaba.

Necesito ducharme y cambiarme, porque tengo la impresión de que aún sigo teniendo el olor de ese espantoso lugar. Pero en realidad estoy tan hecho polvo que solo quiero tumbarme en el sofá unos minutos.

Me detengo frente a la puerta de mi casa. El felpudo está movido hacia un lado, y a la derecha hay dos pares de zapatos: unas deportivas de hombre y unas All Star blancas que me resultan bastante familiares.

Sonrío para mí mismo y acerco la llave a la cerradura. Nada más entrar en casa, lo primero que me llama la atención es la cantidad de luz que hay. Las cortinas están abiertas de par en par y el sol inunda la habitación. Normalmente, siempre encuentro las habitaciones oscuras cuando vuelvo.

–¡Naoki!

Hailey viene hacia mí muy contenta, deslizándose con sus calcetines sobre el parqué.

–¿Sabes que las zapatillas de invitados que hay a la entrada y que has ignorado completamente están ahí por algo? –le digo con tono de listillo cerrando la puerta tras de mí.

Ella me agarra del brazo y yo permanezco inmóvil. Siempre que me toca siento un escalofrío. Como ahora. Es una especie de reacción química que produce mi cuerpo al estar en contacto con el suyo.

–¿A quién le importan esas zapatillas? Estás enterito, ¿no?

–Eso parece.

–No seas tonto. Estaba muerta de miedo.

Atravieso la entrada y ella me sigue. Para mi desgracia, el sofá está ocupado. Su hermano está durmiendo plácidamente en él, y eso me molesta un poco.

–Ah, Jamie se ha quedado frito en el sofá. Le dieron unos analgésicos y ahora está dormido como un bebé.

–No importa –respondo dirigiéndome hacia la cocina–. ¿Cómo está?

–Nada grave. Tiene una costilla rota y la nariz fracturada. Se recuperará sin complicaciones.

–Menos mal. ¿Y tú?

En el fregadero hay un yogur vacío y una cucharilla.

–Lo siento, he sido yo –se justifica Hailey al ver que me he dado cuenta–. Me moría de hambre. Siempre me entra el gusanillo cuando estoy nerviosa, y en tu nevera solo había eso y

comida para gatos. Por cierto –continúa, ignorando mi pregunta–, creo que lo he asustado, porque lo he estado buscando por todas partes, pero no aparece.

Enarco una ceja, cojo un par de tazas del armario y enciendo la cafetera.

–No tengo ningún gato.

–Entonces, ¿por qué tienes esas latas?

–Todavía no has respondido a mi pregunta, Hailey –insisto–. ¿Cómo estás?

–Ahora que estás aquí, mejor –responde–. Tenía miedo de que también la tomaran contigo.

Me apoyo en la encimera de la cocina con los brazos cruzados mientras espero a que se haga el café.

–Bueno, podía haber sido peor –le digo cansado–. Pero por suerte, algunos de los miembros más veteranos de ese grupo tienen buena relación con mi padre.

–¿Tu padre se lleva con esa chusma?

Suspiro mientras me masajeo las sienes.

–Es difícil de explicar –digo–. De todos modos, te di mi número por algo. ¿Por qué no me llamaste?

–No creí que te necesitaría –responde tajante–. Me había preparado un discurso convincente, pero ni siquiera me dejaron empezar. Me dijeron que me callara y después atacaron a Jamie.

–¿Pensabas que te iban a escuchar? –la riño–. Fuiste una imprudente. Una estúpida.

–¡Oye!

Vierto el café en las dos tazas y le doy una. Ella me da las gracias y se la lleva a la boca, sorbiendo el café con ansia.

Me resulta raro vernos a los dos juntos en casa. No recuerdo cuándo fue la última vez que otra persona puso un pie en mi cocina. No suelo invitar a nadie.

–Tienes un apartamento muy bonito –comenta mientras mira a su alrededor–. Me encantan los *lofts*, y el mobiliario tiene mucho estilo.

–Bueno, eso no es cosa mía –me limito a decir–. Lo cogí tal y como estaba, con el mobiliario incluido.

–Ah, qué envidia. Yo también quiero una casa así.

Sonrío y bebo un sorbo de café.

–Para eso tendrías que ganar tanto como yo.

Me mira ariscamente y deja la taza vacía en el fregadero.

–¿Sabes? Está bien que tus habitaciones sean grandes, para que quepa todo tu ego –dice.

Me provoca una risa tan espontánea que ni siquiera soy capaz de contenerla. Me encanta su ironía, sus respuestas rápidas y la naturalidad con la que me toma el pelo, sin preámbulos, como si estuviéramos al mismo nivel. Es algo nuevo para mí. En general, todo el mundo me ha tratado siempre con respeto o con superioridad. Nunca hubo término medio.

Cuando termino el café, abro la nevera y cojo un par de latas para gatos. Me dirijo hacia el balcón y le hago un gesto para que me siga. Mientras abro las puertas, miro hacia el hermano de Hailey: sigue roncando en el sofá y, a pesar de que tiene algunas gasas en la cara, el parecido con su hermana es indiscutible. Parece un chico sencillo, quizá un poco inmaduro para su edad. Lleva una sudadera enorme y unos vaqueros desteñidos. Yo no me vestiría así ni de broma.

Hailey sale al balcón conmigo, inspira el aire exterior y se apoya en la barandilla para contemplar las vistas. Me agacho para llenar con comida dos cuencos que hay en un rincón, haciendo ruido a propósito.

A los pocos minutos, se empiezan a oír los primeros maullidos. Dos gatos callejeros se acercan

saltando por el tejadillo, uno detrás del otro. No están acostumbrados a ver a otras personas aquí, aparte de mí, y esta vez parecen un tanto recelosos.

Ella se empieza a reír y sacude la cabeza.

–¿No tienes gatos, pero tienes comida para gatos callejeros en tu casa?

–Hum…

–Vaya, tienes un corazón de oro –me dice–. Deberías adoptarlos.

–No creo que eso sea una buena idea. Acabarían pasándose los días encerrados en casa –respondo–. Casi nunca estoy aquí.

Ella permanece en silencio. Se queda mirando los edificios que hay alrededor y veo que empieza a respirar con dificultad.

–Naoki… Gracias –dice, y se le escapan unas lágrimas–. Estaba muy asustada. No sé qué habría pasado si no hubieras intervenido.

Se sorbe los mocos. Tiene el cuerpo muy tenso y tengo miedo de que esté a punto de sufrir un ataque de pánico.

–Mira hacia arriba –le sugiero.

–¿Qué?

–Los rascacielos de enfrente pueden parecerte abrumadores. Pero si levantas la vista y miras al cielo, sentirás que respiras mejor. Prueba.

Ella sigue mi consejo. Se seca las lágrimas, levanta la mirada y empieza a respirar profundamente. Tiembla como si tuviera frío, aunque es un día cálido de finales de verano.

La abrazo por detrás para intentar calmarla. Ella se apoya en mí y deja escapar un grito ahogado.

–No pasa nada –le susurro–. Eso ya es pasado.

–Nos llevará muchísimos meses devolverlo todo. No tardarán en volver a por nosotros.

–No. Os darán todo el tiempo que necesitéis –insisto.

Ella se gira y me interroga con la mirada.

–¿De verdad?

–Tienes mi palabra.

Cierra los ojos. No parece muy convencida, pero al final cede y resopla.

–Quiero regresar a mi casa –murmura entre dientes–. Nunca debí haber venido aquí, fue una mala idea. Tal vez mi hermano tenga razón, esta ciudad es una jungla y no es para nosotros. Nos largaremos de aquí en cuanto saldemos la deuda.

Cada una de sus palabras me atraviesa como un alfiler. Permanezco en silencio, esperando a que termine el tormento. La idea de que tarde o temprano se irá me oprime en el pecho, aunque en el fondo sé que es inevitable. Aún no estoy preparado para aceptarlo. Aún no.

Sin embargo, ella interpreta mi silencio como una señal de indiferencia, y agacha la cabeza.

–Lo siento, parezco estúpida. Es que no tengo con quien hablar de ello. No puedo decirle estas cosas a Jamie, solo le haría sentir más culpable.

Respiro en su pelo, muy cerca de la nuca. Huele muy bien, y su olor calma mi tristeza. En el fondo, me da igual que se divierta destruyendo mi ego con sus chistes, o que se desahogue conmigo. Ahora mismo la dejaría hacer cualquier cosa, incluso pisarme.

Si estuviéramos solos, la besaría. Me la llevaría a la habitación y me pasaría minutos enteros desnudándola y recorriendo su piel con mis dedos, sin prisa, aprovechando la luz cálida del sol. Lo haría ahora mismo, pero la presencia de su hermano en el sofá me inquieta. No estoy acostumbrado a compartir mi espacio con desconocidos.

«Necesito tiempo a solas contigo. Días enteros y largos, solo contigo». Maldita sea, ¿por qué no soy capaz de decírselo?

Estar tan cerca de ella sin poder besarla es un tormento. Antes, prefiero marcharme.

–Tómate el día libre –le susurro mientras me despego de ella–. Yo tengo que volver a la oficina. Takahashi te ha dado las llaves de repuesto, ¿no?

Ella se vuelve hacia mí y me mira con desilusión.

–Sí, ahora te las devuelvo.

–No, quédatelas. Pide algo para comer, quédate aquí todo el tiempo que quieras –le respondo evitando mirarla a los ojos–. Déjalas en el buzón antes de irte.

«Quédate aquí esta noche». Son solo cuatro palabras. No debería ser un problema pronunciarlas, pero tengo un nudo en la garganta que me impide hacerlo.

No es timidez. Es miedo. Miedo a acostumbrarme a su presencia y volver a sentirme solo cuando se vaya. Me destrozaría.

–Oye, Naoki…

–¿Sí?

–No sé cómo agradecértelo. Ya sabes, por todo esto –murmura avergonzada.

–No he hecho nada del otro mundo –respondo dirigiéndome al salón.

Lanzo una mirada rápida al chico del sofá. No estoy seguro de si sigue dormido. Tal vez solo esté fingiendo para poder espiarnos.

Suspiro, me detengo unos segundos frente al espejo de la entrada para apretarme el nudo de la corbata. Odio llevarla. A veces la siento como si fuera una soga al cuello.

–Me voy –le digo con decisión.

Ella me coge del brazo y me detiene. De nuevo, vuelvo a sentir ese magnetismo. Me gusta, pero al mismo tiempo me tensa de la cabeza a los pies.

–Espera.

Se pone de puntillas y se inclina hacia mí. Sin zapatos no me llega ni al hombro, pero es tan obstinada que me pone una mano en la cara para que me incline y presiona sus labios contra los míos.

Solo esto. Un beso fugaz antes de salir de casa, el gesto más banal del mundo. Como los típicos que se ven en los anuncios, entre las páginas de las revistas o en esas estúpidas películas para adolescentes. Y, sin embargo, esta es la primera vez que a mí me dan un beso antes de irme.

–Chao –me susurra desde el otro lado de la puerta.

Me encantaría volver a verla aquí cuando regrese y que me reciba de la misma manera.

No creo que se negara si se lo pidiese. Pero tal vez eso no sería propio de ella y, de todas formas, yo nunca sería capaz de proponérselo.

–Adiós, Hailey.

27. Naoki

Nunca he deseado tener algo demasiado sofisticado. Demasiado inalcanzable. Lo único que quería era desempeñar un trabajo que no odiara, mantener unos hábitos saludables, divertirme de vez en cuando y tener un poco de tranquilidad. Sin embargo, en dos años, mis perspectivas en la vida dieron un giro de trescientos sesenta grados.

Sustituir a mi padre me agota. No me gusta estar en este lugar. Me oprime y, en ocasiones, tengo la impresión de que cada vez es más pequeño.

Kawamura me ha estado acribillando a preguntas durante toda la tarde, y tuve que encerrarme en el despacho para evitarla. Takahashi también ha intentado sonsacarme información, pero me mantuve firme y no le dije nada. Sé que cualquiera de los dos podría ponerse en contacto con mi padre a la primera de cambio, así que es mejor que sepan lo menos posible.

Mi piso está relativamente cerca de la empresa y se encuentra en una urbanización bastante prestigiosa. Pero en realidad no conozco a ninguno de los vecinos, y a muchos de ellos ni siquiera los he visto, porque sus horarios son totalmente distintos a los míos.

El reloj marca más de las siete y estoy agotado. Ya es casi de noche.

Titubeo en el rellano, a pocos metros de la puerta principal. Ya no están los zapatos de Hailey. Pensaba que estaría cuando volviera a casa.

Suspiro y avanzo con los hombros caídos.

La luz del salón está encendida. Además, huele a comida, como a patatas fritas.

Me quito la corbata y me acerco al sofá. Hailey me ha dejado una bolsa con comida rápida en la mesita. Está bien cerrada y sobre ella hay una nota en la que ha escrito «cena», en japonés, con unos caracteres sencillos.

Me siento, suspiro y me froto el cuello antes de abrirla. No es el tipo de comida que suelo comer, parece comida para adolescentes, pero es muy abundante y no hay carne. Se ha acordado.

Tengo su número en mi agenda. En realidad, es el que me proporcionaron en la oficina, pero, aun así, no creo que tenga otro distinto.

«¿La llamo?».

Miro su contacto en la pantalla antes de pulsar el botón. Pienso en qué decirle, en cómo iniciar la conversación sin parecer demasiado directo y finalmente me acerco el móvil a la oreja.

Trago saliva y ella me contesta en un tiempo récord. Tan pronto, que me pilla desprevenido, y en inglés.

–¿Diga?

–Hailey, soy yo –le digo tratando de adoptar un tono más firme–. Quería darte las gracias por la cena que me has dejado en la mesa.

–¡Ah, de nada! En realidad, no sé lo que te gusta, pero pensé que volverías tarde y que te vendría bien –me explica alegremente. Parece que ya está mucho más calmada que esta mañana.

–Eres muy amable.

Estoy perdiendo el tiempo. No la llamé para hablar sobre la cena. «Me ha encantado abrir la

puerta de mi casa y verte ahí. Ojalá te hubiera visto también ahora, al llegar a casa. Ojalá fuera siempre así». Jamás podría decirle algo de este tipo. No sería lógico.

–¿Vas al Temple esta noche? –le pregunto para evitar que nuestra conversación se reduzca a un mero intercambio de cumplidos.

–No, la verdad es que hoy no me apetece estar con gente y tener que hacerles halagos. Ha sido un día duro.

–Ya, tienes razón.

–¿Y tú?

Dudo e intento medir mis palabras. ¿Cómo le digo que, desde que la conocí, ya no le encuentro sentido a mis hábitos?

–Si no estás tú, ¿para qué?

Ella se ríe con picardía.

–Bueno, hay muchos sitios más donde puedes divertirte.

Me tumbo de lado en el sofá y frunzo los labios.

–Pero si no quieres que vaya, no iré.

–Me da igual lo que hagas –dice–. No tienes que pedirme permiso solo porque nos acostamos una vez.

–Vale.

Es evidente que miente.

–Aun así, no vas a ir, ¿no? –añade rápidamente haciendo que se me escape la risa.

–No.

Cojo aire. Debería dejarme de tonterías y decirle lo que pienso, pero las palabras se mueren en mi garganta, antes de que pueda pronunciarlas. Tal vez aún no sea el momento.

–Bueno, entonces me despido –murmuro finalmente.

–¡Oh, no! ¡Odio cuando haces eso! –protesta–. Es como si estuvieras a punto de decirme algo.

–Era una tontería.

–¿El qué? –insiste.

Aprieto los labios y me decido. No creo que tenga otra oportunidad de hacerlo.

–Quería decirte que vinieras –confieso de un tirón–, y que pasaras la noche conmigo.

Al otro lado, solo oigo un crujido. Ninguna respuesta, ni siquiera una palabra.

Ha sido desafortunado por mi parte. No tenía que haber dicho nada.

–¿Lo ves? Era una tontería –le digo.

–Me pongo los zapatos y voy.

Parpadeo un par de veces. Me acerco la muñeca izquierda a la cara para poder ver la hora e intento calcular en cuánto tiempo estará aquí. En poco más de media hora en metro y unos pasos a pie.

–Bueno, dame un minuto, que voy a cambiarme de ropa –añade algo acelerada–. ¡Te veo enseguida!

Cuelga y miro al techo, embobado. Ha sido mucho más fácil de lo que creía. No sé por qué estaba tan preocupado.

28. Naoki

Camino nervioso hacia delante y hacia atrás, esperando oír el ruido de sus pasos en el rellano. Y, mientras tanto, escucho el tictac del reloj. Ha llamado al timbre hace un minuto. ¿Cuánto se supone que tarda en subir?

Oigo el timbre de mi casa y dejo pasar unos segundos antes de abrirle la puerta. No quiero que sepa que la estaba esperando a la entrada.

–¡Hola! –me saluda con alegría, anticipándose a mí. Se agacha para desabrocharse los zapatos y la miro de reojo: lleva ropa sencilla, pero que le queda perfecta, una mochila y la cara ligeramente maquillada. No creo que haya salido corriendo de su casa después de nuestra llamada, sino que debió de haber escogido cuidadosamente cada detalle.

Hago una reverencia y me hago a un lado para dejarla pasar. Pero a ella parecen importarle un bledo mis costumbres: entra a mi casa descalza y con los zapatos en la mano, sin hacer ningún tipo de cortesía. Localiza el zapatero, coge un par de zapatillas y deja allí sus zapatos. Pasa por delante de mí, atraviesa la entrada y se va hacia el salón.

Enarco las cejas y la sigo. Tiene una actitud bastante grosera e irrespetuosa, por no decir otra cosa. Sería capaz de echar de mi casa a cualquiera que se comportara así, menos a ella. He estado esperando tanto a que viniera, que más me vale pasarlo por alto. Al fin y al cabo, solo son estúpidas tradiciones.

–¡Menos mal que me has invitado! –exclama dejándose caer en el sofá antes de que pueda alcanzarla–. Si no, habría tenido que dormir en el futón de mi hermano. Sé que, por ahora, mi hermano tiene que recuperarse y estar cómodo, pero odio ese futón.

Sonrío y me siento a su lado. He dejado una botella de vino y dos copas sobre la mesa, pero ella aún no se ha fijado.

–¿Y si te dijera que yo también tengo un futón? –digo para burlarme de ella mientras descorcho la botella con ambas manos.

–A mí no me engañas. Hoy me he dado una vuelta por toda la casa, sé que tienes una cama de matrimonio con cabecero tapizado.

Me observa mientras le sirvo una copa. Espera a que yo también llene la mía, coge la suya y se la lleva a los labios. Bebe muy poco, apenas un sorbo, y cruza las piernas de esa forma en que me vuelve loco, dejando caer un pie, distraída. Sus vaqueros son tan cortos que solo tapan lo necesario y tengo que concentrarme para evitar mirarla embobado.

Me estoy impacientando. Quiero volver a tocarla como aquella noche en Kabukicho. Soy incapaz de pensar en otra cosa.

–Qué cotilla –respondo–. No me digas que también has estado hurgando en mis cajones.

–Solo un poco –confiesa–. Esperaba pillar algo porno, pero en vez de eso he descubierto que guardas tus corbatas ordenadas por colores. ¿Qué clase de problema tienes?

Se echa a reír y yo me río con ella. Bebo un poco más de vino y suspiro, apoyándome en el respaldo del sofá e inclinando mi cabeza hacia atrás.

–Odio las corbatas –le digo cansado–. Ojalá no tuviera que llevarlas tan a menudo.

–Pero te quedan muy bien. Y cuando haces ese gesto con la mano para aflojarte el nudo… es sexi.

Se sonroja ligeramente, solo por un momento. Luego saca su móvil del bolsillo, desbloquea la pantalla y se pone a escribir mensajes como si no hubiera pasado nada. Como si no acabara de desencadenar un torrente de pensamientos obscenos en mi mente.

Estoy acostumbrado a medir mis palabras para no parecer demasiado directo y elegir las expresiones más adecuadas para según qué situación. En cambio, Hailey dice todo lo que se le pasa por la cabeza, y eso me parece irresistible. A veces, inoportuno, pero irresistible.

–Tranquilo, ahora lo apago –se justifica a la vez que sigue escribiendo en el teclado–. Le voy a enviar un último mensaje a mi hermano.

–¿Seguro que no te supone un problema quedarte aquí? –le pregunto.

–Para nada. Jamie puede arreglárselas solo, lo importante es que no haga esfuerzos –me responde con rapidez–. Desde que le dije quién eres se ha vuelto insoportable. No deja de acribillarme a preguntas.

–Es normal.

Guarda su móvil en el bolsillo exterior de la mochila y vuelve a quejarse de su hermano, de lo difícil que es compartir espacios tan pequeños con él, insinuándome las ganas que tiene de encontrar alojamiento para ella sola lo antes posible.

Yo la escucho y le respondo entre cada sorbo de vino. Su copa sigue medio llena y la mía ya está casi vacía. La uso para medir el tiempo, como una especie de cuenta atrás, porque no puedo aguantar mucho más tiempo sin besarla, sin hundir los dedos en esos muslos al descubierto.

Hailey levanta su copa para beber mientras yo espero a que se la acabe, sorbo tras sorbo. De pronto, se hace un momento de silencio y yo lo aprovecho para hablarle en voz baja:

–¿Vamos arriba?

Ella se lleva una mano al pecho mientras se ríe.

–¿Ya? ¿Llevo aquí media hora y ya quieres ir directamente al grano? ¡Qué prisa tienes!

–Soy un hombre muy ocupado y con muy poco tiempo libre –respondo sonriendo–. Cada minuto que pasamos vestidos es tiempo perdido.

Se pasa la punta de la lengua por los labios para humedecérselos. Un gesto lo suficientemente sensual como para captar de lleno mi atención.

–Bueno, entonces vale –accede, y se apoya con sus brazos en el sofá para levantarse–. Pongámonos cómodos, *Kaichou-sama*.

La guío hasta la escalera de caracol que conduce al dormitorio, aunque ella ya se sabe el camino.

–Prefiero que me sigas llamando por mi nombre –le digo mientras empezamos a subir los escalones–. Aunque normalmente no me pasa.

Tal vez, para ella, eso no signifique nada. Quizá llamarme de una forma u otra, o añadir los sufijos honoríficos, no cambie nada a sus ojos. Pero, para mí, es diferente: crecí en un ambiente de formalidades rígidas y sin muestras de afecto. Solo había una persona que me llamaba «Naoki» a secas, como hace ella. Mi madre.

Hailey va unas escaleras por delante de mí. Se pone su voluminoso pelo rizado hacia un lado, dejando sus hombros al descubierto y, tras unos pasos más, se vuelve hacia mí.

–Sé que me estás mirando la nuca, eres un pervertido.

–¿Qué?

–Me han dicho que, para vosotros, los japoneses, mirar la nuca de una mujer es como mirar un par de tetas.

–¿Dónde has oído eso?

–En el club.

–A lo mejor no te lo han dicho, pero hoy en día ya no se suele ver así –le explico–. Aunque debo admitir que me excita un poco.

Ella sonríe y hace un movimiento con la cadera. Me gusta que sea tan desinhibida y que disfrute tanto provocándome. Y me gusta la manera en que se desnuda, cómo se quita la camiseta de un tirón y la tira al suelo, como quitándose un peso de encima.

Se queda de pie delante de la cama, me guiña un ojo y se lleva las manos a la cintura para desabrocharse los pantalones.

Me acerco a ella. Le rozo la piel con los nudillos y comienzo a sentir su calor en mis dedos. Me coge de la mano y la lleva hasta sus pechos, mientras se pone de puntillas para besarme. Noto sus pezones duros a través del fino encaje de su sujetador y los acaricio con los dedos. Hailey gime en mi boca, me desabrocha la camisa con ansia y busca mi erección con las manos. Me enloquece, y ella ni siquiera se da cuenta.

De repente, noto una vibración en mi pierna a la que acompaña un sonido agudo. Me sobresalto.

Siempre me quejo de que Hailey está pendiente de su móvil, y esta vez he olvidado apagar el mío. Pero no hay mucha gente que pueda llamarme a estas horas, y menos a mi número personal. Debería contestar.

La aparto de mí y suspiro con frustración.

–Lo siento, solo será un segundo.

Ella protesta en voz baja y se inclina para intentar leer quién me está llamando, pero me giro rápidamente para que no vea la pantalla.

Es Masami. Tiene mi contacto desde nuestra primera cita, pero hasta ahora solo se había limitado a mandarme rara vez algún mensaje de cortesía. ¿Qué tendrá que decirme a estas horas?

29. Hailey

Naoki ha respondido a la llamada con el tono más frío del mundo, pero yo no soy tonta. He visto un nombre de mujer en la pantalla. Y la verdad es que no me gusta que una mujer nos interrumpa justo en el momento más inoportuno, y menos aún si se trata de su prometida.

–Te lo agradezco, Masami-san. –Le escucho decir tratando de aguzar un poco más el oído–. Por desgracia, no puedo atenderte en estos momentos. Me pillas en un compromiso.

«¡Pues sí!».

Veo cómo intenta contenerse para no jadear y cómo habla con indiferencia a pesar de que hace un momento tenía sus manos en mi sujetador. No me gusta ver lo buen mentiroso que es.

–Tal vez la próxima vez –continúa como si nada.

Cuelga, mantiene pulsado el botón lateral de su móvil para apagarlo y lo deja sobre la mesita de noche.

–¿Ahora soy un compromiso? –bromeo mientras me muerdo nerviosa el labio inferior.

Él sonríe e ignora mis palabras. Se lleva la mano izquierda hacia la cara para desabrocharse el puño de la camisa con ayuda de sus dientes. Luego hace lo mismo con la derecha y se la quita.

–¿Por dónde íbamos?

Me ruborizo. Ahora mismo estoy algo confusa, pero lo único que quiero es sentir su piel contra la mía, estar entre sus fuertes brazos y respirar su perfume hasta embriagarme.

–Era ella, ¿verdad? –le digo–. Tu novia.

Él se quita el reloj y lo pone junto a su móvil, con la esfera hacia abajo, para evitar ver el paso del tiempo.

–¿Qué más da? –responde con una voz contaminada por el deseo mientras se inclina para besarme el cuello–. Ahora mismo, lo único que quiero es estar aquí, contigo.

Me pone una mano en el culo y con la otra me mueve el pelo hacia un lado. Sus labios se deslizan por mi piel, rozándome con la lengua y los dientes mientras mete sus manos bajo el encaje de mis bragas. Siento su respiración agitada y su erección presionando contra mi abdomen.

Agarro su cinturón con ansia, le desabrocho la hebilla y le quito los pantalones. Naoki me coge de las caderas y me arrastra con él a la cama. Dios, cómo me gusta.

Me elevo sobre mis codos para besarle el pecho, desciendo por su abdomen contraído y él se agita. Dudo ante su erección y espero una confirmación antes de seguir. Enreda sus dedos por mi pelo y me empuja la cabeza hacia abajo. Abro la boca y empiezo a usar solo la punta de la lengua. Naoki se estremece y emite un gemido sutil. Tomo el glande entre mis labios y él se sacude, conteniendo la respiración. Desciendo lentamente con los ojos cerrados. Siento su sabor, sus suspiros entrecortados y su mano en mi pelo. Nada más.

Continúo, intento seguir el ritmo de su respiración para hacerle disfrutar más, cada vez más rápido y profundo, hasta que empiezo a oír gemidos roncos.

–No, espera.

Siento que le falta muy poco, está a punto de llegar al orgasmo y no quiero pararme justo ahora. Me encanta verle tan fuera de control.

Se corre en mi boca y jadea. Alarga el brazo hacia la mesita de noche, coge un par de pañuelos de la caja y me los tiende. Yo trago descaradamente y se los quito, dejándolos entre las sábanas sin usarlos.

Es la primera vez que lo veo tan extasiado. Se sienta y suspira, cierra los ojos y se echa el pelo húmedo hacia atrás.

–Vaya, sí que te ha gustado –le susurro.

–Por favor, para –murmura–. Haces que pierda el control de la situación.

–¿Y qué? No puedes pretender ser perfecto todo el rato. Y tampoco quiero que lo seas.

Una vez más, me vuelve a mirar como si estuviera a punto de decirme algo. Pero no lo hace. Se pone una mano detrás de la nuca y se la empieza a rascar. Después me hace un gesto con la cabeza.

–Date la vuelta.

Me pongo de espaldas a él a cuatro patas, y él me baja las bragas con los dedos. Apoya una mano en la parte baja de mi espalda y recorre mi columna vertebral hacia arriba, con una larga caricia, hasta llegar a mi nuca, haciéndome inclinar la cabeza sobre las sábanas.

Pone sus manos en mis caderas. Oigo su respiración agitada y noto su piel caliente en la mía. Después sus labios me rozan y empiezo a sentir su lengua entre la hendidura de mis nalgas. Me estremezco, pero sus manos me mantienen en la misma posición, descienden para acariciarme suavemente los muslos, y me empieza a lamer lentamente, haciendo que me tense de la cabeza a los pies.

–¡Eres un pervertido! –le chillo, y contengo la respiración.

En respuesta, me penetra con dos dedos y los mueve suavemente en mí. Nunca me había sentido tan excitada y avergonzada a la vez.

Gimo y jadeo entre las sábanas. Él mueve la lengua con insistencia, haciendo que me tense aún más. Sus dedos se hunden en mí, y yo tiemblo, arqueando la espalda y retorciéndome de placer, hasta que me derrumbo en los espasmos de un orgasmo sin igual. Jadeo, y sigo entre sus brazos, mientras él me besa los hombros. Me siento genial aquí, junto a él. Creo que nunca había estado tan bien con nadie.

–Qué rápido, ¿no? –me susurra burlándose de mí.

–Mira quién fue a hablar.

–Yo puedo seguir cuando quieras.

Siento sus manos calientes recorriéndome la piel, que aún está sensible. Me besa y siento su respiración en mi pelo. Jamás podría cansarme de esto.

–Espera. Quiero quedarme así un poco más.

30. Hailey

Desde aquí, Tokio parece una ciudad en miniatura dentro de un globo de cristal. Sus luces parecen granos de arena brillantes, y hay tantos que el cielo ni siquiera está oscuro.

–¿Qué estás haciendo?

–Un vídeo sin sonido. Sigue, te estoy escuchando.

Desde el balcón de Naoki, las vistas son alucinantes. Tengo que congelar este momento. Quiero tener al menos una docena de fotos para poder recordarlo.

–Cuando tenía veinte años, me fui a vivir solo –me cuenta–. Con esos años se es mayor de edad aquí, en Japón.

–¡Guau! ¿Y cómo conseguiste el dinero?

–A mis padres, la idea de no tenerme más en casa les encantaba, así que decidieron hacerse cargo ellos mismos del alquiler –me explica–. De todas maneras, se lo agradecí. Me vino bien estar lejos de aquella casa. Era un infierno.

–Ya veo.

–Pero Shinji necesitaba que le ayudase con los estudios, así que casi todos los días venía a mi casa. Sus notas empezaron a mejorar, y así…

–Te diste cuenta de que querías ser profesor.

–Algo así.

Se apoya en la barandilla y se cruza de brazos.

–Y tú, ¿cuándo supiste que querías un trabajo de oficina en la otra punta del mundo?

Suspiro y guardo el móvil.

–Quería cambiar de aires –le confieso–. Pensé que podía venir con mi hermano para alejarme de mi ciudad, porque ya no soportaba ver siempre las mismas calles, encontrarme con las mismas personas y oír los mismos cotilleos del barrio. Y, tras salir de una malísima relación, decidí comprar los billetes.

Él curva los labios en una sonrisa amarga.

–¿Te engañó?

–No, me hizo *ghosting*.

–Ah… No sé qué significa eso.

–Nunca volvió a aparecer. Ignoraba mis mensajes, no contestaba a mis llamadas… –le explico–. Desapareció sin darme ninguna explicación. Intenté ponerme en contacto con él de varias maneras, pero él lo evitaba todo el rato. Y al final acabé rindiéndome –le digo, y hago una mueca–. Pero cambiemos de tema. Sería horrible pasar la noche hablando de nuestros ex.

–Bueno, tampoco tendría mucho que decir –comenta apartando la mirada–. Nunca he tenido ninguna relación especialmente larga o seria.

–¿De verdad?

–Hum… –Agacha la mirada–. Las apariencias engañan. Nunca se me ha dado bien relacionarme con los demás, y menos aún con las mujeres. Siempre se me escapa algo y termino

alejándolas. Por eso voy a los clubes de Kabukicho. Allí es todo más sencillo.

Muy bien, acabo de entender su mensaje. Me está diciendo de forma indirecta que no espere nada de él y que mantenga cierta distancia. Naoki me encanta, pero vive en un mundo totalmente distinto al mío. Un mundo en el que yo solo estoy de paso.

De pronto, empieza a hacer un viento fresco. Él me ha prestado una de sus camisas para salir al balcón, y huele a canela. Su perfume me es tan familiar que ya no podría vivir sin él.

–Volvamos adentro, me estoy congelando.

–Ya casi es otoño –murmura mientras nos dirigimos al salón–. Otra vez.

–¿No te gusta?

–Cada año que pasa me produce más melancolía –responde–. La lluvia, los días oscuros… hacen que la soledad se sienta aún más.

–Dios mío –digo con ironía–, ¡deberías adoptar a esos gatos!

–Mi chófer dice que debería formar una familia.

–¿Y por qué no? –respondo con una mueca–. Total, ya tienes a tu futura esposa.

Aunque, en parte, han hablado mis celos, es solo una broma. Pero a él le ha sentado peor de lo que me esperaba. Cierra la puerta con fuerza y me mira con el ceño fruncido.

–Te pedí que no hablaras de ello –masculla–. Es un asunto personal.

–Está bien, lo siento. Solo era una broma.

Cuando hablamos de este tema, siempre se muestra ambiguo y no entiendo cuáles son sus verdaderas intenciones. Tal vez se case con ella en un año o dos. Ella vendrá a vivir a esta casa, dormirá con él todas las noches y olerá su perfume todos los días, hasta que se acostumbre y deje de notarlo.

Aun así, no es justo. No puede conformarse con una vida que otra persona ha planeado para él.

31. Hailey

Kawamura me echó una reprimenda que no olvidaré jamás. Yo me disculpé varias veces, me mantuve con la cabeza gacha durante mucho tiempo y le prometí que, de ahora en adelante, la avisaría de cualquier imprevisto que me surgiera, y que no habría más olvidos. Ella siguió regañándome varios minutos más delante de mis compañeros. Todos estaban con la cabeza gacha, pero me dio la impresión de que también estaban resentidos conmigo. Mientras me sentaba en mi mesa, Nobuo me observaba con insistencia. Y, desde el otro lado del panel divisorio, a Hina parecía divertirle el asunto.

Debo ponerme al día con el trabajo de ayer. Tengo bastantes correos electrónicos pendientes de escribir y otros tantos que debo reenviar. Desde que me he sentado frente al ordenador, he estado trabajando a buen ritmo y he intentado no distraerme.

Todavía no he visto a Naoki desde que nos despedimos esta mañana. Decidimos que no podían vernos juntos en los alrededores de su casa, así que me fui pronto, llamé a Jamie para asegurarme de que estaba bien, luego a mis padres y, por último, le envié un mensaje a Juno para ponerla al día.

Kaichou-sama llegará en cualquier momento. Solo espero no hacer nada que pueda perjudicarme, como sonrojarme o sonreírle en secreto. Podríamos meternos en un buen lío si alguien empezara a sospechar de nosotros.

–¿Qué tal tu cita romántica? –me pregunta Hina levantando la cabeza para mirar hacia mi mesa.

Vacilo unos segundos antes de darme cuenta de a qué se está refiriendo.

–B-bien –balbuceo.

–¡Qué bien! ¿Vais a volver a veros?

–Bueno… quién sabe. Tal vez.

–No dejes que se te escape de las manos. Tiene mucho dinero.

Parpadeo un par de veces y la miro con extrañeza.

–He visto las historias que publicaste en Instagram –se justifica–. Ese chico llevaba accesorios caros, fuisteis a un restaurante de alta gama y, además, me ha parecido ver que vivía en la zona de Aoyama. Allí, los precios de las viviendas están por las nubes.

Madre mía. Intento hacer memoria y recordar exactamente lo que publiqué en las redes. ¿Me habré olvidado de desactivar la geolocalización? No, estoy segura de haber eliminado todo tipo de referencia que pudiera comprometerme. Entonces, ¿cómo sabe todo eso?

–Esas fotos de la ciudad a medianoche… las sacaste en su casa, ¿no? No tenía pinta de ser un hotel –continúa.

Joder. Si solo hice unas cuentas fotos desde el balcón de Naoki. Me acuerdo de haber subido una foto del panorama nocturno, y limitarme a escribir «Tokio a medianoche» en el pie de foto, sin mencionar nada más. No pensaba que la gente tuviera tanto ojo para los detalles.

–Pues te equivocas –miento rápidamente–. Sí, era un hotel.

Ella se lleva un dedo a la barbilla e inclina la cabeza hacia un lado.

–¿En serio? Vaya, pues parecía un piso. Qué raro.

«¿Qué raro el qué?».

La ignoro y vuelvo al trabajo. En cualquier caso, seguir hablando de ello no disminuiría su curiosidad.

Hina deja de insistir, pero lo que de verdad me sorprende es que, cuando aparece Naoki, ella no se alegra tanto como de costumbre. Permanece impasible, y un tanto molesta.

Yo lo miro de reojo, intentando que no se me note demasiado. Esta mañana, él está más sonriente. Se echa el pelo hacia atrás y nos da los buenos días con energía.

Pasa por delante de mi mesa y yo contengo la respiración.

–Señorita Young –me llama–. En mi despacho en cinco minutos, por favor.

–S-sí, presidente –respondo sorprendida.

Hina masculla algo para sí y me pone nerviosa.

–¿No es un poco raro que te llame tanto para que vayas a su despacho? –me pregunta.

–Bueno… tal vez sea por lo de ayer –improviso–. Querrá echarme una regañina, como Kawamura-san.

–¿Tú crees? –insinúa–. No parece muy enfadado.

–No lo sé –respondo cortante–. No sé qué quiere decirme, no puedo leerle la mente.

Mi tono brusco la deja asombrada, y vuelve a inclinarse sobre su monitor sin decir nada más.

Me pongo a dar unos golpecitos con los dedos sobre el escritorio mientras cierro los programas que estaba utilizando en el ordenador. Después me levanto para dirigirme al despacho del presidente.

Es difícil mantener una actitud formal. La puerta del despacho está entreabierta y, aunque Naoki y yo tenemos confianza, me detengo ante ella y pido permiso para entrar.

–Adelante.

Él está en su escritorio, ocupado buscando algo entre una pila de documentos.

Cierro la puerta tras de mí antes de que él mismo me lo pida y me quedo quieta, sin saber cómo comportarme. Ya no sé ni cuáles son las reglas entre nosotros, si las de presidente y becaria, cliente y acompañante, o amantes. Demasiados papeles que interpretar.

–Dame un momento –dice mientras hojea unos papeles–. Mientras tanto, puedes sentarte.

Dios, esto es muy raro. Camino con pies de plomo, muevo la silla y me siento. Él encuentra por fin el documento que estaba buscando, lo pone delante de su cara y empieza a leerlo con la mirada.

–¿Vas a decirme algo malo? –le pregunto tratando de reducir la tensión entre nosotros.

Él niega con la cabeza, le da la vuelta a la hoja y se pone a girar con sus dedos el bolígrafo en el que tiene su nombre grabado.

–En absoluto. Solo necesito un par de firmas y te dejaré ir.

Contengo un suspiro. Ahora me fijo en muchos detalles y todos ellos adquieren un significado diferente: sus venas en el dorso de la mano, sus dedos largos y finos y los puños de su camisa abotonados.

–Menos mal. Tenía miedo de que fueras a dejarme o algo así.

–En realidad, te agradecería que no mencionases nuestros asuntos personales mientras estamos en el trabajo –me interrumpe.

–Tienes razón –le respondo.

–Bien.

–Aunque es un poco raro estar aquí así, después de todo lo que ha pasado entre nosotros, ¿no te parece? –añado.

Él me lanza una mirada fulminante y suspira.

–¿Sabes lo que parece aún más raro? Que sigas haciendo exactamente lo contrario a lo que te pido –responde tajante acercándome de mala manera los papeles que estaba revisando–. Una firma en la primera página y otra al final, por favor.

Está todo escrito en japonés y, sin apenas traducirlo, por las primeras líneas me doy cuenta de que se trata de un contrato. Enarco una ceja y dudo, antes de firmar.

–¿Qué…?

–Te voy a ascender –me interrumpe–. Al parecer, gracias a uno de tus correos hemos recuperado a un cliente que habíamos perdido. Esa es la explicación oficial –precisa.

–¿Y la no oficial?

Él se encoge de hombros y me mira con ojos de cansancio.

–He pensado que te vendría bien –admite–. Con este contrato podrás hacer las horas extras que necesites, así que aprovéchalo sin pasarte. Tus tareas serán bastante parecidas a las de ahora, pero también podrás hacer alguna llamada importante, si es necesario. En consecuencia, vas a tener un nuevo lugar de trabajo –explica detalladamente en mi lengua–. Tu supervisora seguirá siendo Kawamura, así que intenta llevarte bien con ella. En los próximos días recibirás información más específica. El contrato tiene una duración de seis meses, y después… ya se verá, supongo.

Respiro hondo y trago saliva. Estaría loca si no lo firmara, pero hay algo que no me gusta. Todo esto me suena a la típica historia de la empleada que se acuesta con su jefe para conseguir un ascenso. Pero yo no soy así.

–¿Por qué? –le pregunto levantando la mirada–. ¿Por qué haces esto?

Naoki cruza los brazos sobre el pecho y evita el contacto visual.

–Es un defecto de mi carácter –confiesa–. Cuando veo un problema, siento la necesidad de encontrar una solución. Ayer te preocupaba no ganar suficiente dinero como para ayudar a tu hermano. –Abre los brazos–. Y no podía quedarme como si nada. Sé que a lo mejor tus compañeros pueden tomarse a mal este ascenso tan repentino, pero tú céntrate en dar lo mejor de ti y en demostrar que estás cualificada y a la altura de las expectativas. Eres perfectamente capaz de desempeñar este puesto.

Aprieto el bolígrafo con la mano. Sigo sin decidirme.

–¿Sabes que todo esto parece el típico cliché? –suelto–. Ya sabes, la joven becaria que se tira a su jefe para conseguir un aumento, o algo así.

–Te acabo de pedir que no saques ese tema en la oficina, Hailey.

–¿Me vas a ascender solo porque me acosté contigo?

–Y tú, ¿te acostaste conmigo para que te ascendiera? –responde rápidamente desafiándome con la mirada.

–¡Ah, así que eso es lo que piensas de mí!

–O igual es lo que piensas tú.

Se mantiene firme, sin bajar la mirada ni un milímetro. Tiene las manos entrelazadas sobre la mesa, la barbilla ligeramente levantada y sus ojos oscuros puestos en mí.

Trazo la primera firma del documento a regañadientes. Ahora debería darle las gracias, prometerle que voy a esforzarme al máximo por la empresa, hacer una reverencia y todo lo demás, pero no me sale. Soy demasiado orgullosa como para hacer eso.

–No estamos discutiendo, ¿verdad? –le susurro.

–Espero que no. Ahora mismo no tengo ni tiempo ni ganas de discutir contigo.

Vuelvo a trazar mi nombre en la hoja, y él se queda con una copia del contrato y yo con la otra. *Kaichou-sama* vuelve a ser distante, con sus respuestas secas y la característica arruga que le sale en medio de la frente. Pero, incluso estando así de gruñón, me vuelve loca.

–Muy bien –me dice tras guardar el documento–. Eso es todo. Puedes marcharte.

Se me escapa una risita. Me inclino hacia delante y apoyo los codos en su escritorio. Él me mira nervioso.

–¿Sabes? Ahora mismo me gustaría coger toda tu perfección y compostura y hacerlas añicos –susurro.

–Ya lo has hecho varias veces –responde levantándose para acompañarme hasta la puerta–. Pero hoy es mejor que no.

No puedo resistirme. Extiendo un brazo hacia él, le cojo de su corbata y lo atraigo hasta mí. Aprieto los labios contra los suyos y Naoki accede solo unos segundos. Después me aparta con ambas manos y cierra los ojos.

–No vuelvas a hacer eso –protesta–. No durante las horas de trabajo.

–Pero es divertido.

–Señorita Young, salga de mi despacho, por favor.

Yo le miro ofendida.

–¿Señorita Young?

–Fuera de aquí –me dice serio–. Ahora mismo, y no hagas nada raro.

Saca un pañuelo para limpiarse los restos de carmín de la boca. Aún tiene un poco en el labio superior, pero no se lo digo. Así sabrá lo que es rechazar mi atención.

–Que tenga un buen día, *Kaichou-sama* –le digo con picardía, y abandono su despacho con mi nuevo contrato.

Mientras vuelvo a mi mesa, veo a Hina mirarme fijamente y con el ceño fruncido. Creo que está empezando a sospechar algo.

–¿Cómo te ha ido? –me pregunta nada más sentarme.

–Bien, pero tengo una mala noticia –le respondo mientras pongo mis manos sobre el teclado para darle a entender que tengo mucho trabajo que hacer–. A partir de mañana ya no seremos vecinas de mesa.

Ella abre mucho los ojos.

–¿Y eso por qué? –me pregunta con los labios fruncidos.

–He conseguido un pequeño ascenso –murmuro.

–¿En serio?

–Sí, pero es mínimo –especifico tratando de suavizar su sorpresa–. Es solo para poder hacer horas extras cuando sea necesario.

Hina agacha la cabeza y curva sus labios con una mezcla de desdén y tristeza.

–No es muy normal que asciendan a alguien tan pronto –comenta con frialdad–. Debes de tener mucho talento. Qué suerte tenemos de tenerte aquí –añade con algo de rabia.

La semana pasada me parecía simpática y muy amable. Sin embargo, ahora tengo la impresión de que ya no le caigo tan bien.

32. Hailey

Jamás hubiera imaginado que Juno fuese a reaccionar así. Está arrepentida, como si, en parte, se sintiera responsable de todo lo que ocurrió.

–Lo siento mucho, angelito –murmura con preocupación mientras me coloca un mechón de pelo por detrás de la oreja–. Debió de ser horrible. Tu hermano es un insensato, ¿cómo ha podido involucrarte a ti en sus problemas?

–En realidad, fue idea mía, Mamasan. Le insistí mucho y no le di otra opción. Debería habérmelo pensado mejor.

–*Yare*, *yare* –responde–. Así que has dicho que tiene una costilla y la nariz rotas, ¿no?

–Eso es. Le duele todo y no podrá ir a trabajar en un tiempo, pero pronto se recuperará –le explico–. Esperemos que, mientras tanto, no lo despidan.

–Dios mío, lo que nos faltaba. –Mamasan se coloca bien el tirante del top, que se le había caído, y empieza a llenar una jarra de cerveza–. Por lo visto, intentar caerle bien al señor Mizumi no ha servido de mucho.

Repito mentalmente esas palabras para asegurarme de que las he entendido bien.

–¿Cómo?

–Te pido disculpas. No he sido del todo sincera contigo –me confiesa mientras pone la jarra en una bandeja–. En realidad, quise que conocieras al señor Mizumi porque forma parte del mismo clan que los que le hicieron eso a tu hermano. Pensaba que, de esa manera, tu hermano empezaría a recibir un trato algo más especial.

–¿Y cuándo pensabas decírmelo?

–Nunca –responde tajante–. Si te lo hubiera dicho, no hubieras podido ser tan natural con él.

Mamasan sale de detrás de la barra con la bandeja en la mano para llevar la cerveza a una de las mesas.

–¿Quieres que me encargue yo? –le propongo.

–No, angelito. Quédate donde estás y no hagas nada. Tienes que estar libre para cuando venga *Kaichou-sama* –me dice guiñándome un ojo antes de darse la vuelta.

–No creo que venga.

–Oh, confía en mí. Estoy segura de que lo hará –insiste dirigiéndose hacia las mesas.

Permanezco sentada en el taburete, con las piernas cruzadas y un codo apoyado en la barra. Le doy un sorbo al cóctel de frutas que me ha preparado Juno, aunque está tan dulce que me da náuseas.

Espero que tenga razón y que Naoki aparezca. En el trabajo, intercambiamos unas cuantas miradas breves, pero nada más. Y, a eso de las seis, me apresuré a ir a casa para echarle una mano a Jamie y asegurarme de que estaba bien y descansando, así que no volvimos a vernos.

Me encantaría poder verle aquí, en el Temple. Sin las limitaciones y las formalidades de la oficina. Solo él y yo, un par de copas y la música de fondo. Hablando durante horas sobre cualquier tema y tocándonos por debajo de la mesa sin que nadie nos vea.

Mamasan vuelve a la barra con la bandeja vacía bajo el brazo, cambia de canción y sube el volumen mientras tararea y mueve las caderas al compás, esperando a que haya nuevos pedidos. De repente, se pone a observarme muy fijamente.

–Entonces, angelito –me dice–, ¿ya estás pensando en cómo romperle el corazón?

–¿A quién?

–A *Kaichou-sama*. Está loco por ti.

–Venga ya. Eso no es verdad.

–Desde la barra se ven muchas cosas –insinúa–. Cosas que ni las otras chicas ni los clientes pueden apreciar.

Vuelve a ponerse seria y empieza a preparar varios cuencos con frutos secos. Me acerco a ella e intento ayudarla, aunque ella no deja de impedírmelo. No quiere que me ensucie las manos. Me ha dicho que tengo que estar impecable para *Kaichou-sama*.

Naoki entra en el club, pero yo no me doy cuenta. Juno me avisa, dándome un ligero codazo mientras se ríe.

Me quedo embobada observándolo mientras se acerca a nosotras. Es elegante incluso sin llevar corbata, con el pelo echado hacia atrás y la mirada distraída.

–¿A qué estás esperando? –susurra Mamasan–. Ve con él.

–Vale, vale.

Salgo de la barra con mi mejor sonrisa y camino hacia él. Naoki me saluda con una reverencia y yo empiezo a sentirme nerviosa sin motivo.

–H-hola –balbuceo.

Él sonríe, mostrando ese hoyuelo que tanto me gusta.

–Por fin te pillo libre.

–Sí. Hoy hay poca gente.

–Mejor.

Trago saliva y lo acompaño hasta una de las mesas vacías. Elijo la más apartada, en el rincón más alejado de todo el club, bajo el entresuelo. Una mesa en la que nadie notará si estamos más cerca de lo que debemos.

Mientras caminamos, me llega su perfume, y ahora mi mente lo relaciona con el sexo, con sus caricias y sus besos en el cuello. Solo con pensarlo, se me pone la piel de gallina.

Se sienta, cierra los ojos y deja escapar un suspiro. Coge la *tablet* para pedir las bebidas y empieza a hablarme, algo ausente:

–Quería haber hablado contigo esta tarde, pero cuando salí de mi despacho solo vi a la señorita Yoshida imprimiendo unas fotocopias. Tú ya te habías marchado.

–¿Te refieres a Hina? –pregunto tras unos minutos de bloqueo.

Él niega con la cabeza, deja la *tablet* en la mesa y se recuesta en el sofá, con los brazos cruzados sobre su pecho.

–Sé que todavía te es difícil de entender, pero en Japón los nombres de pila solo se usan cuando tienes mucha confianza con una persona –me corrige–. Así que yo no podría llamarla de esa forma.

–Lo sé, leí algo sobre eso en Quora –me justifico–. De todas maneras, fue muy amable. Me dijo que ella se encargaría de hacer las fotocopias para que yo pudiera llegar pronto y cuidar de Jamie. Pero, claro, omití lo de que le habían dado una paliza los matones a los que conoce tu padre, y le dije que había tenido un accidente con la bici mientras trabajaba –le explico–. ¿Qué querías de mí? ¿Hay algo que quieras decirme?

–Sí. Unos asuntos de trabajo.

–Dime.

–Estoy pensando en organizar un viaje –responde dubitativo, juntando las manos–. Quiero reunirme con unos posibles clientes. Se trata de los propietarios de una agencia de turismo que pretenden abrir una sucursal en Nara.

–¿Quieres hacer un viaje… conmigo?

–Hum. He pensado que, como son americanos, podrías serme útil para facilitar la comunicación.

–¡Pero si tú hablas inglés mejor que yo! –respondo extrañada.

–Lo sé, pero sin esa excusa tendría que ir con Kawamura –me explica–. Y no podría soportar un fin de semana entero con ella.

Me río, pero estoy tan nerviosa que aparto la mirada. ¿Un fin de semana entero, los dos solos? Me da miedo que nos estemos precipitando y que al final sea yo la que acabe con el corazón roto.

–Claro que –añade enarcando una ceja– tendrías que comportarte de manera ejemplar, usar expresiones y tonos apropiados, moderar tus impulsos… –puntualiza–. ¿Crees que serías capaz?

–Por supuesto –respondo–. Puedes contar conmigo.

Mamasan llega con nuestras bebidas y nos interrumpe. Pone sobre la mesa una jarra de cerveza y un cuenco con *edamame* para Naoki y un refresco para mí, mientras se inclina hacia delante con un movimiento elegante. Detrás de ella, están Rika y Asuka, ambas con las manos juntas sobre sus regazos y muy sonrientes.

–Buenas noches, *Kaichou-sama* –dice Mamasan–. Mis chicas y yo queríamos agradecerle en persona lo que hizo por Hailey.

Naoki inclina la cabeza hacia un lado, extrañado.

–¿Perdón?

Las tres intercambian una rápida mirada, se inclinan casi al unísono, y Rika empieza a hablar con un tono muy dulce:

–Gracias por haber ayudado a nuestra amiga.

–Le estamos muy agradecidas –añade Asuka, dejándome atónita.

Para mi sorpresa, las dos azafatas se sientan con nosotros. Rika se pone a mi lado y Asuka a unos centímetros de Naoki. Pero ¿qué está pasando?

–Parece que los rumores se esparcen muy rápido –dice él.

Juno le guiña un ojo y hace una reverencia.

–Esto es el Temple. Aquí nos enteramos de todo, menos de lo que no nos interesa –responde–. Esta noche invita la casa.

–No, por favor. No puedo aceptarlo.

–Venga, no sea así –insiste ella–. Ah, y permítame recordarle nuestra normativa, porque no lo voy a pasar por alto una segunda vez: a nuestras chicas no se las toca.

Se aleja, me lanza una mirada asesina y yo me quedo helada. Joder, lo ha visto todo. No hay nada que se le escape.

Es una situación extraña. Naoki se queda callado, sin mirarme siquiera, y mientras tanto Rika nos observa y se empieza a reír.

–Bueno, entonces, ¿qué es lo que pasa entre vosotros dos?

–¡Nada! –exclamo rápidamente mientras me ruborizo.

Naoki respira hondo y se inclina hacia la mesa para coger su vaso.

–Hailey, no está bien que mientas a tus amigas.

Asuka hace una mueca y Rika insiste:

–¿Estáis saliendo?

–No… exactamente –murmuro en inglés.

–No exactamente –repite él en japonés, tajantemente, como dando a entender que no quiere seguir hablando del tema.

Asuka cruza las piernas y coge una vaina de *edamame*, haciéndola girar entre sus dedos.

–Hailey se está haciendo bastante popular entre los clientes del Temple –comenta–. Mucha gente quiere pasar tiempo con ella, le hacen muchos cumplidos y no le quitan los ojos de encima. ¿No estás celoso, *Kaichou-sama*?

Esperaba que se enfadase y que le pegara un corte. En cambio, responde a su provocación con humor:

–La verdad es que no. De hecho, la idea de que tantos la deseen y solo pueda tenerla yo, me resulta excitante.

Me estremezco y aprieto los labios, mientras Asuka y Rika se ríen con picardía.

–¡Para, qué vergüenza! –le susurro.

A ellas, sin embargo, no parece importarles demasiado. Se sirven una copa y después Rika se inclina para decirnos algo en voz baja:

–De todas formas, si queréis tocaros, nos marchamos. No os delataremos.

–Eso es muy amable por tu parte –responde Naoki–, pero verás, lo que me preocupa no sois vosotras, sino ese tipo de ahí. –Señala con la cabeza hacia el portero, que suele estar cerca de la entrada, pero esta noche está muy próximo a nuestra mesa–. Así que esta noche no haremos nada.

33. Hailey

Mi mesa ahora está enfrente de la de Kawamura. Ya no puedo mirar las notificaciones del móvil, porque, si me ve, me regaña. Está más pendiente de mí que antes, me riñe cada vez que me ve distraída y aprovecha cualquier oportunidad para corregirme, incluso si pronuncio algo mal en japonés. Mi hermano dice que es normal y que no debo tomármelo tan en serio. Dice que es el típico comportamiento de los trabajadores más veteranos hacia los más jóvenes, pero a mí cada vez me cuesta más contenerme para no responderle de mala manera. Y pensar que esta es mi primera semana como asistente júnior.

Hina y Nobuo están casi igual conmigo, aunque ahora tengo menos ocasiones de hablar con ellos. Seguimos comiendo juntos en la cafetería y hasta ahora no me han hecho más preguntas incómodas. Además, en los últimos días no he publicado ninguna foto que pudiera comprometer a Naoki.

Está organizando un viaje de verdad. La única que lo sabe por el momento es Kawamura, y yo aún no se lo he contado a nadie para evitar que circulen demasiados cotilleos.

Estoy deseando irme con él. He hecho una lista de lugares que me gustaría visitar en Nara y sus alrededores y la actualizo cada vez que se me ocurren más ideas. Espero que de verdad tengamos tiempo para hacer alguna parada en alguno de esos sitios.

Me gustaría ver con mis propios ojos los templos budistas y los famosos ciervos que deambulan por las calles de Nara. Y el palacio imperial con sus jardines, el Gran Santuario Kasuga y otras tantas maravillas que hasta ahora solo he podido ver en documentales.

–¿Vienes a comer con nosotros, Hailey?

–Sí, un segundo –le respondo a Hina mientras apago el ordenador.

Me levanto y me froto el cuello. Después las dos nos dirigimos hacia la cafetería.

–He oído que hoy hay *taiyaki*. ¡Tengo que coger uno! –exclama.

–¿Qué es eso?

–¿Cómo puedes no saberlo? Es un postre muy famoso aquí –responde con asombro–. Tiene forma de pez y está relleno de *anko*. Aunque también los hay de crema.

Mientras caminamos hacia nuestra dirección, Hina trata de explicarme cuáles son sus ingredientes.

–Ah, entonces se parecen mucho a las tortitas –digo.

–¡Sí, algo así! Pero rellenas y con forma de pez –aclara–. Me han dicho que es el postre favorito del presidente. Cada vez que hay, pide que le lleven un par a su despacho.

–Ya veo. Nunca come aquí, ¿verdad?

–No. Pero estaría bien tener la oportunidad de comer con él, ¿no crees?

Debe de ser parte de sus reglas. Según él, no debe relacionarse demasiado con sus empleados. Y, en realidad, si viniera a sentarse a comer a una de estas mesas, pronto se vería rodeado de sus admiradoras.

–Supongo que sí –respondo sin pensármelo demasiado.

Ella frunce el ceño y me mira muy raro. De repente, se queda callada. No sé qué he dicho mal. Tal vez me estoy preocupando de más.

De repente, Nobuo se une a nosotras, tan callado y tímido como de costumbre. Pedimos la comida y vamos a sentarnos a una mesa, pero ninguno parece tener ganas de charlar. En un momento dado, Hina empieza a hablar sobre un programa de televisión que no conozco y dejo de escucharla, hasta que veo a Kawamura, que sostiene una carpeta de documentos unidos con una cinta.

–Señorita Young –me llama con altivez–. Lamento molestarla durante la comida, pero tengo que darle esto. Por favor, consúltelo lo antes posible.

Trago saliva y cojo la carpeta con las manos. Hay muchas notas en japonés con sus traducciones al inglés. Veo que la primera página se titula «Comportamiento».

–¿Qué es? –pregunto mientras lo hojeo.

–Una lista de consejos e información que he transcrito expresamente para usted –responde con seriedad–. El presidente espera lo máximo de usted durante el viaje de negocios, y le conviene ir tomando medidas para que sea capaz de resolver cualquier deficiencia. Cualquier negligencia de su parte repercutirá en el presidente y en la imagen de la empresa. E imagino que no quiere ser una carga para él.

–Claro que no, Kawamura-san –murmuro.

–Bien. Este viaje es una oportunidad para que adquiera experiencia, pero no debe bajar la guardia. Debe preparárselo bien –concluye asintiendo–. Y, ahora, discúlpenme.

De repente, se hace un silencio sepulcral en la mesa. Tan solo se oye el ruido de las hojas cuando las paso con los dedos. Por lo que parece, Kawamura no se ha dejado nada. Hay consejos de todo tipo: desde cómo vestirme hasta qué expresiones de cortesía emplear, indicaciones sobre cómo y cuándo debo dirigirme a las personas con las que trataré, incluido el personal del hotel…

Continúo leyendo para tratar de esquivar las posibles preguntas de Hina y Nobuo, pero es inevitable.

–Hailey –me dice ella–, ¿de qué estaba hablando?

–Al parecer, tengo que acompañar al presidente en un viaje este fin de semana –respondo con cierta intranquilidad–. Tiene que reunirse con unos clientes estadounidenses y necesita ir con alguien que sea nativo.

Trato de sonreír, pero las caras de mis compañeros no me ayudan.

–Es una gran responsabilidad –comenta Hina con frialdad–. ¿Tú quieres ir?

–Sí. Bueno… en realidad, no tengo elección. No se le puede decir que no al presidente, ¿no? –respondo nerviosa–. Además, solo será un fin de semana.

–¿Y dónde es?

–En Nara.

Ella frunce el ceño y Nobuo deja de masticar.

–¿Sabes que él nació allí?

–Ah, ¿sí? Qué coincidencia.

–Sí. Una coincidencia muy curiosa –dice entre dientes, y después vuelve a sonreír de oreja a oreja–. Me alegro mucho por ti, seguro que es una experiencia muy útil. Al fin y al cabo, si *Kaichou-sama* ha decidido confiarte esta tarea, es porque cree en tus habilidades. Tienes que estar muy orgullosa.

Su discurso es tan artificial y falso que hasta Nobuo la mira con extrañeza. Me dispongo a tomar otro trozo de tortilla, pero me siento tan incómoda que se me ha cerrado el estómago. Me

levanto de la mesa y agacho la cabeza mientras sujeto los documentos que me ha entregado Kawamura.

–Lo siento, pero acabo de recordar que tengo un asunto urgente que atender. Será mejor que vuelva al trabajo.

Quizá debería hablar con Naoki sobre esta conversación. Aunque, por otro lado, tengo miedo de que, si se entera de que mis compañeros ya sospechan algo de nosotros, decida romper todo tipo de relación conmigo. Jamás pondría en riesgo el nombre de su familia por mi culpa. Ya me lo dijo una vez.

34. Naoki

Seis meses. No son solo los meses que dura el contrato de Hailey, sino también el tiempo que me di para tomar una decisión. Nunca había tenido una relación tan duradera. Tal vez las cosas se solucionen por sí solas, sin que yo deba tomar ninguna acción drástica. Que sea lo que tenga que ser. Sé que en algún momento todo se acabará. Que toda la atracción desaparecerá entre nosotros, que ella seguirá con sus planes de volver a casa, y que yo añadiré un nombre más a la lista de personas temporales a las que he conocido y nunca más volveré a ver. Como siempre.

El viaje de negocios es una excusa. En realidad, no preciso de ninguna ayuda para comunicarme con clientes potenciales, y ni siquiera tengo por qué reunirme con ellos. Podría haberlo hecho todo desde mi despacho, mediante unas cuantas llamadas y videollamadas, pero era la oportunidad perfecta de estar con Hailey. Una vez me dijo que quería visitar Nara. Me acuerdo perfectamente. Fue aquella tarde, cuando caminamos juntos hacia la estación.

El vuelo durará poco más de una hora. Una vez aterricemos, llegaremos en taxi al hotel en el que he reservado. Tendremos tiempo para hacer turismo y, después de firmar el acuerdo, regresaremos a Tokio.

Hailey está tan entusiasmada que no puede estarse quieta. No deja de mirar a su alrededor, de hacer fotos, de comer cosas y de acosarme a preguntas. Dios mío, es como estar de excursión con una adolescente.

–¿Cuánto falta?

–Poco –le respondo con desgana–. Por favor, deja de apuntarme con la cámara.

–¿Por qué? –protesta–. Venga, solo un selfi. Te juro que no lo voy a publicar ni nada, es solo para tenerlo de recuerdo.

Suspiro y accedo, pero me niego a posar.

Nada de abrazos, caricias o cumplidos hasta que estemos solos. Lo pactamos antes de irnos, pero a ella parece importarle más bien poco. Pone la cámara interior de su móvil y pega su mejilla a la mía durante un par de segundos, el tiempo que tarda en sacar una foto.

El contacto con su piel, suave y fría, me deja embobado. Esta vez, me ha hecho estremecer más que de costumbre.

Me enseña la foto orgullosa y yo, mientras la observo, frunzo los labios: es muy guapa, sonriente y sus ojos azules destacan frente a todo lo demás. Yo salgo muy serio, distraído y mi barbilla sale cortada por sus voluminosos rizos. Desde luego, no es la típica fotografía bonita para enmarcar o enseñar a otra gente. Pero tiene algo dulce, algo especial. Estaría bien pegarla a la nevera con un imán, junto a algunos billetes, *souvenirs* y otros tantos recuerdos de viajes y tiempo pasado juntos.

Pero es absurdo. ¿Por qué pienso en esas cosas?

–Vaya, no ha salido muy bien –comenta haciendo una mueca–. La borraría, pero a lo mejor nunca más vuelvo a tener la oportunidad de sacarte una foto. Por ahora, me la guardo.

–Hailey, intenta hablar más bajo. Estás molestando a los demás pasajeros.

Ella me hace pucheros y sigue con su móvil, saltando de aplicación en aplicación y abusando del wifi del avión.

Cuando anuncian el aterrizaje, me mira y me da un codazo.

–Qué ganas de llegar al hotel, ¡estoy muerta de hambre!

–Ahora que lo mencionas –digo apartándome el pelo de la cara–. Tengo que advertirte que no es un hotel como te imaginas. He querido optar por algo más tradicional.

–Sorpréndeme.

–Un *ryokan*.

Ella entorna los ojos, abre los labios y titubea.

–Oh, no –dice con preocupación–. Por favor, dime que al menos hay un baño en la habitación.

Yo niego con la cabeza y ella pone los ojos en blanco.

–Pero en compensación también hay un *onsen*, unos baños termales de origen volcánico –añado–. Y un jardín espectacular, una cocina increíble y vistas a las montañas. A falta de las comodidades de la vida moderna, disfrutaremos de una posada que se remonta al periodo Edo, y que ha mantenido sus características a lo largo del tiempo para que sus huéspedes puedan desconectar de la caótica vida de la ciudad. Es un sitio pequeño y privado, con pocas habitaciones, así que no te esperes mucho ocio ni bufés de lujo.

–Estoy a punto de llorar –dice molesta–. Pero ¿por qué?

–No tendría mucho sentido huir de un rascacielos para meterme en otro.

Ella se lleva una mano a la cabeza y suspira.

–Maravilloso.

–No juzgues tan rápido. Ya verás como al final te acaba gustando.

35. Hailey

Levanto el móvil con el brazo, me muevo y resoplo.

–¡Aquí no hay cobertura!

Acabamos de salir del taxi. Hemos tardado bastante en llegar, después de caminar por un montón de calles estrechas y cuesta arriba rodeadas de naturaleza. Aquí, entre cedros centenarios y densa vegetación, se encuentra el *ryokan* donde pasaremos el fin de semana. Se trata de un edificio tradicional de madera que parece sacado de un cuento, con unas puertas correderas que dan a una gran galería exterior con suelo de tatami. En la entrada, hay unas pequeñas estatuas de bronce y un estanque, con una fuente de bambú que produce un ruido agradable constante y que se mezcla con los sonidos de la naturaleza. Es todo tan bonito que me encantaría grabar un directo en Instagram para enseñárselo a mis amigos, pero la señal está prácticamente muerta.

–Qué pena –dice Naoki con una sonrisa maliciosa.

Pasa por mi lado y se dirige hacia la entrada. Yo frunzo los labios y le sigo.

–¡Lo sabías! –exclamo–. ¡Lo hiciste a propósito!

Él se empieza a reír, admitiendo su culpabilidad.

–Eres un gran hijo de…

–Ten paciencia –me interrumpe–. Al principio te será raro, pero acabará gustándote.

–Dejaré una crítica negativa en Tripadvisor. Esto es inaceptable.

–Es así a posta –me corrige–. Esta posada existe desde generaciones, mucho antes de que inventaran tu querida conexión. Es un oasis de paz donde desconectar y relajarse. Y también debo decir que es bastante caro.

–¿Y no había uno con wifi por el mismo precio?

–La verdad es que quería tomármelo con calma y disfrutar un poco de descansar sin oír ese maldito aparato tuyo sonando todo el rato –responde con picardía.

Madre mía, qué situación. Si lo hubiera sabido, habría comprado alguna que otra revista para leer. A este paso, creo que me aburriré como una ostra y terminaré mirando al techo sin saber qué hacer.

–Recuerda los buenos modales –me advierte mientras nos acercamos–, tienes que quitarte los zapatos a la entrada y dejarlos mirando hacia la salida. Si vas a hacer alguna reverencia, no me imites.

–¿Por qué?

–Existen distintos tipos de reverencias según el sexo y la posición social. Pero tú puedes prescindir de ello, porque eres extranjera. Lo entenderán.

–Vale, entonces me despreocupo.

–Una cosa más –me dice–. Tendrás asignada una camarera que te acompañará a la habitación, te servirá un té de bienvenida e intentará atender todas tus necesidades para que te sientas cómoda, pero esto no quiere decir que puedas aprovecharte de ella. Así que contrólate y no seas caprichosa.

–Espera un momento… –murmuro–. ¿Vamos a estar en dos habitaciones diferentes?

Naoki se detiene y se gira hacia mí. Su gesto es impasible y lo deja todo más que claro.

–¿Qué te esperabas? Es imprescindible que cada uno de nosotros tenga su propia intimidad.

–Claro, tienes razón.

Después de todo, esto no es una escapada romántica. Aunque lo parezca, no deja de ser un viaje de negocios. Y ahora me siento avergonzada por haberle hecho esa pregunta tan estúpida.

Camino un paso por detrás de él, ligeramente cansada por la subida. Siento crujir la grava bajo las suelas de mis zapatos. Me los quito a la entrada y los dejo mirando hacia la salida, como hace Naoki.

El personal nos recibe con una reverencia. Son dos mujeres, una mayor y otra más joven, ambas vestidas con trajes tradicionales. En el mostrador, también hay un anciano calvo, con muchas arrugas en la cara y la espalda encorvada. Todo es maravilloso, pero tengo la sensación de estar viendo una película sin audio ni subtítulos. No conozco los gestos que hacen, ni estoy segura de cómo debo comportarme. Intento recordar los consejos de Kawamura, pero ahora me doy cuenta de que debí haber leído sus apuntes con mayor atención.

La mujer mayor solo se dirige a Naoki, mientras la otra escucha, espera a que termine y me recibe con gran amabilidad. Ambas nos acompañan a nuestras habitaciones, que están en el mismo pasillo. Naoki y yo intercambiamos un gesto con la cabeza antes de separarnos.

Todo es tal y como me ha dicho. La mujer me prepara un té con ayuda del pequeño hornillo de la habitación y yo me siento frente a la mesa, con las piernas cruzadas sobre el cojín. La habitación no es especialmente grande, pero a primera vista, parece ordenada y limpia. Está bastante vacía, y en una de las paredes hay un nicho decorativo donde se exponen un bonsái y varias caligrafías japonesas. La vista da a una parte del jardín: hay unas piedras planas y desgastadas sobre un césped artificial, un farol de piedra al estilo japonés, unos arbustos cuidados y un arce del que a veces caen las hojas.

Me siento como un pez fuera del agua, pero al mismo tiempo me fascina todo lo que veo. Hasta ahora, solo había visto rascacielos, estaciones y atracciones turísticas, pero este lugar parece de otro mundo. Es como un trozo de pasado en el presente.

Este té *matcha* que me han dado no se parece nada al que viene enlatado en las máquinas expendedoras, ni al de la cafetería de la oficina. Tiene un olor mucho más intenso y un color muy curioso. La taza está barnizada, tiene algunas irregularidades en el exterior y un aspecto antiguo que hace juego con la estética de la habitación. La cojo con las dos manos, como me recomendó Kawamura en sus notas, y le doy las gracias.

La camarera es tan agradable que no tarda en desaparecer la tensión con la que había entrado a este lugar. Me habla sobre el *ryokan* y me explica las cosas más importantes que debo tener en cuenta: los horarios de las comidas y los de acceso a los baños termales, las normas generales y algunas curiosidades. Me enseña dónde está guardado el futón y me explica que ella misma vendrá a instalármelo después de la cena. También me indica que en el armario hay un *yukata* que puedo ponerme para ir a cenar y durante mi estancia.

Es todo tan mágico. Quiero grabarlo todo, porque no quiero olvidarme de ningún detalle cuando vuelva a casa. Me encantaría hacer fotos de todos los rincones y del paisaje.

Cuando se asegura de que no necesito nada más, la camarera sale de la habitación. No tengo ninguna preferencia especial por la comida, por lo que puedo degustar todo el menú sin problema. La cena se servirá temprano, mucho antes de lo que yo estoy acostumbrada, y en otra sala, donde también estará Naoki.

Nunca había estado en un lugar tan tranquilo en mi vida. Tal vez Naoki tenga razón. Quizá sí que sea una buena idea desconectar y renunciar a mi teléfono móvil unos días.

36. Hailey

¡Pues al final no ha sido una buena idea! No sé si me habré puesto bien el *yukata*. Lo noto demasiado holgado por la parte de los brazos y tengo miedo de que pueda abrirse en mitad de la cena. Para colmo, creo que no me queda nada bien este estampado de flores amarillo ocre. Me gustaría pedirle ayuda a la camarera, pero creo que no sería muy educado asomar la cabeza por la puerta y llamarla. Me hubiera sido útil buscar un tutorial en YouTube, pero, claro, no he podido. En cualquier momento, estará lista la cena y yo tendré que presentarme así.

Mi vida sin internet es una carrera de obstáculos. De vez en cuando, me acuerdo de Jamie, y me gustaría saber que está evitando cualquier tipo de esfuerzo y los movimientos bruscos. Además, todo este silencio me abruma y me pone triste. No me gusta.

Alguien llama a mi puerta. Es la camarera, que ha venido a buscarme para la cena, y también me ha traído un par de zapatillas para usar fuera de la habitación. Hace una reverencia y me pide permiso para ajustarme bien el cinturón. Me lo coloca en la cintura, un poco más arriba de donde yo lo había colocado, y desplaza el nudo hacia la derecha. Creo que ahora me queda mejor.

La sigo fuera de la habitación. Camina con elegancia, con pasos pequeños y rápidos y las manos entrelazadas en su regazo. Lleva su pelo negro perfectamente recogido a la altura de la nuca. Yo, en cambio, camino con torpeza, con un brazo a cada lado y mis rizos se mueven con cada paso que doy.

La sala donde vamos a cenar es bastante más espaciosa que la habitación y está situada en un lugar desde el que se puede disfrutar de una amplia vista del jardín. En el centro hay una mesa larga, baja y negra, y dos sillas japonesas colocadas una frente a otra.

Naoki llega unos minutos después que yo. Él también lleva un *yukata*, pero en él tiene un efecto totalmente distinto. Le favorece a su figura esbelta y le cae desde los hombros hacia abajo sin formar ni un solo pliegue, dejando al descubierto una porción de piel en mitad del pecho, donde se cruzan dos trozos de tela gris. Está atado con un lazo a la altura de la cadera, y parece muy cómodo así vestido.

–Hola –lo saludo entre dientes en mi lengua.

Él curva sus labios en una media sonrisa.

–Me alegro de verte. Imagino que estarás muerta de hambre.

–Sí –respondo con una risa nerviosa.

Su camarera es más rígida que la mía. No parece apreciar el hecho de que estemos hablando en inglés, ni que yo no esté siguiendo el protocolo a la perfección.

Me siento muy perdida con todo: reverencias, formas de cortesía demasiado obsequiosas y más reverencias. Nos sentamos a la mesa y las dos mujeres empiezan a servir la comida delante de nosotros. Hay muchas raciones distintas, todas muy pequeñas y muy bien presentadas, servidas en varios platos: arroz, verduras, setas, tofu, sopa de miso… El pescado, en cambio, solo se encuentra en mi lado de la mesa. Naoki ha debido dejar claras sus preferencias a la hora de comer.

–¿No van a dejarnos solos nunca? –le susurro refiriéndome a las dos camareras.

–Sí –me responde–. Enseguida se irán y volverán con la tempura y los dulces; y luego volverán de nuevo para recoger los platos. Más tarde, irán a nuestras habitaciones para colocar los futones y por la mañana volverán para despertarnos y guardarlo.

–¡Madre mía, qué pesadilla!

–Es el signo más antiguo de hospitalidad. Así es como cuidan de nosotros.

Contengo un suspiro y me rasco la frente. Dudo que pueda disfrutar de mi estancia en el *ryokan* sin compararlo con los hoteles modernos en los que me he alojado.

Cuando por fin nos quedamos los dos solos, resoplo y echo la cabeza hacia atrás.

–Esto no es para nada relajante –digo–. Más bien me siento bajo presión.

–Eso es porque no estás mirando las cosas desde el lado correcto.

Observo la comida que hay encima de la mesa y recuerdo uno de los consejos que me dio Kawamura: no debo empezar a comer o beber antes de que lo haga Naoki, porque él es el presidente. Además, tengo que llenar su vaso siempre que lo necesite por el mismo motivo. Llevo mis manos a la botella de sake, pero él me interrumpe.

–No hace falta que hagas eso.

–Pero Kawamura me dijo…

–Estas no son tus tradiciones. No tienes por qué seguirlas.

–Pero son las tuyas –le respondo–, y me parece un gesto amable.

Le sirvo a él y luego a mí. Naoki sigue todos mis movimientos con atención, embelesado, y después levanta los palillos.

–*Itadakimasu* –dice antes de elegir uno de los platos para empezar a comer.

Yo estoy indecisa, no sé qué plato escoger.

–Esta es la cocina *kaiseki*. Es de alta calidad –me explica–. Consiste en platos tradicionales elaborados con distintas técnicas. Tómate tu tiempo para saborearlos al máximo. Si ves que hay algún ingrediente que no conoces, pregúntame.

–Vale, muchas gracias.

Finalmente, elijo el plato que más me llama la atención, que tiene unas flores decorativas en el lateral.

–Bueno –digo tratando de sujetar los palillos de forma correcta–. ¿Qué planes tenemos para hoy?

–Esta noche iremos a los baños termales antes de dormir –responde–. Y por la mañana, si te apetece, podríamos salir a pasear por los alrededores. Nos reuniremos con los clientes a la hora de comer, en el centro, así podrás volver a usar tu querido móvil hasta que volvamos.

–Oh, menos mal –se me escapa.

Naoki inclina la cabeza hacia un lado, bebe un sorbo de sake y pasa a otro plato.

–¿De verdad es tan importante para ti?

–Bueno… en realidad es más bien una costumbre –respondo–. Puedo prescindir de las redes sociales unos cuantos días, pero me pone muy nerviosa la idea de no poder contactar con mi hermano.

Él agacha la cabeza y asiente.

–En la recepción hay un teléfono inalámbrico que pueden usar los huéspedes. Solo tienes que pedírselo a tu camarera y ella te lo traerá.

–¿En serio?

–Sí. Te lo iba a decir antes, pero se me olvidó.

Le miro y me quedo en silencio observando sus rasgos. Su pelo negro le cae por un lado de la frente y le da un toque oscuro a su pálida tez. Y sus gestos son elegantes y mesurados, muy diferentes a los míos.

–¿Sabes, Naoki? –le digo en voz baja–. No me es fácil apreciar todo esto. Sé que es algo muy exclusivo y que es un privilegio estar aquí. Supongo que también te habrá costado una fortuna, pero en el fondo no puedo dejar de pensar en lo bonito que sería estar en un hotel con piscina, servicio de habitaciones, bufé para desayunar, música y… tú y yo. Sin camareras personales interrumpiéndonos todo el rato –confieso y suspiro–. Sé que ahora te pareceré una desagradecida. Lo siento.

–Tranquila. Esperaba que reaccionaras así –me responde curvando los labios en una media sonrisa–. Tómatelo como una prueba, ¿de acuerdo?

–¿Una prueba? –repito–. O sea, ¿quieres ponerme a prueba?

–No solo a ti –me corrige–, también a mí mismo.

–Oh, Dios. Tienes un concepto muy raro de lo que es descansar –señalo.

–O tal vez lo sea el tuyo –me responde tajante–. Es una cuestión de perspectiva.

Aun así, nunca había visto a Naoki tan tranquilo. Ahora, las diferencias entre nosotros son aún más evidentes. Este es su mundo y todo esto es muy extraño para mí. Este no es mi lugar. Soy solo una intrusa.

37. Hailey

Las normas para acceder a los baños termales no admiten excepciones. Primero hay que desnudarse del todo y ducharse antes de entrar al agua. Se puede llevar una toalla, siempre y cuando la deje a un lado o la lleve sobre la cabeza. Solo la piel desnuda puede entrar en contacto con el agua del manantial. La camarera me aconsejó varias veces que no llevara ni ropa interior, ni bañador, y que me quitara los accesorios y las joyas.

Todo este protocolo me está volviendo loca. Me preocupa hacer algo mal, dar un paso en falso y hacer el ridículo delante de Naoki. Estoy tan tensa, que después de cenar me ha empezado a doler la cabeza y me he tenido que tomar una aspirina.

Este fin de semana ha comenzado de la peor manera.

Él ya está en la bañera y yo me dispongo a meterme. Es exterior, hecha de una piedra gris, es bastante grande y está resguardada por unos paneles de bambú. Los farolillos del techo emiten una luz tenue y el único ruido que se oye es el gorgoteo del agua, que fluye en el interior a través de unas grietas.

Naoki está apoyado con sus hombros y un brazo en el borde. Lleva el pelo húmedo hacia atrás y tiene el rostro relajado. El agua envuelve su cuerpo desnudo y realza su figura y sus músculos. Está todavía más guapo así.

–Has tardado una eternidad –dice nada más acercarme a él.

Yo me señalo la cabeza con el dedo índice.

–Me lleva bastante tiempo lavarme el pelo.

Me detengo a dos pasos del borde. Ahora debería quitarme la toalla y meterme en el agua, pero dudo, y no sé ni por qué. Ya me ha visto desnuda.

–¿A qué estás esperando? –me dice.

–A… A nada.

Tomo aire y dejo caer la toalla al suelo, pero me cubro el pecho con un brazo instintivamente mientras desciendo los escalones para meterme en el agua.

Una de las cosas que más me gustan de él es la forma en que me mira. Da igual si estoy desnuda o vestida, él nunca me mira de forma morbosa. Me acaricia con la mirada, muy dulcemente, como si fuera una brisa ligera. Nunca se pasa conmigo. Al contrario, siempre es respetuoso y educado.

La sensación de bienestar es inmediata. El agua caliente está en su punto y se encuentra en continuo movimiento por el leve gorgoteo. Me pongo en el borde opuesto y apoyo mi cabeza en él para disfrutar al máximo del baño.

–Esto es el paraíso –comento con los ojos cerrados.

–Te lo dije.

La tensión que sentía hasta hace un momento en los hombros empieza a desaparecer. Es justo lo que necesitaba.

Veo a Naoki reírse enfrente de mí.

–Creo que el agua está demasiado caliente para ti –me dice–. Te estás poniendo roja.

–Qué más da. Por fin he encontrado algo que me gusta en este hotel.

–¿Aparte de quejarte, dices?

Su pulla es clara y directa. Suspiro y agacho la cabeza en señal de arrepentimiento.

–Joder, lo siento –murmuro–. Soy una pésima compañera de viaje.

–Un poco –admite–, pero nunca compartiría este lugar con nadie más.

–Por favor, no digas cosas bonitas –le respondo–. Si no, querré besarte, y me fastidia no poder hacerlo.

–¿Quién te ha dicho que no puedas? –me dice–. Por algo he pedido un baño privado.

Estoy sorprendida. Creía que tendría que pasar bastante tiempo sin poder tocarlo. Camino en el agua hacia él, agarrándome del borde de la bañera. Naoki extiende un brazo hacia mí y lo lleva a mis caderas. La forma en que me agarra hace que me estremezca.

Después de un día entero, por fin puedo posar mis labios sobre los suyos. El contacto entre nosotros es incendiario. Los besos se suceden uno tras otro, y cada vez son más voraces y largos. Él me estrecha contra su cuerpo con tanta fuerza que parece que ni siquiera hay espacio para que corra el agua. Siento su pecho contra el mío y sus costillas presionando las mías. Me besa el lóbulo de la oreja, me muerde el cuello y yo jadeo, agarrándome a sus hombros. Le rodeo la cintura con mis piernas y él sonríe pícaro mientras me sujeta por las nalgas.

–¿Crees que podemos hacerlo aquí? –le susurro–. No vendrán las camareras a gritarnos, ¿verdad?

–Espero que no.

–¿Pero cómo…?

Él me calla besándome de nuevo. Junta su cuerpo con el mío y me pone a su altura. Siento cómo me penetra lentamente, acompañado por el movimiento del agua. Empiezo a gemir y él me tapa la boca con los dedos.

–Chist –susurra–. Si te oyen, vendrán a ver qué está pasando.

Asiento. Tener su mano sobre mis labios me excita demasiado.

Empieza a moverse contra mí, alternando embestidas fuertes y suaves para no hacerme gemir demasiado. Jadeo en la palma de su mano y echo la cabeza hacia atrás. Él me sujeta tan fuerte de la cintura que me hace algo de daño, y sus embestidas empiezan a ser tan rápidas que empiezan a formarse ondas en el agua.

Abro la boca y Naoki desliza dos dedos por mi lengua. Yo los chupo, a la vez que intento no soltar gemidos muy fuertes. Le dirijo una mirada traviesa y él entorna los ojos.

–Serás descarada… –me susurra al oído mientras me lame el cuello.

Me vuelve loca. El agua caliente en mi piel, sus manos, nuestros cuerpos entrelazados y su respiración agitada.

Me corro unos segundos antes que él y me suelta la boca para dejarme recuperar el aliento. Pone su cabeza en el hueco que hay entre mi cuello y mi hombro, e inspira profundamente. Yo dejo de agarrarme a su espalda y relajo mis piernas.

Naoki suspira, me mira, enarca una ceja y se empieza a reír.

–¿Qué pasa?

–Mírate.

–¡Oh, Dios mío!

Bajo la mirada hacia mi cuerpo y me sobresalto: tengo los brazos y las piernas completamente rojos, y el pecho se me está empezando a poner del mismo color. Creo que la temperatura del

agua es demasiado caliente para mi piel.

–Por hoy es suficiente –me dice mientras salimos del agua–. Me preocupa tu color.

–No te preocupes, estoy bien.

Él se ata la toalla a la cintura, se agacha para coger la mía y me la pone sobre los hombros. Es tan tierno y atento.

–Sécate y ve a la cama. No quiero que te resfríes.

38. Naoki

«¿Qué va a ser de mí cuando te vayas?». Es un pensamiento que me atormenta. Lo que ha turbado mi sueño y me ha despertado de madrugada. Me gustaría tener el valor para preguntártelo ahora. Me desestabiliza no tener ninguna respuesta.

Por una parte, preferiría que desapareciera ya. Que se fuera mañana o incluso hoy mismo. Un desgarro brusco y violento que curar con un par de noches de locales nocturnos y alcohol. Tal vez eso fuera más fácil que soportar esta especie de cuenta atrás. El tictac de un reloj que no puedo dejar de oír, una gota de agua que siempre cae en el mismo sitio y que cansa mi mente. Ya no aguanto más las agujas del reloj. No soporto el paso del tiempo desde que la conocí. Y, aunque trate de no pensar más en ello, las cosas no cambiarán: tarde o temprano, ella se irá.

Esta mañana hemos salido temprano, justo después de desayunar, para seguir el camino que hay detrás del *ryokan* y contemplar el bosque. Aunque ella espera ver algún ciervo y hacerle fotos… Está obsesionada.

–¡Naoki, mira!

–¿Qué?

–Ese árbol. ¿Por qué es tan raro?

Sigo la dirección que me indica Hailey y suspiro.

–No es raro –le respondo.

–Está torcido. Parece que se va a caer de esa roca.

–Es por el viento –le explico–. Siempre sopla fuerte y en la misma dirección. Y eso ha hecho que sus ramas crezcan hacia ese lado.

–¡Hala! Bueno, parece que no es el mejor lugar para que broten los árboles.

–Tampoco es que tengan muchas opciones. No pueden crecer lejos de sus raíces.

Hailey se saca el móvil del bolsillo del pantalón y se detiene para escoger el ángulo adecuado antes de hacer una foto. Ni siquiera me está escuchando.

–¡Si a esta le pongo un buen pie de foto, conseguiré muchos *me gusta*! –exclama–. ¡Sigamos!

Es enérgica, curiosa y le atrae todo lo que ve. Yo ya he estado aquí un par de veces en el pasado y me conozco bastante bien el camino. No es la primera vez que veo ese cedro inclinado que le ha llamado tanto la atención a Hailey. Pero nunca me había detenido a mirarlo tanto como hoy, y ahora no soy capaz de quitarle los ojos de encima. Su imagen me entristece. El hecho de crecer en equilibrio y de estar condicionado por factores externos. El tener que adaptarse constantemente para sobrevivir sabiendo que no puedes marcharte. El cambiar lentamente, año tras año, hasta que el tronco se tuerce tanto que ya no se parece a lo que una vez fue.

Ese tronco es como mi espalda. Y sus ramas, como mis brazos.

–Has pasado tu infancia aquí, ¿verdad? –dice ella, unos pasos por delante de mí–. Debes de sentirte como en casa.

Suspiro y la alcanzo. Caminamos juntos cuesta arriba, uno al lado del otro.

–En realidad, creo que nunca me he sentido como en casa en ningún sitio.

Ella inclina la cabeza y hace una mueca.

–Eso es muy triste.

–Bueno, mi concepto de «casa» no está relacionado con lugares, ni con paredes, ni habitaciones. Para mí, es una cuestión de sentimientos –respondo–. A veces, es estar cerca de alguien. Alguien que te haga sentir que estás justo donde quieres estar. No suele ocurrirme, la verdad, y cuando lo hace normalmente dura muy poco.

–Vaya –exclama algo cansada por la subida–. Me gustaría saber quién fue la última persona que te hizo sentir así.

–No puedo decírtelo –desvío inmediatamente la pregunta.

Seguimos caminando hasta adentrarnos en una arboleda. Aquí, la vegetación es más espesa, y nos impide ver más allá de unos metros.

–¿Sabes adónde lleva este camino? –me pregunta deteniéndose para beber un sorbo de agua.

–Va hasta un antiguo santuario, pero hay que caminar mucho –la advierto–. ¿Crees que podrás con ello?

–Claro, ¿por quién me tomas?

Hailey se lleva ambas manos a las caderas, con los codos apuntando hacia fuera, y contempla la vista de lado, respirando a pleno pulmón.

–El aire es muy puro aquí. Me gusta.

Continuamos nuestra ruta y ella se empieza a distraer con su móvil, revisando todas las fotos que ha sacado para borrar las que han salido borrosas y guardando en favoritos las que tiene intención de publicar en sus redes sociales. Estoy pendiente de ella para asegurarme de que no tropiece o se dé con una rama en la cabeza y, de vez en cuando, le pongo las manos en los hombros para moverla, pero ella no me hace caso.

De repente, oigo un ruido que proviene de un arbusto. Las hojas se mueven como si alguien o algo las hubiera golpeado. Diviso un par de orejas marrones que se mueven dando pequeños botes. Extiendo un brazo para detener a Hailey y ella se resiste.

–Oye…

–Chissst. Estate quieta –le digo señalando con la cabeza el movimiento de los arbustos.

Ella abre los ojos como platos. Los tiene brillantes de la emoción. Se contiene un grito, tapándose la boca con las manos.

–¿Crees que es…?

–Puede ser –la interrumpo–. ¿Aún sigues teniendo algo de la fruta que nos dieron antes?

Ella asiente. Se mueve despacio, mete una mano en su bandolera y rebusca en el interior. Después saca una bolsa de papel que nos dieron las camareras del *ryokan* como tentempié para la excursión.

El sonido de la bolsa hace que el animal se sobresalte y levante la cabeza. Ahora también logramos ver sus ojos negros, enmarcados en un pelaje de un color más claro.

Hailey me pone unas rodajas de manzana en la mano. Yo me acerco al arbusto con pasos silenciosos, me agacho y extiendo el brazo. Ella se prepara para hacer una foto detrás de mí.

Es un ciervo muy joven, o eso creo. Es más pequeño que los que recuerdo, tiene las astas muy pequeñas y sin ramificar. Acerca el hocico a mi mano con mucho cuidado e intento permanecer inmóvil. Él olfatea la fruta y le da un bocado. El sonido del clic al hacer una foto con mi móvil lo molesta y vuelve a levantar la cabeza.

Hailey, tan imprudente y ruidosa como siempre, da un paso hacia mí y empieza a pulsar el botón repetidas veces. El animal retrocede con recelo y después huye, desapareciendo de nuestra

vista.

–Lo has asustado –la regaño, y lanzo la fruta al suelo por si el ciervo vuelve–. ¿De verdad hacía falta hacer tantas fotos?

–Claro que sí –me responde mientras mira su galería de imágenes–. Son todas preciosas. He grabado hasta un vídeo de cómo se iba. ¡Estoy deseando subirlo todo a mi perfil!

Enderezo la espalda y suspiro para ponerme otra vez en marcha. Ella me sigue, guarda su móvil y se mete las manos en los bolsillos.

–Aún no consigo entender por qué eso es tan importante para ti –mascullo.

Ella tarda en responder. Mira al suelo y sonríe para sí misma.

–Nunca has estado en Illinois, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

–Los inviernos allí son largos y muy duros. Las temperaturas están siempre bajo cero y se producen heladas, tormentas y fuertes nevadas. Los peores días ni siquiera puedes asomar la nariz fuera de casa, y mi familia y yo pasamos mucho tiempo dentro, delante de la chimenea –me cuenta con tristeza–. Esos días, la verdad es que no hay mucho que hacer. Normalmente, lo que hago es sentarme en el sofá y mirar las fotografías y los vídeos que he hecho durante el año, los lugares en los que he estado, las personas que estaban conmigo, los platos que he comido, las cosas que he visto… Y espero a que se termine, a que la nieve se derrita para volver a salir y disfrutar. Odio estar mucho tiempo parada en el mismo sitio –concluye–. Me pone triste.

A medida que avanzamos, el camino se hace más estrecho y empinado. Hay piedras en el suelo con las que es fácil tropezar, y no dejo de decirle a Hailey que tenga cuidado y mire bien por dónde pisa. Ella resopla, camina delante de mí y, de vez en cuando, se detiene. De pronto, empezamos a ver los peldaños de la escalera que lleva al santuario. Ya falta poco.

–¡Ya casi estamos! –exclama–. Veo unos arcos.

–Son *torii* –la corrijo.

–¿Qué?

–No son arcos –le explico–. Se llaman *torii*.

Seguimos subiendo hasta llegar a unas imponentes columnas de madera que forman el primer portal. Están desgastadas por el tiempo, pero al menos siguen en pie. Hailey pasa por debajo de ellas, saltando alegremente, y entra en el jardín antes que yo.

La alcanzo, jadeando por el cansancio. Por lo que parece, el santuario está cerrado y solo podemos acceder a la parte exterior.

Ella lo observa todo embelesada, camina lentamente y mirando hacia arriba.

–¡Qué maravilla!

–Sí. Una pena que esté cerrado.

–Hum… –murmura–. ¿Venías aquí a rezar?

–No tanto. Solo he estado aquí un par de veces.

Continúa paseándose por el jardín y se detiene para mirar las estatuas, los árboles y los farolillos. Yo la dejo sola con su curiosidad y me distraigo, hasta que vuelvo a oír ese sonido. El maldito clic.

Me doy la vuelta y veo a Hailey con el móvil delante de la cara. Voy hacia ella y se lo quito con un gesto rápido.

–¡Oye, devuélvemelo! –protesta extendiendo un brazo hacia mí.

–No se puede hacer fotos en los santuarios.

–Pero… si no hay nadie.

–¡Eso no es excusa para faltarle el respeto a este lugar! –la regaño–. El mundo no es una zona de juegos, deberías aprender a comportarte como una adulta.

Ella me mira, aprieta los labios y enarca los ojos.

–No estaba haciendo nada malo –responde–. Devuélveme el teléfono.

Se lo devuelvo de mala gana y ella resopla. Después lo vuelve a guardar en su bolsillo.

–Estoy cansada. Regresemos –sentencia seca mientras me adelanta y se dirige hacia los *torii* para bajar las escaleras y volver por donde vinimos.

Camina delante de mí con pasos largos, pisando fuerte a propósito, para hacer sonar más el sonido de sus suelas. Tiene los puños cerrados y apretados, los brazos a los lados, los labios y el ceño fruncidos y la barbilla levantada. Está utilizando el silencio como castigo, y a mí este tipo de reacciones infantiles me resultan insoportables. El sol empieza a pegar fuerte y no ayuda.

–¿De verdad vas a seguir así? –le digo.

–¿Cómo?

–De morros y dando esos pisotones –respondo impaciente–. No sirve de nada que hagas como que tienes razón, porque no la tienes.

–No pretendo hacer eso, solo estaba…

–Estabas infringiendo las reglas y yo te he frenado.

–Pero si no había ningún cartel que prohibiera nada.

–Me dan igual los carteles, es sentido común.

Resopla.

–Vale, muy bien. Ahora parece que tampoco tengo sentido común –dice levantando la voz–. Total, para perfecto y respetuoso ya estás tú, ¿no? Yo, ni sé hacer reverencias, ni hablar, ni comportarme bien.

–Dios, baja la voz –digo poniéndome una mano en la sien.

–¿Ves? –continúa diciendo mientras gesticula–. A mí todo esto me viene grande. La etiqueta, la seriedad, los protocolos que hay que seguir. No puedo hablar como yo quiero, no puedo pedir la comida que me gusta, no puedo ser yo misma. Estoy todo el rato sufriendo porque no quiero equivocarme, no quiero cometer ni un solo error, y siempre que quiero hacer algo tengo que pensármelo mil veces, porque corro el riesgo de parecer maleducada o de ofender a alguien ¡infringiendo unas reglas que ni conozco ni entiendo!

–Hailey…

–Este no es mi lugar, Naoki. No me siento bien aquí. Solo quiero volver a casa.

Sus palabras se me clavan, una tras otra. No debería sentirme así, porque en el fondo era totalmente predecible. Sin embargo, estoy empezando a sentir un leve dolor entre las costillas.

–Lo siento –murmuro esforzándome por no dejarme nada en el tintero–. Cuando elegí este sitio, no tuve en cuenta tus necesidades.

–Tenemos visiones totalmente distintas –prosigue–. No tiene sentido hacer como si nada, nos separa un océano. Y tengo la sensación de que, en vez de adaptarnos el uno al otro, intentamos cambiarnos, y no debería ser así. –Hace una pausa. Larga, demasiado intensa para mí–. Creo que nos estamos precipitando.

Sus palabras son como una tormenta de granizo. Llegan de improviso y, aunque trato de protegerme la cara con los brazos, los pequeños y afilados trozos de hielo me golpean con fuerza. Y yo me siento indefenso.

–Sí, tienes razón –respondo–. Tal vez tengamos que frenar un poco.

Respiro hondo. El camino es cuesta abajo y menos agotador. Tengo la impresión de que ella

está avanzando más rápido para huir de esta situación incómoda, o simplemente para interrumpir la conversación y no retomarla nunca más.

Ha salido todo como tenía que salir. Hemos llegado a nuestro límite. No esperaba que ocurriera tan pronto, tan de repente, pero tal vez eso sea lo mejor.

Menos explicaciones y menos sufrimiento. El dolor que siento en el pecho se me pasará tarde o temprano.

39. Hailey

¿Pero cómo he podido decirle todas esas cosas sin derramar ni una lágrima? Normalmente, cuando discuto con alguien, termino llorando. Esta mañana, estaba tan furiosa que me sentía invencible. Pero ahora estoy empezando a sentir el bajón. Podría ponerme a llorar de un momento a otro, pero estaría totalmente fuera de lugar, ya que ahora mismo, Naoki y yo estamos sentados en una mesa con nuestros futuros clientes.

Mi presencia en esta reunión es del todo superflua. Ellos son una pareja mixta, él es de Tennessee y ella japonesa, aunque lleva viviendo muchos años en Estados Unidos. Los dos dirigen una agencia de viajes en la que gestionan, sobre todo, viajes a Japón. Y ahora quieren expandir su negocio abriendo una sede aquí para vender paquetes vacacionales a la inversa. Hasta ahora, las negociaciones han sido tan sencillas que dudo que fuera necesario venir hasta aquí para reunirse con ellos.

He hablado muy poco. He escrito varias notas sobre algunas peticiones que nos han hecho los clientes, aunque en verdad sé que servirán de poco, porque Naoki tiene una memoria de hierro. Tampoco tengo que traducir nada, porque él pasa del japonés al inglés sin apenas darse cuenta, y habla tan claro que sería imposible malinterpretar lo que dice.

Desde que nos alejamos del *ryokan*, mi móvil ha vuelto a funcionar. Me han llegado un montón de notificaciones, de mensajes y de etiquetas, pero me ha dado igual, porque no estaba de humor como para responder o comentar nada. Ni siquiera he publicado las fotos, porque no quería verlas y volver a pensar en la discusión que hemos tenido.

Naoki y su cliente se ponen en pie e intercambian un fuerte apretón de manos. Empiezan a discutir sobre quién debe pagar la cuenta del restaurante y el presidente es quien termina pagando. Naoki Saito es demasiado orgulloso como para que alguien le invite a comer, supongo. Es una forma de vanidad, tal y como me explicó una vez.

Estoy cansada. Me duelen las piernas por la caminata de hoy, pero sobre todo me siento agotada mentalmente. Aquí, entre tiendas, calles concurridas y los turistas que van y vienen, me siento más a gusto. He visto pasar a muchos occidentales, algunos con acentos parecidos al mío, y eso me ha provocado mucha nostalgia. Echo de menos mi casa. Echo de menos a mis amigos y a mi familia. Echo de menos hablar y oír mi idioma mientras paseo, y entender todos los carteles al instante.

Cuando salimos del restaurante, nos despedimos de los nuevos clientes, que se suben al coche satisfechos y con el contrato en la mano. Naoki y yo nos quedamos a un lado de la carretera esperando a que venga un taxi.

Él está callado. Ni siquiera me mira, está de brazos cruzados y con los ojos cerrados. El otoño está a la vuelta de la esquina, y él hoy se ha puesto un abrigo que le queda fenomenal.

–Sí que eres rara –me dice en un momento dado–. Todo el tiempo quejándote de no poder usar internet, y ahora que tienes cobertura, no te he visto con el móvil ni un momento.

–Ya –respondo con desgana–. No me apetecía.

Nuestro taxi llega, aminorando la marcha a medida que se acerca, hasta detenerse. Naoki abre la puerta trasera, me deja pasar y la vuelve a cerrar. Se apoya con el brazo en el borde de la ventana abierta y esboza una media sonrisa.

–Ve adonde quieras –me dice–. Yo invito.

–¿Qué? ¿Tú no vienes?

–Cogeré el próximo e iré al *ryokan*. Pero tú ve a dar un paseo por las tiendas, ve a darles galletas a los ciervos y visita los lugares que viste en YouTube.

–Pero…

–Es lo que querías, ¿no? Es más lo tuyo.

Asiento con la cabeza, aunque me tiembla el labio inferior. No puedo ponerme a llorar ahora.

–Vale, gracias.

–De nada. Si prefieres pasar la noche en un hotel moderno, avísame. Nos vemos mañana por la mañana.

–N-no, de verdad que no…

–Pásatelo bien haciendo turismo.

Me hace un gesto para despedirme y retrocede unos pasos hasta la acera. Tiene los ojos tristes, y a mí me gustaría bajarme del coche y abrazarle. Me siento muy culpable por cómo me he comportado, pero ni siquiera me da tiempo a pensar en ello. El taxista arranca el coche y me pregunta adónde vamos. Yo consulto la lista de lugares que tengo en las notas del móvil e intento averiguar cuál es el más cercano.

–A ver… ¿puede llevarme al templo Tōdai-ji?

El taxista asiente, incorporándose al carril.

A juzgar por lo que he leído por ahí, seguro que está lleno de turistas. Es uno de los monumentos más importantes de la ciudad, además de un destino muy popular, pero aun así quiero ir. Lo he visto muchas veces en documentales y siempre he soñado con poder verlo en persona.

Naoki podría enseñarme muchas cosas y contarme un sinfín de hechos históricos, curiosidades y datos. Pero tal vez sea mejor que no vayamos juntos. Necesito estar sola un rato y disfrutar del viaje a mi manera.

40. Hailey

Es tarde. Estuve pensándome hasta el último momento si quedarme en uno de esos *bed and breakfasts* que hay por la ciudad, pero mi conciencia me lo impidió.

Si lo hubiera hecho, me habría arrepentido. Hubiera sido como abandonarlo. Y no quiero que él se sienta así. Volver sola al *ryokan* me ha resultado un tanto extraño, pero al menos ahora soy más práctica, y ya sé qué hacer y adónde ir. Y si hago algo mal, pues… ¿qué más da?

Mi camarera ya ha preparado el futón. No he llegado a tiempo para la cena, pero comí un bocadillo antes de volver. Mi paseo turístico por la ciudad ha estado bien, aunque al final me he sentido bastante sola.

Volví a ver esos dulces en forma de pez que tanto le gustan a Naoki en un puesto callejero que vendía caramelos y algodón de azúcar. Le compré unos cuantos, con intención de dárselos al llegar, aunque, mientras volvía en coche, me he comido un par de ellos. Y ahora estoy acurrucada en el futón, mirando fijamente esa bolsa de papel blanca, mientras intento armarme de valor para ir a llamar a su puerta. Podría usarlos como excusa, aunque dudo mucho que él quiera comérselos a estas horas. Y seguramente mañana ya no estén buenos y tenga que tirarlos.

Pero ¿qué sentido tiene quedarme aquí de brazos cruzados?

Naoki nunca se duerme demasiado pronto, pero no me gustaría molestarle.

«¿Qué coño? Claro que voy».

Me levanto del futón, cojo la bolsa de papel y deslizo lentamente la puerta de mi habitación para abrirla. Asomo la cabeza y miro a ambos lados del pasillo: no hay nadie. Salgo de puntillas, llego hasta la habitación de Naoki y me detengo frente a la puerta. La golpeo con los nudillos, despacio, mientras me contengo la respiración. Solo un par de golpecitos.

La puerta se abre de repente y yo me sobresalto. Naoki está de pie frente a mí, con la boca abierta y mirándome con asombro. Lleva su *yukata* semiabierto, dejando entrever parte de la piel de su abdomen, y está despeinado. No hay duda de que ya estaba en la cama.

–N-Naoki… –balbuceo.

–¿Sí?

–Lo siento, no quería molestarte. Pero es que no puedo dormir.

–Yo tampoco.

–Te he comprado esto –le digo mientras le tiendo la bolsa. Él la coge, la abre y mira su interior–. *Taiyaki* –comenta sonriendo–. ¿Quién te ha dicho que me gustan?

–Una de tus admiradoras, en la oficina.

–Muchas gracias. Eres muy amable.

Espero que me invite a entrar, o al menos que me toque. Pero permanece distante, suspira y hace amago de despedirse.

–Bueno, buenas noches –dice seco.

Parpadeo. Esperaba que al menos me diera un beso, o que volviera a sonreírme, pero es como si me estuviera echando de su habitación.

–¿No te apetece un poco de compañía? –le susurro.

Él agacha la cabeza y yo me quedo asombrada.

–No creo que eso sea lo mejor. Mañana tenemos que levantarnos pronto para volver a casa.

–Pero…

–Mira, Hailey. He estado dándole vueltas a lo que me dijiste antes y creo que tienes razón –sentencia–. Nos hemos precipitado. Va a ser mejor que lo dejemos.

De repente, siento que se me cae el mundo encima.

–¿Qué?

–No es tu culpa. Mi situación no me permite tener una relación con una empleada, y sinceramente ya he traspasado más límites de los que debía –responde tajante–. Eres preciosa, tienes una personalidad arrolladora y me he dejado llevar. Pero tengo unos deberes y unas reglas que seguir, así que… lo siento mucho.

–Oye, no, espera –protesto señalándole con el dedo–. No puedes hacerme eso. No puedes tratarme como un objeto que ya no te sirve.

–Lo sé, lo siento mucho. Créeme, no es una decisión fácil, pero es la correcta.

–Yo… no lo entiendo.

–Te pido disculpas. Ahora necesito descansar.

Retrocede, sujeta la puerta y la cierra, dejándome con la palabra en la boca. Vuelvo a mi habitación, destrozada. Ha sido tan brusco que ni siquiera me sale llorar. Estoy sintiendo una presión creciente en el pecho, que se convierte poco a poco en angustia y me acecha cuando me tumbo en la cama. Cojo el móvil y lo uso como única luz en la oscuridad. Necesito hablar con alguien ahora. Con mi hermano, por ejemplo. Pero sin señal, el teléfono no me sirve para nada.

41. Hailey

Creo que este viaje ha destruido algo entre nosotros. Ya no nos hablamos, no tenemos nada que contarnos. Naoki se ha vuelto hermético. Parece que ha decidido evitar que me relacione con su lado más humano.

Nuestro viaje de vuelta ha sido triste y silencioso. Tras aterrizar en Tokio, me ha despedido de la peor manera, con un «Nos vemos mañana en el trabajo, no llegues tarde». Después se ha subido al coche con su fiel chófer, Takahashi, y yo he tomado un taxi en dirección a mi casa.

Cuando era pequeña y algo iba mal, siempre corría a ver a mi hermano. Y eso es justo lo que he hecho ahora, porque no tengo a nadie más en quien confiar.

Jamie, con su camiseta apestando a patatas fritas y la nariz todavía algo hinchada, escuchó todo lo que tenía que decirle sin interrumpirme.

–Vaya, lo siento mucho, Hailey. Has vuelto a dar con un idiota que no te merece.

–No lo entiendes. Tampoco es su culpa, solo es que él es tan… Joder, no sé explicártelo.

–Sí, si lo entiendo –responde–. No es el único que tiene ese tipo de mentalidad aquí. Estricta, rígida y con un concepto sobrevalorado de su propio honor –dice–. Parece que han salido directamente de la época feudal.

–Hum…

–Bueno, ya has visto el tipo de persona que es, el coche que tiene y cómo es su casa –continúa–. Está a otro nivel, ¿lo entiendes? No habría estado mucho tiempo contigo, de todas maneras. Lo único que quiere este tipo de personas es estar con otras de su misma categoría, dirigir sus propias empresas para más tarde cedérselas a sus hijos y que estos repitan el mismo patrón. Y, además, seamos realistas, hermanita –añade–: Nosotros volveremos a Illinois. Así que no te preocupes por él. Encontrarás a alguien menos soberbio.

–Naoki no es soberbio –respondo–. Es amable, inteligente, culto y… bueno, no quiero dar más detalles, pero todo lo hace bien. En serio.

–Cuando superes ese enamoramiento que tienes por él, te darás cuenta de cómo es en realidad –responde con frialdad–. Un tipo cualquiera que está podrido de dinero. Te mereces más que eso, enana.

Se levanta del sofá donde estamos sentados y va a buscar su gorra del trabajo. Yo parpadeo asombrada.

–Eh, ¿pero qué haces? ¡Tienes que estar en reposo!

–No puedo. Si sigo así, me despedirán –objeta–. De todas formas, estoy bien. No me pasará nada por ir en bicicleta.

–Pero Jamie… –insisto–. Los médicos te dijeron que evitaras esfuerzos.

–Ya, pero yo quiero saldar la deuda lo antes posible, y quedarme en la cama mirando al techo no va a servirme de nada –me dice de golpe mientras se pone la gorra–. Quiero irme de aquí, Hailey. Ya no puedo más.

–Te entiendo –murmuro–. Es una ciudad complicada para vivir.

Suspira y va a buscar una chaqueta fina a su habitación. Ya es casi otoño y por las noches empieza a hacer algo de viento.

–Jamie, no te fuerces de más –le aconsejo antes de que salga–. Y no hagas que me preocupe.

–Tranquila. Total, ya me han apaleado en grupo en un callejón, ¿qué más podría pasarme?

Suspiro y lo despido con la mano. Jamie parece estar harto de Tokio y últimamente no deja de repetir que quiere volver a casa. Yo intento no contradecirle, pero en realidad no sé lo que voy a hacer. No sé si estoy lista para irme de aquí.

42. Naoki

Generalmente, llego a la oficina media hora más tarde que los demás empleados. Así, evito relacionarme con ellos y me limito a las interacciones esenciales. Los saludo mientras ellos ya están trabajando y me voy directamente a mi despacho. Es la misma razón por la que, salvo que suceda algún imprevisto, también soy el último en irme a casa.

No estoy hecho para dirigir una empresa, ni para mostrarme serio o irreprochable con quienes me rodean, ni para sentirme responsable de todo un grupo de personas. Y, siendo honesto, ni siquiera me gusta.

Siempre siento un nudo en la garganta que me aprieta más y más conforme me acerco a mi mesa. Al principio pensaba que era por la corbata. Pero, tras algunas semanas, me di cuenta de que ese era el modo en que se manifiesta el rechazo. Desde entonces, me ocurre todos los días, y hoy no es una excepción. La sensación comienza en cuanto empieza a subir el ascensor y se intensifica cuando se abren las puertas de la novena planta.

Pongo un pie en el pasillo de la entrada y me masajeo las sienes. Camino con la cabeza alta, tratando de controlar mi respiración para que sea regular, y veo que a mi derecha está Kawamura, recibiéndome con una reverencia y con un gesto ligeramente compungido.

–Buenos días, presidente. Le estaba esperando con ansia.

–Buenos días –le respondo–. ¿Qué sucede?

–Su padre ha llegado hace unos minutos y quiere hablar con usted.

Me quedo atónito. Aprieto el puño inconscientemente.

–¿Mi padre, ha dicho?

–Sí. Le está esperando en su despacho.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que noto toda la tensión en mis mandíbulas. Camino y siento que se me hunden los pies con cada paso, como si el suelo fuera cera caliente. Está claro que Ichirou no ha venido para saludarme. Si se ha molestado en venir hasta aquí, tiene que haber un motivo serio. Algo lo bastante importante como para hacerle ir contra las indicaciones de los médicos, que le aconsejaron que se alejara del trabajo.

–Muy bien –murmuro esforzándome por mantenerme sereno.

Kawamura me acompaña. Saludo a los empleados y noto que me miran con atención. Hailey, desde su mesa, muerde un bolígrafo con nerviosismo y me mira preocupada.

Decido entrar solo en el despacho, así que despido a Kawamura en el pasillo. Nada más abrir la puerta, la presencia de mi padre comienza a abrumarme, haciendo aún más nítida la realidad: este es su despacho, con su mesa y su sillón. Todo esto es suyo, incluso los empleados. Incluso yo, una solución temporal, una extensión de su propia carne.

En cuanto entro a la habitación, me mira directamente a los ojos. Tiene una expresión seria y distante. Está de pie, con los brazos estirados a cada lado, y sus gruesas cejas canosas ensombrecen aún más sus pequeños ojos negros.

–*Otou-san*. Me sorprende verte aquí.

Ichirou es un poco más bajo que yo, tiene los hombros estrechos y caídos y ha perdido mucho peso a consecuencia de sus problemas de salud. Se ha vuelto un hombre delgado y de aspecto frágil, aunque, por alguna extraña razón, sigo recordándolo más grande que yo, inalcanzable, como una montaña. Siempre me sorprendo al darme cuenta de lo contrario.

–Me han informado de una situación desagradable –responde con dureza, con una voz ronca y firme.

Intercambiamos otra mirada. Yo busco algo de validación en sus ojos antes de sentarme. Como si le estuviera pidiendo permiso.

–¿Una situación desagradable? –repito, y le invito a sentarse.

Sin embargo, él prefiere quedarse de pie frente a mi escritorio para mirarme desde arriba. Nunca hemos tenido una buena relación y tampoco hemos estado especialmente unidos. Jamás nos hemos dirigido tonos afectuosos y rara vez hemos intercambiado sonrisas. Él se ha mostrado orgulloso de mí muy pocas veces, y está claro que esta no es una de ellas.

–Entre los empleados hay algunos rumores sobre ti –comenta–. Dicen que tienes una relación secreta con una joven becaria a la que acabas de contratar. Una relación no muy sana.

Debo mantener la calma, o se pondrá nervioso. Una discusión podría perjudicar su corazón, y no quiero que eso vuelva a sucederle. No aquí, y menos por mi culpa.

En el fondo, era de esperar que el viaje con Hailey y su reciente ascenso pudieran alimentar algún rumor. Sin embargo, no esperaba que Ichirou le diera tanta importancia.

–A veces los rumores son solo rumores –respondo–. Ningún entorno está libre de cotilleos.

–Eso era lo que también creía Kawamura-san, hasta que le resultó imposible ignorar esos cotilleos –insiste–. Y por eso he querido informarme.

–Kawamura-san es un poco exagerada.

–Por lo que he oído, hay varias imágenes circulando por internet. Cualquiera puede verlas –añade con rabia–. Son fotos tuyas sentado a la mesa con esta mujer, como en una cita. Y otras en tu casa en plena noche.

Maldita sea, Hailey y su fijación por las redes sociales. Le pedí que fuera discreta. ¿Qué habrá hecho?

Inclino la cabeza hacia un lado, como si no le hubiera escuchado. Mi padre se lleva una mano hasta el bolsillo de la chaqueta y coge su teléfono móvil. Me enseña una captura de pantalla de Instagram del perfil de Hailey. No se ve muy bien, pero reconozco inmediatamente lo que es: sacó esta foto cuando fuimos a comer juntos en uno de los restaurantes del Shin-Marunouchi. Solo se me ve el cuello, el pecho y un brazo apoyado en la mesa en el que se ve claramente mi reloj. Y precisamente eso constituye una prueba irrefutable. En el pasado perteneció a mi padre. Lo llevó durante décadas, y más tarde me lo dio, junto con la dirección de la empresa. Es un modelo especial, que no se ve por ahí muy a menudo, y él lo reconocería en cualquier lugar.

Respiro hondo y le respondo con indiferencia:

–Solo fuimos a comer.

–Tus empleados han dicho que tienes favoritismo y un trato especial hacia ella –dice–. Por no hablar del oneroso viaje que hicisteis con el dinero de la empresa. Ese que vendiste como una necesidad profesional utilizando una negociación de poca monta.

Le aguanto la mirada inquisidora sin pestañear. Él respira hondo y se apoya en el escritorio con las dos manos.

–¿Vas a negármelo? –me pregunta con dureza.

A estas alturas, sería inútil contradecirle. Ni siquiera me creería y terminaría controlándome día tras día, haciéndome acumular estrés y convirtiendo mi vida en un infierno.

Cierro los puños debajo de la mesa y vacilo, preparándome para la reprimenda.

–No.

Tiene la boca cerrada y el labio inferior le tiembla de nerviosismo.

–¿Te has dejado seducir por esa mujer? –dice en voz alta.

Me molesta que me mire con tanta rabia desde arriba. Me recuerda a las regañinas que sufría cuando era un niño, una sensación que me agobia bastante. Así que me levanto de la silla para hablar con él cara a cara.

–En realidad, yo fui quien se acercó primero.

Él me mira asombrado, abriendo mucho los ojos, y se le arruga la frente.

–¿Y eso por qué razón?

–Por la más evidente –confieso agachando ligeramente la cabeza–. Me atraía.

Él vuelve a respirar profundamente mientras se contiene la rabia.

–Es una conducta inaceptable por tu parte.

–*My bad*.

–¡No uses términos extranjeros! –me regaña–. Un hombre debe cumplir su palabra. Siempre –señala–. Tienes un compromiso con Masami-san, y debes respetarlo.

–Yo no recuerdo haberme comprometido con nadie, fuiste tú quien lo dio por hecho –rebato–. Y ni siquiera me preguntaste qué pensaba al respecto.

Al final, no he sido capaz de mantener la situación bajo control y Ichirou está empezando a alterarse. Está furioso y respira con dificultad. Levanta un brazo, pero le tiembla la mano. Me da una bofetada, aunque no es ni fuerte ni rápida. Podría haberla evitado, reaccionado o habérsela devuelto, pero sé que así solo me arriesgaría a hacerle más daño del que me gustaría. Así que me limito a agachar la cabeza y frotarme el lugar afectado.

No me duele nada, al menos en la piel. Lo único que me arde es el orgullo, como siempre. Pero ahora eso no importa.

–Haz lo que debas –sentencia con una mirada elocuente.

–Sí.

Finalmente, vacía el aire de su pecho. Parece más satisfecho ahora que ha resuelto el problema así, a la «antigua usanza», como cuando era pequeño.

Se da la vuelta y ni siquiera se despide de mí. Se dispone a salir del despacho y yo me quedo donde estoy, inmóvil e inquieto. Espero a que esté fuera, lo suficientemente lejos como para que no pueda oírme, y entonces descargo toda la tensión acumulada tirando al suelo lo que hay a mi derecha, sobre la mesa. Un par de archivos, una pila de documentos y un pisapapeles que se rompe en el suelo. De repente, siento una extraña satisfacción al observar todos esos cristales rotos.

«Haz lo que debas». Esa frase es mi mantra, la he escuchado durante toda mi vida. Siempre he hecho lo que tenía que hacer, y esta vez será igual.

43. Hailey

–Solo eran historias, ¿cuántas veces tengo que explicártelo? –respondo exasperada–. Solo están visibles durante veinticuatro horas y luego desaparecen. No sabía que iba a tener esas repercusiones, y mucho menos que Kawamura se enterase.

Dios mío, por alguna razón vuelvo a estar en el despacho de Naoki. Bueno, seguramente esta será la última vez.

–No se te ocurrió –repite suspirando y llevándose una mano a la frente–. Te pedí discreción. No sé si me estás tomando el pelo o si de verdad eres estúpida.

–¿Me estás llamando estúpida? –digo con rabia–. Ninguno de tus empleados me sigue en las redes sociales, y menos tu padre. El brazo de la foto podría ser de cualquiera.

Justo cuando digo eso, me doy cuenta de que no es verdad. Hay una compañera que no se pierde ninguna de mis publicaciones y que presta atención a cada detalle. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

–Un momento… Ya sé quién ha sido –afirmo–. Sé quién hizo esa captura de pantalla y se lo dijo a Kawamura.

–Ahora ya da igual, Hailey. Lo siento –dice negando con la cabeza con los ojos cerrados–. Se acabó.

Por su tono de voz, me doy cuenta de que esta decisión le duele tanto como a mí. Pero ahora mismo estoy tan bloqueada que soy incapaz de justificarlo.

–Entonces ya está. Tu padre dicta y tú le haces caso. Pareces una marioneta.

Él dobla las comisuras de los labios formando una sonrisa sarcástica.

–De todas maneras, era inevitable –rebate con frialdad–. Siempre supe que estaba cometiendo un error.

Cuando recojo la carta de despido, empiezan a temblarme los dedos de las manos. No quiero ni leerla.

–Es ridículo. Si ya lo sabías, ¿por qué no lo paraste inmediatamente? –insisto mientras trato de contener las lágrimas.

–No pude –confiesa–. Quería que te quedaras un poco más conmigo. Pensaba que mi vida podría ser mejor si estabas tú en ella, pero ahora sé que solo era un capricho. Y ahora, Hailey, por favor… No me pongas las cosas aún más difíciles.

Soy incapaz de aceptarlo. Siento que Naoki se me escapa de las manos, como si nada. No puedo quedarme de brazos cruzados, pero tampoco veo una solución.

–Supongo que ahora seguirás planeando tu boda con la chica de la barbilla torcida.

–Es probable.

–Naoki… Me es imposible entender por qué acatas todo eso. Solo espero que nunca te arrepientas.

Él me mira fijamente, sentado detrás de su mesa. Tiene los ojos tristes y sus labios se curvan en una expresión indefinida.

–Buena suerte, señorita Young –me despide fríamente. Volver a usar las formalidades me hace sentir como si hubiésemos retrocedido en el tiempo, borrando todo lo que ha habido entre nosotros.

–Igualmente, *Kaichou-sama*.

Tengo la impresión de que la puerta de su despacho se ha vuelto tan pesada como una roca. La abro con dificultad y me cuesta mucho volver a cerrarla. En el pasillo, me tomo unos segundos para mirar las fotos de las paredes, en las que aparece Ichirou Saito. En las fotos, aún estaba en forma y sano, muy distinto al hombre enclenque que he visto esta mañana. Y, aun así, Naoki le sigue la corriente y obedece todo lo que le dice.

Ahora tengo que despejar la que era mi mesa. Meter mis cosas en una caja, despedirme de mis compañeros y salir pitando de este lugar. Pero, antes de llegar a mi mesa, me detengo justo detrás de Hina, que tiene la cabeza inclinada sobre su ordenador. Desde que ha llegado, no me ha dirigido la palabra.

–Estarás contenta –le digo enfadada–. Sé que has sido tú.

–Yo no…

–¿Qué necesidad tenías de espiarme y de chivárselo todo a Kawamura? –le pregunto.

Pero Hina no me contesta. Traga saliva y pulsa teclas al azar, fingiendo estar ocupada para evitar hablar conmigo.

–Responde –le insisto–. ¿Por qué lo has hecho?

Ella respira hondo.

–Porque no me parecía justo –sentencia sin siquiera mirarme–. El presidente ha tenido siempre un comportamiento ejemplar. Y desde que tú llegaste…

–No tenías ningún derecho –suelto alejándome de ella–. Has sido muy cruel.

Me resulta difícil contener las lágrimas. No sé qué hacer y no sé con qué cara decirle todo esto a mi hermano. Él, que ya está bastante preocupado por su trabajo, se disgustará tanto conmigo que probablemente terminaremos discutiendo.

Tal vez deba pedirle a Mamasan que me deje hacer algunos turnos extra en el Temple Club. De lo contrario, me será imposible ayudar a Jamie con su deuda. Y ya puedo olvidarme de la idea de alquilar un piso con aire acondicionado.

Estoy tan cansada de todos estos obstáculos… Tengo unas ganas terribles de coger un avión y dejar atrás este fracaso monumental.

Pero Naoki… No puedo perderlo. Aún no.

44. Hailey

–No puede ser, angelito. Es un gran problema –murmura Juno con los codos apoyados sobre la barra y suspirando levemente–. No puedo darte turnos extra, pero puedes hacer alguna hora más el fin de semana, si quieres.

–Ah, vale… Gracias, igualmente.

–A lo mejor puedo darle tu currículum a algún conocido mío. Estoy segura de que podrás encontrar un nuevo empleo enseguida.

Estoy destrozada. Hasta Mamasan se ha dado cuenta, y esta vez ha decidido prepararme un cóctel con alcohol. Asuka y Rika están tan preocupadas como ella, y han venido a la barra para estar conmigo. Me han escuchado sin interrumpirme, ofreciéndome una especie de apoyo silencioso. Se lo he contado todo, absolutamente todo lo que se me pasaba por la mente, porque esta es la primera vez que me siento como si estuviera con mis amigas de toda la vida.

–Pero el problema no es el trabajo, ¿no? –añade Juno acercándose un poco más a mí–. Tú estás triste por *Kaichou-sama*.

Doy unos golpecitos nerviosos con los dedos en la barra mientras jugueteo moviendo los cubitos de hielo que quedan en el vaso casi vacío.

–¡No estoy triste por él, estoy enfadada! –exclamo esforzándome porque no me tiemble la voz–. No me puedo creer que todo haya terminado así, con una carta de despido, como si nunca hubiera habido nada entre nosotros. Como si fuera una de las tantas mujeres que conoció en los clubes.

–No, angelito…

–¿Sabéis qué? –añado volviéndome hacia Asuka y Rika– ¡La verdad es que es una mala persona! Un hombre sin carácter, sin personalidad, que hace todo lo que su padre quiere para que él no le retire su sueldo.

–No digas eso –interviene Rika poniéndome suavemente una mano sobre el brazo para intentar calmarme–. Tiene una vida complicada. Hay muchas cosas que no podemos entender, pero no creo que quisiera romper contigo por dinero.

–Es por el abandono –interrumpe Asuka–. Él lo conoce de primera mano y en distintas facetas. Primero vivió el de su madre. Luego el trauma de cambiar de ciudad, de nombre y de familia, que le arrancaran sus raíces y de verse obligado a crecer en un entorno nuevo y hostil. Tal vez ese apego que tiene hacia su padre, a la rutina y a los patrones que se le imponen no sea más que una forma de mantenerse a flote. De no volver a sentir abandono –prosigue, y bebe un largo sorbo de su vaso–. ¿No lo habías pensado?

Las tres la miramos con asombro. Rika entrelaza sus manos e inclina la cabeza hacia un lado.

–A veces eres tan inteligente y profunda, Asuka-san… Ya veo por qué todos los clientes te adoran.

Ella hace un gesto con la mano, como si quisiera espantar a una mosca, y vuelve a beber. Yo escondo la cara en mis brazos y resoplo, mientras Juno me sirve otra copa. El Temple está casi

vacío, porque hemos abierto hace poco y entre semana no hay mucha gente.

–¿Pero cómo puede pensar en casarse con una mujer que ni siquiera le gusta? –insisto.

Asuka pone los ojos en blanco y suelta:

–¿Qué te esperabas, que la dejara por ti?

–*Yare*, *yare*. No es tan raro –responde Mamasan–. Los hombres como él suelen prometerse a chicas de buena familia, como la chica de la que hablas. Y las otras historias son solo… placer, sobre todo.

–Eso no me hace sentir mejor, Mamasan.

Rika trata de consolarme acariciándome la espalda torpemente, como si me estuviera quitando el polvo.

–¿Sabes? El otro día vi una comedia americana en la que pasaba algo parecido. Y la protagonista se presentaba en la boda para recuperar a su novio y los dos se escapaban juntos, dejando a la novia furiosa en el altar –me cuenta–. La verdad es que fue romántico, pero también algo triste. De todos modos, creo que deberías hacer lo mismo.

No sé si reírme o burlarme de ella, pero no quiero parecer una maleducada. Echo la cabeza hacia atrás y suspiro.

–No es por ser aguafiestas, pero creo que cuando él se case, yo ya estaré en Chicago.

Mamasan sonríe y se acaricia la barbilla.

–Rika-chan tiene razón. Yo también creo que deberías recuperar a tu *Kaichou-sama* al más puro estilo hollywoodiano.

El timbre del local suena e interrumpe nuestra conversación. Es el primer cliente de la noche: un hombre joven, cansado y que camina a pasos lentos. Asuka se baja del taburete en el que está sentada y asiente con la cabeza.

–Ya me encargo yo. Así no tendré que escuchar todas las tonterías que estáis diciendo.

Se marcha, saluda al recién llegado de forma sensual y lo acompaña hasta una mesa. Mientras espera a que pidan, Mamasan cruza los brazos bajo sus pechos y me lanza una mirada cómplice.

–Has dicho que se ven todos los domingos por la mañana en un salón de té en Aoyama, ¿no? –me dice–. Apuesto a que es la Casa del Té del Mercado de las Flores. Es el lugar perfecto para ese tipo de parejas.

–Ni idea, nunca me lo especificó.

–No te preocupes. Tengo contactos en muchísimos locales de Tokio. Llevo toda la vida trabajando en el sector –afirma–. Solo tengo que hacer unas cuantas llamadas y podré decirte la hora y el lugar en el que se reúnen los dos pichoncitos.

Enarco una ceja y la miro dubitativa.

–¿Y a mí de qué me sirve saber eso? No voy a presentarme allí y montar un espectáculo.

–O sí –rebate ella con firmeza–. Harás como que estás ahí de casualidad y te toparás con ellos en su mesa. Le dirás a *Kaichou-sama* que tiene que decidirse y elegir con quién de las dos quiere estar, y le harás saber a su prometida que no dejarás que te robe a tu hombre tan fácilmente. Y lo harás con esa cara de mal humor que tan bien sabes poner.

Los ojos de Rika se iluminan y salta sobre el taburete.

–¡Oh, sí! ¡Como en una película!

–¡Pero eso es ridículo! –protesto–. Él no soporta que haga esas cosas. Terminaría odiándome.

–O cayendo definitivamente a tus pies –me interrumpe Juno–. ¿Sabes qué, angelito? Hay personas que se salvan solas y otras que necesitan que otra las salve. Y creo que debes salvarlo de un triste compromiso.

–¿Yo? –pregunto señalándome el pecho con un dedo–. Pero si ni siquiera sé resolver mis propios problemas sin crear más.

Mamasan, que acaba de recibir el pedido del cliente, empieza a preparar un cóctel y me hace un gesto con la cabeza.

–Ven, Hailey. Échame una mano con los pedidos. Así tendré más tiempo para averiguar más sobre la cita de *Kaichou-sama*. Todo va a ir bien, ya lo verás.

45. Hailey

Normalmente, cuando vuelvo a casa, siempre encuentro a mi hermano en la cama con la camiseta del restaurante todavía puesta. Suele dormirse antes de que yo llegue. Otras veces, aun estando cansado, se queda charlando conmigo en voz baja, en el minúsculo dormitorio donde apenas hay sitio para los dos.

Esta noche, sin embargo, es distinto. Se ha duchado y está en la cocina, bien vestido, mordiéndose las uñas como hago yo cuando estoy tensa.

–Hola, Jamie. ¿Qué haces levantado a estas horas?

–Tengo que hablar contigo.

Me acerco a él y doy un saltito para quitarme los zapatos de tacón que he llevado durante toda la noche. Jamie ya está mucho mejor, aunque todavía se le siguen notando los moratones en el ojo y en la nariz.

Su mirada no augura nada bueno. Tal vez quiera volver a hablar sobre mi despido. Imagino que se habrá preparado un buen sermón.

Nos sentamos en el sofá lleno de quemaduras de cigarrillo. Suspira, junta las puntas de los dedos y empieza haciéndome una pregunta:

–¿Qué hay entre ese tal Saito y tú exactamente?

–Nada –respondo encogiéndome de hombros–. Ya no estamos juntos. ¿Por qué lo preguntas?

–Verás, es que ha sucedido una cosa. Pero intenta mantener la calma.

–Dios, ¿qué?

–Mi jefe no se creyó la historia de la moto. Se dio cuenta de que lo que tengo en la cara son heridas de haber estado en una pelea, y me dijo que era una persona con mala reputación. Así que hoy me dio mi último sueldo y me despidió.

–¡Oh, no, Jamie!

–Ya ves. Lo primero que me vino a la mente fue la deuda, así que llamé a esos tipos. Tenía intención de reunirme con ellos, entregarles mi último sueldo íntegro y explicarles lo sucedido para evitar que sucediera lo mismo que la otra vez –me explica–. Pero ellos me respondieron que ya no era necesario.

–¿Cómo?

–Por lo visto, la deuda ya ha sido saldada. Ha sido Saito. Recibieron la primera mitad con un cheque el día que vino a ayudarnos –me cuenta–. Y esta mañana recibieron el resto.

Jadeo y me llevo una mano al pecho. ¿De verdad ha hecho eso por nosotros? Pero ¿por qué?

–Quieres decir que…

–Somos libres, Hailey. Ya está –me responde con incredulidad–. Podemos marcharnos en cualquier momento y volver a casa. A nuestra casa.

–¡No! –protesto–. ¡No podemos hacer eso, Jamie, tenemos que devolverle su dinero!

–Ya, pero supongo que podremos hacerle una transferencia desde el extranjero, ¿no?

Respiro hondo e intento no ponerme nerviosa. Me masajeo las sienes y aprieto los labios.

–Dios… –murmuro–. Tengo que hablar con él.

–Llámalo. Yo ya estoy mirando vuelos para la semana que viene –me dice–. Quiero irme de aquí cuanto antes. Echo mucho de menos nuestra casa.

–Espera. No vayas tan rápido.

–¿Por qué? Ya no hay nada que nos retenga aquí. Te han despedido, a mí también y la deuda ya está pagada. Huyamos de esta jungla antes de que caigamos en una depresión a los dos.

Tengo que hablar con Naoki. Mamasan ha logrado averiguar el lugar donde queda con su prometida cada semana y me ha dado mil consejos sobre cómo actuar y hacerle cambiar de opinión. No puedo desaprovechar esta oportunidad.

–Escucha, dame al menos una semana más, ¿vale? Aún tengo que hacer una cosa.

–Por Dios, no me digas que tiene que ver con ese tío.

–Jamie, yo… No puedo irme así. Por favor.

46. Naoki

La Casa del Té de Aoyama es un lugar que siempre me ha gustado. Aquí, los pasteles son deliciosos, se puede comprar todo tipo de flores y da la sensación de que estás inmerso en medio de la naturaleza. La decoración cambia según las fiestas y las estaciones del año. La semana pasada, había campanillas y lirios por todo el local, y esta vez las mesas están decoradas con girasoles y calabazas pequeñas.

A Masami también le encanta este lugar. Dice que es su favorito desde siempre, y que, cuando todavía estaba en el instituto, soñaba con venir aquí con su novio. Así que, por eso, venimos aquí todos los domingos. Es un sitio ideal para una cita.

Ella me mira con dulzura, mientras se bebe su té a pequeños sorbos. Aún no ha tocado su trozo de tarta. Hoy también está perfecta: lleva su pelo castaño recogido hacia un lado, un maquillaje impecable y las uñas pintadas de un rosa chicle muy sutil. Parece una modelo.

Es imposible evitar compararla con Hailey. Cada vez que cierro los ojos, vuelvo a ver sus grandes ojos azules y me viene el olor dulce de sus rizos dorados.

–Dicen que mañana va a llover –murmura Masami agachando la mirada–, pero me da igual. Me encanta el sonido de la lluvia.

–Bueno, ya casi es otoño. A partir de ahora, oiremos llover muy a menudo.

–Sí, es verdad. Es mi estación favorita.

Me detengo a observar sus labios mientras traga. A veces, la asimetría de su rostro me inquieta. Tengo miedo de mirarla con más atención y darme cuenta de que no es como parece: no tan fina y atractiva, sino fea y desproporcionada. Bebo un sorbo de té para evitar responderle y trato de alejar mis pensamientos inmaduros.

Masami no es la mujer que escogería, pero sin duda es la adecuada para mí. Así que ya es hora de dejar a un lado las distracciones y las noches en Kabukicho y centrarme en lo que debo. Tengo un regalo para ella en el bolsillo interior de mi chaqueta: una joya de diseño dentro de una caja de terciopelo que me está oprimiendo el pecho. Lo que estoy a punto de hacer es difícil, pero servirá para acelerar las cosas entre nosotros dos y aclarar mis intenciones. No podemos estar toda la vida así.

–Creo que nunca he visto tu casa, y eso que está muy cerca de aquí –murmura ruborizándose ligeramente–. ¿No es un poco raro?

Asiento e intento hablarle en un tono más bajo:

–Discúlpame, Masami-san. Paso mucho tiempo fuera de casa y apenas tengo tiempo de limpiarla como me gustaría. Por eso nunca te he invitado. No quiero causarte una mala impresión.

–Tranquilo –responde con una sonrisa amable–. De hecho, podría echarte una mano con las tareas, si quieres. Lo haría encantada.

–Eres muy amable, pero no puedo aceptarlo.

Volvemos a quedarnos en silencio, absorbidos por el bullicio y el tintineo de las cucharillas. Si

Hailey estuviera aquí conmigo, no se callaría ni un minuto. Y, con lo alto que habla y lo escandalosa que es, todo el mundo empezaría a mirarla al perturbar toda la paz y la tranquilidad de todo un salón de té.

Cierro un puño bajo la mesa, me giro hacia un lado y miro hacia fuera. Tengo que dejar de pensar en ella y encontrar el momento adecuado para darle a Masami mi regalo. De lo contrario, volveré a casa sin haber hecho nada de lo que me he propuesto.

Tomo aire, me llevo una mano al bolsillo y la miro con cierta duda.

–Masami-san –comienzo–. Espero que esto no te suene invasivo, pero esta semana he visto esto en una tienda y… –pongo la caja sobre la mesa y observo su reacción– he pensado que podría gustarte.

De repente, se le iluminan los ojos y esboza una amplia sonrisa.

–¿Es para mí?

Asiento.

Coge el paquete para acercárselo.

–¿Puedo abrirlo?

–Claro.

En cuanto tira de una de las cintas para desatar el lazo, empiezo a sentir un nudo en el estómago. Nunca le he hecho un regalo a Hailey, aunque estaba dispuesto a darle mi mundo entero. Nunca la he visto abrir un regalo, ni he podido ver una expresión de ilusión en su rostro.

Masami abre el cierre magnético de la caja y admira su contenido y, mientras tanto, siento que me falta el aire. No es a ella a quien quiero.

«¿Por qué estoy haciendo esto?».

De pronto, oigo una voz detrás de mí. Me doy la vuelta, con el corazón en la garganta, y me quedo inmóvil ante la imagen: cascada de rizos rubios, labios carnosos, minifalda vaquera y paso decidido. Podría reconocerla entre un millón de personas.

No sé qué hace aquí, pero no creo que sea casualidad: Hailey siempre aparece en los momentos más inoportunos. Desde que la conozco, se ha dedicado a trastocar todos y cada uno de mis planes. Y a veces pienso que debería estarle agradecido por ello.

–¡Vaya, vaya! –exclama sin aliento, mientras se acerca a nuestra mesa con las manos en las caderas. Observa a Masami y después pone los ojos en mí, fulminándome con la mirada–. ¿Aún no hemos terminado de dejar las cosas claras entre nosotros y ya le estás regalando un collar con corazoncitos a otra mujer?

No sé ni qué responder. Abro la boca sin poder articular palabra y, mientras tanto, ella se acerca a mí, muy cabreada y con el ceño fruncido. Es graciosa… e incluso parece estar actuando para alguna película de adolescentes.

Masami está asustada. Cierra la caja con la joya dentro y me mira desconcertada, mientras mira a Hailey de reojo.

–S-Saito-san… –balbucea–. ¿Quién es esta chica?

–¡Díselo, Naoki! ¡Dile quién soy!

–Te acaba de llamar por tu nombre… –advierte asombrada tapándose la boca con una mano–. ¿Hay algo entre vosotros dos?

Hailey interviene antes de que yo pueda decir nada. Le habla en voz alta, de forma intencionadamente dramática, forzando el acento americano en su japonés:

–Ya lo creo. Y no voy a dejar que me lo arrebates –añade haciendo una mueca. Me rodea el cuello con el brazo, y yo me quedo atónito–. Porque estamos muy unidos.

Estamos empezando a llamar demasiado la atención en el salón de té. Nunca me había sentido tan avergonzado. Hailey es una persona muy efusiva, pero este comportamiento no es propio de ella. Es evidente que está actuando.

–¿Pero qué…?

–¿Cómo has podido, Saito-san? –estalla Masami, jadeando y con las manos en el pecho–. ¡Pensaba que eras un buen hombre!

Se pone de pie, coge su bolso y se seca los ojos.

Esto es demasiado. Me suelto de Hailey y me levanto, para intentar detenerla.

–Por favor, Masami-san, espera.

Pero Hailey continúa con su actuación, interrumpiéndonos.

–Tienes que decidirte, Naoki. ¿Ella o yo?

–Sí, Saito-san. Decídete.

Todos nos están mirando, e incluso hay personas que nos están grabando con sus teléfonos móviles. Me cubro la frente con la mano y suspiro.

–Pero ¿qué es todo esto, una broma? –le digo molesto en inglés. Ella niega con la cabeza.

–Nunca antes había ido tan en serio.

Levanto las palmas de las manos en señal de rendición y retrocedo. No pienso tolerar esto ni un minuto más.

–Resolved este asunto entre vosotras. Yo ya he hecho mi elección.

Me doy la vuelta y atravieso rápidamente todo el salón de té dirigiéndome hacia fuera. Tengo que alejarme de las miradas y los murmullos antes de que me vuelva loco.

–¿Adónde vas, Naoki?

–¡Saito-san!

Las ignoro y salgo. Esta situación es demasiado surrealista y yo no soy capaz de manejarla. Camino por la calle con pasos acelerados mientras intento encontrar un lugar tranquilo, un banco o un rincón apartado, pero nada. Sigo las indicaciones para llegar al metro y aligero el paso, porque estoy seguro de que puedo volver a encontrarme a Hailey en cualquier momento.

Escalones, luces blancas, andenes, sonidos y ruidos propios de una estación. Me siento en un banco para ver pasar el tren y me masajeo las sienes con los dedos. Espero poder esconderme entre todos estos transeúntes, al menos durante unos minutos. Necesito ordenar mis pensamientos, de lo contrario me va a estallar la cabeza. «¿Cómo se supone que voy a arreglar todo este embrollo?».

–¿Naoki? ¡Naoki!

«Maldita sea, me ha alcanzado».

Respiro hondo y miro hacia arriba. Hailey corre entre la gente y mira a su alrededor con la cajita de terciopelo que le regalé a Masami entre las manos. Me llama un par de veces más y entonces me ve.

–Aquí estás.

Se sienta a mi lado como si no pasara nada. Resoplo y echo la cabeza hacia atrás.

–¿Pero en qué coño estabas pensando, Hailey? –la riño–. ¿Por qué sigues arrugando mi vida como si fuera un trozo de papel?

El ruido atronador de otro tren tapa mi voz y ella no me escucha. Se encoge de hombros y me entrega la caja cerrada.

–Tu novia la ha dejado sobre la mesa. Creo que ya no la quiere.

–Pues regálaselo a alguien o tíralo por una alcantarilla. Me da igual.

Abre la caja, mira el collar y enarca una ceja.

–Vaya, pero si es superelegante. Deberías dárselo a alguien especial.

Me siento agotado y fuera de combate. La miro, cierro los ojos y me retiro el pelo de la frente.

–Quédatelo tú.

–No es exactamente mi estilo, pero si insistes.

Nos quedamos en silencio, uno al lado del otro, mientras observamos el movimiento de los transeúntes. Al cabo de un rato, suspira y comienza a hablar de nuevo:

–Por cierto, no es verdad que tenga la barbilla torcida. Es preciosa.

–¿Me puedes explicar qué motivo tenías para montar ese escándalo? –insisto–. ¿No crees que ya has hecho demasiado?

–No podía dejar que lo hicieras –confiesa–. Entiendo que quieras seguir las directrices de tu padre, mantener la reputación de tu apellido intacta y todo eso, pero no puedes atarte a una relación con una mujer que ni siquiera te gusta.

–A veces, en la vida, hay que hacer sacrificios.

–Pero hacer sacrificios está bien si te ayudan a conseguir algo bueno. Y eso no era un sacrificio, sino el camino más rápido a la frustración –objeta con firmeza–. ¿Sabes? En el Temple he visto a muchos hombres de bien que se gastan sus sueldos en estar con acompañantes y criticar a sus esposas, a las que ya apenas soportan. Son infelices y se creen que beber con chicas guapas les hará sentirse mejor, pero no sirve de nada –me cuenta–. Tú no mereces eso, Naoki. No puedes acabar así.

El estruendo de otro tren nos interrumpe y los dos intercambiamos una mirada casual. Hailey se enreda un rizo en un dedo y me mira absorta.

–De todas formas, aparte de para arruinar tu cita romántica, también he venido a hablarte de un asunto importante. ¿Podemos ir a un sitio más tranquilo?

Lo correcto sería decirle que no. Inventar una excusa y despedirme de ella aquí, subirme a un tren cualquiera para alejarme de ella y llamar a Masami para aclarar la situación. Pero desde que conocí a Hailey, hacer lo correcto se ha vuelto cada vez más difícil.

Asiento, apoyo las manos en las rodillas y me pongo en pie.

–Vamos a mi casa. Total, está aquí al lado.

47. Hailey

Jamás hubiera imaginado que la idea de Juno funcionaría. Esa mujer es una especie de vidente. A Naoki no le ha gustado nada la escena que he montado, pero al menos he conseguido frenarlo. Y me ha invitado a su casa, así que tal vez aún haya algo de esperanza.

–¿Quieres un café?

–Sí, por favor.

La ropa informal le sienta genial. Lleva unos vaqueros que acentúan sus caderas estrechas, los puños de la camisa doblados y el cuello abierto, que deja entrever un poco de su piel. Dios, me gusta tanto que no puedo mirarlo más de medio segundo sin fantasear.

Me sirve una taza de café caliente y llena otra para él. Nos lo bebemos apoyados en la mesa de su cocina, uno frente al otro, sumidos en el silencio profundo que envuelve su piso.

–Bueno –comienzo–, me he enterado de que has pagado la deuda de Jamie por medio de dos cheques. El último, hace unos días, más o menos cuando me despediste. Y ha sido un gesto tan grande y loco que no tenemos ni la menor idea de cómo devolvértelo.

–Ya te lo dije, forma parte de mi carácter –se justifica sin siquiera mirarme a la cara–. Siempre tengo la necesidad de resolver los problemas que se presentan.

–Sí, pero…

–Además, yo también soy, en parte, responsable de tu despido –me interrumpe–. Así que tu hermano y tú podréis devolverme el dinero tranquilamente, sin miedo a que nadie pueda haceros nada en un callejón. Es lo mínimo que puedo hacer.

–Sabes que eso podría llevarnos mucho tiempo, ¿no?

–No es un problema.

¿Por qué se empeña en evitar mirarme a los ojos? Si lo hiciera, podría entender muchas cosas. Pero es como si se estuviera escondiendo.

–El caso es que, al enterarse de todo esto, Jamie ha empezado a tener mucha prisa por volver a casa –le explico–. No ha tenido mucha suerte en Tokio. Comenzó con mal pie y ha seguido igual hasta ahora. Así que ya ha reservado un vuelo a Chicago. A mí me gustaría quedarme un poco más, pero en realidad no tengo ninguna razón para hacerlo. No tengo trabajo, no sé cuánto podría tardar en encontrar otro que tenga que ver con mis estudios y la verdad es que no me apetece trabajar como acompañante mucho tiempo más, así que… –digo de golpe. Resoplo y sacudo la cabeza–. Oye, ¿puedes mirarme, por favor? Naoki, mírame.

Él coge aire antes de levantar la cabeza. Cruzamos nuestras miradas y me doy cuenta de que tal vez hubiera sido mejor que no hubiera ocurrido. Está tan triste, tan profundamente conmocionado, que me siento fatal por dentro. Sus ojos oscuros y ovalados, rodeados de esas espesas pestañas negras, expresan mucho más de lo que se puede decir con palabras. La resignación al dolor, a un nuevo abandono que es por mi culpa. Me falta el aire. Me cuesta respirar.

–¿Cuándo? –me pregunta con frialdad.

–¿Qué?

–¿Cuándo te vas?

–El viernes, a las diez –le respondo con las manos temblorosas sobre la mesa.

–Vale. No sé si tendré tiempo de volver a verte, así que será mejor que nos despidamos ahora.

–¿Sabes? He visto en la página web de reservas que aún quedan algunos asientos libres –añado rápidamente, jadeando–. Así que… bueno, sé que esto te va a parecer una locura, pero ¿por qué no te vienes conmigo?

Él me mira como si estuviera esperando a que diga algo más. Enarca una ceja y dobla las comisuras de los labios. Yo empiezo a morderme una uña nerviosa y él niega con la cabeza.

–¿Te has vuelto loca?

Sí, seguro que parece que estoy mal de la cabeza. Ni siquiera sé de dónde he sacado el valor para decírselo, pero ha sido superior a mí. Recupero el aliento y empiezo a hablar con la voz entrecortada:

–¿De qué te sirve tener esta preciosa casa si siempre que vuelves estás solo? ¿Para qué quieres conservar tu cargo como presidente si ya sabes que antes o después tendrás que dejarlo? ¿Y qué más te da tener un sueldo de lujo si tu trabajo te desespera? –le pregunto manteniendo los brazos quietos sobre la mesa para tratar de ocultar mi nerviosismo–. La vida es demasiado corta para quedarse estancado siempre en el mismo sitio, y tú no eres un árbol. Vente conmigo.

–Te has vuelto loca –repite–. De remate.

–¿Por qué? Podrías hacer cualquier cosa. Podrías obtener una plaza como profesor. Eres un genio y las barreras lingüísticas no serían un problema para ti. Quién sabe, podrías descubrir lo que realmente te hace feliz, construir tu propia casa y… podríamos estar juntos. Al menos un poco más.

–Tengo responsabilidades.

–¿Qué más da? Déjalo. Kawamura también lo haría genial y la verdad es que no me pareció ver a tu padre tan enfermo cuando vino a la oficina.

–¡Podría caerse por las escaleras en cualquier momento! Hailey, deja de insistir con este tipo de tonterías. Por favor.

–Lo siento –murmuro.

Me toco la cara y noto que he empezado a llorar sin darme cuenta. En realidad, son solo un par de lágrimas por la tensión acumulada, pero siento que me arde la garganta y soy incapaz de hablar. Tal vez me haya dejado llevar demasiado y no haya tenido tacto. Pero la idea de no volver a verle más me desespera.

Él suspira. Camina con pasos lentos, se da la vuelta, deja su taza vacía en el fregadero y empieza a hablarme de espaldas, en voz baja:

–Imagina que vas caminando sola por la calle, de noche, y te encuentras una carta. Tiene tu nombre escrito, no puedes dejar de mirarla y sabes que tienes que leerla, aunque por dentro tienes miedo de que pueda decir algo que cambie tu vida para siempre. Bueno, pues así fue cómo me sentí la primera vez que te vi. –Vuelve a mirarme con ojos tristes–. Pero la verdad es que eres demasiado para mí. Demasiado impetuosa, demasiado enérgica. Eres un torbellino, y yo… yo no puedo seguirte el ritmo. Es como si corriera detrás de esa carta y se me escapara siempre de las manos.

–Naoki…

–Y todavía me desconcierta que me llames por mi nombre. Porque para ti no significa nada, pero para mí es como una grieta en el cemento. Y nunca sé si lo que oigo es real o si me estoy

dejando llevar por la imaginación.

Es la primera vez que me habla así, utilizando palabras con tanto sentimiento, y me encanta escucharle. Me encanta todo lo que dice y también sus silencios. No puedo soportar la idea de tener que despedirnos.

–Es una de las cosas más bonitas que he escuchado nunca –susurro.

–Sí. Y es absurdo que haya tenido tanto tiempo para decírtelo y solo haya sido capaz de hacerlo en el último momento, ¿no crees? –añade.

Empiezo a llorar en silencio, sin sollozar y sin querer. Las lágrimas fluyen por mi cara como dos ríos desbordados. Él sacude la cabeza, da un paso hacia atrás y me tiende un pañuelo.

–Creciste libre –prosigue–, y yo te envidio mucho por ello. Te enseñaron que podías ser quien quisieras, ir a cualquier lugar y hacer lo que quisieras. Pero, por desgracia, a mí me educaron de forma contraria. Así que, aunque me has regalado algunos de los días más intensos y felices de toda mi vida, ahora tengo que volver a la normalidad y continuar mi camino. Sé que es difícil de entender –concluye esbozando una media sonrisa.

Está tratando de mostrarse fuerte por mí, al verme lloriquear como una niña, pero sé que también está siendo duro para él. Tiene los puños cerrados y está intentando controlar su respiración con dificultad.

–No es justo –se me escapa entre sollozos.

–Sí lo es. Yo no soy bueno para ti, Hailey. Necesitas a alguien que pueda seguirte el ritmo. Yo solo sé estar quieto, clavado en el suelo, y solo acabaría observándote desde lejos.

Me pongo sobre su pecho y él me abraza.

Silencio. Lágrimas. Su respiración deja de ser regular. Le tiemblan las manos en mi espalda y, aunque intenta ocultarlo estirando sus dedos, yo lo noto.

–¿Conoces la tradición del segundo botón? –me susurra.

–No.

–Es una costumbre muy antigua, ahora ya no se hace. Los estudiantes del último año de instituto solían arrancarse el segundo botón de su uniforme para regalárselo a sus novias el día de la graduación. Creo que este gesto proviene de una antigua tradición militar. El caso es que… se dice que el segundo botón es el que está más cerca del corazón. Era una forma de recordar a esa persona siempre.

Me aparta de él, dobla un brazo y coge el segundo botón de su camisa con los dedos. Se lo quita sin el menor esfuerzo y me lo pone en la mano. Me la acerco a la cara y lo miro de cerca. Es pequeño y de un precioso azul cobalto.

–Vaya… –murmuro en voz baja–. Naoki, eres una persona maravillosa y mereces ser feliz. Así que prométeme que a partir de ahora vas a serlo.

Él asiente mientras permanece inclinado hacia mí.

–Lo intentaré –susurra–. Buen viaje, Hailey.

Me acompaña hasta la puerta y, mientras me pongo los zapatos, siento que se me cae el mundo encima. Le doy un último beso en los labios antes de salir, con la esperanza de que sea rápido e indoloro. En cambio, duele tanto como si me atravesaran el pecho con una bala. Sigo llorando mientras me alejo y él, en vez de mirarme mientras llega el ascensor, se vuelve y cierra la puerta. Oigo un golpe seco. Tal vez un puñetazo en la madera. O quizá solo lo haya imaginado.

48. Hailey

Estamos en el aeropuerto, haciendo cola para pasar el control de seguridad. Jamie está tan feliz como un niño y no deja de enviar mensajes a nuestros padres. Tiene muchísimas ganas de marchar. La verdad es que yo me siento un poco perdida. He metido todas mis cosas en la maleta, y aun así tengo la impresión de que no pesa casi nada. Sin embargo, estoy segura de que no he olvidado ninguna cosa.

Anoche, en el Temple, me despedí por última vez de Juno, Rika, Asuka y las demás. Intercambiamos nuestros datos de contacto y prometimos comunicarnos de vez en cuando. Me dijeron que me seguirían en las redes sociales para estar al día de mi vida, pero la verdad es que en el fondo no me lo creo. Sé cómo van estas cosas: las primeras semanas mantendremos bastante relación, pero después empezaremos a desligarnos poco a poco hasta que nos olvidemos las unas de las otras. Por suerte, nos hicimos muchas fotos. Al menos eso será un recuerdo para siempre.

–¿Crees que mamá se enfadará mucho cuando le cuente la verdad?

–Bueno… está claro, Jamie.

–¿Y si omito algunos detalles, como lo de la paliza y las amenazas?

–Ni de coña. Se lo contaremos todo, aunque eso nos lleve a una discusión. Basta de mentiras.

Mientras esperamos, vuelvo a entrar en mi galería para hacer tiempo: veo las fotos que saqué en el Temple Club con todas las chicas, los últimos vídeos de la ciudad, anoche, y la cabeza de *Godzilla*. Los recuerdos de Nara, los ciervos, el templo que visité con Naoki y el jardín del *ryokan*. Y el selfi mal hecho que nos sacamos en el avión. Él y yo, mejilla con mejilla y mi pelo ocupando un tercio de la foto. Al verlo, se me hace un nudo en la garganta. Guardo el móvil e intento hacer que no se me note, pero Jamie se da cuenta enseguida y hace chasquear la lengua con el paladar.

–¿Qué pasa? ¿Sigues mal por ese tío?

–Da igual. Tampoco lo entenderías.

–No merece la pena. Te dejó.

–En serio, Jamie, no quiero hablar de ello.

–Ya, pero sé lo que estás pensando, te conozco tan bien… Lo que quieres es que aparezca entre la gente con una rosa en la mano y te diga: «¡Espera, yo también quiero ir a congelarme el culo en Illinois y conformarme con un sueldo de mierda solo para estar contigo!».

Se echa a reír, como si acabara de contar el chiste más gracioso de la historia, y me da un codazo esperando a que me ría con él, pero yo me limito a mirarlo mal y a hacer una mueca de desaprobación.

–¿Ya has terminado?

–Recuérdame que se lo cuente también a mamá y a papá.

–Claro que sí.

Resoplo y me cruzo de brazos. Tengo su botón azul en el bolsillo y lo guardo como si fuera un

tesoro. Creo que es el recuerdo más bonito de todo mi viaje. La prueba más tangible de que he estado aquí y de que un trocito de mi vida se quedará en esta ciudad para siempre. Es mejor que cualquier foto o publicación. Evoca cosas que no se pueden capturar con una cámara, como el olor de Naoki, el tacto de su camisa o el calor de su abrazo.

Levanto la cabeza y observo la cola. Todavía hay varios pasajeros delante de nosotros, y detrás se sigue formando algo de cola. Enseguida llegará nuestro turno.

De repente, siento vibrar mi teléfono móvil en el bolsillo. Lo cojo y leo el nombre en la pantalla. El corazón me late tan rápido que temo desmayarme. Es él.

Respondo rápidamente, jadeando por la sorpresa.

–¡Naoki!

–Hola, Hailey. Perdón por llamarte así tan de repente, quizá no sea el mejor momento –me dice en inglés, con un tono tranquilo y agradable–. Necesito decirte algo antes de que te vayas, porque si no lo hago no volveré a tener la oportunidad de hacerlo y acabará consumiéndome por dentro. No quiero guardarme nada dentro.

–Vale –accedo mientras me tapo la otra oreja con la mano–. Te escucho.

–Verás, yo soy como ese árbol que vimos en Nara –empieza tras un largo suspiro–. Por mucho que sople el viento, siempre me quedo anclado a la tierra, porque soy incapaz de desprenderme de mis raíces. Si lo hiciera, no sobreviviría. Y, aun así, en toda mi vida no he hecho más que tratar de encontrar mi lugar en el mundo.

La cola empieza a avanzar y mi hermano me tira del brazo. Yo me suelto nerviosa y sigo con el móvil pegado a la oreja.

–Tal vez ni te acuerdes, pero una tarde, en mi casa, me diste un beso en la puerta, antes de irte. Y entonces me di cuenta. –Duda, como si estuviera buscando las palabras adecuadas–. Tú eres mi lugar en el mundo. Y seguirás siéndolo, aunque ya no volvamos a vernos. Conoceré a muchas personas y quizá vuelva a sentirme bien, pero no será lo mismo. Sé que nunca volveré a sentirme como contigo. Así que, cuando te prometí que volvería a ser feliz… te mentí. Lo siento.

Jamie me da un ligero tirón. Pronto nos tocará pasar el control.

–Naoki, yo…

–Eso es todo lo que quería decirte –concluye–. Adiós.

Cuelga y yo me tambaleo, confusa. Sin pensarlo, hago el ademán de salir de la cola, pero mi hermano me detiene.

–Hailey, ya está. Vamos.

49. Hailey

–Jamie…

–No. Ni se te ocurra.

Me tiembla la mano. El guardia que está delante de mí espera a que le dé mi documentación, pero ni siquiera soy capaz de abrir el monedero. Me duele la cabeza y me cuesta mantenerme en pie.

–No puedo.

–Estás retrasando la cola.

Mi hermano extiende un brazo para ayudarme a sacar el pasaporte, pero yo doy un paso hacia atrás. Jadeo y miro a la gente que está detrás de nosotros, impacientes por mi indecisión.

«No puedo marcharme así como así».

–Lo siento, pero tengo que ir a verle o me sentiré fatal.

–¡No, Hailey, para!

Me vuelvo hacia un lado, paso por encima del poste separador y empiezo a correr. Me da igual la maleta y el dinero del billete. Solo sé que, si me subo a ese avión, me arrepentiré toda la vida.

–¡Por favor, diles a mamá y a papá que lo siento! –le grito a Jamie.

–¡Hailey, vuelve aquí!

–¡Vete sin mí!

No puedo. No quiero irme. Me las arreglaré. Ya se me ocurrirá algo. Y llamaré a mis padres para intentar explicarles lo que ha pasado, aunque ni yo misma lo entienda. Tengo que ver a Naoki cuanto antes. Puedo coger un taxi o llamar a un Uber, pero primero tengo que ver dónde está.

Camino entre la gente y busco un rincón tranquilo donde detenerme y recuperar el aliento. Cojo el móvil, abro el registro de llamadas y le llamo.

Él responde tras un par de pitidos.

–¿Hailey? –dice dudoso, como si quisiera asegurarse de que realmente soy yo.

–¿Dónde estás? –le pregunto acelerada.

Le oigo reír. Una risa breve y en voz baja, de esas que me vuelven loca.

–Mucho más cerca de lo que te imaginas.

Trago saliva y miro a mi alrededor. Dios mío, estoy muy confundida. Este lugar es enorme.

–Quería despedirme de ti en persona antes de que te fueras, pero al final preferí llamarte –continúa–. Así que me quedé en el aparcamiento.

–¿Qué aparcamiento?

–El que hay delante de la entrada principal.

A unos pasos de mí hay un tablón de anuncios con el mapa del aeropuerto. Puedo usarlo para orientarme.

–Ahora voy.

Cuelgo el teléfono y me acerco al mapa. Trato de memorizar mentalmente la ruta y empiezo a

correr hacia su dirección.

Me pregunto qué estará haciendo mi hermano. Seguramente ya habrá pasado el control y esté yendo hacia la puerta de embarque. Debe de estar muy cabreado conmigo. Tengo que encontrar la manera de disculparme con él.

Llego al aparcamiento que me ha indicado Naoki y me pongo de puntillas. Pero lo único que veo es un mar de coches. Sigo caminando, mirando entre las filas, hasta que lo localizo.

Está apoyado en su coche con los brazos cruzados. Enseguida me ve y esboza una sonrisa tierna mientras me acerco. Creo que ha venido corriendo desde la oficina, porque lleva la corbata aflojada y el pelo repeinado hacia un lado.

–¿No deberías estar en el trabajo? –le pregunto con voz temblorosa, a unos pasos de él.

–¿Y tú no deberías estar en un avión?

Me lanzo hacia él y le golpeo el pecho con los puños cerrados.

–¡Idiota, idiota, idiota! ¿En qué estabas pensando para soltarme ese discurso? –le regaño–. No podría marcharme así como así después de oír eso. Jamás.

De repente me abraza y me aprieta tan fuerte que apenas puedo respirar. Su olor es tan intenso que me quema la garganta, sus costillas presionan contra las mías y él respira en mi pelo, temblando como si tuviera frío.

Le rodeo el cuello con los brazos. Nos quedamos así un rato y siento que he perdido la noción del tiempo. No sé si ha durado un minuto o una hora. Ya ni siquiera noto la diferencia.

–¿Y ahora qué hacemos? –le pregunto mientras empiezo a sentir el bajón de adrenalina en mi cuerpo.

–Ni idea –responde en voz baja, mientras me sigue abrazando–. Pero no podemos quedarnos mucho más tiempo aquí. Ven, sube.

Me abre la puerta del coche y yo me siento mientras él se sube al volante y suspira.

–Antes de nada, si voy a quedarme en Tokio, necesito un trabajo –digo nerviosa–. Y tú ya no puedes volver a contratarme después de todo el revuelo que ha habido. Así que es mejor que empiece a buscar uno cuanto antes.

–Hum… –murmura mirándome con ojos tristes.

–Tendrás que acogerme los primeros días, porque no tengo donde quedarme. Espero que no sea un problema para ti.

–Para nada.

Asiente. Está tan conmocionado que le cuesta hablar.

–Oye, ¿estás bien?

–Sí, es solo… que pensaba que te había perdido –confiesa echando la cabeza hacia atrás–. Y no sé cómo procesar todo esto.

Extiendo los brazos hacia él, acerco su cara hacia la mía y nuestros labios se rozan. Nos besamos un buen rato, hasta que su respiración se vuelve tranquila y sus hombros se destensan.

–¿Ahora ya te sientes como en casa? –le pregunto en voz baja.

–Sí. Siempre que estás conmigo.

Ambos sonreímos unos segundos y seguimos besándonos. Me gusta saber que soy su refugio.

–Naoki.

–¿Sí?

–Pero ahora yo soy tu novia, ¿verdad? Se acabaron las citas en secreto, las fotos prohibidas y los besos a escondidas.

Él suspira y me tiende la mano.

–Dame tu móvil.

Lo saco del bolsillo trasero de mi pantalón, pero dudo un segundo, antes de dárselo. Desbloquea la pantalla, enciende la cámara frontal y me hace un gesto.

–Ven aquí.

–¿En serio?

Me lleva hacia él con un brazo y me apoyo en su pecho. Acerca su cara a la mía, inclina ligeramente la cabeza para encuadrarnos bien a los dos y saca la foto.

Me devuelve el móvil y la miramos juntos. Hay buena luz y se ve su brazo alrededor de mis hombros. Salgo con los ojos brillantes y él con una mirada serena y orgullosa.

–Publícala –me dice, llevando una mano al volante y haciendo el ademán de arrancar el coche.

–¿Me estás vacilando?

–En absoluto. Publícalo en todas partes. Escribe que estamos juntos, que te mudas conmigo, lo que quieras –responde con firmeza–. Empecemos así.

–A mis padres les va a dar algo –digo riéndome mientras abro Instagram.

–Ya hablaré yo con ellos.

Naoki retira su mano de la palanca de cambios y la lleva hasta mi rodilla, mientras me pongo a subir la foto. Me salto los filtros, porque no los necesitamos, y pongo de ubicación el aeropuerto. Pienso en el pie de foto que voy a escribir y finalmente me decido:

«He encontrado mi lugar en el mundo. #TeQuiero».

Agradecimientos

Cada libro, para mí, es como un viaje hacia otra realidad. Y estoy contenta, aunque también un poco triste, de haber llegado al final de *Tokio a medianoche*.

Esta novela nació en un momento muy extraño para todos: las dificultades por las que hemos pasado durante el 2020 han tenido un impacto enorme sobre nuestras vidas, nuestros hábitos y nuestros sueños. Por eso, espero que con esta historia hayáis podido viajar un poco conmigo, evadiros durante unas horas y respirar un poco de esa despreocupación que muchas veces nos hace falta.

En primer lugar, me gustaría darle las gracias a Martina Donati, sin la cual esta historia no hubiera cobrado vida, por el trabajo que ha hecho con el texto y por haber creído en este proyecto.

También tengo que darles las gracias a mis amigas escritoras, Giulia Ross, Siro T. Winter y Anna Zarlenga, por haberme apoyado (¡y muchas veces aguantado!) mientras escribía esta historia, por sus consejos y su cariño.

Gracias, también, a las lectoras de mi club de lectura, por su apoyo continuo, entre otras cosas, y a mis lectoras beta: Marta, Valentina, Roberta, Corina, Stefania y Raffaella.

Un agradecimiento especial a Susanna Zanni, por su presencia constante durante el proceso de escritura y por su amistad.

Gracias a mi familia y a mi pareja, que siempre están ahí apoyándome.

Y, por último, gracias a todos los que me leéis, a los que habéis llegado hasta aquí, que tenéis este libro entre las manos, por la confianza y el calor que siempre me dais, por ser una fuente inagotable de energía positiva.

Hasta la próxima historia.

Mia

ÍNDICE

Glosario
Prólogo
1. Hailey
2. Hailey
3. Hailey
4. Hailey
5. Hailey
6. Hailey
7. Hailey
8. Hailey
9. Hailey
10. Hailey
11. Hailey
12. Hailey
13. Hailey
14. Hailey
15. Hailey
16. Hailey
17. Hailey
18. Hailey
19. Hailey
20. Hailey
21. Hailey
22. Hailey
23. Hailey
24. Naoki
25. Naoki
26. Naoki
27. Naoki
28. Naoki
29. Hailey
30. Hailey
31. Hailey
32. Hailey
33. Hailey
34. Naoki
35. Hailey

36. Hailey
37. Hailey
38. Naoki
39. Hailey
40. Hailey
41. Hailey
42. Naoki
43. Hailey
44. Hailey
45. Hailey
46. Naoki
47. Hailey
48. Hailey
49. Hailey
Agradecimientos